

Historias 69

- Víctor Gayol, Comunidades litigantes y juzgados de la real Audiencia en la correspondencia de Manuel Salvador Muñoz (1788-1803) • José Ortiz Monasterio, Dos discursos patrios de Riva Palacio o la novela histórica como método de conocimiento
- Elisa Servín, El cardenismo a mediados del siglo XX
- Brian Hammett, Los hechos y la imaginación en la novela histórica del siglo XIX • Antonio Rubial, Literatura hierofánica novohispana



historias

Revista de la Dirección de Estudios Históricos

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Director General: Alfonso de María y Campos

Secretario Técnico: Rafael Pérez Miranda

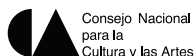
Director de Estudios Históricos: Arturo Soberón

Coordinador Nacional de Difusión: Benito Taibo

Director de Publicaciones: Héctor Toledano



Instituto Nacional
de Antropología
e Historia



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

publicaciones

DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

- ▶ **Opulencia y desgracia de los marqueses de Jaral de Barrio, México**, INAH (Obra varia), 2002.
María del Carmen Reyna
- ▶ **Las devociones cristianas en México en el cambio del milenio**, México INAH/Plaza y Valdés (Historia), 2002.
Mariano Monterrosa Prado y Leticia Talavera Solórzano
- ▶ **Entretenimientos literarios. Epistolario entre los bibliógrafos Joaquín García Icazbalceta y Manuel Zarco del Valle, 1868-1886**, México, INAH (Científica), 2003.
Emma Rivas Mata
- ▶ **Los inmigrantes en el mundo de los negocios, siglos XIX y XX**, México INAH/Plaza y Valdés (Historia), 2003
Rosa María Meyer y Delia Salazar (coords.)
- ▶ **El aroma del recuerdo. Narraciones de españoles republicanos refugiados en México**, INAH/Plaza y Valdés (Historia), 2003.
Dolores Pla Brugat
- ▶ **Repertorio de símbolos cristianos**, México, INAH (Obra varia), 2004.
Mariano Monterrosa Prado y Leticia Talavera Solórzano
- ▶ **Miguel Hidalgo: ensayos sobre el mito y el hombre (1953-2003)**, México, INAH/Fundación MAPFRE TAVERA, 2004.
Marta Terán y Norma Páez (comps.)

DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
Allende 172, Col. Tlalpan,
14000, México, D.F.
Tel: 50 61 93 00

DIRECCIÓN DE LA REVISTA:

Esteban Sánchez de Tagle

EDITORES:

Dolores Pla, Guillermo Turner,
Antonio Saborit, Esther Acevedo

CONSEJO EDITORIAL:

Clara García, Inés Herrera, Sonia Lombardo,
Elsa Malvido, Sergio Ortega, José Emilio Pacheco,
Roberto Sandoval

CONSEJO DE ASESORES:

José Aricó, Marco Bellingeri, Marcelo Carmagnani,
Juan Carlos Garavaglia, Enrique Montalvo, Enrique Semo,
Ilán Semo, Paco Ignacio Taibo II

Producción editorial: Benigno Casas

Cuidado de la edición: Héctor Siever y Arcelia Rayón

Diseño de cubierta: Efraín Herrera

Ilustración de portada e interiores: Viñetas de Luis Garcés,
tomadas de Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco,
artístico y monumental*, México, Imprenta Reforma, 1880-
1883. CORRESPONDENCIA: Apartado postal 5-119,
CP 06500, México, D.F., Tel: 50 61 93 00.

Historias, publicación cuatrimestral, abril de 2008.

Editor responsable: Héctor Toledano. Número de certificado
de reserva otorgado por el Instituto Nacional del Derecho
de Autor: 04-2008-012114374100-102. Número de certificado
de licitud de título: (en trámite). Número de certificado de
licitud de contenido: (en trámite). Domicilio de la publicación:
Liverpool 123, 2do piso, colonia Juárez, C.P. 06600, México,
D.F. Imprenta: Taller de impresión del INAH. Av. Tláhuac
3428, Culhuacán, C.P. 09840, México, D.F. Distribuidor:
Coordinación Nacional de Control y Promoción de Bienes
y Servicios del INAH, Nautla 131-B, colonia San Nicolás
Tolentino, C.P. 09850, México, D.F.

México pintoresco, artístico y monumental

Es una obra escrita por Manuel Rivera Cambas (1840-1917) y editada entre 1880 y 1883 por la Imprenta Reforma, con litografías realizadas por Luis Garcés en la imprenta litográfica de la Viuda de Murguía. Sí bien las litografías fueron ejecutadas en el último tercio del siglo XIX, nos dan una visión de la primera mitad de esa centuria, donde había un México en parte desaparecido, pero que sin embargo mantenía su aspecto virreinal. La obra se ocupa de la ciudad de México en el primero y segundo tomos, formando 73 fichas de diversos edificios. El segundo y tercer tomos se subdividen en siete partes, ocupándose de la ciudad de México, de los estados y territorios de la República mexicana. La obra da cuenta de 80 años de vida de la República.

Manuel Rivera Cambas, de origen jalapeño, se graduó de ingeniero en 1869 en la Escuela de Minas de la ciudad de México, y en ese mismo año fue corresponsal de la Sociedad Mexicana de Historia Natural en Veracruz. La revolución tuxtepecana lo llevó a la lucha armada y fue electo diputado al Congreso de la Unión por el distrito de Xalapa .

Las litografías que hoy publicamos en la revista *Historias* tratan de alejarse de la visión virreinal de la cultura para introducir escuelas, fábricas y estaciones de ferrocarril, temas vinculados con el México del Porfiriato. Rivera Cambas obtuvo mucha de su información de ancianos lugareños y de contemplar los edificios seculares.

Para él, examinar detenidamente la ciudad de México era un gozo donde encontraba belleza, regularidad y grandeza monumental, pero también veía sus defectos, sobre todo las entradas de las garitas, donde los soldados daban una pésima impresión.

Del litógrafo Luis Garcés tenemos menos información, pero a través de la obra podemos apreciar su conocimiento de litografías anteriores, ya que muchas de ellas son copias, tanto de pintores viajeros como de litógrafos anteriores. El uso de fotografías para producir las obras de regiones alejadas de la ciudad de México no debieron serle ajenas, ya que encontramos fotografías con los mismos parajes y desde las mismas posiciones que él dibuja en la plancha litográfica. Esto fue posible cuando la compañía de ferrocarriles contrató a un fotógrafo para llevar un registro de los avances de obra, así como de los peligros de la construcción de los grandes puentes necesarios para cruzar las barrancas que dividían los tramos por donde el ferrocarril debía pasar. Los álbumes sobre el ferrocarril preceden a *México pintoresco, artístico y monumental*.

Esther Acevedo



México, D.F.

ENERO-ABRIL DE 2008

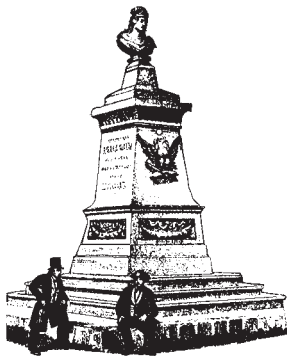
Historias

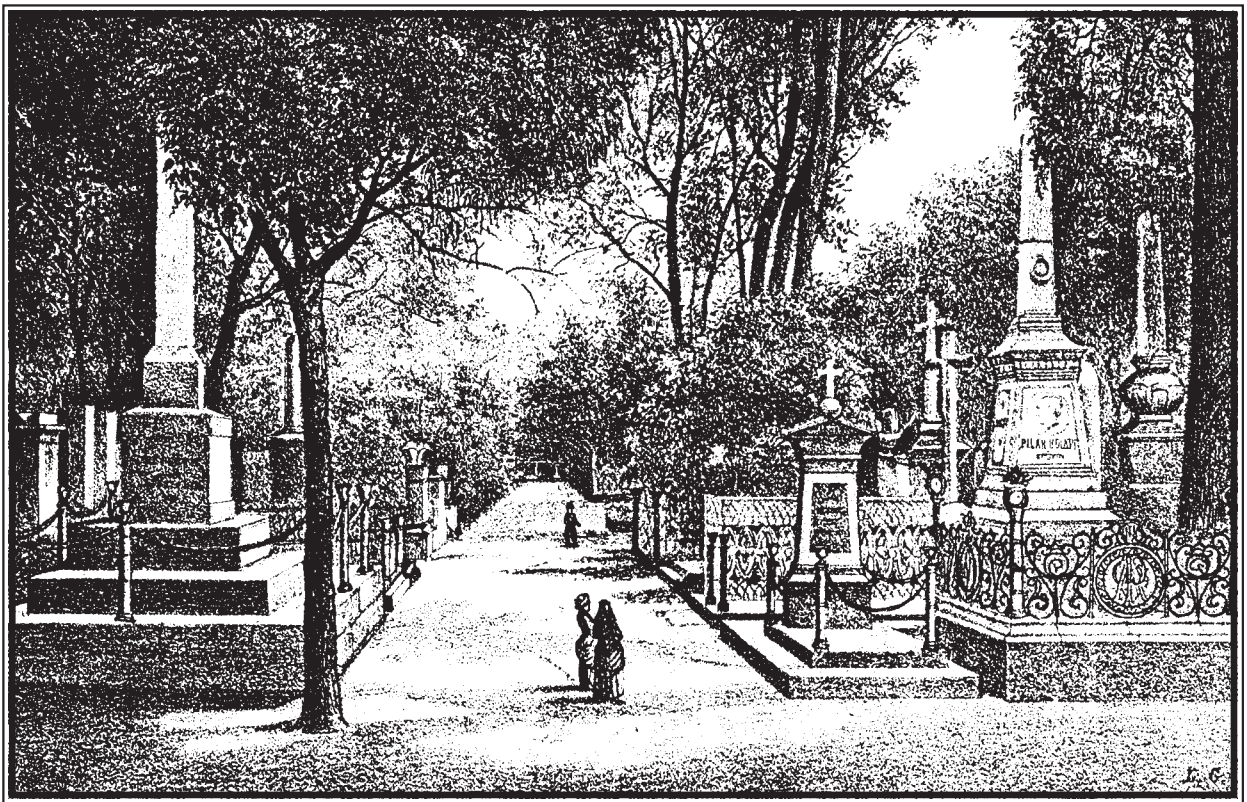
69

REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

ÍNDICE

ENTRADA LIBRE	
E.L. Doctorow	3
Elizabeth Hardwick	11
J.G. Frazer	19
ENSAYOS	
Víctor Gayol	
<i>Los gestores de los indios. La relación entre las comunidades litigantes y los juzgados de la real Audiencia a través de la correspondencia de Manuel Salvador Muñoz, indio cacique de Contla, 1788-1803</i>	37
José Ortiz Monasterio	
<i>Dos discursos patrios de Vicente Riva Palacio. Un caso para evaluar la aportación de la novela histórica como método de conocimiento</i>	57
Elisa Servín	
<i>Algunas ramas de un árbol frondoso: el cardenismo a mediados del siglo XX</i>	81
EUROPA, EUROPA	
Brian Hammett	
<i>Historias ficticias: el dilema de los hechos y la imaginación en la novela histórica del siglo XIX</i>	97
ANDAMIO	
Antonio Rubial	
<i>Invención de prodigios. La literatura hierofánica novohispana</i>	121
CARTONES Y COSAS VISTAS	133
RESEÑAS	143
CRESTOMANÍA	153
ABSTRACTS	159





Entrada libre

Apuntes sobre historia de la ficción ¿Quién cambiaría la *Iliada* por la “verdadera” fuente histórica?*

E.L. Doctorow

1

Algo como la guerra de Troya existió históricamente; de hecho, quizá varias guerras de Troya, pero nos fascina la que Homero escribió alrededor del siglo VIII a.C. porque es una ficción. Los arqueólogos ponen en duda el que una guerra haya empezado porque alguien llamado Paris secuestró a alguien llamada Helena en las narices de su esposo griego, o que fue un gran caballo de madera lleno de soldados el que finalmente conquistó el día. Y aquellos dioses especiales, que manejaban la guerra para su propio beneficio al desviar flechas, incitar la ira humana, conmover corazones y controlar la historia, podrían haber tenido a griegos y troyanos en eso por años y años, pero no tienen autoridad en nuestro mundo monoteísta y no han podido encontrarse indicios en las excavaciones del noroeste de Turquía, de donde los arqueólogos extraen restos, huesos y proyectiles de catapultas de lo que pudo haber sido la verdadera Troya.

Pero Homero (o la cuadra de poetas incorporados bajo el nombre de Homero) se dio a la fantasía politeísta o fue el genio que adaptó un sistema de metáforas cosmológicas que nadie —ni Dante, ni Shakespeare, ni Cervantes— ha igualado en locura imaginativa pura. Léanse los hexámetros de Homero y se encontrarán dioses hechos a la imagen del hombre: celosos, mendaces,

*Tomado de *The Atlantic*, Fiction Issue, 2006. La traducción es de Alma Parra.

*Lo que el hombre es capaz
[de hacer] por el poder, la muerte
y devastación monumental
desatadas al servicio de sus
malignos espíritus monárquicos,
queda confirmado por los eventos
de ese siglo XV.*

erotizados, dispuestos a la venganza, sabelotodo en relación con su sexo, con aptitudes que les dan un poder que ejercen tanto en el cielo como en la tierra.

Pero ¿quien cambiaría la *Iliada* por el dato histórico? La evidencia sugiere que la épica homérica fue transmitida durante generaciones a través de la tradición oral. Los hechos históricos llegaron a través de los tiempos al fundirse en una cegadora revelación poética.

2

Una Sociedad Ricardo III en Inglaterra (con sucursal en Estados Unidos) podría recuperar el buen nombre real del daño hecho por las calumnias de la obra de Shakespeare. Shakespeare derivó el retrato de su rey contrariado y asesino serial de las *Crónicas* de Raphael Holinshed, autor que estaba fuertemente influido por el recuento de Tomás Moro, un propagandista de los Tudor, de los Tudor que, entre otras cosas, habían acabado con la dinastía Plantagenet, y con Ricardo mismo, en la batalla en Bosworth Field en 1485.

Los ricardianos argumentan que su rey no era la criatura deformada retratada por Shakespeare. Dicen que los asesinatos atribuidos a Ricardo —específicamente los de sus dos sobrinos encarcelados en la Torre— no han sido probados. Tienen evidencia de que fue un buen rey que gobernó sabiamente. Pero al margen de quién y cuán injustamente mitificado haya sido Ricardo, él es ahora, y ha sido por siglos, el polvo al que todos regresamos, y para la autorreflexión de toda la humanidad hay una verdad más grande en la visión shakespeareana de su vida que la que un simple puñado de hechos puede traer a colación. La enorme popularidad de esta obra del gran guñol, desde su primerísima puesta en escena hasta nuestros días, proviene de la realidad que representa: la de que todos los hombres reclaman para sí el derecho prioritario de existir. Nosotros sólo reconocemos en parte que a partir de nuestra extraña fascinación por este asesino de hombres, mujeres y niños, inmensamente vital y vengativo, llegamos a saber que el suyo es el modelo de alma atormentada que nunca encuentra refugio del invierno de sus desengaños.

Lo que el hombre es capaz [de hacer] por el poder, la muerte y devastación monumental desatadas al servicio de sus malignos espíritus monárquicos, queda confirmado por los eventos de ese siglo XV. Por tanto, si al *Ricardo III* de Shakespeare no se le reconoce su enseñanza, la identificación profética de este tipo de posibilidades humanas queda plasmada en su lenguaje inigualable.

3

El personaje de Napoleón en *Guerra y paz* de Tolstói es descrito más de una vez con sus “manitas regordetas”. Además “no se sienta firmemente en la montura”. Se dice que era “chiquito”, con “muslos gordos”, “piernas cortas” y un “estómago rotundo” Y se sienta en la corte oliendo a “agua de colonia”. El asunto aquí no es la precisión de la descripción de Tolstói —parece que no se aleja mucho de las descripciones no ficticias—, pero sí su selectividad: hay otras cosas acerca del hombre que pueden decirse y no se dicen. Tenemos que entender la incongruencia de un emperador guerrero en el cuerpo de un francés pequeño y gordo. El Napoleón de Tolstói podría ser un maquillado vago de *boulevard* metiéndose una pizca de rapé en la nariz, y ese es el punto. Las consecuencias de tal disparidad entre forma y contenido se cuentan en soldados muertos esparcidos a lo largo del continente europeo.

La estrategia, tanto del novelista como del dramaturgo es ésta: construir un símbolo físico de la naturaleza moral del personaje. Así resulta que, como Tolstói lo pone, Napoleón es un megalómano, presumido y pomposo. En una escena del libro III de *Guerra y paz*, mientras la guerra ruso francesa llega al año crucial de 1812, Napoleón recibe a un emisario del zar Alejandro, un general Balashev, que se presenta con los términos de la paz. Napoleón se enardece: ¿que no tiene él un ejército numéricamente superior? Es él, no el zar, quien tiene que dictar los términos. Habiendo sido arrastrado involuntariamente a la guerra, él destruiría toda Europa si su voluntad era contrariada. “¡Eso es lo que se habrán ganado por hacerme a un lado!”, grita. Y entonces Tolstói escribe, Napoleón “caminó silenciosamente varias veces por todo el cuarto retorciendo sus hombros gordos”.

Incluso después, tras consolarse al desfilar ante las masas adoradoras, Napoleón invita al apabullado general Balashev a cenar: “levantó su mano hacia ...la cara del ruso”, escribe Tolstói,

[...] y tomándolo de la oreja se la jaló suavemente [...]. El hecho de que el emperador le jalara las orejas a alguien era considerado como el más alto honor y un signo de distinción en la corte francesa. “Y, bien, cortesano, adorador del zar Alejandro ¿por qué no dices nada?” dijo Napoleón, como si fuera ridículo que en su presencia fuera adorador de alguien más que no fuera él mismo.

Tolstói hizo su investigación, pero la composición es suya.



4

Homero era Homero, un poeta de la Edad de Bronce. En la Edad de Bronce los cuentos eran la fuente primaria para hacer historia y transmitir conocimiento: eran la memoria pública, preservaban el pasado, instruían a los jóvenes y creaban la identidad comunitaria. Eso nos prepara para hacer concesiones, las que también hacemos con esos otros escritores de la época, los escritores y redactores de la Biblia hebrea. Para ellos, como para Homero, no había nada parecido al discurso meramente factual, no existía un conocimiento aprendido de la observación del mundo natural que no fuera creencia religiosa, no había historia que no fuera leyenda, no había información práctica que no resonara como lenguaje oratorio. El mundo se percibía como encantado.

En la *Iliada* hay muchos dioses, en la Biblia es un solo Dios al que los escritores le otorgan autoría. Pero bajo muchos dioses o bajo un solo dios, se presume que los cuentos relatados durante este tiempo eran verdaderos por el hecho de ser contados. El mero acto de contar un cuento llevaba la presunción de verdad.

También hacemos concesiones a Shakespeare, pero por la simple razón de que es Shakespeare. En tiempos de la época isabelina la inspiración religiosa se había empezado a convertir en algo distinto al hecho científico, la verdad era algo que debía probarse a través de la observación y la experimentación, y el acontecimiento estético era una producción autoconciente. La realidad era una cosa y la fantasía otra. Dios se institucionalizó, y en un mundo despojado de su encanto por el racionalismo y el conocimiento empírico, los cuentos dejaron de ser el medio principal de conocimiento. Los cuentistas fueron vistos como mortales, aunque algunos se convirtieron en inmortales, y un cuento podía ser verosímil, pero ya no por el mero hecho de ser contado.

Actualmente nada más los niños creen que los cuentos son verdaderos sólo por el hecho de ser contados. Los niños y los fundamentalistas. Y dos mil años son la medida del debilitamiento de la autoridad del cuento.



5

El siglo XIX indica más nítidamente, que la época isabelina, el anhelo del escritor mortal de conservar el lugar de su historia como una revelación de Dios. El Napoleón de Tolstói marcha dentro de un volumen de unas 1300 páginas. No es el único personaje históricamente verificable. También está el general

Kurtuzov, el comandante en jefe de las fuerzas rusas, el zar Alejandro, el conde Rostopchin, el gobernador militar de Moscú y así otros tantos. Se les presenta como si no tuvieran un protoplasma diferente al de los personajes ficticios de las familias de Tolstói. La fusión del hecho y la ficción existe en un mundo panorámico, como en *La cartuja de Parma* de Stendahl o en la saga de espadachines de Alejandro Dumas, *Los tres mosqueteros*, donde aparece el histórico cardenal Richelieu, y de forma no muy favorecedora.

En Estados Unidos, la audacia histórica de los novelistas tiende a ir un paso atrás. En *El romance de Blithedale*, sobre el verdadero experimento trascendentalista de Brook Farm, Hawthorne dibuja un retrato severo de la profeminista Margaret Fuller, pero le cambia el nombre. Así consigue la circunspección, o la sonrisa socarrona de la novela en clave. Pero una audacia distinta, como principio de trabajo, se encuentra en una novela de la guerra civil como *La roja insignia del valor*, de Stephen Crane, una historia notable escrita por un supuesto testigo que nunca estuvo ahí. Y el proyecto más estrafalario de todos es, por supuesto, *Moby Dick*, de Melville, donde el dios bestia, regente de un universo indiferente, se compone de los desechos deleznable del oficio del comercio de la caza de ballenas.

Una creencia común a todos los grandes practicantes del arte narrativo del siglo XIX es la del poder permanente de la ficción como un sistema de conocimiento legítimo. Mientras que el escritor de ficción de cualquier tipo puede ser visto como un transgresor arrogante, inmoral mezclador de géneros, dado a las redadas fronterizas y a la invasión de territorios, no es más que un defensor de un sistema arcaico de organización y almacenamiento de conocimiento de lo que llamamos cuento. Partidario de corazón de la Era de Bronce, sobrevive con base en el discurso total que antecede a los vocabularios especiales de la inteligencia moderna.

La pregunta adecuada aquí es si se justifica su fe en el oficio. Mientras los cuentistas bíblicos atribuían su inspiración a Dios, los escritores, desde entonces, parecen encontrar un poder personal en la forma imaginativa de pensar —una fluidez mental que no siempre le advierte al escritor acerca de las noticias que lleva—. Mark Twain decía que nunca había escrito un libro que no se escribiera a sí mismo. Y Henry James, alguien no menos ilustre en la disciplina, en su ensayo “El arte de la ficción” describe este otorgamiento de poder como “una inmensa intuición... que acerca las más tenues insinuaciones de la vida... y convierte los simples golpes del aire en revelaciones”. Lo que finalmente el novelista es capaz de hacer, dice James, “es predecir lo que no se ha visto a partir de lo visto”.

Lo que finalmente el novelista es capaz de hacer, dice James, “es predecir lo que no se ha visto a partir de lo visto”.

Por supuesto que el escritor tiene la responsabilidad, ya sea como intérprete solemne o como escritor satírico, de componer para cumplir con el objetivo de revelar la verdad.

Este don de la práctica parece provenir de su naturaleza inherentemente solitaria. Un escritor no tiene méritos salvo los que se otorga él mismo. Pese a nuestros programas universitarios de escritura creativa, no hay nada que autorice a un escritor a escribir, no existe un equivalente al grado de médico, o una licenciatura en leyes o a un doctorado en biología molecular o teología. Los escritores están solos. No tienen especialidad. Son libres. Pueden recurrir a los descubrimientos científicos, la poesía o la teología. Pueden mimetizarse con los antropólogos, reportear como periodistas, pueden confesar, filosofar, mirar lascivamente como pornógrafos o convertirse en niños asombrados. Son libres de echar mano de leyendas, mitos, sueños, alucinaciones y de los murmullos de los pobres locos en las calles. Todo cuenta, cada vocablo. Cualquier tipo de información es harina de ese costal. Nada queda fuera, por supuesto la historia menos.

Durante un lapso de aproximadamente treinta años, los novelistas y los dramaturgos han cruzado en multitudes hacia el reino de la historia (el *por qué* sólo concierne a los académicos literarios. Aunque en décadas anteriores se haya presenciado una especie de acordonamiento alrededor de la ficción, conforme los medios, las ciencias sociales y el periodismo se mudaban hacia su territorio). Los dobles de Lincoln han aparecido en novelas recientes, personajes tan diversos como Sigmund Freud, Edgar J. Hoover, y Roy M. Cohn han aparecido con diálogos, e incluso se han escrito novelas acerca de escritores —Virginia Woolf y el mismo James, por ejemplo— lo que, supongo, es mera justicia poética.

Por supuesto que el escritor tiene la responsabilidad, ya sea como intérprete solemne o como escritor satírico, de componer para cumplir con el objetivo de revelar la verdad. Pero eso se lo exigimos a todo artista creativo, cualquiera que sea el medio que use. Además, un lector de ficción que encuentra un personaje público en una novela diciendo y haciendo cosas que no se han dicho en otro lado, sabe que está leyendo ficción. Sabe que el novelista aspira a que su mentira alcance una verdad más grande de lo que es factible por medio del recuento de hechos. La novela es una producción estética capaz de representar una figura pública tan fielmente como una pintura de caballete.

La novela no se lee como los periódicos, se lee como fue escrita, en un espíritu de libertad. Que una figura pública haga una ficción de sí misma mucho antes de que el novelista llegue a ella va más lejos de este punto. Una vez que la novela está escrita la interpretación está hecha, la presencia histórica se duplica. Ahí están la persona y el retrato. No son lo mismo, ni pueden serlo. Y si la Sociedad Ricardo III lo explica, no habrá dos Ricardos III

ni se estorbarán uno al otro. Si no hay una sola novela sobre Lincoln sino docenas de ellas, la multiplicidad de interpretaciones encontrarán una imagen más cercana a un holograma tridimensional, en lugar de la plana que hay en el lienzo.

Es posible que en los bares se hagan chismes alrededor de personajes históricos o sean retratados seriamente en composiciones en prosa, pero en cualquier caso son, inevitablemente, sacrificios a la vida imaginativa de las naciones.

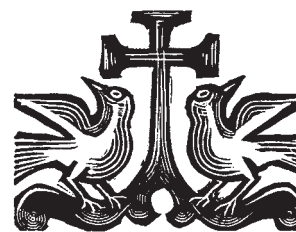
6

Y a todo esto, ¿dónde quedan parados los historiadores auténticos? Aunque los académicos de la Asociación Americana de Historiadores probablemente piensen que el novelista que usa fuentes históricas es una especie de trabajador indocumentado que se brinca la frontera de noche, los escritores de narrativa están facultados naturalmente, cualquiera que sea su vocación.

Roland Barthes, el difunto crítico estructuralista francés, en su ensayo titulado “Discurso histórico”, concluye que la metáfora estilística de la historia narrativa, la llamada voz objetiva, “se convierte en una peculiar forma de ficción” en la medida en que cualquier escrito tenga una voz, la voz objetiva, impersonal, del historiador narrativo es su herramienta.

La supuesta facticidad apoya al cúmulo de documentos de que dependen los historiadores, y por ello aceptamos esa voz. Es la voz de la autoridad. Pero ser tajantemente objetivo es no tener identidad cultural, es existir en tal soledad existencial como para no tener un lugar en el mundo.

Los historiadores investigan cuanta fuente pueden, pero ellos deciden lo que es y no es relevante en su empresa. Tenemos que reconocer el grado de creatividad de esta profesión, que va más allá de la erudición inteligente y asidua. “Los datos no existen por sí mismos”, decía Nietzsche. “Para que un dato exista debemos otorgarle significado”. La historiografía, como la ficción, organiza su información para demostrar una intención”. La matriz cultural en que trabaja el historiador va a condicionar su pensamiento, hablará por su tiempo y espacio de acuerdo con los hechos que saque a la luz y los hechos que deje en la oscuridad, a los hechos que haga existir y a los hechos que mantenga sin forma, nonatos. El recuento histórico sufre un constante proceso de revisión, y este proceso no consiste solamente en descubrir evidencia adicional para corregir el registro actual. Benedetto Croce, el filósofo, dice en *La historia como hazaña de la libertad*, que “independientemente de lo lejano que parezcan los acontecimientos en el



La consanguinidad de historiadores y novelistas se puede ver en los esfuerzos recientes de distinguidos historiadores que, sintiéndose constreñidos por su propia disciplina, se han dedicado a escribir novelas.

tiempo, cada juicio histórico tiene que ver con situaciones y necesidades presentes”. Es por ello que la historia tiene que escribirse y reescribirse de una generación a otra. Sin embargo, todos reconocemos la diferencia entre buena historia y mala historia, de la misma manera en que distinguimos una novela buena de una mala.

El historiador académico y el indocumentado novelista hacen causa común como artesanos de la Ilustración. Se enfrentan a una historia tan falsa como la traducción que el poder hace de ella, que se pervierte cuando sirve a fines políticos, o que se machaca como un mito utilizable por aquéllos que sacan provecho de su maleabilidad. Ya que la “historia” no es, por supuesto, sólo observación de tipo académico, es candente en todo momento y todo lugar. Orwell decía en 1984: “aquel que controla el pasado controla el futuro”. Así que existen historias escritas por líderes políticos electos y no electos, por superpatriotas, por sucios embusteros, por xenófobos o por cualquier otro astuto ejemplar de pensamiento reduccionista; historia como la que escriben los teóricos sociales impulsados por la ideología, los escritores de libros de texto sometidos a las presiones que ejerce su comunidad, los hombres de estado jubilados, que dan la mejor versión de sus lamentables logros y los acólitos fervientes de uno u otro culto religioso.

El novelista no está solo cuando entiende que la realidad se adapta a cualquier construcción que se le imponga. Tanto el historiador como el novelista trabajan desmontando el conjunto de ficciones de su sociedad. La erudición del historiador hace esto poco a poco, mientras el novelista lo hace de manera abrupta, desde sus imperdonables (pero emocionantes) transgresiones, conforme se abre camino hacia, alrededor y por debajo del trabajo del historiador. Dándole vida con las palabras que se convierten en la carne y en los huesos de personas que sienten.

La consanguinidad de historiadores y novelistas se puede ver en los esfuerzos recientes de distinguidos historiadores que, sintiéndose constreñidos por su propia disciplina, se han dedicado a escribir novelas. Un biógrafo presidencial descubrió que no había mejor modo de lograr su objetivo que el de rendirse ante los impulsos inexplicables de su imaginación. No debemos sorprendernos por el cruce de estas fronteras. ¿Quién de los escritores de cualquier género no desearía ver lo visto en lo no visto?

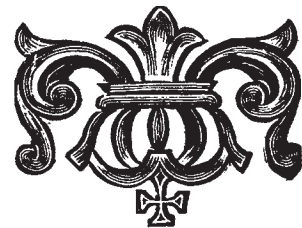
Edmund Wilson: una celebridad en su mesa de trabajo

Elizabeth Hardwick

Este ensayo, en torno al estudio de Jeffrey Meyers: *Edmund Wilson. A Biography* (1995), apareció originalmente en la entrega del 8 de mayo de 1995 de la revista *The New Yorker*. Traducción de Antonio Saborit.

A Edmund Wilson, uno de los grandes hombres de letras de Estados Unidos, en ocasiones se le recuerda como una persona autocrática e intimidatoria. Mi propio recuerdo, que no es de los más íntimos, es el de un caballero alegre, risueño, corpulento, que vestía buenos trajes cafés y bebía martinis dobles. Como crítico literario y cultural, Wilson sacó más de dos docenas de libros sobre una variedad impresionante de temas. Y aparte de eso, parece que se han reunido y publicado todos los apuntes de sus diarios, memorias y cartas. Wilson escribió sobre sí mismo, sus amigos, sus esposas, sus romances, sus días y sus noches —transformando en ocasiones sus observaciones en relatos o ensayos, pero más a menudo conservándolos simplemente en sus voluminosos apuntes diarios—. Como el autor dejó tan pocos huecos en el registro de su vida, no es sorpresa que la biografía de Jeffrey Meyers sea la primera que se le dedica.

Que en este caso se trate de una “primera biografía” es raro para el tan productivo Meyers: él ha escrito otras ocho, cuyos sujetos incluyen a Joseph Conrad, D. H. Lawrence, Robert Lowell y Katherine Mansfield. En este campo de estudio, cada nuevo estudioso tiene que explorar las tumbas faraónicas ya saqueadas en busca de alguna joya inadvertida por los ojos de piedra preparados para la eternidad; y lo anterior resulta cierto hasta para una primera biografía cuando el sujeto es un documentalista tan preciso como Edmund Wilson. Tal vez haya



una o dos cartas inéditas, cierto conocido sin entrevistar, alguna singularidad recordada vagamente por un desconocido que pasaba; o tal vez la compulsión por anatomizar la “vida” de un autor célebre sea más fuerte que cualquier deseo de novedad. La gestión de Meyers es una especie de gestión como de línea de ensamblaje, la cual mezcla las discusiones sobre los libros de Wilson con el calendario de los acontecimientos del tiempo. El juicio crítico lo dan las reseñas que yacen en el ático de las revistas y los periódicos.

Si Meyers ha sido el primero en llegar con la biografía de Wilson, hay otros que le siguen de cerca. El académico Lewis Dabney trabaja desde hace algunos años sobre Wilson, y se sabe que su trabajo está “autorizado”. No siempre es claro el significado de tal distinción. ¿Hay que pensar que se trata de algo semejante al sello de aprobación de la reina de Inglaterra en el jabón Pears? Para un biógrafo, la autorización al parecer indica el apoyo de la familia o de los herederos, y con ella el acceso a papeles, cartas, borradores, mementos y fotografías que no están al alcance de todo el mundo. Pero hoy en día los restos archivísticos de un autor famoso están en manos de bibliotecas o de otras instituciones de investigación, de suerte que están al alcance de académicos y de otras personas con buenas credenciales. Así que las biografías salen una tras otra. Aunque escribir biografías es algo absorbente, rara vez son una rica fuente de ingresos; pero si uno se pone a pensar a quién, exactamente, van dirigidos los esfuerzos de un biógrafo, la respuesta es siempre esta: al siguiente biógrafo.

W. H. Auden, George Orwell y T. S. Eliot son algunos de esos autores que han pedido que no se les haga una biografía. Son como los viejos vagabundos que salen en el camino en los relatos rusos gritando “¡Ten piedad de mí, buen amigo!”. La súplica al parecer no se ha oído como un grito pavoroso en la noche inminente sino como una impertinencia, como una provocación incluso. Cada uno de ellos tiene su biografía, y no una sino varias, con las “interpretaciones” de la vida de Eliot que van a dar inevitablemente con *Tom and Viv* en el escenario y en la pantalla. El escándalo —o los comportamientos imprudentes, cuando menos— está en la mayoría de las vidas, igual que los registros ancestrales. Sí ocurrió, ¿no es verdad?, ese momento inesperado o la indiscreción duradera. Y el biógrafo avanza, como bajo juramento para dar fe hasta del menor detalle sobre su sujeto. Desde luego, Wilson iba un paso adelante de sus biógrafos, registrando él mismo la mayoría de sus indiscreciones.

De vivir hoy, Edmund Wilson tendría cien años. Para celebrar este centenario se han organizado festejos, mesas redondas, evocaciones y ensayos críticos, y la biografía de Meyers es en sí misma un intento de conmemoración. Red Bank, Nueva



Jersey, fue la escena del nacimiento de Wilson, y se podría decir que él puso el pueblo en el mapa. Un tatarabuelo por el lado materno, en Kimball, se casó con una Mather de Nueva Inglaterra. El libro de Meyers comienza diciendo que los “ancestros [de Wilson] oficiaron en los altares del conocimiento y cometieron asesinatos en el nombre de Dios”. Es una frase con un giro impactante, pero escrita, aunque Meyers no lo diga, por el mismo Wilson, en una carta de 1922 a F. Scott Fitzgerald —circunstancia que parece ilustrar el poder infiltrativo de las autorrepresentaciones de Wilson—. Meyers sigue: “Descendía de Cotton Mather, un puritano del siglo XVII, divino y estricto cazador de brujas durante los juicios de Salem, y compartía muchas de las características de su eminente antecesor: el intelecto, el gusto por los libros, la habilidad lingüística, el temperamento, la energía, la productividad y la multitud de matrimonios”.

Wilson, en efecto, compartía el conocimiento y la enorme productividad de su ancestro y se las arregló para superarlo en el rubro de las esposas, con cuatro. Tal vez la entrada del libro de Meyers no sea tanto para indicar la lucidez intelectual de los dos, como para avisar al lector de “un estilo arrogante y de una agresividad en la polémica” cosanguíneos. Como haya sido, el temperamento de Wilson no era el de un habitante de la Nueva Inglaterra del siglo XVII, ni de la del XX, para sentir la atracción de la religión. “Te equivocas, y siempre te has equivocado, al pensar que yo soy en cierto modo cristiano”, le escribió en una ocasión a Allan Tate. “El cristianismo me parece la peor de las imposturas en las religiones que yo conozco”.

Wilson fue hijo único, pero tenía una populosa familia en conexiones. En su primer viaje a Europa, cuando tenía trece años, el grupo era grande, el cual incluía padres, tíos y tías, y primos. El diario en el que el niño registró la suerte de cada uno de ellos está impreso en su obra autobiográfica *A Prelude*, la cual le lleva hasta su baja del ejército en 1919. El *Edmund Wilson* (Houghton Mifflin, 1995) de Meyers sigue más o menos la organización cronológica que Wilson emplea en *A Prelude*.

Desde luego que Wilson alguna vez fue joven, pero no era muy parecido a otros jóvenes. Era desmañado y robusto, bajo de estatura (medía 1.65 ms.), e inmune a la atracción de los deportes de competencia. En The Hill School, en Pottstown, Pennsylvania, Wilson estudió latín, griego y francés —sin obtener calificaciones muy buenas, nos dice Meyers, aunque fincando las bases de su interés en las lenguas—. Fue a Princeton, donde escribió y estudió, e hizo amigos, sobre todo Scott Fitzgerald y el académico Christian Gauss. La vida social de Princeton se centraba en los “clubes de comida”. “Esos clubes son muy interesantes”, escribió Wilson en una memoria. “Como no jugaba billar o bridge, en la casa club yo no tenía nada que hacer más

Como haya sido, el temperamento de Wilson no era el de un habitante de la Nueva Inglaterra del siglo XVII, ni de la del XX, para sentir la atracción de la religión.

*Meyers dedica una gran atención lo mismo a los asuntos literarios que a los amorosos. En efecto, los logros de Wilson como crítico literario a veces se opacan por asuntos más controvertidos: su tormentoso matrimonio con Mary McCarthy, por ejemplo, o sus escritos sobre sexo, sobre todo en *Memoirs of Hecate County*.*

que irme a sentar, lo que llegué a hacer a veces en el invierno, frente a nuestra enorme chimenea y leer revistas y periódicos”. Raro como pudo ser, al parecer Wilson no se sentía como una persona rara ni padeció vergüenza o ansiedad por su naturaleza o por lo que él pudiera parecerles a los demás.

Meyers dedica una gran atención lo mismo a los asuntos literarios que a los amorosos. En efecto, los logros de Wilson como crítico literario a veces se opacan por asuntos más controvertidos: su tormentoso matrimonio con Mary McCarthy, por ejemplo, o sus escritos sobre sexo, sobre todo en *Memoirs of Hecate County* [*Memorias del condado de Hecate*, traducción de José M. Álvarez]. McCarthy escribió en sus propias memorias cómo detestaba el cuerpo y el alma de Wilson —un cuerpo y un alma con los que ella estaba bien familiarizada, pues en 1938 accedió a ser su esposa—. En sus narraciones, McCarthy disfrazó a Wilson en retratos satíricos, aunque la idea que ella tenía de los disfraces no va más allá de los lentes oscuros. Se divorciaron después de siete años, durante los cuales ella le dio un hijo y después de lo cual siguió escribiendo y tuvo dos maridos. Un matrimonio, por bien librado que se haya salido, queda en el recuerdo mucho más tiempo que una gripe; aún así, la preocupación de McCarthy con su matrimonio con Wilson es extrema. “Ella le siguió clavando alfileres, como si se tratara de un fetiche pagano, para exorcizar su influencia diabólica”, escribe Meyers.

No es que Wilson, en su autorretrato, salga como una criatura absolutamente encantadora. ¿En qué pensaba al volver a casa tras algún encuentro sexual y despertar a la mañana siguiente y anotar todo en su diario? Desde luego que pensaba en él mismo, el actor principal en el drama, el “Yo”. Sin embargo, la tarea de registrar una compañía sexual requería el “Yo” para representar las sensaciones de “ella”. De Frances —una ucraniana a quien conoció en un baile, y quien fuera modelo de Anna, el vaso de la sexualidad en *Hecate County*— escribió que el *cunnilingus* la hacía “desfallecer de placer”, y agregó sobre “su pequeña boca bajo los húmedos besos de mi boca y mi dedo en su breve, húmedo, coño frotando su punto más sensible”. La pobre de Frances le dio a Wilson una gonorrea al mismo tiempo que un autodesagravio; tal parece que Wilson nunca se dio cuenta de la notable habilidad para disimular que habían adquirido las mujeres golpeadas por la vida, como Frances —por no mencionar a las mujeres de buena cuna—. La voracidad étlica no podía ser un acompañante ideal para Eros, pero él, al menos, parece que la pasaba bien.

Memoirs of Hecate County, una obra de ficción, más o menos, apareció en 1946, unos meses antes de la boda de Wilson con la guapa, cosmopolita y fiel Elena Thornton. El libro, armado a partir de cinco relatos y una *novella*, estuvo prohibido durante

algún tiempo, pero sobrevivió, y tal vez todavía se lea por su propia reputación para lo lascivo, así como también por su genuino interés. Fue una obra extraña, por añadir algo a una ya larga e imponente lista de estudios literarios y culturales. *The Princess with the Golden Hair* [*La princesa del cabello de oro*, traducción de José M. Álvarez y Ángela Pérez] como se llamaba la *novella*, provocó un buen número de reseñas desfavorables aunque divertidas. La “princesa”, una remota y perturbadora belleza tipo pre rafaélita a quien desea el narrador, no provocó el mismo interés en muchos lectores, a pesar del completo catálogo de sus encantos, expuesto en una ocasión: “Su pequeño coño estaba enclavado tan profundamente que casi no tenía nada que ver con lo que ocurría, y ella me hacía moverme al hacer algo especial y gentil que, sin embargo, no hacía presión en ese punto, frotándose en cierto modo contra mí —y luego se venía, con un estremecimiento de autoexcitación—”. El término “clínica” se aplicó a la escritura sexual en la narración y también a los diarios de Wilson. Cyril Connolly pensaba que las fornicaciones tenían “una especie de monotonía insectívora”; Raymond Chandler dijo que Wilson se las arregló para hacer de “la fornicación algo tan aburrido como un itinerario de ferrocarriles”.

Otras dos tempestades alteraron la paz de la vida de Wilson. Una fue su batalla con el Internal Revenue Service [Servicio de Recaudación Interna], pues entre 1946 y 1955 Wilson no llenó recibos de honorarios. En 1958 recibió una noticia amenazadora del gobierno, y al año siguiente dio comienzo el sitio. Tal vez él sintiera que como independiente, autoempleado productor de bienes y todo lo demás, no fuera un asalariado, a quien se le exigía entregar una pensión asignada con gravosa regularidad. La idea de protestar por el uso de los impuestos de la nación para la guerra fría y otras “malas atribuciones” —como las describiría— acaso se le ocurrió más adelante, aunque su desprecio por el militarismo era sincero y vehemente. Aún así, el asunto fue una comedia en el sentido operístico, con un héroe distraído, desgredado, y unos bribones en busca de oro debajo del colchón.

Otra comedia, más interesante desde la perspectiva de la historia literaria y del desempeño personal, fue la polémica de Wilson con Vladimir Nabokov, su amigo por veinte años, sobre la traducción del ruso al inglés que hizo Nabokov del *Eugene Onegin* de Pushkin. Wilson había empezado a estudiar ruso después de su estancia en la Unión Soviética en 1935, y a finales de los años treinta practicaba con amigos ruso parlantes en Wellfleet, Massachusetts. Así que cuando Nabokov publicó su traducción en 1965, Wilson se sintió ampliamente calificado para juzgar este esfuerzo. (En *The Triple Thinkers* el propio Wilson tradujo “El jinete de bronce de Pushkin” “en prosa



sobre una base yámbica”.) Al poco tiempo las páginas de las revistas se plagaron hasta el cansancio con las pontificaciones de Wilson y Nabokov sobre los rasgos fonológicos y las tradiciones prosódicas del ruso y del inglés, así como también sobre las cualidades personales y literarias de cada uno de ellos.

Veinte años antes, Wilson había reseñado un libro de Nabokov sobre Gogol —una de las obras más intensas y originales jamás producidas por un escritor sobre otro— con un grado generoso de aprecio y muy pocas reservas. Esas reservas son la clave de una diferencia irreconciliable entre la sensibilidad de los dos escritores. A Wilson le molestaban las “poses, perversiones y vanidades” de Nabokov, cuando esas “perversidades” —la cascada imaginativa de imágenes y diversiones— son la gloria de la escritura de Nabokov. Tras la aparición de *The Real Life of Sebastian Knight* en 1941, Wilson se sintió generalmente “decepcionado” de la obra de Nabokov. Diez años después, pasó por alto *Lolita*: “Me gusta menos que cualquier otra de las cosas que te he leído”.

Patrotic Gore arroja alguna luz sobre la insatisfacción de Wilson. El libro, un impresionante monumento en la cultura nacional de Estados Unidos, es un estudio sobre la literatura de la guerra civil, publicado por Wilson en 1962 tras años de trabajo. En un capítulo sobre la prosa en Estados Unidos, Wilson desarrolla el argumento de que la escritura abandonó los parámetros cultos del siglo XVIII, y que en la primera mitad del siglo XIX cayó en exageraciones deplorables y exhibiciones retóricas, surgidas de modelos como el sermón y el discurso. Son severísimos los elogios que hace Wilson del estilo prosístico de algunas de nuestras obras maestras, y lo mismo puede ser una condena del estilo de Nabokov:

No hay nada en las narraciones de Hawthorne que anime al lector: en el relato mismo de *La letra escarlata*, párrafos y frases, escritos tan deliberada y fastidiosamente, son tan flojos como la introducción con su retrato de la vieja aduana. El viaje del *Pequod* en *Moby Dick*, no obstante la variedad de incidentes y su evolución hacia un final dramático, es una construcción de bloques bien atados que hay que superar uno por uno; las grandes unidades de *Billy Budd*, aun más densas, la convierten en una de las obras más inapropiadas para leer en cama por la noche, pues es muy fácil perder la conciencia a la mitad de una de esas unidades.



En la opinión de Wilson, hizo falta la tragedia de la guerra civil para precipitar un rompimiento con la grandilocuencia y devolver a la prosa de Estados Unidos las virtudes de la sobrie-

dad, de la tersura y de la precisión. (Entre las obras que a él le parecen ejemplares de estas virtudes son los cuentos de Ambrose Bierce y el discurso de Gettysburg de Lincoln.) De hecho, las propias composiciones de Wilson son una maravilla de claridad y equilibrio, listas para expresar la enorme capacidad de su mente y de su experiencia, ya sea que el tema sea un libro, una obra de literatura, la revolución rusa o los rollos del Mar Muerto.

Tanto la fuerza como el límite de la sensibilidad crítica de Wilson tal vez estén mejor ilustradas por el capítulo sobre Charles Dickens en *The Wound and the Bow* [*La herida y el arco*, 1941, traducción de Marcelo Uribe]. Este ensayo se mueve entre el desafío de las novelas y de la vida de Dickens con una serenidad especulativa e indagatoria que resulta admirable de todo a todo. El título de la colección lo sugirió la obra de Sófocles, *Filoctetes*, y el tenor temático consiste en que los sufrimientos y los traumas en las vidas de los artistas tienen una conexión profunda con la liberación de la creatividad. En el caso de Dickens, la “herida” que Wilson explora es bien conocida: la familia pasó por tiempos difíciles, y al niño lo sacaron de la escuela y lo metieron a trabajar en una fábrica de grasa de zapatos —un cambio cruel, degradante y siempre dañino—. Aun cuando el mayor Dickens recibió un legado, la familia no sacó inmediatamente al niño de la fábrica y lo devolvió a la escuela —un lapso que él nunca pudo perdonar—. Esta “herida” en su juventud es vista de manera natural como la base para el odio de Dickens hacia la crueldad hacia los niños y su desprecio por las bellaquerías, los fingimientos sociales e intelectuales, la usura y la mentira —todos ellos corporeizados en un grupo de personajes, un ejército que invade Londres—. Estos personajes tienen sus opuestos en pequeños y a veces grandes personajes buenos, sufridores, generosos. De hecho, Wilson ve la herida de la infancia de Dickens como explicación precisamente de su dualidad, y de la inhabilidad correspondiente de Dickens para crear personajes con motivos mezclados.

Así que ahí está la “herida” pero ¿dónde está el “arco”, en el ensayo de Wilson, el estilo de Dickens? El lector no encuentra una sola palabra sobre el flujo imparable de adjetivos, metáforas y símiles del escritor. Y la falta de interés en la prosa ricamente metafórica es una limitación general del acercamiento crítico de Wilson. Más aún, no obstante el espíritu práctico de su método literario, Wilson podía ser impredecible, y nunca lo fue más que al abordar el *Finnegans Wake* de Joyce —otro idioma por aprender, por así decirlo—. El “virtuosismo en la confección” de Joyce se gana sus reproches, pero no importa: Wilson lleva a *Finnegans Wake* afecto y atención luminosos.

“La vejez me cayó sorpresivamente, como una helada”, dijo la reina Isabel I. Eso no fue lo que pasó con el pobre Edmund

Wilson ve la herida de la infancia de Dickens como explicación precisamente de su dualidad, y de la inhabilidad correspondiente de Dickens para crear personajes con motivos mezclados.

Wilson conoció a un gran número de personas distinguidas, y muchas se ligaron a él por su encanto, su conocimiento, su conversación; y ellos, a su vez, dan vida a las páginas de sus diarios.

Wilson, quien padeció doloroso y lento declive: males cardíacos, diabetes, artritis y un infarto. Sin embargo, siempre estuvo heroicamente en su escritorio, quejándose pero sin dejar de trabajar. En 1969 Wilson publicó *Upstate*, reflexiones sobre su vida en Talcottville, en el norte de Nueva York, donde estaba su querida casa ancestral, la vieja casona de piedra. La obra molestó a algunas de las personas retratadas en sus páginas —entre ellas Nabokov, en el momento en el que los dos escritores se acercaban a la orilla de los reproches— (un escritor de diarios no piensa que las personas con vida tal vez no deseen sentarse sin aviso para sus retratos como prisioneros bajo el control del carcelero). Wilson murió en 1972 en Talcottville, y fue cremado y sepultado en Wellfleet. Si sus cenizas quedaron en la tierra, encima de ellas había mucho por reunir y publicar: el testamento de una dedicación de toda la vida. Según escribió la primera hija de Wilson, Rosalind, al enterarse de su muerte Elena gritó: “¿Dónde están los diarios? ¿Dónde están los diarios?”

Los diarios de Wilson se publicaron póstumamente, editados y ordenados por décadas: *The Twenties*, *The Thirties*, así hasta llegar a *The Sixties*. Los diarios son un ejercicio fenomenal de energía creativa, intelectual y física, aún más admirables al ser el producto de alguien que todo el tiempo publicaba reseñas, ensayos y libros y que emprendía fatigantes viajes por todo el mundo. A lo largo de su vida, aquí y en el extranjero, Wilson conoció a un gran número de personas distinguidas, y muchas se ligaron a él por su encanto, su conocimiento, su conversación; y ellos, a su vez, dan vida a las páginas de sus diarios. Los diarios también muestran a un Wilson cosmopolita, un espíritu abierto que no era desplazado por la rudeza que a veces mostraba. Así, al escribir sobre su vida diaria entregaría muchas páginas a sus parientes lejanos los Munn, una vieja familia de granjeros cerca de Talcottville.

Los diarios no difieren en estilo de su obra profesional. De hecho, los artículos literarios, escritos para *The New Republic*, *The New Yorker* y otras revistas —reunidos en *Classics and Commercials*, *The Shores of Light* y *The Bit Between My Teeth*— no pierden nada si los pensamos como los diarios de un hombre de letras en su escritorio, con textos por revisar, la vida de un autor a la que hay que ponderar del mismo modo en que Wilson ponderó el enorme ejército de conocidos que pasaron ante él.

¿Qué lugar ocupan los diarios de Wilson en la historia de esa forma literaria? Se ha vuelto una especie de lugar común comparar los diarios de Wilson con los de los hermanos Goncourt. Como los de Wilson, los diarios de los Goncourt reunieron a un buen número de talentos —Flaubert, Zola, Gautier y Daudet, entre otros—; pero su escena es sólo París, que era en efecto el lugar en el que había que estar en aquel momento. Los escena-

rios son restaurantes —Magny's, sobre todo— y otras “reuniones” típicas de la vida intelectual francesa. Y luego vino la graduación de los Goncourt, cuando se sumaron al salón de la princesa Mathilde Bonaparte. A diferencia de eso, Estados Unidos no ofrecía el restaurante como centro de reunión, o noches en casas ilustres, y ciertamente ningún salón. En Estados Unidos un salón es un lugar en el que arreglan el cabello.

Los diarios de Wilson trascendieron el sólo interés archivístico; ellos están entre sus principales logros. Para el biógrafo, sin embargo, representan un acertijo: por un lado son una fuente invaluable, pero por otro son un rival formidable. El autor vive en todas las páginas —un efecto que pocos biógrafos logran hacer con sus sujetos—. Jeffrey Meyers escribió un libro muy largo, casi quinientas páginas. Ahí hay mucho Wilson, y también hay mucho Meyers. Un buen número de ladrillos de hechos, ya sean laudatorios o destituitivos, destruirán la fluida naturaleza de las vidas humanas, sin embargo los hechos son la materia de la biografía. Meyers reunió el vasto río de la obra y la vida de Wilson, incluidos todos los coqueteos, la bebida y la discordia marital. Pero no logró recrear en sus páginas el intelecto y el espíritu brillantes de su sujeto. Así que nos despedimos de la rara presencia en nuestras letras de un pensador y escritor irremplazable. Adiós, es decir, hasta la próxima, cortesía del profesor Dabney.

El alcance de la antropología social

J. G. Frazer

Éste es el texto de la cátedra inaugural de James G. Frazer (1854-1941) en la Universidad de Liverpool, leído el jueves 14 de mayo de 1908. Por ese tiempo Frazer trabajaba en el manuscrito de *Pysche's Task* (1909), obra que corrigió, amplió y rebautizó en una posterior edición como *The Devil's Advocate. A Plea for Superstition*, Londres,



MacMillan & Co., 1927. La siguiente traducción se realizó a partir del texto que aparece en este último título. Salvo que se indique otra cosa, las notas al pie son del propio Frazer [Antonio Saborit].

El tema de la cátedra que me honro en presidir es la antropología social. Como el tema sigue siendo comparativamente nuevo y sus límites continúan siendo un tanto imprecisos, dedicaré mi cátedra inaugural a definir su alcance y a señalar en términos aproximados, si no las fronteras de este estudio en su totalidad, cuando menos sí las fronteras de aquella parte que me propongo asumir como mi propia provincia.

Por extraño que pueda parecer, en la amplia e inquieta familia de las ciencias, la antropología, o la ciencia del hombre, es la que acaba de nacer. De hecho es tan joven este estudio, que tres de sus distinguidos fundadores en Inglaterra, el profesor E. B. Tylor, lord Avebury y el señor Francis Galton, afortunadamente continúan entre nosotros. Ciertamente es que los departamentos particulares de la compleja naturaleza humana han sido especiales temas de estudio desde hace tiempo. La anatomía ha estudiado su cuerpo, la psicología ha explorado su mente, la teología y la metafísica han tratado de ahondar las profundidades de los grandes misterios que lo circundan por todas partes. Pero se reservó a la presente generación, o más bien a la generación que ahora va de salida, intentar el estudio cabal del hombre como un todo, inquirir no sólo en la estructura física y mental del individuo, sino comparar las diversas razas humanas, trazar sus afinidades, y, por medio de una amplia reunión de hechos, seguir hasta donde sea posible la evolución del pensamiento y las instituciones humanas desde el más remoto de los tiempos. El objetivo de lo anterior, como el de cualquier otra ciencia, es descubrir las leyes generales a las que se supondría se apegan los hechos particulares. He dicho que se supondría se apegan, pues la investigación en todos los departamentos ha vuelto precedentemente factible que en todas partes prevalezcan la ley y el orden si nos esforzamos en buscarlos y que, en consecuencia los asuntos humanos, por complejos e incalculables que parezcan ser, no son una excepción a la uniformidad de la naturaleza. La antropología, en consecuencia, en la acepción más amplia de la palabra, busca descubrir las leyes generales que en el pasado han regulado a la historia humana, y, si la naturaleza es realmente uniforme, se puede esperar que la regule en el futuro.

De ahí que la ciencia del hombre coincida hasta cierto punto con lo que por mucho tiempo se ha conocido como filosofía de la historia, así como con el estudio al que en los últimos años



se le ha dado el nombre de sociología. De hecho, con cierta razón se podría sostener que la antropología social, o el estudio del hombre en sociedad, es tan sólo otra expresión para referirse a la sociología. Sin embargo, yo creo que las dos ciencias se pueden diferenciar convenientemente, y que mientras el nombre de sociología se debe reservar para el estudio del hombre en sociedad en el sentido más amplio de las palabras, el nombre de antropología social se podría restringir con provecho a un departamento en particular de ese inmenso campo del conocimiento. Al menos deseo dejar perfectamente claro desde el comienzo que de ninguna manera pretendo abordar la totalidad de la sociedad humana, pasada, presente y futura. Que la amplitud intelectual y el rango de conocimientos de una sola persona sean suficientes para tan vasto entendimiento, no me arriesgaré a afirmarlo, pero sí digo sin dudas o ambigüedades que con toda seguridad el mío no lo es. Sólo puedo hablar de lo que he estudiado, y mis estudios se han confinado en buena medida a una parte pequeña, muy pequeña, de la historia social del hombre. Esa parte es el origen, o mejor dicho, las etapas rudimentarias, la infancia y la niñez, de la sociedad humana, y en consecuencia a esa parte propongo limitar el alcance de la antropología social, o en todo caso a mi manera de tratarla. Quienes me sucedan en esta cátedra estarán en libertad de extender su alcance más allá de los estrechos límites que me impone la cortedad de mi conocimiento. Podrán pasar revista a los desarrollos más recientes, así como a los comienzos más remotos de la costumbre y la ley, de la ciencia y el arte, de la moral y la religión, y de tal revista podrán deducir los principios que en el futuro deban guiar a la humanidad, de manera que quienes vengan después de nosotros sean capaces de eludir las trampas y caídas en las que incurrimos nosotros y nuestros padres. Pues el mejor de los frutos del conocimiento es la sabiduría, y es razonable esperar que una familiaridad más honda y ancha con la historia pretérita de la humanidad faculte en su debido momento a nuestros estadistas para moldear el destino de la raza en formas más bellas que las que los de esta generación hemos de vivir para ver.

Al menos deseo dejar perfectamente claro desde el comienzo que de ninguna manera pretendo abordar la totalidad de la sociedad humana, pasada, presente y futura.

Oh Amor! Con Él unidos tú y yo conseguiríamos
Este mísero mundo tomar en nuestra mano;
Y hacerlo mil pedazos: luego le reharíamos
Conforme a los deseos del corazón humano.¹

¹ *Rubayat*, XCIX, en la traducción realizada por José Castellot en 1916 y publicada en *Rubaiyat de Omar Khayyám*, traducción de José Castellot, prólogo de José Juan Tablada, Nueva York, edición de autor, 1918, p. 47 (n. del t).

En síntesis, la definición asume que la civilización, siempre y en todo lugar, se ha desarrollado a partir del salvajismo. La masa de evidencias sobre la que se sostiene este supuesto es en mi opinión tan grande como para volver incontrovertible tal deducción.

Pero si ustedes desean hacer pedazos la fábrica social, no esperen que los ayude y aliente a su profesor de antropología social. No es un vidente para discernir ni un profeta para predecir la llegada del paraíso en la tierra, ni un curandero con un remedio maravilloso para todos los males, ni un caballero de Santiago que encabece una cruzada contra la miseria y la necesidad, contra la enfermedad y la muerte, contra todos los horripilantes espectros que agobian a la pobre humanidad. Queda para otros de mayor rango y naturalezas más nobles que los de su profesor animar y conducir la ofensiva en esta guerra santa. Él no es más que un estudioso, un estudioso del pretérito, que acaso pueda contarles algo, muy poco, de lo que ha pasado, pero que no puede ni se atreve a decirles lo que debería ser. Pero hasta lo poco que pueda aportar a la elucidación del pretérito tal vez tenga su utilidad y su interés cuando tal cosa acabe por tomar su lugar en ese gran templo de la ciencia al que todos los estudiosos ambicionan añadir un ladrillo. Pues acariciamos la creencia de que si en verdad amamos y buscamos el conocimiento por él mismo, por inútil e insignificante que pueda parecer, al final nos hemos de descubrir trabajando juntos con el total del acervo acumulado en favor del bien general de la humanidad.

De este modo, la esfera de la antropología social tal y como yo la entiendo, o al menos como me propongo abordarla, se limita a los crudos inicios, al desarrollo rudimentario de la sociedad humana: no incluye etapas más maduras de ese complejo crecimiento, mucho menos abarca los problemas prácticos que se les pide enfrentar a nuestros modernos estadistas y juristas. El estudio podría describirse por tanto como la embriología de las instituciones y del pensamiento humanos, o, para ser más precisos, como la pesquisa que busca averiguar, primero, las creencias y costumbres de los salvajes, y, segundo, las reliquias de las creencias y costumbres que han sobrevivido como los fósiles entre pueblos de una cultura superior. En esta descripción de la esfera de la antropología social va implícito que los ancestros de las naciones civilizadas alguna vez fueron salvajes, y que ellos transmitieron, o pudieron transmitir, a su más ilustrada descendencia las ideas e instituciones que, por incongruentes que parecieran con sus entornos más recientes, iban perfectamente a tono con las formas de pensamiento y de acción de la más ruda sociedad en que se originaran. En síntesis, la definición asume que la civilización, siempre y en todo lugar, se ha desarrollado a partir del salvajismo. La masa de evidencias sobre la que se sostiene este supuesto es en mi opinión tan grande como para volver incontrovertible tal deducción. En todo caso, si alguno la rebatiera no creo que valga la pena discutir con él. Aún existen,

creo yo, en la sociedad civilizada personas que sostienen que la tierra es plana y que el sol gira a su alrededor; pero nadie que sea sensato desperdiciará su tiempo en el vano empeño de convencer a tales personas de su error, aunque estos aplanadores de la tierra y estos ciclistas del sol apelen con perfecta justicia a la evidencia de sus sentidos en respaldo de su alucinación, que es más de lo que son capaces de hacer quienes se oponen al salvajismo primitivo del hombre.

Así, el estudio de la vida salvaje es una parte muy importante de la antropología social. Pues en comparación con el hombre civilizado, el salvaje representa una etapa suspendida, o más bien demorada, del desarrollo social, y el examen de sus costumbres y creencias suministra por tanto el mismo tipo de evidencia sobre la evolución de la mente humana, tal y como el examen de un embrión la suministra sobre la evolución del cuerpo humano. Para decirlo de otra manera, el salvaje es al hombre civilizado lo que un niño a un adulto; y así como el crecimiento gradual de la inteligencia en un niño corresponde con, y en cierto sentido recapitula el crecimiento gradual de la inteligencia en las especies, un estudio de la sociedad salvaje en diversas etapas de evolución nos permite seguir de manera aproximada, aunque no exacta desde luego, el camino por el cual debieron transitar nuestros ancestros de las razas superiores en su progreso ascendente a través de la barbarie hasta la civilización. En breve, el salvajismo es la condición primitiva de la humanidad, y si llegamos a entender lo que fue el hombre primitivo, debemos saber lo que hoy en día es el hombre salvaje.

Pero aquí es necesario advertir un malentendido frecuente. Los salvajes de la actualidad son primitivos tan sólo en un sentido relativo, no absoluto. Comparados con nosotros, son primitivos; pero no lo son en comparación con el hombre primigenio, esto es, con el hombre tal como era cuando emergió por primera vez de la etapa puramente bestial de la existencia. De hecho, comparado con el hombre en su estado absolutamente prístino hasta el salvaje más ínfimo de la actualidad es sin duda un ser altamente desarrollado e ilustrado, en tanto que toda la evidencia y toda las probabilidades están en favor de la visión de que todas las razas humanas existentes, tanto las más rudas como las más civilizadas, alcanzaron su actual nivel de cultura, sea alto o bajo, sólo tras un lento y doloroso progreso ascendente que debió extenderse por muchos miles, acaso millones, de años. Por tanto, cuando nos referimos como primitivos a cualquiera de los salvajes conocidos, lo que el uso del idioma inglés nos permite hacer, siempre se ha de tener en mente que les aplicamos el término primitivo en un sentido relativo, no absoluto. A lo que nos referimos es a que sus culturas son ru-



dimentarias en comparación con las de naciones civilizadas, pero de ningún modo a que sean idénticas a la del hombre primigenio. Es necesario hacer énfasis en este empleo relativo del término primitivo en su aplicación a todos los salvajes que se conocen sin excepción, toda vez que la ambigüedad que surge del doble sentido de la palabra ha sido fuente de gran confusión y malos entendidos. Escritores descuidados o sin escrúpulos le han sacado gran tajada con fines controversiales, empleando la palabra unas veces en un sentido y otras en otro, según conviniera a sus argumentos del momento, sin percibir, o en todo caso sin indicar, el error. Para evitar estas falacias verbales sólo se necesita tener en mente que mientras la antropología social tiene mucho que decir sobre el hombre primitivo en el sentido relativo, ésta nada tiene que decir sobre el hombre primitivo en el sentido absoluto, y eso por la sencilla razón que no se sabe nada de él, y, hasta donde ahora alcanzamos a ver, es probable que nunca se sepa. Construir una historia de la sociedad humana empezando por el hombre absolutamente primigenio y recorrer los miles o millones de años hasta llegar a las instituciones de los salvajes existentes acaso tenga sus méritos como un despliegue de imaginación, pero no como obra científica. Hacer esto sería exactamente revertir el modo propio del proceder científico. Sería trabajar *a priori* de lo desconocido hacia lo conocido en lugar de *a posteriori* de lo conocido hacia lo desconocido. Pues en efecto sabemos bastante sobre el estado social de los salvajes de hoy en día y de ayer, pero no sabemos absolutamente nada, repito, sobre la sociedad humana primitiva absoluta. De ahí que un investigador serio que busque elucidar la evolución social de la humanidad en épocas anteriores al amanecer de la historia deba empezar, no a partir de un desconocido y meramente hipotético hombre primigenio, sino de los salvajes más ínfimos que conocemos o de los que poseemos registros adecuados; y de sus costumbres, creencias y tradiciones como sólidas bases de hecho con las que pueda remontarse un poco hipotéticamente en la oscuridad de lo pretérito; esto es, para que pueda formar una teoría razonable sobre la forma en la que crecieron y se desarrollaron estas verdaderas costumbres, creencias y tradiciones en un periodo más o menos remoto, aunque probablemente no muy remoto, de aquél en el que fueron observadas y registradas. Pero si es, como yo asumo, un investigador serio, nunca esperará retrotraer muy lejos esta reconstrucción de la historia humana, mucho menos soñará en enlazarla con el mero comienzo, porque es consciente de que no contamos con la evidencia que nos permita remontar incluso hipotéticamente, el golfo de miles o de millones de años que separa al salvaje de hoy del hombre primigenio.



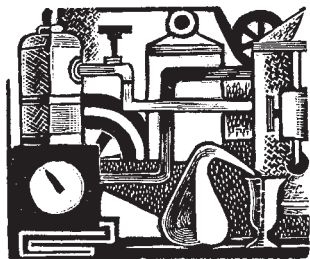
Sería bueno ilustrar lo que quiero decir con un ejemplo. Las costumbres matrimoniales y las formas de trazar relaciones que prevalecen entre algunas razas salvajes, e incluso entre pueblos en una etapa cultural más avanzada, ofrecen terreno muy firme para creer que los sistemas de matrimonio y consanguinidad hoy en boga entre los pueblos civilizados debieron estar inmediatamente precedidos en una época más o menos distante por muy diversos modos de contar a los hijos y de regular el matrimonio; de hecho, la monogamia y los grados prohibidos de parentesco han reemplazado a un sistema más antiguo de relaciones sexuales más amplias e imprecisas. Pero decir lo anterior no es afirmar que tales relaciones imprecisas y amplias fueran características de la condición absolutamente primitiva de la humanidad; lo único que con eso se está diciendo es que las costumbres y las tradiciones actualmente existentes indican con claridad la amplia preponderancia de tales relaciones en alguna época previa en la historia de nuestra raza. Qué tan remota fue tal época, eso no podemos decirlo; aunque calculándolo por la totalidad del amplio periodo de la existencia del hombre en la tierra, parece probable que la era del comunismo sexual al que señala la evidencia fuera comparativamente reciente; en otras palabras, para las razas civilizadas el intervalo que separa esa era de la nuestra se ha de reconocer por miles más que por cientos de miles de años, mientras para los salvajes existentes más ínfimos, por ejemplo los aborígenes de Australia, es posible o probable que el intervalo no sea mayor a unos cuantos siglos. Sea como fuera, incluso si con la fuerza de la evidencia a la que me he referido pudiéramos demostrar el predominio de un sistema de comunismo sexual entre todas las razas humanas, esto sólo nos retrotraería un paso en la larga historia de nuestra especie; no justificaría llegar a la conclusión de que tal sistema fuera practicado por el verdadero hombre primigenio, mucho menos que tal sistema prevaleciera entre la humanidad desde el comienzo hasta la etapa comparativamente reciente al que su existencia podría inferirse a partir de la evidencia disponible. Sobre la condición social del hombre primigenio, repito, no sabemos nada en absoluto, y es en vano especular. Nuestros primeros padres bien pudieron ser monógamos tan estrictos como Whinston o el doctor Primrose, o bien pudieron ser lo contrario. No tenemos información sobre el tema y es factible que no lleguemos a contar con nada. En las incontables etapas que han transcurrido desde que el hombre y la mujer deambularan por primera vez de la mano en el alegre paraíso o saltando como monos entre los tupidos matorrales del bosque virgen, las relaciones entre ellos bien pudieron pasar por innumerables cambios. Pues los asuntos de los hombres, como

Sobre la condición social del hombre primigenio, repito, no sabemos nada en absoluto, y es en vano especular. Nuestros primeros padres bien pudieron ser monógamos tan estrictos como Whinston o el doctor Primrose, o bien pudieron ser lo contrario.

el movimiento del cielo, parecen moverse en ciclos: el péndulo social oscila de aquí para allá de un extremo de la escala al otro: en la esfera política ha oscilado de la democracia al despotismo, y de nuevo del despotismo a la democracia; y del mismo modo en la esfera doméstica bien pudo oscilar muchas veces entre el libertinaje y la monogamia.

Si estoy en lo cierto en mi definición de la antropología social, su provincia se podría dividir más o menos en dos departamentos, uno de los cuales abarca las costumbres y las creencias de los salvajes, mientras la otra incluye reliquias que sobreviven de estas costumbres y creencias en el pensamiento y las instituciones de los pueblos más ilustrados. El primer departamento se podría llamar estudio del salvajismo, el otro, estudio del folclore. Me he referido al salvajismo, ahora hablaré sobre el folclore, esto es, sobre los remanentes de ideas y prácticas más primitivas entre pueblos que en otros sentidos han avanzado a un plano superior de cultura. Que tales remanentes se pueden descubrir en toda nación civilizada hoy nadie lo discutiría. Cuando leemos, por ejemplo, sobre la irlandesa a la que su marido achicharró hasta matarla porque sospechó que no era su esposa sino la esposa cambiada por un duende,² o bien, sobre una inglesa que murió de tétanos por limpiar el clavo que la hirió en lugar de limpiarse la herida,³ podemos estar seguros de que las creencias de las que fueron víctimas estas pobres criaturas no las aprendieron en la escuela o en el templo, sino que les fueron transmitidas de ancestros verdaderamente salvajes, superficial mas no cabalmente civilizados, a lo largo de muchas generaciones de descendientes. De ahí que a las creencias y prácticas de este tipo se les llame correctamente supersticiones, lo que significa literalmente remanentes. El segundo departamento de la antropología social se ocupa de las supersticiones en el sentido estricto de la palabra.

Si preguntamos cómo es que las supersticiones persisten en un pueblo que en general ha logrado un mayor nivel de cultura, la respuesta se encontrará en la iniquidad natural, universal e irreductible de los hombres. No sólo las diferentes razas están dotadas de modo diferente en cuanto a inteligencia, coraje, industria y demás, sino que dentro de la misma nación los hombres de una misma generación difieren enormemente en capacidad y en valor innato. Ninguna doctrina abstracta es



² Esto sucedió en Ballyvadela, en el condado de Tipperary, en marzo de 1895. Para los detalles de la evidencia que se presentó en el juicio de los asesinos, véase "The 'Witch-bazurning' at Clonmel", en *Folk-lore*, vol. VI, (1895), pp. 373-384.

³ Esto sucedió en Norwich en junio de 1902. Véase *The People's Weekly Journal for Norfolk*, 19 de julio de 1902, p. 8

más falsa y dañina que la de la igualdad natural de los hombres. Ciertamente es que el legislador debe tratar a los hombres como si fueran iguales, pero las leyes por necesidad son generales y no se pueden hacer para que se amolden a la variedad infinita de casos individuales. Pero no debemos imaginar que porque los hombres son iguales ante la ley son por tanto intrínsecamente iguales entre ellos. La experiencia de la vida común contradice suficientemente tan vana imaginación. En la escuela y en las universidades, en el trabajo y en el juego, en la paz y en la guerra, las desigualdades mentales y morales de los seres humanos destacan de un modo tan conspicuo como para ignorarlas o discutir las. En términos generales los hombres de inteligencia más aguda y de temperamentos más fuertes conducen a los demás y dan forma a los moldes en que la sociedad, al menos exteriormente, se funde. Como tales hombres son necesariamente pocos en comparación con la multitud a la que encabezan, de ahí se sigue que la comunidad esté realmente dominada por la voluntad de una minoría ilustrada⁴ hasta en los países en que el poder gobernante está nominalmente en manos de la mayoría numérica. De hecho, disfrácese como se quiera, el gobierno de la humanidad es siempre y en todos lados esencialmente aristocrático. Ningún juego malabar con la maquinaria política será capaz de evadir esta ley de la naturaleza. Sin importar a dónde la lleve, al final la mayoría lenta de entendederas va detrás de la minoría de entendederas más penetrantes. Esa es su salvación y el secreto del progreso. La inteligencia humana superior influye en el ánimo de la inferior, igual que la inteligencia del hombre le da el dominio sobre las bestias. No quiero decir que el rumbo último de la sociedad descansa en sus gobernantes nominales, en sus reyes, en sus estadistas, en sus legisladores. Los verdaderos gobernantes de los hombres son los pensadores que hacen avanzar el conocimiento; pues así como por medio de su conocimiento superior ese hombre gobierna al resto de la creación animal, entre los mismos hombres el conocimiento a la larga dirige y controla las fuerzas de la sociedad. Así, los descubridores de nuevas verdades, aunque sin corona ni cetro, son los verdaderos reyes de la humanidad; los monarcas, los estadistas y los juristas no son sino sus ministros, quienes tarde o temprano cumplen su mandato al realizar las ideas de estas mentes soberanas. Conforme más estudiemos el funcionamiento interno de la socie-

En términos generales los hombres de inteligencia más aguda y de temperamentos más fuertes conducen a los demás y dan forma a los moldes en que la sociedad, al menos exteriormente, se funde.

⁴ Digo “una minoría ilustrada” porque en cualquier comunidad grande siempre hay numerosas minorías, y algunas de ellas están muy lejos de ser ilustradas. Es igualmente posible estar por debajo como por encima del nivel promedio de nuestros congéneres.

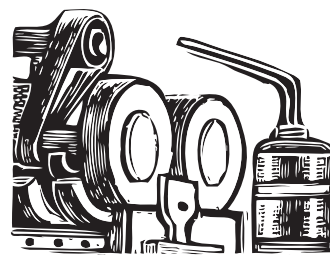
Quienes se propongan reemplazar la superstición y el error antiguos con la verdad y la razón, en vida deberán sacar cuentas con tejuelos y con un monumento en mármol después de muertos.

dad y del progreso de la civilización, percibiremos con más claridad cómo es que ambos están bajo el gobierno de la influencia de pensamientos que brotan al principio, sin saber nosotros ni cómo ni de dónde, en unas cuantas mentes superiores y se esparcen gradualmente hasta alcanzar al todo inerte de una comunidad o de la humanidad. El origen de tales variaciones mentales, con todas sus hondas secuelas de consecuencias sociales, es tan oscuro como el origen de esas variaciones físicas de las que, si los biólogos están en lo cierto, depende la evolución de las especies, y con ella la posibilidad del progreso. Tal vez la misma causa desconocida que determina uno de los conjuntos de variaciones también hace surgir al otro. No podemos afirmarlo. Lo único que podemos decir es que en términos generales en el conflicto de las fuerzas competidoras, ya sean físicas o mentales, el más fuerte es el que al final prevalece, el más apto sobrevive. En la esfera mental la lucha por la existencia no es menos feroz e intestina que en la física, pero al final las mejores ideas, a las que llamamos la verdad, se llevan el día. La clamorosa oposición con la que son regularmente saludadas al aparecer por primera vez, siempre que entren en conflicto con los viejos prejuicios, acaso retarde pero no evitará su victoria final. La práctica de la multitud consiste en lapidar primero y luego en erigir inútiles memoriales a sus mayores benefactores. Quienes se propongan reemplazar la superstición y el error antiguos con la verdad y la razón, en vida deberán sacar cuentas con tejuelos y con un monumento en mármol después de muertos.

Me he visto llevado a realizar estas observaciones por el deseo de explicar por qué las supersticiones de todo tipo, políticas, morales y religiosas, sobreviven entre pueblos que han tenido la oportunidad de saber más. La razón está en que las mejores ideas, las que se forman constantemente en el estrato superior, aún no se han transmido de las mentes más elevadas a las inferiores. Esta filtración es lenta por lo general y para el momento en el que las nuevas nociones llegan abajo, si en verdad alguna vez llegan hasta allá, muchas veces ya son obsoletas y otras ya las han superado en lo alto. De ahí que si pudiéramos abrir las cabezas y leer los pensamientos de dos hombres pertenecientes a una misma generación y a un mismo país, aunque en los extremos opuestos en la escala intelectual, es probable que encontrásemos que sus mentes son tan distintas como si pertenecieran a especies diferentes. La humanidad, como ya bien se ha dicho, avanza en *échelons*, esto es, las columnas que no marchan parejas entre sí sino en una línea des-parramada, demorándose en grados diversos detrás del líder. La imagen describe bien la diferencia no sólo entre los pueblos, sino entre los individuos del mismo pueblo y de la misma gene-

ración. Del mismo modo en que una nación deja atrás constantemente a algunos de sus contemporáneos, al interior de una misma nación algunos hombres se adelantan constantemente a su gente, y quienes más avanzan en la carrera son aquéllos que se han quitado de encima la carga de supersticiones que sigue pesando sobre la espalda y entorpece los pasos de los demorados. Para hacer a un lado la metáfora, las supersticiones sobreviven porque, a la vez que desconciertan a los miembros ilustrados de la comunidad, siguen estando en armonía con los pensamientos y sentimientos de otros que, no obstante haber sido disciplinados por sus mejores en una apariencia de civilización, en su corazón siguen siendo bárbaros o salvajes. Es por eso que, por ejemplo, los bárbaros castigos por alta traición y brujería y las enormidades de la esclavitud se toleraron y defendieron en este país hasta los tiempos modernos. Tales remanentes podrían dividirse en dos tipos, según sean públicos o privados; en otras palabras, dependiendo de que estén materializados en la ley del lugar o de que se practiquen con o sin la connivencia de la ley en hoyos y rincones. Los ejemplos que acabo de referir pertenecen a la última de estas categorías. Hasta hace poco en Inglaterra se quemaba a las brujas y se desmembraba en público a los traidores, en tanto la esclavitud sobrevivió todavía más como institución legal. La verdadera naturaleza de tales supersticiones públicas es capaz de librarse de ser detectada por medio de la misma publicidad de estas supersticiones, pues hasta que el alza de la marea del progreso las erradica por completo, siempre hay mucha gente que las defiende como instituciones esenciales para el bien público y están sancionadas por las leyes de Dios y del hombre.

Sucede de otro modo con las supersticiones privadas, a las que por lo común se les da el nombre de folclore. En la sociedad civilizada la mayor parte de las personas educadas no son ni siquiera conscientes del nivel al que estas reliquias de la ignorancia salvaje sobreviven en sus propias puertas. De hecho, el descubrimiento de su amplia prevalencia se hizo apenas en el siglo pasado, sobre todo debido a las investigaciones de los hermanos Grimm en Alemania. Desde su época, investigaciones sistemáticas realizadas entre las clases menos educadas, y en especial entre el campesinado, de Europa, han revelado ya no se diga la sorprendente, la alarmante verdad de que una multitud, si no es que la mayoría, de gente en cada país civilizado sigue viviendo en un estado de salvajismo intelectual que, de hecho, la pulida superficie de la sociedad culta está minada por la superstición. Sólo a quienes sus estudios han llevado a investigar el tema son conscientes de la profundidad a la que el piso que nos sostiene está, por así decirlo, horadado por fuerzas invisibles. Pareciera que estamos sobre un volcán que en



Si examinamos las creencias supersticiosas que sostienen tácita aunque firmemente muchos conciudadanos nuestros, encontraremos, tal vez para sorpresa de uno, que las supersticiones más viejas y crudas son las de vida más tenaz, mientras que las visiones más modernas y refinadas, aunque también sean erróneas, en breve desaparecen de la memoria popular.

cualquier momento pudiera empezar a echar humo y fuego para esparcir la ruina y la devastación entre los jardines y palacios de la antigua cultura labrada tan laboriosamente por las manos de numerosas generaciones. Tras observar las ruinas de los templos griegos en Paestum y contrastarlas con la escualidez y el salvajismo del campesinado italiano, Renan dijo: “me estremecí por la civilización, viéndola tan limitada, levantada sobre cimientos tan débiles, descansando en unas cuantas personas hasta en el país en el que era dominante”.⁵

Si examinamos las creencias supersticiosas que sostienen tácita aunque firmemente muchos conciudadanos nuestros, encontraremos, tal vez para sorpresa de uno, que las supersticiones más viejas y crudas son las de vida más tenaz, mientras que las visiones más modernas y refinadas, aunque también sean erróneas, en breve desaparecen de la memoria popular. Por ejemplo, los altos dioses de Egipto y Babilonia, de Grecia y de Roma, llevan mucho tiempo olvidados por completo por el pueblo y sólo sobreviven en los libros de la gente culta; sin embargo, los campesinos, quienes nunca han oído hablar de Isis y Osiris, de Apolo y Artemisa, de Júpiter y de Juno, conservan en la actualidad una firme creencia en brujas y duendes, en fantasmas y en trasgos, esas criaturas menores de la imaginación mítica en la que sus padres creyeron mucho antes de que siquiera fueran pensadas las grandes deidades del mundo antiguo, figuras en las que, según todas las apariencias, sus descendientes continuarán creyendo mucho después de que las grandes deidades de la actualidad hayan seguido el camino de todos sus predecesores. La razón por la cual las formas elevadas de la superstición o de la religión (pues la religión de una generación se puede convertir en la superstición de la siguiente) son menos permanentes que las más bajas consiste simplemente en que las creencias más elevadas, siendo creación de una inteligencia superior, tienen poco asidero en las mentes de la plebe, que profesa nominalmente durante un tiempo en conformidad con la voluntad de sus mejores, pero rápidamente se desprende de ellas y las olvida en el momento en que estas creencias pasan de moda con las clases educadas. Y mientras da de baja sin ningún problema o esfuerzo los artículos de fe que se imprimieron superficialmente en sus mentes por el peso de la opinión educada, la multitud ignorante y tonta se aferra con arisca determinación a creencias bastante más burdas y que en realidad responden a la textura tosca de su intelecto subdesarrollado. Así, mientras el reconocido credo de la minoría ilustrada cambia constantemente bajo la influencia de la reflexión y de la investigación, el verdadero, aunque no reco-

⁵ Ernest Renan y M. Barthelot, *Correspondence*, París, 1898, pp. 75 y ss.

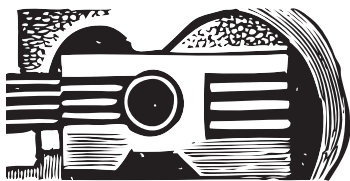
nocido, credo de la masa humana parece ser casi estacionario, y la razón por la que se modifica tan poco es que en la mayoría de los hombres, ya sean salvajes o aparentemente civilizados, el progreso intelectual es tan lento que a duras penas es perceptible. La superficie de la sociedad, como la del mar, está en movimiento perpetuo; sus profundidades, como las de los océanos, permanece casi inamovible.

De este modo, a partir del examen, en primer lugar, del salvajismo, y en segundo lugar de sus remanentes en la civilización, el estudio de la antropología social busca trazar la historia primera del pensamiento y de las instituciones humanas. La historia nunca puede ser completa, a menos que la ciencia descubra alguna forma de leer el borroso registro del pasado forma en la que en esta generación a duras penas podemos soñar. Sabemos ciertamente que todo acontecimiento, por insignificante que sea, implica un cambio, por ligero que sea, en la constitución material del universo, de modo que toda la historia del mundo está, en un sentido, grabada sobre su rostro, aunque nuestros ojos sean demasiado débiles para leer el código. Puede ser que en el futuro se encuentre algún reactivo maravilloso, algún químico mágico, que saque la totalidad de la secreta escritura de la naturaleza para que alguien superior a Daniel la interprete a los suyos. Eso con dificultad se dará en nuestro tiempo. Con los recursos hoy a nuestro alcance nos debemos conformar con un recuento breve, imperfecto y en buena medida conjetural del desarrollo mental y social en las edades prehistóricas. Como ya lo he señalado, la evidencia, fragmentaria y dudosa como es, tan sólo se remonta un poco en el inconmensurable pasado de la vida humana en la tierra; en breve perdemos el hilo, el hilo apenas discernible, en la noche negra de lo desconocido por completo. Incluso en el espacio de tiempo comparativamente breve, unos cuantos miles de años cuando más, que más o menos cae en nuestro KEN, hay numerosos abismos profundos y anchos que sólo se pueden cruzar por los puentes de las hipótesis, si la historia de la evolución ha de correr de una manera continua. Tales puentes se construyen en la antropología y en la biología por medio del método comparativo, el cual nos permite tomar prestados los eslabones de una cadena de evidencia para suplantar los huecos de otra. Para quienes trabajamos no con las diversas formas de la vida animal sino con los diversos productos de la inteligencia humana, la legitimidad del método comparativo descansa en la bien confirmada similitud del funcionamiento de la mente humana en todas las razas. He enfatizado las grandes desigualdades que existen no sólo entre las diversas razas, sino entre los hombres de la misma raza y generación; pero debe entenderse y recordarse muy bien que estas divergencias son cuantitativas

De este modo, a partir del examen, en primer lugar, del salvajismo, y en segundo lugar de sus remanentes en la civilización, el estudio de la antropología social busca trazar la historia primera del pensamiento y de las instituciones humanas.

más que cualitativas, son diferencias de grado más que de tipo. El salvaje no es un ser diferente a su hermano civilizado: tiene las mismas capacidades, mentales y morales, pero están menos desarrolladas: su evolución se frenó, o mejor dicho se retrasó, en un nivel inferior. Y como las razas salvajes no están todas en el mismo plano, sino que se detuvieron o demoraron en diferentes puntos del camino ascendente, podemos hasta cierto punto, comparándolos entre sí, construir una escala de la progresión social y señalar más o menos algunas de las etapas en el largo camino que lleva del salvajismo a la civilización. En el reino de la mente tal escala de la evolución racional responde a la escala de la evolución morfológica en el reino animal.

A partir de lo que he dicho espero que ustedes se hayan formado una idea sobre la importancia extrema que el estudio de la vida salvaje posee para la comprensión adecuada de la primera historia de la humanidad. El salvaje es un documento humano, un registro de los esfuerzos del hombre por elevarse del nivel de la bestia. Sólo en años recientes se ha apreciado el valor completo del documento; de hecho, es probable que mucha gente siga siendo de la opinión del Dr. Johnson, quien, señalando los tres grandes volúmenes de los *Voyages to the South Seas* que acababan de salir, dijo: “¿Quién los va a leer completos? Un hombre haría mejor en hacer su trabajo frente a un mástil que leer estos volúmenes; las ratas y los ratones se los comerán antes de que alguien los lea. En semejantes libros debe haber muy poco entretenimiento; un grupo de salvajes es idéntico a otro”.⁶ Pero el mundo ha aprendido bastante desde la época del Dr. Johnson; y los registros de la vida salvaje, los cuales condenara sin escrúpulos a las ratas y ratones el sabio de Bolt Court, ahora tienen su lugar entre los más preciados archivos de la humanidad. Su destino ha sido el de los libros sibilinos. Se les olvidó y despreció cuando se les podía conseguir completos; y ahora los sabios darían más que el rescate de un rey por sus restos imperfectos y mutilados miserablemente. Es verdad que antes de nuestro tiempo los hombres civilizados con frecuencia vieron a los salvajes con interés y los describieron inteligentemente, y algunas de sus descripciones siguen teniendo un gran valor científico. Por ejemplo, el descubrimiento de América despertó naturalmente en las mentes de los pueblos europeos una gran curiosidad por los habitantes del nuevo mundo, el cual surgió ante sus ojos como si al golpe del movimiento de la vara del mago la cortina del cielo occidental se hubiera levantado de pronto y descubriera escenas de glamour y encanto. Fue así como algunos españoles que exploraron y conquistaron estos ámbitos de maravilla nos han le-



⁶ James Boswell, *Life of Samuel Johnson*, Londres, 1822, IV, p. 315.

gado relaciones sobre los usos y costumbres de los indios, y que en su exactitud y minucia de detalle sobrepasan probablemente cualquier registro previo de una raza extraña. Tal, por ejemplo, es la gran obra del fraile franciscano Sahagún sobre los nativos de México, y tales las obras de Garcilaso de la Vega, él mismo un inca, sobre los incas del Perú. De nuevo, la exploración del Pacífico en el siglo XVIII, con su revelación de islas como de hadas dispersas en profusión por el mar del eterno verano, alargaron los ojos y conmovieron la imaginación de Europa; y a la curiosidad así picada en muchas mentes, aunque no la del Dr. Johnson, debemos algunas descripciones preciosas de los isleños, quienes, en aquellos días de los barcos de vela, parecían vivir tan lejos de nosotros que el poeta Cowper imaginó que sus mares nunca más serían arados por quillas inglesas.⁷

Estas y muchas otras relaciones antiguas de los salvajes conservarán siempre su interés y valor para el estudio de la antropología social, sobre todo porque nos ponen frente a los nativos en su sencillo estado natural, antes de que sus usos y costumbres primitivos fueran destruidos y alterados por la influencia europea. Sin embargo, a la luz de la investigación posterior a estos registros tempranos con frecuencia se les juzga muy defectuosos, debido a que sus autores, inconscientes de la importancia científica de los hechos, que para el observador ordinario podrían parecer de poca monta o molestos, dejaron pasar de largo muchas cosas del mayor interés o bien las despacharon con una alusión breve y atormentadora. Es, por tanto, necesario complementar los informes de los antiguos escritores con una investigación puntual y ardua de los salvajes existentes con el fin de completar, de ser posible, los numerosos y enormes huecos en nuestro conocimiento. Por desgracia esto no siempre se puede hacer, puesto que muchos salvajes han sido exterminados o han cambiado tanto debido al contacto con los europeos que ya no es posible obtener información confiable sobre sus viejos hábitos y tradiciones. Y donde las antiguas costumbres y creencias de una raza primitiva han desaparecido sin un registro, ha fenecido sin remedio un documento humano. Desgraciadamente, esta destrucción de los archivos, como podríamos llamarla, avanza con firmeza. En algunos lugares, por ejemplo en Tasmania, el salvaje casi se extinguió; en otros, como en Australia, agoniza. En otros más, por ejemplo en el centro y sur de África, donde los números y el vigor innato de la raza muestran poca o ninguna señal de sucumbir en la lucha por la existencia, la influencia de comerciantes, funcionarios y misioneros desintegra y borra tan rápidamente las

*Y donde las antiguas costumbres
y creencias de una raza primitiva
han desaparecido sin un registro,
ha fenecido sin remedio un
documento humano.
Desgraciadamente, esta
destrucción de los archivos,
como podríamos llamarla, avanza
con firmeza.*

⁷ "In boundless oceans, never to be passed/By navigators uniform'd as they,/Or plough'd by British bark again", en *The Task*, libro I, pp. 629 y ss.

En otro cuarto de siglo es probable que ya no quede para registrar sino poca o ninguna de la antigua vida salvaje. El salvaje, tal y como aún podemos verlo, para entonces se habrá extinguido igual que el dodo.

costumbres nativas, que con el paso de la generación de mayores hasta la memoria de ellas en breve se habría ido de muchos lugares. De ahí que sea un asunto de la más urgente relevancia científica asegurar sin demora informes cabales y precisos de estos pueblos agonizantes o cambiantes, sacar copias permanentes, por así decirlo, de estos hermosos monumentos antes de que los destruyan. Todavía no es muy tarde. Aún se puede saber mucho, por ejemplo, en el occidente de Australia, en Nueva Guinea, en Melanesia, en el África central, entre las tribus de las colinas en India y en las selvas del Amazonas. Todavía hay tiempo para enviar expediciones a estas regiones, para subvencionar a los hombres en el lugar, a que conozcan las lenguas y a que gocen de la confianza de los nativos; pues existen hombres que cuentan con, o pueden obtener, el conocimiento mismo que requerimos, aun cuando ellos, inconscientes o indiferentes de su valor inestimable para la ciencia, no hacen esfuerzo alguno por preservar el tesoro para la posteridad, y si nosotros no llegamos pronto al rescate, lo veremos perecer junto con ellos. En la totalidad del alcance del conocimiento humano, en este momento no existe una necesidad más apremiante que la de registrar esta invaluable evidencia de la historia primera del hombre, antes de que sea muy tarde, puesto que pronto, muy pronto, las oportunidades que aún tenemos habrán desaparecido para siempre. En otro cuarto de siglo es probable que ya no quede para registrar sino poca o ninguna de la antigua vida salvaje. El salvaje, tal y como aún podemos verlo, para entonces se habrá extinguido igual que el dodo. La arena corre a toda velocidad, pronto llegará la hora, el registro se habrá cerrado: el libro estará sellado. ¿Y cómo nos veremos los miembros de esta generación al declarar ante la barra de la posteridad, acusados de alta traición a nuestra raza, nosotros que fuimos negligentes para estudiar a nuestros congéneres agonizantes, pero que enviamos costosas expediciones a observar las estrellas y a explorar las regiones estériles de hielo en los polos, como si el hielo polar se fuera a derretir y las estrellas dejaran de brillar cuando ya no estemos? Despertemos de nuestro sueño, prendamos nuestras lámparas, enderecemos la espalda. Las universidades existen para el avance del saber. Es su deber añadir esta nueva provincia a los antiguos departamentos del saber que cultivan con tanta diligencia. Cambridge, para honra suya, ha ido a la cabeza en el equipamiento y envío de expediciones antropológicas; a Oxford, a Liverpool, a todas las universidades del país les toca sumarse a la tarea.

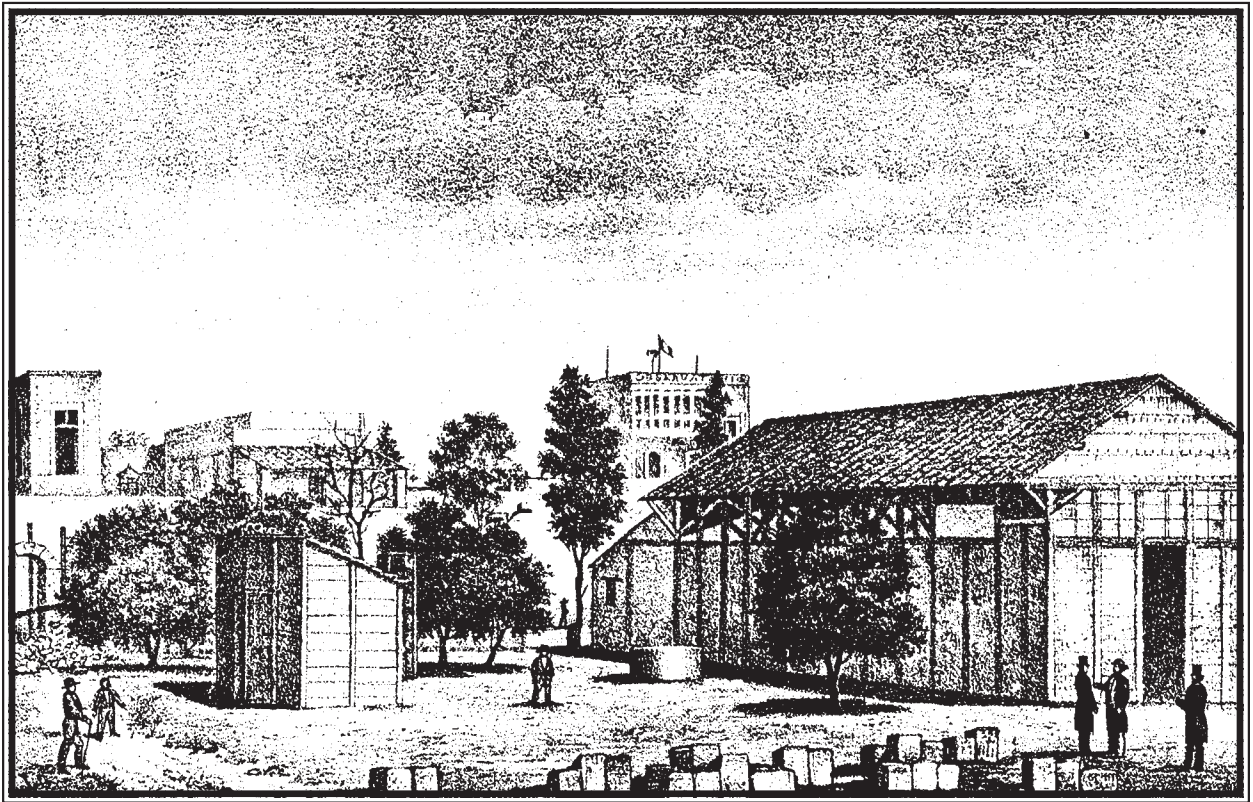
Más que ése, es deber público de todo estado civilizado cooperar activamente. En este sentido, los Estados Unidos de América, al instituir una oficina para el estudio de los aboríge-

nes en sus dominios, ha dado un ejemplo que deben imitar todas las naciones ilustradas que gobiernan sobre razas inferiores. Ese deber, esa responsabilidad, en ningún país es más claro y más pesado que en el nuestro, pues a ninguno, en todo el transcurso de la historia humana, se le ha dado el cetro sobre tantas y tan diversas razas. Nos hemos convertido en los guardianes de nuestros hermanos. ¡Pobres de nosotros si fallamos al deber para con ellos! No es suficiente que gobernemos con justicia a los pueblos que hemos sojuzgado con la espada. Estamos en deuda con ellos, estamos en deuda con nosotros mismos, estamos en deuda con la posteridad, la que nos pedirá que hayamos descrito a esos pueblos como eran antes de encontrarlos, antes de que vieran la bandera inglesa y antes de que escucharan, para bien o para mal, la lengua inglesa. La voz de Inglaterra habla a sus pueblos súbditos en otros acentos que en el rugir de sus cañones. La paz tiene sus victorias al igual que la guerra: hay trofeos más nobles que las banderas y los cañones capturados. Hay monumentos, monumentos de aire, monumentos de palabras, que parecen tan inestables y evanescentes, que no obstante permanecerán cuando nuestros cañones se hayan desmoronado y nuestras banderas se hayan hecho polvo. Cuando el poeta romano quiso presentar una imagen de perpetuidad, dijo que sería recordado en tanto perdurara el imperio romano, en tanto la procesión de túnicas blancas de vestales y pontífices siguieran subiendo al Capitolio a orar en el templo de Júpiter. Esa procesión hace mucho tiempo que dejó de subir al Capitolio, el mismo imperio romano hace mucho que sucumbió, al igual que el imperio de Alejandro, al igual que el imperio de Carlomagno, al igual que el imperio de España; y sin embargo, entre las ruinas de los reinos permanece incólume el monumento del poeta, pues sus versos se leen y se recuerdan. Hago un llamado a las universidades, hago un llamado al gobierno de este país a que se unan en la construcción de un monumento, un monumento benefactor, del imperio británico

*Quod non imber edax, non Aquilo impotens
Possit diruere, aut innumerabilis
Annorum series, et fuga temporum.*⁸

⁸ Horacio, *Odas*, 3, XXX: “Ni la lluvia roedora, ni el Aquilón furente, podrán conmovierlo, ni tampoco el torrente de los siglos ni la huida del tiempo” (n. del t).





Los gestores de los indios. La relación entre las comunidades litigantes y los juzgados de la real Audiencia a través de la correspondencia de Manuel Salvador Muñoz, indio cacique de Contla, 1788-1803

Víctor Gayol*

Varias de las obras historiográficas recientes sobre los pueblos de indios en la Nueva España han abordado, de manera directa o tangencial, cuestiones socioculturales y políticas cotidianas que antes no se tomaban en cuenta. El interés sobre ciertos aspectos de la vida al interior de las comunidades y de sus relaciones con el universo hispánico, aunado a una perspectiva un tanto en diálogo con la antropología cultural y política, ha permitido conformar una visión muy diferente de las ideas que sobre ese pasado colonial ofrecía la historiografía clásica. Ya Lockhart adelantó, por lo menos en dos ocasiones, en qué consistió este giro lingüístico y cultural en los estudios sobre los pueblos indios novohispanos¹ pero, sobre todo, qué implicaciones ha tenido en los preconceptos con los que se aborda el estudio de tales temas y, por supuesto, en los resultados.

Gracias a ello se van abandonado viejas ideas que privaban en la historiografía, entre las cuales cabe mencionar la que argumenta que el contacto y la posterior interacción entre indígenas y españoles durante tres siglos en el área central de la América hispánica septentrional fue de un continuo conflicto y resistencia, incluida la idea de que el relativo aislamiento causado por la política de segregación en dos repúblicas permitió que las comunidades se volcaran sobre sí mismas, conservándose estáticas y refractarias a los cambios. De ahí la idea de la permanencia de una cultura, o de ciertos rasgos culturales propios de los momentos anteriores al contacto, a lo largo de los siglos. Otra idea que se tiende a abandonar es la construida desde una perspectiva contraria, que supone un completo desplazamiento de ciertos elementos culturales estratégicos (políticos, económicos, sociales, entre otros) propios de los grupos étnicos mesoamericanos y su reemplazo por elementos culturales castellanos, como podría interpretarse a simple vista el fenómeno del establecimiento del sistema de cabildos, a imagen y semejanza de los españoles, en los pueblos de indios formados sobre las antiguas agrupaciones político territoriales (*altépetl*) o creados a partir de los procesos de reducción y congregación durante la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII.

* Centro de Estudios históricos, El Colegio de Michoacán. Para la conclusión de este texto agradezco los importantes comentarios de Andrea Martínez Baracs, Martha Terán, Felipe Castro Gutiérrez y Óscar Mazín, vertidos en diferentes seminarios y conversaciones.

¹ James Lockhart, "Some Nahuatl Concepts in Postconquest Guise", en *History of European Ideas*, núm. 6, pp. 465-482; y *Los nahuas después de la conquista (Historia social y cultural del México central del siglo XVI al XVII)*, México, FCE (Sección Obras de Historia), 1999, pp. 11-16.

La realidad que nos ofrecen los estudios que enfatizan el análisis de los elementos socioculturales de los pueblos de indios novohispanos es mucho más compleja, tanto por la multiplicidad de matices como por las diferentes dinámicas que adoptó la interacción entre uno y otro grupo, diferencias que se dieron en función de los ámbitos en que se realizó la interacción o a partir de especificidades regionales o locales. Esto nos lleva a abandonar la simple indagación sobre la permanencia o la sustitución de elementos culturales a lo largo del tiempo, y a pensar más en un proceso de invención y respuesta a una nueva cultura hegemónica (la hispánica), en una perspectiva que utilice conceptos distintos a los de adaptación, aculturación, asimilación o sincretismo. En este punto, uno de los argumentos más interesantes de la historiografía reciente se podría sintetizar en que las elites de los pueblos indígenas del centro y occidente novohispano, después del violento y devastador proceso que se originó a partir del contacto con los europeos, encontraron rápidamente las formas para establecer estrategias de negociación al influir directa y activamente en el discurso de la cultura hegemónica. La construcción de estas estrategias debe haber pasado, obviamente, por un proceso de aprendizaje de ciertas fórmulas culturales castellanas. Pero, más que una aculturación o una asimilación, lo que hicieron los indios fue apropiárselas, sobre todo relacionadas con la cultura jurídica hispánica, utilizándolas continuamente en la resolución de conflictos al interior y al exterior de las comunidades, lo cual les permitió, a su vez, conservar o construir cierta capacidad de agencia, es decir, cierto ejercicio de poder en términos políticos.²

² Véase, en este sentido, la manera en la que algunos estudiosos han percibido la utilización de los recursos judiciales por parte de las comunidades: Carlos Rubén Ruiz Medrano, "El tumulto de 1784 en Guayacocotla. Cambios y definiciones en la geografía política de una comunidad indígena en la Nueva España", en *Véas. Revista de El Colegio de San Luis*, vol. VI, núm. 18, pp. 225-253; William B. Taylor *Ministros de lo sagrado: sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII*, 2 vols., Zamora, El Colegio de Michoacán/El Colegio de México/Secretaría de Gobernación (Investigaciones), 1999, vol. II, p. 532; Felipe Castro Gutiérrez,

Para el caso de las sociedades nahuas y tarascas de la región central y occidental de la Nueva España respectivamente, contamos ya con datos que nos hablan de la manera profunda en que llegó a enraizarse la cultura jurídica hispana entre los indios y las muchas vías que permitió apropiarse de los elementos de esta cultura. Una de ellas fue el complicado proceso de adaptación de las estructuras municipales castellanas a las formas políticas y de relaciones locales tradicionales, que permitían el control social de la población nahua mediante la habilitación de gobiernos y funcionarios indios que empezaron a multiplicarse en la segunda mitad del siglo XVI.³ Pero aparte del establecimiento de los gobiernos y funcionarios indígenas en los pueblos, los españoles se preocuparon por implantar ciertos procedimientos y reglas propias del orden jurídico hispano entre la población nahua. Una parte de este proceso estuvo relacionado con la inclusión de los indios en un régimen de excepción jurídica que los hizo sujetos a protección especial por parte de las autoridades de la corona, como los virreyes y las audiencias a través del Juzgado General de Indios.⁴ Pero el proceso también se completó mediante una serie de ordenanzas y reglas de gobierno dirigidas a las autoridades indias, como parece haber sido una serie de textos sobre gobierno y procedimientos judiciales básicos escritos en náhuatl y en castellano.⁵ Entonces no resulta extraño que con el correr del tiempo los miembros más educados o poderosos de las comunidades como los caciques, principales, o quienes habían ascendido socialmente dentro de las mismas gracias a sus aptitudes para colo-

rez, *Los tarascos y el imperio español, 1600-1740*, México, IIH-UNAM/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (Historia Novohispana, 73), 2004, pp. 33-45 y 183-196; Susan Kellogg, *Law and the Transformation of Aztec Culture, 1500-1700*, Norman, The University of Oklahoma Press, 1995, p. XXIII.

³ James Lockhart, *op. cit.*, pp. 49-64 y 605 y ss.

⁴ Woodrow Borah, *El juzgado general de indios en la Nueva España*, México, FCE (Obras de Historia), 1996.

⁵ Susan Kellogg, *op. cit.*, p. 22. En el mismo sentido, Robert Haskett, *Indigenous Rulers: An Ethnohistory of Town Government in Colonial Cuernavaca*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1991, y James Lockhart, *op. cit.*

carse en la carrera de los llamados *oficios de república*, tuviesen bastante conocimiento y manejo de los instrumentos, procedimientos y argucias legales.

Otro elemento muy importante fue el aprendizaje y la utilización de la escritura occidental por parte de estas capas de principales, ya fuese para leer y escribir el castellano o para verter en ella el significado de sus lenguas maternas. En este renglón, varios estudios proponen que a las fuertes oleadas del siglo XVI, en las que se fundaron colegios para caciques y escuelas para principales en conventos, a los que incluso acudían macehuales, siguió una profunda desatención a la educación de los indios durante el siglo XVII. No sería sino hasta el siglo XVIII, sobre todo a partir de la década de 1750, que el clero secular comenzó a promover el establecimiento de escuelas en los pueblos de indios.⁶ Sin embargo, esta visión empieza a ser criticada por estudios que suponen no sólo una continuidad en la enseñanza de primeras letras, sino que además proponen que los indios no fueron absolutamente relegados de los estudios superiores.⁷

Sea como fuere su acceso a la lectura y a la escritura del español, así como a otro tipo de conocimientos y saberes, la presencia de individuos castellanizados y alfabetizados en las comunidades permitía contar con agentes que funcionaban como intermediarios culturales y políticos entre el pueblo de indios y el mundo y las instituciones político jurídicas hispánicas. Estos individuos eran los que podían adquirir más fácilmente conocimientos sobre aspectos culturales jurídicos, sobre las prácticas jurídico-políticas y beneficiar al conjunto de la comuni-

⁶ Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Historia de la educación en la época colonial. El mundo indígena*, México, Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México, 1990; Dorothy Tanck de Estrada, *Pueblos de indios y educación en el México colonial, 1750-1821*, México, Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México, 1999.

⁷ Margarita Menegus, *Los indios en la historia de México. Siglos XVI a XIX: balance y perspectivas*, México, FCE/CIDE, 2006, pp. 24-26; Margarita Menegus y Rodolfo Aguirre, *Los indios, el sacerdocio y la universidad en Nueva España, siglos XVI-XVIII*, México, CESU-UNAM/Plaza y Janés, 2006.

dad, o al sector de los caciques y principales de los pueblos con la defensa de los intereses colectivos. A la vez, eran también individuos que obtenían más fácilmente los recursos necesarios para crear o sostener una posición de ejercicio de poder dentro del pueblo de indios, basada quizá en gran medida justamente en su papel como intermediarios. Pero el mecanismo principal mediante el que esta posibilidad se convertía en hecho real eran las prácticas sociales ligadas a las instituciones de gobierno y administración de justicia, pues implicaba establecer relaciones con las personas que trabajaban en esos aparatos de ejercicio de poder del monarca: escribanos, tinterillos, relatores, pero sobre todo procuradores, solicitadores de indios y abogados, es decir, los gestores de los indios.

En la Tlaxcala del siglo XVIII resulta muy importante estudiar a estos gestores y su función en la resolución de conflictos, ya que eran mayoritariamente pugnas por tierras en contra de otros pueblos de indios o en contra de los propietarios españoles de haciendas y ranchos colindantes. Es importante porque demuestran otra cara de los conflictos derivados por la expansión de las haciendas, en esta ocasión la respuesta de las comunidades, su comunes y repúblicas, que era una respuesta muy distinta a la de los tumultos de los trabajadores que se han estudiado.⁸

Manuel Salvador Muñoz, el pleito de Contla y las cartas

El 4 de septiembre de 1788, la república y el común de naturales del pueblo de San Bernardino Contla, en las faldas del volcán Matlalcuéyetl, entonces conocido como Sierra de Tlaxcala, presentaron un escrito ante el gobernador político y militar de la provincia, el teniente coronel de los reales ejércitos Francisco Antonio de Lissa. Contla era una cabecera secundaria que a su vez era sujeto de Tizatlán, una de las cuatro

⁸ Véase Isabel González Sánchez, *Haciendas, tumultos y trabajadores: Puebla-Tlaxcala, 1778-1798*, México, INAH (Fuentes, Serie Manuales), 1997.

cabeceras de la provincia de Tlaxcala. En el escrito, los indios de San Bernardino se quejaban que el español José Alejandro Oropeza, dueño del rancho San José Tepulcingo aledaño a la comunidad, se les había introducido desde hacía unos años en el monte y en varios parajes que ellos reclamaban como suyos. La preocupación de los indios era que Oropeza había comenzado a roturar recientemente algunas de esas tierras para sembrar cereal y además impedía el acceso de la comunidad al beneficio del monte con el cierre de un camino.⁹ Cerca de dos meses antes, la república de Contla había entrado en litigio con el pueblo de San Francisco Tetlahnocan, situado al sur; la razón era también el disenso acerca de las zonas de acceso al monte para cada población y el beneficio de la madera de encino, y la obtención de resina para el beneficio de pez.¹⁰

Cerca de un año después, el pleito de los indios contra Oropeza fue a dar a la real Audiencia de México, por vía del juzgado general de naturales, y a partir de 1792, a raíz de una apelación de Oropeza en la real Audiencia ante la decisión del virrey como juez privativo del Juzgado General de Indios y a favor de la república de Contla, el litigio se extendió al extremo de sumar cerca de dieciséis años desde su inicio entre el juzgado de naturales y el juzgado de tierras de la Audiencia, entre la justicia del cabildo indio de la ciudad de Tlaxcala y la del gobernador español de la provincia, no obstante que Oropeza falleció en algún momento entre el 5 y el 30 de julio de 1795,¹¹ y la Audiencia dio sentencia de-

finitiva sobre la posesión a favor de Contla en 1798.¹² Sin embargo, en 1804 la comunidad seguía litigando contra la viuda de Oropeza, Josefa García, por el beneficio de la raspa de magueyes plantados en uno de los parajes que había estado en litigio.¹³ Además de ello, en 1789 el pueblo había iniciado en el juzgado de naturales un pleito contra Pedro Bustamante, otro español que poseía tierras colindantes con las de San Bernardino.¹⁴ Así, en los últimos años del siglo XVIII San Bernardino Contla se nos presenta con el perfil que tenían muchos de los pueblos de indios, sobre todo del México central, con una gran actividad como litigantes en la defensa de sus tierras.

Un personaje central en toda la actividad litigante de la comunidad fue Manuel Salvador Muñoz. Él era quien había iniciado tanto el pleito contra sus vecinos de Tetlahnocan como los pleitos contra Oropeza y Bustamante, y además se convirtió en el apoderado de su comunidad, encargado de agitar las causas por algo más de una década. Muñoz, indio él mismo como se declaró en el proceso, y alfabetizado como se constata de varios datos, era natural y vecino de San Bernardino y en algunos documentos llegó a ostentarse como cacique principal. Antes de los pleitos y a lo largo de los años en que fue apoderado tuvo diversos cargos de república. Fungió como escribano, merino, alcalde y gobernador de república en varias ocasiones. También fue mayordomo de San Bernardino, del Divino Señor Sacramentado, del Santísimo Patriarca y se desempeñó como fiscal de la iglesia. Además tuvo a su cargo la administración de la raspa de magueyes de bienes de comunidad y del beneficio del pulque durante varios años. Era, pues, un sujeto que había logrado acomodarse en la carrera que solían hacer los indios principales dentro de sus repúblicas: formaba parte de grupos de poder al interior y pudo establecer relaciones con autoridades indias de otras repúblicas, así como con

⁹ “Los naturales de San Bernardino Contla contra José Alejandro Oropeza”, Archivo General de la Nación (AGN), ramo *Tierras*, vol. 1172, exp. 3, 66ff. Se trata de un memorial compuesto por un relator de la real Audiencia, pero está incompleto.

¹⁰ Archivo General del Estado de Tlaxcala, caja 92, exp. 24, diversas fojas, citado en Carlos Sempat Assadourian y Andrea Martínez Baracs (comps.), *Tlaxcala. Textos de su historia 7. Siglos XVII-XVIII*, Tlaxcala, Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1991, pp. 113-121.

¹¹ La fecha se desprende de dos cartas de Matoso y de Riofrío. “Matoso a Muñoz, 5 de julio de 1795”, y “Riofrío a Muñoz, 30 de julio de 1795”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, docs. 132 y 142.

¹² “Matoso a Muñoz, 13 de enero de 1798”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 199.

¹³ AGN, *Tierras*, 116.5, 6ff.

¹⁴ AGN, *Tierras*, 1172.3, f. 9v.

diversas autoridades españolas y redes de poder económico.

Manuel Salvador Muñoz fue durante muchos años la cabeza visible de un bando posiblemente fundado en el parentesco y en la co-residencia en un barrio específico del poblado. Al parecer, varios de sus parientes consanguíneos o afines monopolizaron durante algún tiempo el acceso a los cargos de república mientras que, al parecer también, un hijo suyo habría estudiado para ordenarse como sacerdote. Manuel Salvador tenía algunos parientes rituales o afines en la ciudad de México, y sostenía muy buenas relaciones con el presbítero Carlos Mayor, cura vicario del pueblo de San Pablo Apetatitlán, doctrina a la que pertenecía San Bernardino Contla, así como con los gobernadores españoles de la ciudad de Tlaxcala, el teniente coronel Francisco Antonio de Lissa y su sucesor, el coronel Manuel Vaamonde. Fue justamente a causa de su clara pertenencia a una de las facciones que se enfrentaron por el control político dentro de la comunidad que contamos con material documental valiosísimo para adentrarnos en los procesos de interacción cultural y transmisión de la cultura jurídica hispánica y las prácticas judiciales hacia las comunidades.

Hacia finales de 1803, y después de un tumulto acaecido en el poblado que fue la clara culminación de varios problemas entre Muñoz y los miembros de un bando también fundado en el parentesco y la co-residencia en otro barrio de la comunidad, la parte del común de San Bernardino Contla encabezada por Marcos de León inició un pleito contra el apoderado en el juzgado general de naturales. Entre otras cosas, los quejosos adujeron que Muñoz había malversado los dineros de la comunidad con el pretexto de pagar las costas y otros gastos del pleito contra Oropeza, causa que los inconformes incluso dudaban que en realidad se estuviese agitando en los tribunales. Unos meses antes Manuel Salvador había apelado a las autoridades para que se le hiciera justicia, pues alegaba que el común le debía 1 898 pesos y 5 reales, e incluso había intentado cobrarles pero ellos se opusieron y adujeron que Muñoz les exigió el dinero “sin mani-

festar siquiera un comprobante, que acreditaré un medio real.”¹⁵ Esta cantidad correspondía a algunas costas del proceso contra Oropeza que Muñoz había puesto de su bolsillo, pero incluía también una cantidad que el cacique se adjudicaba a sí mismo como pago por su actuación como apoderado. Además de las cuentas y recibos presentados a las autoridades, como parte de las pruebas en el proceso Manuel Salvador Muñoz entregó una serie de cartas que le remitieron sus gestores de la ciudad de México.

La correspondencia suma un total de 254 esquelas,¹⁶ la mayor parte de ellas muy breves y sencillas, en las que varios oficiales que laboraban en la real Audiencia de México y en el juzgado general de naturales fueron dando cuenta de algunos detalles del proceso entre los años de 1789 y 1802. Con éstas Muñoz formó un expediente que adjuntó a las cuentas y al que agregó otros cuatro documentos que conservaba entre las cartas. Tenemos así once comunicaciones de José María Arellano, solicitador de indios dependiente del Juzgado General de Indios, 108 esquelas de Francisco Riofrío, procurador de número titulado de la real Audiencia, y 60 cartas del licenciado Antonio Matoso, quien era relator de la Audiencia pero que en su calidad de abogado asumió la asesoría legal de Muñoz por posibles razones que luego veremos. Hay también cinco concisas esquelas del licenciado Mariano José Zepeda, quien parece haber sido asesor legal al principio del pleito, seis del licenciado Francisco Guerrero y Toro, relator de la real Audiencia, y cuatro cartas de distintos personajes más una sin remitente. Como parte del conjunto llaman mucho la atención 59 cartas remitidas por Luis Bautista Merlín, pues algunas presentan una extensión considerable. Merlín, quien al parecer guardaba cierto grado de parentesco ritual o por afinidad con Muñoz, se encargó muchas veces de dar el día a día del estado del pleito en los tribunales de la ciudad de México, y de las acciones de

¹⁵ “Don José Manuel Vallarta por el theniente de gobernador, y común de naturales...”, AGN, *Tierras*, 1347: 1[1], f. 9v.

¹⁶ AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte.

los solicitadores, abogados, procuradores y relatores que trabajaban en el caso.

Aquí es necesario mencionar que la existencia de este tipo de comunicaciones epistolares entre los litigantes y sus gestores no es un hecho aislado en la historia de los tribunales del mundo hispánico. Al parecer, era bastante común y extendida la práctica, sobre todo por parte de gestores como solicitadores, apoderados, procuradores y abogados, de mantener informado a su cliente acerca de la evolución de su pleito en los juzgados mediante breves esquelas, en las que además se planteaban estrategias a seguir o se solicitaban fondos para proseguir el pleito. Sin embargo, este tipo de documentos suele ser escaso en los archivos y, por tanto, poco estudiado no obstante resulta una fuente muy rica en información sobre aspectos cotidianos de la vida judicial. Así, por ejemplo, a través las cartas del solicitador Juan Cisneros de Herrera, quien trabajaba como apoderado de la ciudad de Toledo, Richard Kagan pudo reconstruir las estrategias dilatorias que el solicitador y los abogados de la ciudad iban ideando para detener la determinación de un pleito en 1623.¹⁷

Una estrategia muy interesante, y de la que se mencionan algunos datos en las esquelas, era la manera en que pudo mantenerse una comunicación fluida entre Muñoz y los gestores de la comunidad. Además de utilizar el servicio de correo, servicio que desde 1765 pertenecía a la corona, Muñoz utilizó un sistema de portadores organizado con gente del común de Contla que era de su confianza. Este sistema no solamente permitía a Muñoz enviar y recibir cartas y documentos, sino también girar dinero a los gestores

¹⁷ Richard Kagan, *Lawsuits and Litigants in Castile, 1500-1700*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1981, pp. 54 y 55. Hay una versión castellana, agotada hace muchos años: *Pleitos y pleiteantes en Castilla, 1500-1700*, Salamanca, Junta de Castilla y León, Estudios de Historia, 1991. Otra investigación que ha explotado recientemente la correspondencia epistolar de gestores, en este caso de los procuradores de las catedrales indianas frente a la corte de Madrid, es Óscar Mazín, *Gestores de la real justicia. Procuradores y agentes de las catedrales hispanas nuevas en la corte de Madrid*, México, Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México, 2007.

para cubrir las costas del litigio y honorarios de los oficiales, además de hacerles llegar presentes en especie o recados verbales. Sin embargo, el sistema de portadores no resultaba de lo más seguro, dado que los oficiales de correos de la corona estaban a las vivas y vigilaban los caminos reales para controlar la circulación de toda correspondencia. Por ejemplo, el 17 de agosto de 1791 Luis Bautista Merlín escribió a Muñoz diciéndole que el portador se había retrasado “porque lo cogieron en Tlapizahua, o Ayotlan los ministros de la Estafeta de Chalco, a donde lo llevaron y le sellaron la carta, que importó diez reales: los cuales se le entregaron de menos a el Señor Riofrío[...]”.¹⁸

Es decir, que el portador debió tomar diez reales del dinero que Muñoz le había entregado para expender al procurador de la causa y pagar el franqueo de la carta encontrada por los oficiales, con lo cual quedaba incompleta la remisión del dinero. Por este tipo de problemas, en ocasiones los gestores de la república de Contla en México decidieron utilizar de manera preferente los correos del rey para girar contestaciones precisas sobre el estado de la causa, así como otro tipo de papeles relacionados con la misma, entre ellos copias de reales cédulas o traslados. Por ejemplo, el mismo Merlín comentó a Muñoz, en una esquila del 9 de mayo de 1791, que el procurador Riofrío había preferido remitir a Contla un despacho de la real Audiencia, así como los títulos de las tierras del pueblo, por correo y no con el portador, “con lo que nos libramos de cualquiera resulta”.¹⁹

Otro problema con el sistema de portadores era que en ocasiones éstos pretextaban que el dinero no les alcanzaba para sostenerse en la ciudad de México y entonces decidían regresar al pueblo sin esperar las contestaciones, por lo que los gestores habían de recurrir al correo oficial.²⁰ En alguna ocasión, además, el procurador Riofrío

¹⁸ “Merlín a Muñoz, 17 de agosto de 1791”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 26.

¹⁹ “Merlín a Muñoz, 5 de mayo de 1791”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 30.

²⁰ “(Sin remitente) a Muñoz, 30 de septiembre de 1789”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 2.

dio dinero al portador para su manutención y viaje de regreso, cantidad que cargaba en su cuenta por cobrar.²¹ Pero los de Contla no escatimaron gastos para mantener las comunicaciones con sus gestores, y Muñoz llegó a apuntar cuidadosamente durante algún tiempo cuántos portadores había utilizado entre una y otra fecha. Por su parte, el cura vicario Carlos Mayor también inscribía en el *Libro de gobierno* —que se guardaba en la iglesia de San Bernardino de Siena, dentro de un arca con los dineros recolectados de las sobras de dominicas y raspa de pulque—, las cantidades que se le daban a Muñoz por diversos conceptos, entre otros el de envíos de cartas. En las cuentas de gastos entregadas por Muñoz el costo por franqueo de cartas, portadores y papel, sin considerar la tinta, ascendió a noventa pesos para el periodo 1789-1802.²²

Sin embargo, parece que mantener el sistema de portadores le permitía a Muñoz no solamente sostener las comunicaciones sino también conservar un cierto grado de legitimidad en sus acciones como apoderado. En una carta de José María Arellano, del 24 de marzo de 1790, el solicitador le dice a Muñoz que “a los portadores los metí al oficio como V. me dise en su esquila”. Esta contestación de Arellano nos remite a otra suya, del 6 de mayo del mismo año, en la cual comunica a Muñoz: “Todo todo, lo save y lo an visto por sus ojos, su hermano de Vd. y el Merino porque Yo proprio los ê llevado â el Oficio y â casa del Señor Oficial de Gobierno y ellos mismos se an satisfecho por sus ojos”.

Si consideramos, por la manera en la que se desarrollaron los acontecimientos, que Manuel Salvador Muñoz tenía una serie de detractores al interior del pueblo, la presencia de gente de la comunidad en el oficio —es decir, en las oficinas de la escribanía de cámara de la Audiencia o en las de la escribanía de cámara de superior gobier-

no—, daba a Muñoz un margen de credibilidad que lo colocaba a su vez en una situación que le permitía legitimar su ejercicio de poder dentro de la comunidad. No bastando quizá que frente a las autoridades de república o frente al común, él contase los detalles de la evolución de los pleitos para los que pedía constantemente dinero del pueblo, el hecho de que otros vieran cómo se realizaban los trámites en los propios pasillos y oficinas de los tribunales en México debía causar cierto sosiego, o al menos resignación, cuando comenzaban a exaltarse los ánimos en San Bernardino. Ellos se encargarían de contar lo que vieron con sus propios ojos; darían fe con su experiencia, con el estar ahí, de lo que quizá dudasen daban fe los papeles que iban y venían.

Resulta interesante señalar que éstas y otras estrategias de credibilidad o de legitimación de la acción relatada epistolarmente también eran utilizadas por los mismos gestores de la comunidad ante los tribunales en sus comunicaciones con Muñoz, no sólo para que lo dicho por el gestor tuviese veracidad, sino para apremiar a Muñoz a realizar alguna acción. Por ejemplo, el 3 de noviembre de 1790 el solicitador Arellano le escribió a Muñoz diciéndole que el procurador de Oropeza había contestado de manera perversa —“iniquamente”, dice Arellano— al momento de leer el traslado de las demandas de Contla. En la carta, Arellano cuenta someramente que el procurador de la contraria acusaba a Muñoz de ser “cabiloso” —en el sentido de especulador, de picapleitos—, y que para demostrarlo había ido con un tal abogado Junquera, para buscar en el oficio de superior gobierno el expediente de una causa que se le había seguido a Muñoz unos años antes. En realidad se trató de dos pleitos en los que estuvo involucrado, uno contra la familia de los de León y otro contra el cura Ignacio Larios y su vicario, Vicente Araujo. Al parecer, a raíz de la causa contra los de León estuvo preso en la ciudad de México y se libró una orden superior para que durante nueve años no tuviese voz activa ni pasiva en su comunidad.²³ Así, Arellano apuraba a Muñoz para

²¹ “Riofrío a Muñoz, 24 de marzo de 1795”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 147.

²² “Cuentas presentadas por Don Manuel Salvador Muñoz, del tiempo que fue apoderado de su pueblo y liquidación practicada entre el común, y él a virtud de Superiores Decretos del Excelentísimo Señor Virrey”, AGN, *Tierras*, 1347: 1[7], f. 28v.

²³ AGN, *Tierras*, 1172.3, ff. 49r.-50r.

que se presentase rápidamente en la ciudad de México y estableciera la estrategia a seguir. Y para que Muñoz tomara en serio los apremios de Arellano, escribió: “Todo cuanto he dicho en esta se lo he participado a su tiempo a D. Luis Merlin quien firma junto conmigo para que Vdm. crea mi verdad.”²⁴

Los gestores a través de la correspondencia

Cronológicamente, los primeros gestores que aparecen en la correspondencia son el licenciado Mariano José Zepeda y el solicitador de indios José María Arellano. De Zepeda no he encontrado información sobre su carrera o que haya sido nombrado abogado de indios por la Audiencia. Para litigar en los tribunales reales era necesario que un licenciado en derecho estuviese inscrito en la matrícula de la Audiencia, tras haber sustentado un examen frente los oidores, y para encargarse de asuntos de indios también debía recibir un título por parte del virrey, junto con el cual se le asignaba un salario anual porque se esperaba que no cobrara honorarios por su servicio en pleitos de naturales. Sin embargo, parece haber sido muy común durante buena parte del siglo XVIII el que individuos sin título se ocupasen sobre todo de la gestoría de asuntos de indios, aprovechándose de la situación. En los tribunales estos personajes eran llamados *agentes intrusos*.²⁵ Zepeda no estuvo más de un año atendiendo el pleito de Contla y, según las cuentas de Muñoz, a lo largo del periodo recibió 116 pesos.²⁶ Desgraciadamente, las cuentas en este caso no indican la razón del gasto, pero la entrega de dinero debe haber sido para pagar los honorarios del licenciado y algunas costas de otros

oficiales. En una carta sin fecha precisa, pero de 1789, Mariano José Zepeda apremió a Muñoz a que le enviase por medio de “su pariente”, quien me parece debe haber sido Luis Bautista Merlín, dinero para pagar al relator, pues no había podido obtenerlo del solicitador Arellano.²⁷ Sin embargo, unos meses después, en otra carta sin fecha precisa de 1790, Zepeda amenazó a Muñoz con que no haría su trabajo mientras no le fuesen cubiertos ciertos honorarios: “Amigo: todavía estoy pensando con la paga de mi escrito y hasta que no me den su importe no lo entrego. Usted bea por lo que puede mandar...”²⁸ Alrededor de octubre de 1790, el licenciado Mariano José Zepeda dejó de percibir dinero de la comunidad como consta en las cuentas de Muñoz.

El otro gestor presente al inicio del pleito, José María Arellano, se desempeñaba desde 1788 como solicitador del juzgado general de indios, cargo para el cual había sido nombrado por el virrey a la muerte de Manuel María Arellano, posiblemente su padre o algún pariente suyo,²⁹ y en el que estuvo activo hasta 1804.³⁰ El trabajo de los solicitadores del juzgado era muy parecido al de los procuradores de número de las audiencias que se encargaban de ejercer la representación jurídica del litigante frente a los tribunales, de agitar las causas y de vigilar que todos los procedimientos y el papeleo necesario estuvieran conforme a los tiempos y partes del proceso judicial, pero sobre todo a favor de sus representados. En otras palabras, eran los verdaderos encargados de la gestión de los asuntos judiciales de sus representados. Por supuesto que también eran artífices en dilaciones y recovecos técnicos para alargar los pleitos a su favor, obtener más dinero de sus clientes, o provocar el cansancio de la parte contraria. Entre otras cosas, solicitadores y procuradores se

²⁴ “Arellano a Muñoz, 3 de noviembre de 1790”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 35.

²⁵ Víctor Gayol, “El régimen de oficios vendibles y renunciables como garantía para el desempeño de los oficios públicos al final del periodo colonial. Estudio de caso”, en *Anuario Mexicano de Historia del derecho*, vol. XVIII, 2006, pp. 197-214.

²⁶ AGN, *Tierras*, 1347.1[7], f. 21r.

²⁷ “Zepeda a Muñoz, s/f pero de 1789”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 4.

²⁸ “Zepeda a Muñoz, s/f pero de 1790”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 5.

²⁹ AGN, *Indios*, 67.209, f. 278.

³⁰ Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, *Calendario manual y guía de forasteros en México*, México, Oficina de Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, años correspondientes [FR-BN y CEHM-Condumex].

encargaban de administrar los dineros para el pleito, o *litis expensas*, cantidad que el litigante para el que trabajaban les iba abonando y de la que tomaban para pagar los trámites, costas y honorarios de otros oficiales. Sin embargo, a diferencia de los procuradores que cobraban los honorarios por su trabajo con base en lo especificado en los aranceles respectivos, los solicitadores del juzgado general de indios eran *ministros del medio real*, es decir, empleados del juzgado dotados con un salario fijo anual con cargo a la real Hacienda, cuyos recursos para este efecto eran tomados del ramo del medio real de ministros. Los fondos de dicho ramo provenían de la exacción suplementaria anexa al tributo que debía pagar anualmente cada tributario completo, vecino y natural de un pueblo de indios. La política de la corona respecto a la administración de justicia a los indios era buscar que ésta les resultase lo menos costosa posible.³¹

En sus cartas, Arellano se encargaba generalmente de dar cuenta a Muñoz de los avances del litigio, remitir decretos y órdenes del juzgado para realizar alguna diligencia y pedirle algún dinero para trámites que, muchas veces, él decía haber puesto de su bolsillo para no entorpecer las actuaciones.

El tercer gestor interesante que aparece en la correspondencia es el procurador de número de la Audiencia, Francisco Riofrío, quien según las cuentas de Muñoz comenzó a recibir dinero el 23 de febrero de 1791.³² El cargo de procurador de número era un oficio vendible y renunciable, y resultaba obligatorio que los litigantes en los tribunales superiores y de alzada recurriesen a uno de estos oficiales para poder litigar. Durante muchos años, y antes de obtener el oficio de procurador, Riofrío fue agente de negocios titulado, una especie de gestor que, teóricamente, no tenía capacidad jurídica para litigar, y en 1772 fue interino en el oficio del procurador Antonio

José Vidaburu. Posteriormente fue teniente del procurador Francisco Xavier Márquez de los Ríos, desempeñándose al frente de su *banco*³³ al menos desde 1777. En 1782 obtuvo la propiedad de ese oficio como renunciatario de Márquez de los Ríos y lo conservó al menos hasta 1816. A lo largo de su dilatada carrera en los tribunales fue en varias ocasiones nombrado para los cargos anuales de procurador de indios y procurador de pobres, nombramientos que implicaban atender asuntos de indios o de pobres sin cobrar los derechos de arancel, por lo que en vez de ello recibían también un sueldo anual derivado del medio real de ministros. Cabe destacar que entre otros clientes notables, Riofrío llevó el largo juicio de divorcio del marqués de Moncada contra la marquesa de Jaral de Berrio.³⁴

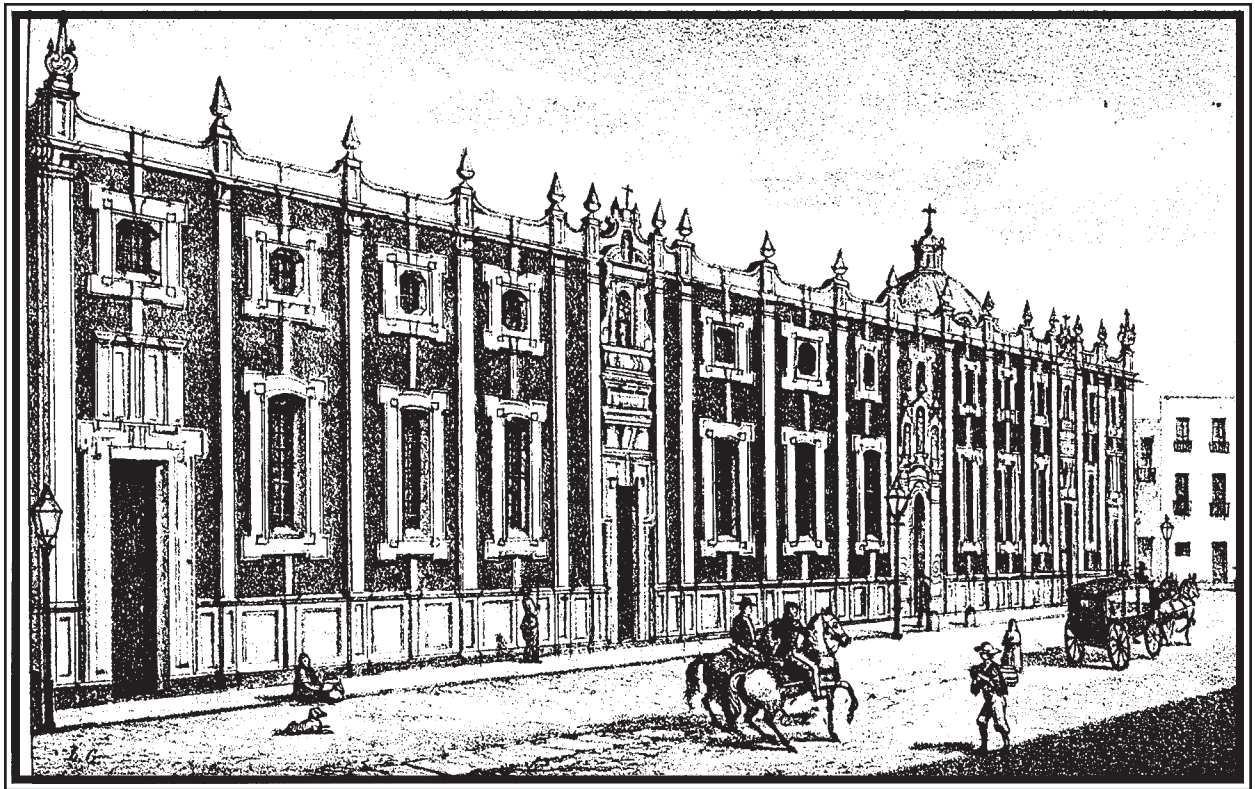
La mayoría de las cartas conservadas por Muñoz provenían de la pluma del procurador Riofrío. Se trata de 108 esquelas, y la más antigua que se conserva data del 23 de agosto de 1791, mientras la del 22 de octubre de 1802 cierra cronológicamente el conjunto de cartas presentadas por Muñoz. Las cartas son muy parecidas en su contenido a las escritas por Arellano, que de manera sencilla dan noticia del estado del proceso; pero a diferencia de las del solicitador, en ocasiones Riofrío ofrece consejos a Muñoz para que actúe ante algunas circunstancias que atorran los procedimientos. Por ejemplo, hacia los primeros días de enero de 1795 Riofrío avisó a Muñoz de que el relator a cargo de quien estaba la redacción del memorial del proceso, que para entonces se había complicado enormemente a raíz de la apelación de Oropeza y de la apertura de nuevas acusaciones por parte de la república

³³ La palabra *banco* era utilizada para referirse al oficio de procurador en el sentido de actividad y de lugar donde se ejerce la actividad, y hacía referencia a las mesas que se encontraban en uno de los pasillos del piso superior de la Audiencia. Como se afirma en otra parte, la actividad del *banco* de procurador comprendía no solamente la del procurador mismo o dueño del oficio, sino también la de su teniente, amanuenses y quizá algún mandadero llamado eufemísticamente *llevador de autos*. Véase Víctor Gayol, *op. cit.*

³⁴ Archivo General de Indias, *Audiencia de México*, legajos 1206 y 1639; AGN, *real Audiencia*, 4.53, f.192; Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, *op. cit.*

³¹ Woodrow Borah, *op. cit.*, p. 312 y ss.; Víctor Gayol, "Laberintos de justicia en el México borbónico. Procuradores, escribanos y oficiales de la real Audiencia de México (1750-1812)", en prensa.

³² AGN, *Tierras*, 1347.1, [7], f. 21r.



de Contla, había abandonado la relatoría. La función que tenían las relatorías era el poder presentar ante los jueces un resumen razonado y con conocimiento de derecho y de la práctica judicial del estado de la causa en estrados, para que se determinara el paso a seguir. Por tanto, el asunto de Contla se estaba dilatando y a Riofrío no se le ocurrió mejor estrategia que sugerir al propio Muñoz que apersonase en los tribunales y hablar con Aguirre³⁵ o con Mier,³⁶ los oidores que al parecer entonces presidían las dos salas de lo civil de la Audiencia, para que alguno de ellos diera la orden de que se prosiguiese con la redacción del memorial.³⁷ Las cosas se habían complicado más por esos días, puesto que el licenciado Antonio Matoso, quien venía trabajando como abogado del pueblo de indios, tenía a su mujer, María Ignacia Gerardi y Barbabosa, al borde de la muerte y no podía ocuparse del asunto, aunque en su esquila parece optimista respecto al litigio.³⁸ No obstante, la relatoría siguió atorada y Muñoz optó por escribirle al procurador Riofrío, en febrero, para pedirle que siguiera agitando el negocio y apurase al relator.³⁹ No encuentro una contestación de Riofrío a esta esquila de Muñoz y posiblemente no la hubo porque en marzo el cacique le escribió directamente al relator, el licenciado José Manuel Zavaleta, pidiéndole razón del memorial. Al pie de la misma esquila Zavaleta respondió a Muñoz que tenía semanas presentándole al oidor decano el asunto de Contla entre su lista de trabajos pendientes, pero que su señoría había decidido darle otros negocios “de mejor pre-

ferencia”.⁴⁰ Aunque el pleito continuó durante unos años, al parecer esta relatoría nunca se concluyó, y en una esquila del mes de agosto de ese año Riofrío informa a Muñoz que se le mandó hacer a Zavaleta una nueva relación, para lo cual el relator pidió 35 pesos por adelantado.⁴¹ Es probable que el memorial del pleito firmado por el relator Zavaleta, sin fecha e incompleto, sea el primer memorial.⁴²

No sé todavía las razones por las que hubo dos gestores oficiales encargados del pleito: el solicitador de indios Arellano y el procurador de número Riofrío, pero éstas pueden intuirse. Es muy probable que hubiese llegado un momento en que la causa corriese tanto en el Juzgado General de Indios como en alguna de las salas de lo civil de la real Audiencia, y ello explicaría la razón de esa doble gestoría. Mas para entender esto es necesario preguntarse por qué el pleito pudo haber estado en dos tribunales, y la respuesta es sencilla. A principios de 1792 el segundo conde de Revillagigedo, virrey de la Nueva España y juez privativo del Juzgado General de Indios, emitió una resolución que favorecía a la república de Contla, ante lo cual Alejandro Oropeza apeló la decisión del virrey ante la real Audiencia el 13 de abril de ese año. La apelación fue aceptada por los oidores, lo cual explicaría el cambio de instancia y de gestor; sin embargo, hemos visto que existía comunicación previa a esta fecha entre el procurador Riofrío y Manuel Salvador Muñoz (por lo menos desde el 23 de agosto del año anterior), lo cual indica que ya el gestor se hacía cargo de la causa en los tribunales. Por otro lado, aunque las cartas del solicitador Arellano terminan en mayo de 1794, queda claro en el conjunto de la correspondencia que su última actuación como gestor, o al menos la última carta enviada como tal, fue hacia noviembre de 1790,⁴³ aunque sabemos que siguió ostentando el poder para litigar dado por la república

³⁵ Guillermo de Aguirre y Viana, oidor en la Audiencia de México desde 1792. Véase Mark A. Burkholder y Dewitt S. Chandler, *De la impotencia a la autoridad. La Corona española y las Audiencias en América, 1687-1808*, trad., de Roberto Gómez Ciriza, México, FCE (Sección de Obras de Historia), 1984, “Apéndice X”.

³⁶ Cosme Antonio de Mier y Tres Palacios, oidor en la Audiencia de México desde 1785; Mark A. Burkholder y Dewitt S. Chandler, *op. cit.*

³⁷ “Riofrío a Muñoz y los demás hijos del pueblo de San Bernardino Contla, 7 de enero de 1795”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 143.

³⁸ “Matoso a Muñoz, 24 de enero de 1795”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 126.

³⁹ “Muñoz a Riofrío, 10 de febrero de 1795”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 131.

⁴⁰ “Muñoz a Zavaleta, s/f pero de marzo de 1795”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 139.

⁴¹ “Riofrío a Muñoz, 26 de agosto de 1795”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 130.

⁴² AGN, *Tierras*, 1172.3, 66ff.

⁴³ “Arellano a Muñoz, 3 de noviembre de 1790”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 35.

ca hasta por lo menos 1793.⁴⁴ Las siguientes cartas de Arellano a Muñoz trataron sobre el envío de las cuentas pendientes por entregar el solicitador, cosa en la que estaba ya desde marzo de 1791, según dos cartas de Luis Bautista Merlín.⁴⁵ También por otra carta de Merlín⁴⁶ sabemos que Arellano estuvo una temporada preso, lo cual retrasó aún más la cabal entrega de las cuentas, y parece que también el total de papeles que conservaba relativos al pleito. Finalmente, en las cuentas presentadas por Muñoz como pruebas en el pleito de 1803, el cacique indicó el 7 de mayo de 1791 como fecha del último recibo que se le pagó a Arellano, quien hasta ese momento había recibido 266 pesos. Las mismas cuentas informan que Riofrío recibió de Muñoz un total de 920 pesos con seis reales y medio entre el 23 de febrero del mismo año y el 19 de noviembre de 1802.⁴⁷

Las consideraciones anteriores nos hacen dudar de que la razón del cambio de gestor haya sido el paso de la causa del Juzgado General de Indios a alguna sala de lo civil de la Audiencia, pues la sentencia y apelación fueron posteriores al comienzo del trabajo de Riofrío. Difícilmente lo es incluso el asunto de la prisión de Arellano, pues como escribió Merlín en la carta citada: “Sin embargo de que sigue nuestro Arellano en su prision, se presento el escrito por el porque le ha parecido al Licenciado que no se le quite el poder, pues aunque esta preso, esta actuando, firmando en la carcel los escritos”.⁴⁸

Queda entonces por suponer que la contratación de Riofrío como procurador de Contla fue una decisión de Muñoz, que obedeció al interés por ampliar su margen de acción en los tribunales y para garantizar el buen término de la causa. La justificación de este proceder queda

⁴⁴ “Merlín a Muñoz, 18 de octubre de 1793”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 83.

⁴⁵ “Merlín a Muñoz, 23 de marzo de 1791” y “Merlín a Muñoz, 20 de mayo de 1791”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, docs. 8 y 17.

⁴⁶ “Merlín a Muñoz, 18 de octubre de 1793”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 83.

⁴⁷ AGN, *Tierras*, 1347.1 [7], f. 20v-23v.

⁴⁸ “Merlín a Muñoz, 18 de octubre de 1793”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 83.

bastante documentada si observamos algunos argumentos muy utilizados en la época respecto a las mayores garantías que tenían los litigantes si su asunto era llevado por un gestor cuyo oficio tenía un carácter patrimonial, como los procuradores, respecto a las de quienes acudiesen a un gestor que era simplemente un empleado asalariado, como los solicitadores, o un agente libre como los agentes de negocios, cuyos oficios no estaban respaldados por el capital implicado en el carácter venal del primero.⁴⁹ El cacique Muñoz no era ajeno a las consideraciones para la elección de sus apoderados, como demuestra una carta previa de Merlín, de octubre de 1792, en la que éste discute con Manuel Salvador la posibilidad de contratar al licenciado Francisco Soto Carrillo como apoderado para un negocio privado, distinto al pleito del común. En la carta, Merlín informó a Muñoz que Soto Carrillo era apoderado del sujeto que lo recomendó, anotando que: “Tiene todas las circunstancias que se pueden apetecer en un sugeto, como que ha de entender en asuntos de tanto peso, y consideracion: me ha significado que es uno de los de mayor aceptacion en aquella Corte: hombre bastante acaudalado, practico: hijo de un Agente, que fue Apoderado de este Consulado”.⁵⁰

Hago notar la mención hecha por Merlín del caudal del posible apoderado, en ello se traducían la garantía de la patrimonialidad del oficio del procurador: la posibilidad de responder ante algún desfalco. Pero volviendo a la contratación de Riofrío, ésta también habla de las posibilidades que permitía a los litigantes la flexibilidad de un orden jurídico donde la existencia de juzgados privativos y oficiales especiales vinculados a ellos para atender los casos de corporaciones o individuos con ciertos fueros, excepciones o privilegios, no implicaba que forzosamente debiesen recurrir a ellos. Una prueba de ello, y contra lo que podría

⁴⁹ Hay un interesante memorial que presentaron los procuradores de número de la real Audiencia de México en un pleito contra los agentes de negocios en 1747, que trata justamente este argumento con amplitud. Véase Víctor. Gayol, *op. cit.*, pp. 208-209.

⁵⁰ “Merlín a Muñoz, octubre de 1792”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 47.

suponer la existencia del Juzgado General de Indios como instancia exclusiva para la resolución de los problemas de los naturales, podría ser la consideración en los aranceles de diferentes oficiales y otros documentos normativos de que los indios utilizaran los servicios de agentes distintos a los asignados al juzgado.⁵¹ De tal manera, casos como los del pleito de Contla donde encontramos un abanico de jurisdicciones implicadas, nos ofrecen la posibilidad de observar la manera en que los indios podían aprovechar la flexibilidad de este orden para su provecho como litigantes. En resumidas cuentas, Muñoz debe haber pensado que era mejor contar con dos gestores por principio.

Otro de los encargados del pleito de Muñoz y su república en la ciudad de México durante varios años, pero en este caso en el plano de la asesoría en derecho y no en la gestoría propiamente dicha, fue el licenciado Antonio Ignacio López Matoso, quien comúnmente firmaba sólo como Antonio Matoso. Aunque el primer recibo de Matoso que consigna en sus cuentas Muñoz data del 15 de febrero de 1792, hay una mención previa a él en una carta de Merlín del 10 de agosto del año anterior, en la que explica a Muñoz cuáles serán a partir de ese momento las estrategias del nuevo abogado de la causa. Entre otras cosas, Merlín comentó a Muñoz que Matoso pediría que, por tratarse de un pleito en interés de una comunidad de indios, se les perdonasen todas las costas que hubiesen surgido durante el litigio. Esto venía a cuento porque al parecer habían tenido un problema de dineros con uno de los gestores, Riofrío o Arellano, y Matoso no había podido sacar el traslado de los autos de la escribanía de cámara del tribunal para estudiarlos. Pero a la vez Matoso afirmaba que no era urgente tener el traslado, pues tampoco resultaba necesario res-

ponder a la brevedad los autos a menos que les acusasen *rebeldía* o, en otras palabras, incumplimiento de los términos temporales preestablecidos en las partes del proceso. Todo esto le escribía Merlín a Muñoz “para que lo traslade a su común para su gobierno”,⁵² y además justificaba la opinión de Matoso y sus propias acciones informándole a Muñoz que “esta noticia, ya me la había dado Don Ignacio Riofrío desde el Vierne, o Sabado que nos encontramos en la calle. Esperaba Yo razon en estos días de parte de VM y viendo que no ha llegado, procure de veer como lo hice a nuestro licenciado para tomar la que he dispuesto...”⁵³

Es posible que Muñoz y algunos miembros de la comunidad se beneficiaran mucho a raíz de que Antonio Matoso tomó a su cargo la defensa de la república de San Bernardino Contla. Antonio Matoso, entonces alrededor de los treinta años,⁵⁴ era hijo de Antonio López Matoso, natural de La Habana, quien fue gobernador de la

⁵² “Merlín a Muñoz, 10 de agosto de 1791”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 12.

⁵³ *Idem*.

⁵⁴ Para un breve pero sustancioso retrato biográfico de Antonio Ignacio López Matoso, véase Alejandro Mayagoitia y Hagelstein, “De real a nacional: el ilustre colegio de abogados de México”, en *La supervivencia del derecho español en Hispanoamérica durante la época independiente*, presentación de María del Refugio González, 1998 (Serie L. Cuadernos del Instituto, Historia del Derecho, 2), pp. 399-447. El retrato de Matoso por Mayagoitia tiende a subrayar al personaje como miembro distinguido del ilustre y real colegio de abogados y por lo mismo no pone atención en otros aspectos del personaje, como su conocida participación en la sociedad secreta de *Los Guadalupes* estudiada por Virginia Guedea, pues solamente anota que “según Osoreo, durante la revolución de Independencia fue encarcelado”. No sólo eso, sino que procesado en 1816, por infidencia fue enviado al destierro a Ceuta, pero las condiciones de guerra imperantes hicieron que tuviese que quedarse en La Habana durante varios años hasta que el 20 de mayo de 1820 regresó a México al ser indultado por el virrey Juan Ruiz de Apodaca. Fruto del exilio fue su interesante texto “Viaje de Perico Ligerio al país de los moros”, manuscrito que se conserva en la Latin American Library de la Universidad de Tulane. Véase AGN, *Infidencias*, 67.2, 86f.; Virginia Guedea, *En busca de un gobierno alterno: Los Guadalupes de México*, México, UNAM (Serie Historia Novohispana, 46), 1992, y James C. Tatum, *Viaje de Perico Ligerio al País de los Moros: A Critical Edition of Antonio López Matoso's Unpublished Diary, 1816-1820*, New Orleans, Tulane University, 1972.

⁵¹ Véase ley 25, título 8, libro V de la *Recopilación de leyes de los Reynos de las indias*, ed. facs. de Francisco de Icaja Dofour, México, Miguel Ángel Porrúa/Escuela Libre de Derecho, 5 vols., 1987 [1680; en adelante: *Recop.*/V.8.25]. El tema se trata con más detenimiento en Víctor Gayol, *op. cit.*; también los aranceles para escribanos de cámara de la real Audiencia y los correspondientes a procuradores de número de la misma, ambos del 12 de julio de 1741 pero vigentes hasta el final del siglo XVIII, en AGN, *Bandos*, 3.29 y 3.24, respectivamente.

provincia de Tlaxcala por lo menos desde 1758 hasta su destitución por diversos problemas a principios de la década de 1770,⁵⁵ problemas entre los que se encontraban acusaciones de fraude y rebelión, cuya causa judicial, al parecer, prosiguió durante muchos años. No obstante, parece que López Matoso padre siguió teniendo excelentes relaciones con algunos de los gobernadores españoles de Tlaxcala que le sucedieron, como demuestran las visitas de cortesía que le hacía el teniente coronel Francisco de Lissa y que López Matoso hijo relató en una carta a Muñoz.⁵⁶ Aunque antes de que Matoso comenzara a ocuparse de los asuntos de Contla ya resultaba notorio que Muñoz recurría al gobernador político y militar de la provincia con preferencia sobre el cabildo indio de la ciudad de Tlaxcala para levantar querellas y exigir justicia, no me es posible afirmar en este momento si cambiaron sustancialmente las relaciones del cacique con el gobierno español de Tlaxcala después de la aparición de Matoso. Sin embargo, es dable pensar que el hecho debe haber fortalecido las relaciones políticas e institucionales del cacique Muñoz hacia afuera de la comunidad, a la vez que reforzado su poder al interior de la misma. Como fruto del posible fortalecimiento de estas relaciones, y a pesar que Antonio Matoso declaró en otra carta no tener amistad con el nuevo gobernador que sucedió a Lissa hacia 1801, el coronel de infantería Manuel Vaamonde,⁵⁷ cabe mencionar que al parecer Manuel Salvador Muñoz logró que éste se apersonase en el pueblo junto con su alguacil mayor y su escribano, para coaccionar al común a que se le pagasen a Muñoz los famosos 1 898 pesos y 5 reales erogados en el litigio contra Oropeza, según denunció en 1803 la facción de la familia de León.⁵⁸

⁵⁵ AGN, *Reales cédulas*, 97.126, 1f. y 234.328, 2ff. También “Marqués de Croix a Julián de Arriaga, 31 de enero de 1770” y “Marqués de Croix a Julián de Arriaga”, 28 de julio de 1770”, en AGN, *Correspondencia de virreyes*, 13, ff. 321r-321v. y 509r-509v.

⁵⁶ “Matoso a Muñoz, 19 de diciembre de 1794”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 121.

⁵⁷ “Matoso a Muñoz, s/f, pero de 1801”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 225.

⁵⁸ AGN, *Tierras*, 1347.1[7], ff. 48r-57v.

Por documentos y por el retrato biográfico de López Matoso que hace Mayagoitia, sabemos que era abogado matriculado por la real Audiencia desde el 30 de junio de 1783 y que se matriculó en el Colegio de Abogados el 29 de junio de 1786. A partir de 1794 obtuvo interinatos como relator de lo criminal y de lo civil, y posteriormente como relator propietario;⁵⁹ sin embargo, ya por una carta de abril de 1793 sabemos que desde antes se desempeñaba como relator en algunos asuntos de la Audiencia. Cito la carta completa porque da una idea acerca de los candados que se establecían en los tribunales para evitar malos manejos de abogados y *ministros subalternos* en los procesos de administración de justicia, que en este caso es la prohibición a una misma persona para ejercer dos funciones en un proceso.⁶⁰

Querido Manuel Salvador Muñoz. Pidió Oropeza un mes de términos para formar escrito con los autos (aunque los que el [ileg.] no han aparecido todos) y para veer [ileg.] concede el mes mandó la Real Audiencia que [se] diera cuenta por el Relator que es el Licenciado Pomposo:⁶¹ porque aunque yo debía ser [el] Relator no puedo serlo porque soy Abogado de Ustedes.// Yo bien puedo seguir y seguiré Abogado de Ustedes pero no seré Relator en un negocio que lo será Pomposo.// Este es el estado de el negocio de Vstedes para el cual estoy pronto a Ynformar más en estrados que haré luego que Pomposo de cuenta.// Tuyo// Antonio Matoso// Abril 18 de 93.⁶²

Las cartas del abogado Antonio Matoso a Manuel Salvador Muñoz, de las que se conservan

⁵⁹ Alejandro Mayagoitia y Hagelstein, *op. cit.*, pp. 401-402, n. 3; AGI, *México*, 1639; AGN, *Almacenes reales*, 1.44, f. 428; *General de parte*, 77.20, ff. 36v-37r. y 79.41, f. 35v. y *Real Audiencia*, 39.23, ff. 447r-456r.

⁶⁰ En particular la prohibición a los relatores para abogar por la misma causa en *Recop.*/II.22.30.

⁶¹ Seguramente se trata de Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, posteriormente tío y tutor de Leona Vicario y acérrimo publicista contrainsurgente.

⁶² “Matoso a Muñoz, 18 de abril de 1793”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 84.

sesenta, difieren de las cartas de los gestores tanto en contenido como en las fórmulas utilizadas. Matoso cumple como los demás informando sobre los detalles del proceso, dando sugerencias o indicando los pasos a seguir, pero a la vez son más personales, cuentan cosas de la familia del abogado como la salud de su mujer, las visitas de Lissa a su casa o la muerte de su padre, el ex gobernador de Tlaxcala, acaecida el 15 de julio de 1798. También le inquiriere a Manuel Salvador Muñoz sobre el cura vicario que atendía Contla, Carlos Mayor, con quien parece haber tenido una relación epistolar cercana. Asimismo comentaba cosas que seguramente le contaba Muñoz en sus cartas, a la vez que daba muestras continuas de su disposición para trabajar en el pleito: “Siento que no te reeligieran de Teniente; pero no por eso dejaré de atenderte, y a tu comun en lo que en justicia les convenga...”⁶³

Por otra parte, Matoso da la impresión de ser mejor conocedor de la situación y los entresijos de la política cotidiana de Tlaxcala, pues va indicando los tiempos y recursos que Muñoz debería utilizar a cada paso en su continuo pleito con los de León, quienes para entonces habían logrado obtener importantes posiciones en los oficios de república. Al entender los modos de la política cotidiana de la comunidad se extiende con paciencia en consejos, pues luego de explicar el estado del pleito con Oropeza y hacer algunos comentarios sobre el hermano de Muñoz con quien ha hablado directamente en su visita a la ciudad de México, le dice que es mejor resolver los problemas internos de la comunidad en el gobierno de Tlaxcala y no en la Audiencia:

Ya te he dicho que ni tu ni tus compañeros hagan aprecio de Ablillas, No es el [ileg.] de Oropeza el que ha de determinar tu negocio. Esto lo hará la Real Audiencia con maduro acuerdo y sin las paciones de Oropeza. Dejen que este diga lo que quiera.// Por lo mismo que Leon fue antes tu contrario deves ahora portarte con buena armonia con

⁶³ “Matoso a Muñoz, noviembre de 1792”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 61.

el y caso que te de motivo de queja asta al Gobernador Lisa con modo. Por eso no me parece bien ocurrir a su excelencia sobre los malos tratamientos que en la anterior me dijiste. Quejate por ellos con el Señor Gobernador y si despues de esto no se sosiega Leon ya entonces veremos lo que se hace.// Es por ahora ocioso que vengan has[ileg.]// mos lo que sale de el escrito que te digo. Yo te avisare quando sea tiempo.// Quien te estima// Antonio Matoso.⁶⁴

En el mismo renglón del conocimiento de la política cotidiana de la comunidad, podemos observar que Matoso no solamente se hizo cargo de la defensa de la república de Contla en los tribunales en México y que funcionó como consejero de Muñoz sobre las vías para resolver los pleitos que tiene dentro de la comunidad, también se prestó para apoyar al cacique frente a la fracción del común del pueblo que era azuzada por los de León basándose en la crítica a la enormidad de los gastos en un litigio que no recibía sentencia. A principios de 1792 la parte del común de San Bernardino Contla antagónica a Muñoz le había escrito una carta, que desgraciadamente no se ha conservado, donde le reclamaba su actuación como apoderado y la continua petición de dinero y decían justificar la crítica en los razonamientos del cura. Manuel Salvador Muñoz mostró la carta a Matoso en una de sus visitas a la ciudad de México y el abogado se prestó para escribirle al pueblo en su conjunto, explicando la situación.

La carta que hoy llegó aquí escrita por el comun a Manuel Salvador Muñoz me la enseñó sinreojandose de que ustedes desconfiasen de el en re[ileg.]le el dinero que pidio al Comun para este pleito [con] Oropeza. Y en efecto que es de dudar que el Señor Cura [del] Pueblo les repugnase estos gastos quando sabe mui [bien] que sin ellos andan, poco ô nada los negocios, y el [ileg.] comun, aunque no ha tenido hasta ahora senten[cia] al-

⁶⁴ “Matoso a Muñoz, 20 de febrero de 1793”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 80.

guna; pero ha sido porque las cosas judiciales ca[min]an por sus pasos contados hasta ponerse en estado [de con]cluirse, y mientras se van sufriendo los gastos de [Abo]gado, procurador, oficios y demas que son necesarios.// Hoy he estado Yo personalmente con el Agente de el Fiscal Protector de Yndios que es el quasi ultimo paso de [el ne]gocio de ese comun, en el qual hemos visto todos [el a]mor y empeño con qe agitan Manuel Salvador y su actual teniente de Gobernador. Por esto para que ese Pueblo este entendido, de esta verdad hago estas quatro letras.⁶⁵

Quizá por esa cercanía e interés de Matoso en los asuntos de Muñoz, el cacique constantemente le solicitaba asesoría al abogado respecto a otros temas diferentes de los pleitos con Oropeza o con los de León. Así, por ejemplo, tenemos una carta del 28 de diciembre de 1797 en la cual Matoso contesta expresamente a una pregunta acerca de cómo le afectaban a Muñoz y al pueblo las nuevas disposiciones concernientes al pago de diezmos. El abogado le explicó detenidamente que según “la última Real Cédula y la Bula del Pontífice” se mandaba que todas las personas sin distinción pagasen el diezmo, quedando revocados los privilegios de los indios que los tuviesen así como los privilegios de frutos. Asimismo, le aclaró que había diferencias que tendría que tener en cuenta Muñoz para el pago, pues si antes no habían pagado, o habían pagado sobre una serie de propiedades y frutos y éstas habían aumentado, debían pagar la mayor cantidad, pero en caso de haber estado igualados con el diezmero, se debía respetar la iguala.⁶⁶

Unos días después de esta consulta, en enero de 1798, el pleito principal con el difunto Oropeza por la posesión del conjunto de tierras y parajes en las faldas del Matlalcuéyatl terminó con la sentencia de la real Audiencia a favor de San Bernardino Contla, la cual confirmaba el decreto del

virrey dado en 1792. Matoso escribió a Muñoz dándole la noticia, junto con sus parabienes, el 13 de enero.⁶⁷ Sin embargo, comenzaba entonces un largo procedimiento judicial para dar la posesión de las tierras a la comunidad, y por otra parte se habían abierto en el ínterin diversos litigios anexos, como el ya comentado contra la viuda de Oropeza por la restitución del beneficio de la raspa de magueyes plantados en las tierras en litigio, dinero que la comunidad había perdido en el tiempo durante el cual fueron explotados por Oropeza, así como otro pleito con el cabildo de la ciudad de Tlaxcala por uso del monte, entre otros. Por ello la relación y asesoría de Matoso al cacique prosiguió algunos años más, incluso, al parecer, hasta el momento del juicio contra Manuel Salvador Muñoz, acusado por la comunidad en 1803 a raíz del cobro de los 1 898 pesos y 5 reales.

Entre otros temas en los que Matoso asesoró a Muñoz, quiero detenerme en uno porque trasmite una serie de aspectos procesales interesantes que el abogado se preocupa por hacer entender a Muñoz. Una vez que se estableció la querrela contra Josefa García, la viuda de Oropeza, por la cuestión de los magueyes, ésta pidió que se le aceptara un recurso denominado entonces *información de pobreza*, que tenía como objeto que los jueces la consideraran como incapaz de erogar costas por el juicio, con lo cual debían que asignarle el servicio gratuito de un procurador de pobres. Por supuesto que, una vez aceptada como válida la información de pobreza, la viuda tendría más elementos para defenderse contra una posible condenación al pago a la comunidad por los beneficios caídos de la raspa. Previendo esto, Matoso y Riofrío presentaron la petición de que cuando se girara orden para que el gobernador Vaamonde recibiera la información de la viuda en la ciudad de Tlaxcala, se pusiera como condición que se citara a Manuel Salvador Muñoz para que presentase tres testigos en contra de la falsa pobreza de la viuda. Matoso le escribió entonces a Muñoz para instruirlo sobre la calidad de los testigos que debía presentar: “tu tendrás cuidado de

⁶⁵ “Matoso al Pueblo de San Bernardino Contla, 15 de febrero de 1792”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 55.

⁶⁶ “Matoso a Muñoz, 28 de diciembre de 1797”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 173.

⁶⁷ “Matoso a Muñoz, 13 de enero de 1798”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 199.

ocurrir al Gobernador para dar tres testigos los que procuraras que sean españoles y si se puede de los mismos arrendatarios o sirvientes de la hacienda y casas de la viuda”.⁶⁸

Sin embargo, a los pocos días Matoso y Riofrío supieron que su petición no llegó a ser tomada en cuenta, porque mientras era recibida se estaba librando la orden para que la viuda sacara traslado de los autos y su abogado hiciera contestación a la demanda. Al parecer, Muñoz y sus allegados no entendieron que Matoso les hubiese escrito una cosa y que luego no fuesen citados en la ciudad de Tlaxcala, por lo que, al parecer escribió a Matoso reclamándole la poca atención que ponía en su negocio. Éste, pacientemente, le explicó los pormenores diciéndole que él y Riofrío habían decidido no seguir agitando el tema de la información de pobreza ni metido petición alguna porque “sería darles ocasión para quemar o demorar el negocio”.⁶⁹

Un personaje muy interesante para apreciar el tipo de relaciones personales que se podían establecer entre los ministros subalternos y los litigantes es Francisco Guerrero y Toro. Como relator del Juzgado General de Indios estuvo a cargo del pleito de Contla en los primeros momentos, recibiendo directamente de Muñoz un total de 65 pesos y 4 reales entre el 4 de octubre y el 22 de diciembre de 1790, según consta en las cuentas del cacique.⁷⁰ Apenas el año anterior había recibido el título de relator del juzgado a propuesta del oidor Eusebio Ventura Beleña, quien era asesor del juzgado desde 1784,⁷¹ en sustitución de Miguel Bachiller Mena, comisionado como asesor letrado de la intendencia de Guadalajara y que se mantuvo en el puesto hasta su fallecimiento en 1803.⁷² Guerrero siguió laborando para el asunto de Contla por lo menos durante 1791 y 1792, según se constata por seis cartas giradas a Muñoz.

⁶⁸ “Matoso a Muñoz, 19 de mayo de 1802”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 247.

⁶⁹ “Matoso a Muñoz, 30 de junio de 1802”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 243.

⁷⁰ AGN, *Tierras*, 1347.1[7], ff. 24v-25r.

⁷¹ AGN, *Reales cédulas*, 129.62, 1f.

⁷² AGN, *Real Acuerdo*, 12, ff. 382r.-384v. y AGN, *Real Audiencia*, 32.4, f. 241r.

Lo interesante de esta correspondencia es la forma que utilizó el relator para establecer una relación de complicidad con Manuel Salvador Muñoz. En la primera carta lo felicita por la obtención del cargo de gobernador y promete ir a Contla a festejar el hecho, excusándose a la vez de no haber “podido dar paletada en nuestro consavido asunto” a causa de un resfrío.⁷³ En otra carta, de mayo de 1792, le comenta a Muñoz que vio a Oropeza en México y desliza un comentario sarcástico: “Ya tengo el honor de conocer al contrario a quien he visto en esta ciudad, y concientemente me lo enseñaron, parece ser un Abuelo de aquellos muy repacho y porque en breve nos veremos no soy mas largo”.⁷⁴

De tal manera que al juntarse en la siguiente ocasión, seguramente Guerrero y Muñoz se dedicaron a mofarse del viejo Oropeza. La confianza y el estrechamiento de relaciones expresadas en la correspondencia tenían un espejo en la actitud cotidiana. Muñoz trataba a los oficiales que atendían su asunto no solamente refaccionándolos con dinero para sus honorarios y costas, sino que enviaba regalos en especie, una práctica muy común sobre todo entre los litigantes indios, como demuestran las diversas prohibiciones a los oficiales de los tribunales y demás oficinas de recibir presentes de las partes en conflicto, sobre todo si eran indios.⁷⁵ A pesar de las prohibiciones, Guerrero no tuvo ningún empacho en agradecer por escrito los presentes y, entre noticias del estado del pleito, prometió una visita a Contla a la que iría de incógnito:

Mi estimado Don Manuel Salvador: Recivi la de Vdm. y con ella los requesones los q.^e le agradezco mucho. Estube con Riofrío, el tiene y lleva unos pensamientos nobilissimos en la sequiela del consabido negocio pues en ahorro de ustedes, y de tiempo ha estado expresando que habilite el contrario la agrega-

⁷³ “Guerrero a Muñoz, 4 de enero de 1791”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 20.

⁷⁴ “Guerrero a Muñoz, 21 de mayo de 1792”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 77.

⁷⁵ Por ejemplo: *Recop./II.22.31*, para los relatores; *Recop./II.28.8*, para los procuradores o *Recop./II.29.3*.

cion de los Autos q.^e pidio y hasta ahora no lo ha hecho, por lo q.^e dicho procurador de ustedes va a pedir se declare por desierta la Apelacion interpuesta por el contrario quien aunque ande con hablillas de q.^e ya ha ganado no les haga a ustedes farsa pues solo son barrumbadas a bien q.^e en todo el resto de la semana q.^e entra nos veremos, y yo le dire a Vdm. con mas claridad de q.^e ay en el particular, y A ninguno de los hijos del dirá Usted que voy por alla porque voy de tapado. Y porque brebe nos veremos no voy mas largo y mande a su afs^{mo}// Guerrero y Toro.⁷⁶

Y cabe destacar que por parte de litigantes como Muñoz tampoco existía problema alguno, de conciencia o ético, en dar “albricias” a los oficiales, es decir, repartir regalos entre ellos a pesar de la prohibición, pues la práctica les hacía entender que solamente de esa manera era posible que los oficiales “despacharan bien”. Por tanto, no resulta extraño que en unas cuentas presentadas para su defensa legal en 1803, Muñoz considerara el gasto en regalos como parte de los recursos erogados para el pleito. “De regalos a los señores gobernador escribano asesor agente fiscal relator escribientes, y demás señores a quienes en su poder iban las diligencias porque despacharan bien dándoles albricias por las buenas noticias que me daban ya en gallinas guajolotes carneros fruta mantequilla requesones desde el año de 1780 hasta el de 1802 se gastaron 54 pesos.”⁷⁷

Para terminar, un personaje muy interesante como gestor libre e intermediario entre Muñoz y el resto de los gestores es Luis Bautista Merlín. Las 59 cartas suyas que conservó el cacique permiten hacer el retrato de una persona muy cercana al pueblo de indios, que trata con muchas fórmulas de respeto a Muñoz pero a la vez muestra cierta familiaridad. La continua referencia en las cartas a su esposa Margarita y a su hijo, quienes se encomiendan a Muñoz, me hacen pensar en la posible relación de parentesco ritual o por

afinidad de Merlín con el cacique o con alguien de su familia. Otro dato que apoya esta inferencia es que Merlín continuamente agradecía a Muñoz el envío de varios objetos para Margarita como tazas y platos, y en alguna carta menciona los 4 reales que le reguló Muñoz para su manutención.⁷⁸

Merlín no solamente conocía bien a los portadores que iban y venían de Contla a la ciudad de México, como parte del sistema que tenía establecido Muñoz, sino que en ocasiones intercedía por ellos sobre algunos asuntos. Por ejemplo, refiriéndose a Juan Antonio, quien hacía constantes viajes a la ciudad de México y a quien Merlín en algunas ocasiones llevaba a ver al relator para que se instruyera con mayor precisión en la evolución del proceso, le escribe a Muñoz para que diga al común que “no es razón que el pobre sufra los regaños y [que] no le ayuden con dinero, mas del trabajo de caminar quasi incesantemente”.⁷⁹

Conocía también a personajes de las redes de gestores y litigantes de otros pueblos, a los intérpretes de náhuatl-español de los tribunales de la Audiencia, a los agrimensores con conocimiento de náhuatl y que estaban trabajando en la provincia de Tlaxcala. Tenía amistad con otras personas de San Bernardino Contla, pues alguna vez envió saludos a un tal don Marcelino y en otras ocasiones le escribía a Juan Nicolás, que al parecer era uno de los portadores de mayor confianza porque se le encargaban los documentos más importantes, y de quien se recibían informes sobre la seguridad de los caminos y las mejores rutas para evadir a los ministros de la estafeta. Pero también hacía de intermediario sobre otros asuntos con Muñoz y sus negocios, pues en alguna carta pedía de parte de un tal don Juan Hidalgo, residente en la ciudad de México, noticias sobre el envío de una cobija que tenía ya pagada —Contla es notable desde el siglo XVI por sus tejidos de algodón y de lana—,⁸⁰ y le recuerda a la vez que esperaba la suya antes

⁷⁶ “Guerrero a Muñoz, 5 de junio de 1792”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 76.

⁷⁷ AGN, *Tierras*, 1347.1[7], f. 29r.

⁷⁸ “Merlín a Muñoz, 31 de julio de 1791”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 50.

⁷⁹ “Merlín a Muñoz, 26 de enero de 1791”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 13.

⁸⁰ *Idem*.

de que lleguen los fríos y “que sea grandecita porque ya sabe Vm. que somos tres”,⁸¹ mientras en otras cartas comenta acerca de una *borcelana*⁸² que tiene pendiente enviarle.⁸³

Las actividades de Merlín en la ciudad de México, y que aparecen relatadas en las cartas, consistían en hacer continuas visitas a los pasillos y oficinas de la real Audiencia, para quedarse algún tiempo ya fuese con el relator Guerrero, de quien incluso llegó a percibir la molestia por su insistente presencia, o del solicitador Arellano. También hacía sus visitas regularmente al abogado Matoso y al procurador Riofrío, siendo a veces quien comunicaba a Muñoz los desacuerdos entre uno y otro. Y en otras ocasiones relata paso a paso los sucesos del día en los tribunales o de su ausencia en ellos:

En espera de Vm. como me mandó decir con el Señor su hermano, no he vuelto a veer ál abogado, ni escribi el correo pasado, porque esperaba llegase Vm, o razon al fin de la Semana como otras veces.// El Amanuense de dicho Licenciado me dixo, que pida en el escrito nombrasen Ustedes Perito para el reconocimiento de las tierras.// La ausencia de Vm. me ha contenido en ver al Agrimensor Dn. Diego Muñoz, que a más de su saber, sabe perfectamente el idioma mexicano. Oy le haré la prevencion, sin embargo de carecer del beneplacito de Vms. Es porque há ocurrido de fundamento.// De lo demas, nada sé, porque he escusado ir a Palacio por lo que Vm sabe.⁸⁴

No obstante el carácter solícito de Merlín, que además era sostenido por algunos pesos que Muñoz le iba entregando como gratificación por sus servicios, parece que la relación entre Merlín

y Muñoz no terminó bien. En las cuentas presentadas por Muñoz en el pleito de 1803 hay una partida que refiere la entrega de 30 pesos con 6 reales al señor don Luis Merlín, 17 pesos con 6 reales amparados por una cuenta del propio Merlín fechada el 19 de octubre de 1792, “y otros trece pesos que en varias partidas le di como lo dice que lo recibí y no se acuerda”.⁸⁵

Las correas de transmisión

A través de las cartas de los gestores, de los abogados y de Merlín, y mediante sus continuas visitas a la ciudad de México, Manuel Salvador Muñoz, indio principal, cacique y apoderado de San Bernardino Contla, fue adquiriendo una información bastante clara no solamente del estado de los pleitos que sostenía su república de indios sino de las distintas facetas y prácticas que implicaba el desarrollo del proceso judicial en los tribunales de la real Audiencia; es decir, un proceso judicial complejo, fundado en el expediente escrito, los procedimientos y los términos, y en el que intervenían un sinnúmero de personas especializadas técnicamente en sus distintas partes. En otras palabras, una justicia cara, de letrados, y que era muy diferente a la justicia oral, de primera instancia, que solían administrar los alcaldes ordinarios de los cabildos, los alcaldes mayores y los subdelegados y sus tenientes a nivel local, generalmente todos ellos jueces legos, no instruidos en derecho.

La obtención de ese conocimiento y, sobre todo, su inserción en la práctica cotidiana como apoderado de Contla durante un determinado número de años, afianzarían seguramente a Muñoz en una posición privilegiada, que ya de por sí tenía al interior de su comunidad al saber leer y escribir. A la obtención de cómo saber hacer las cosas en el mundo de la justicia hispánica se le sumaría el establecimiento de relaciones personales con abogados y oficiales de los tribunales, relaciones que se prolongaban durante los largos tiempos que solían durar los procesos.

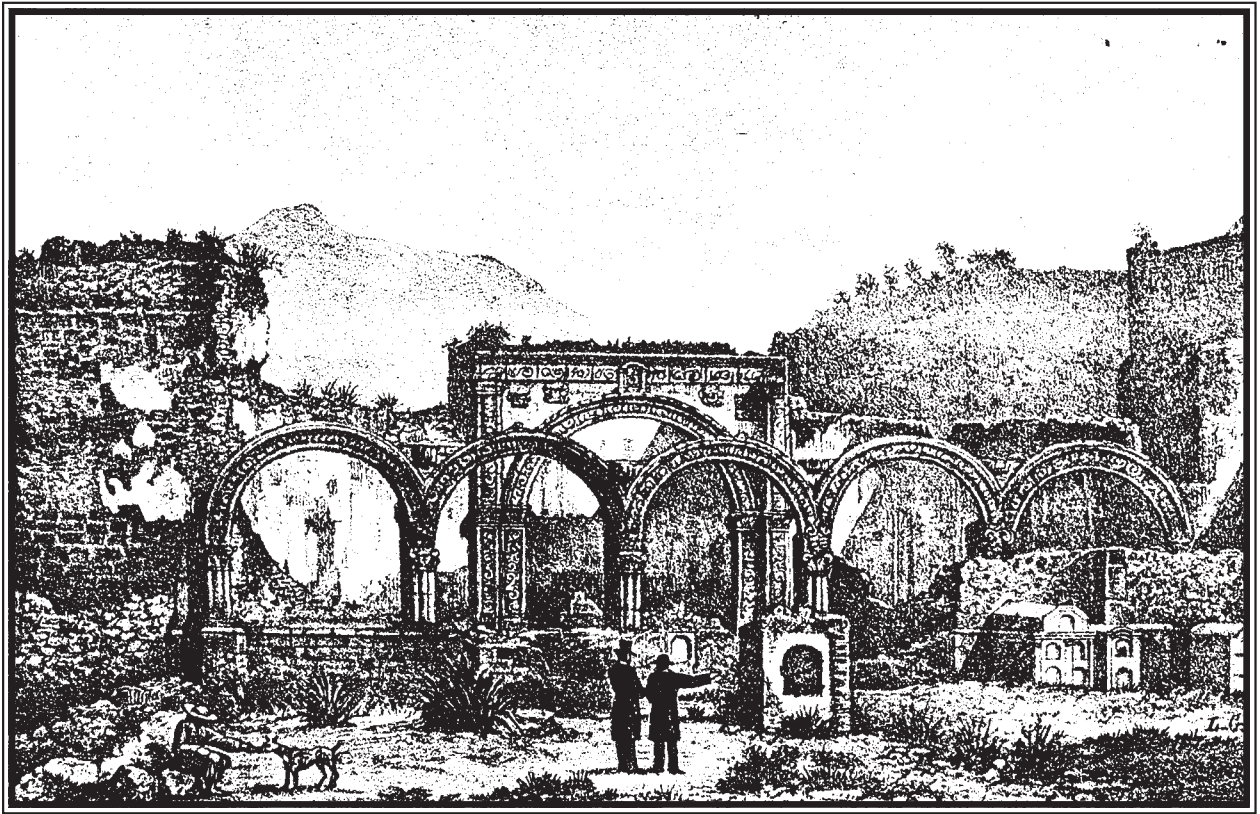
⁸¹ “Merlín a Muñoz, 3 de febrero de 1794”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 14.

⁸² En México y, por lo visto desde la Colonia, la palabra se utiliza para referirse al orinal o bacinilla.

⁸³ “Merlín a Muñoz, 24 de noviembre de 1793” y “Merlín a Muñoz, 18 de julio de 1794”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, docs. 82 y 96.

⁸⁴ “Merlín a Muñoz, 9 de marzo de 1791”, AGN, *Tierras*, 1184, 2a. parte, doc. 21.

⁸⁵ AGN, *Tierras*, 1347.1[7], f. 25r.



Dos discursos patrios de Vicente Riva Palacio. Un caso para evaluar la aportación de la novela histórica como método de conocimiento

José Ortiz Monasterio*

En los años de 1867 y 1871 Vicente Riva Palacio y Guerrero pronunció, en la Alameda de la ciudad de México, sendos discursos conmemorativos del 16 de septiembre. En el ínterin escribió seis novelas históricas (publicaría una más en 1872). Idénticos el asunto, el lugar, el público, la ocasión y el objetivo de los discursos, difieren en cuanto al nivel de comprensión histórica. El propósito de este ensayo es comparar dichas alocuciones para evaluar qué le aportó al autor la escritura de esas novelas y en qué medida enriquecieron su visión de la historia.

A todo lo largo del siglo XIX se tuvo la costumbre entre nosotros de que en el mes de septiembre los ayuntamientos formaban una Junta Patriótica que organizaba las celebraciones de la independencia y designaba un orador para el discurso conmemorativo. Ilustres oradores habían antecedido a Riva Palacio en la oración ritual en la capital:¹ Altamirano, Gómez Pedraza, Iglesias,

Lafragua, De la Llave, Orozco y Berra, Otero, Prieto, Quintana Roo, Ramírez (Ignacio), De la Rosa, Tornel y otros menos recordados.² Pero el discurso de 1867, el primero de Riva Palacio, fue especial. En primer lugar hablaba el nieto de Guerrero, actualizando por los vínculos de la sangre la gesta de la emancipación. Además, apenas ayer se había vencido al invasor francés y el humo de los cañones aún no se disipaba del todo: Puebla fue tomada por Díaz el 2 de abril, Querétaro cayó el 15 de mayo y la ciudad de México el 21 de junio de ese año. El orador había tenido un papel muy destacado en la reciente guerra —general en jefe del Ejército del Centro— y había sostenido la resistencia en los estados de México

* Instituto Mora. Este trabajo fue escrito durante mi año sabático, gracias a la hospitalidad de la Dirección de Estudios Históricos del INAH. Agradezco especialmente a Brian Hamnett y a Esteban Sánchez de Tagle por sugerirme reflexionar, de nuevo, sobre la novela histórica.

¹ Si bien por razones obvias el discurso septembrino en la capital de la república era el de mayor jerarquía es preciso mencionar la “Oración cívica pronunciada en Guanajuato el 16 de septiembre de 1867” por Gabino Barreda, donde interpreta la historia mexicana a la luz de algunos conceptos de Augusto Comte. Entre otras cosas dice: “un deber

sagrado y apremiante surge para todo aquel que no vea en la historia un conjunto de hechos incoherentes y estrambóticos, propios sólo para preocupar a los novelistas y a los curiosos; una necesidad se hace sentir por todas partes, para todos aquellos que no quieren, que no pueden dejar la historia entregada al capricho de influencias providenciales, ni al azar de fortuitos accidentes, sino que trabajan por ver en ella una ciencia, más difícil sin duda, pero sujeta, como las demás, a leyes que la dominan y que hacen posible la previsión de los hechos por venir y la explicación de los que ya han pasado”; véase Abelardo Villegas, *Positivismo y porfirismo*, México, Secretaría de Educación Pública (Sep-Sentas, 40), 1972, p. 41- 42.

² Enrique Plascencia de la Parra, “La visión de la independencia a través de los discursos conmemorativos (1825-1867)”, México, [tesis profesional], UNAM, 1989.

y Michoacán; para mayor honra, su padre había defendido a Maximiliano en el proceso que se le siguió, esforzándose denodadamente por salvarle la vida, desgraciadamente sin éxito.

Esta pieza oratoria, pues, está impregnada de pólvora y aún tiene alguna mancha de sangre fresca en ella. Con su experiencia literaria y de orador parlamentario —Congreso Constituyente del 56, Congreso rebelde del 61— Riva Palacio estuvo a la altura de la ocasión y produjo un texto muy bien pensado, dividido en diez secciones breves, como los mandamientos de Dios, que merece un detenido estudio. Pleno de metáforas bíblicas y del mundo clásico, hace desfilar ante nuestros ojos a los héroes máximos de México; a la vez, con una retórica envidiable, culpa al clero y al partido conservador de los males que había padecido México.

El discurso cívico de 1867

La tesis inicial del “Discurso que pronunció en la Alameda de esta ciudad el ciudadano general Vicente Riva Palacio por encargo de la Junta Patriótica”³ es la siguiente: “Si el progreso es la condición esencial de la existencia de todos los seres creados, nunca su marcha se manifiesta tan majestuosa y tan terrible como en la marcha de los pueblos a la libertad y a la civilización” (p. 133). El *progreso*, entonces, es la premisa —no demostrada— de la existencia, que en los pueblos es la marcha ascendente a la *libertad* y a la *civilización*. Pero en este camino, dirá en seguida, los pueblos pagan un alto costo: sangre, patíbulos, humeantes ruinas; luego transforma esta idea en una metáfora plástica: “la libertad necesita mártires: su sangre debe caer como un rocío benéfico sobre la tierra, y de su sepulcro deben brotar laureles, a cuya sombra los pueblos

³ Vicente Riva Palacio, *Obras escogidas de...* (coord. José Ortiz Monasterio), t. X, *Periodismo. Primera parte* (invest. y comp. María Teresa Solórzano Ponce), México, Conaculta/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto Mora, 2002, pp. 133-146. Discurso publicado originalmente en *El Monitor Republicano*, año XVII, núm. 4746, septiembre 20 de 1867, México, pp. 1-3.

emancipados escriban sus instituciones...” (p. 133) Este proceso progresivo no tiene fin, pues dichas instituciones “son la bandera con que deben en lo sucesivo lanzarse al combate, en busca de nuevas conquistas de civilización y de progreso, hasta llegar al nuevo triunfo; renovando así esa incesante lucha de la humanidad en que cada sol alumbraba sobre la tierra nuevos combates, nuevos triunfos, nuevas conquistas, nuevas víctimas y nuevos caudillos” (p. 133). La defensa de estas banderas —instituciones y principios— es lo que da sentido a la historia, lo que distingue la barbarie de la civilización.

Para que los pueblos no olviden sus *banderas* está reservada una fecha para celebrar a la patria: “su gran día en que se agrupan, se estrechan, se unen para celebrar los recuerdos de sus pasadas glorias, para alentarse a los combates en el porvenir... por la boca de uno de sus hermanos... y allí se gozan en oírle decir eso mismo que han escuchado tantas veces y por tantos años... y que se resume en una sola palabra ¡adelante!” (p. 134). “No importa que el orador sea un genio o una inteligencia vulgar” porque todos los oyentes “traducen y graban en su corazón estos pensamientos” (p. 134).

El proceso del *progreso* aparece más definido cuando el orador aclara que se trata de “la lucha de la libertad y de la reforma”, y en esa lucha no se debe ceder ni un ápice, “ni un paso atrás”. Hasta aquí el exordio de la retórica clásica.

En seguida Riva Palacio asegura que México es un pueblo que está todavía en proceso de gestación: “Atraviesa aún ese doloroso y sangriento vía crucis que conduce a los hombres, a las naciones y a la humanidad, al día glorioso de su transfiguración, atravesando por las terribles pruebas del Calvario...” (p. 135). En este párrafo la palabra clave es *transfiguración* y para su inteligencia debemos recordar que entre abril y julio del año siguiente, es decir 1868, Riva Palacio publicará, por entregas hebdomadarias, la novela histórica *Calvario y Tabor*.⁴ La presencia,

⁴ Vicente Riva Palacio, *Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres*, México, Manuel C. de Villegas y Compañía, editores, 1868, ils. de Constantino Escalante.

en el discurso patrio, de la metáfora del Calvario denota que ya está dando forma a la novela.

Todos conocemos el episodio del Calvario, pero es menos conocido el pasaje del monte Tabor. Por ello vale la pena que profundicemos en ello. Según los evangelios de la *Biblia*, Pedro descubre por revelación que Jesús es Cristo, lo que quiere decir el Mesías. Jesús sube con Pedro, Jacobo y Juan a “una altura” —eso es lo que literalmente significa Tabor, altura o monte—. En esa “altura” Jesús se *transfigura* y se muestra resplandeciente en su gloria. Una nube de luz cubre a los discípulos y de ella sale una voz: “Este es mi hijo amado y en él se complace Dios. Oídle”. Los discípulos, temerosos, se postran en el suelo. Jesús los levanta y los consuela diciendo: “No temáis”. Ellos levantan los ojos y sólo ven a Jesús. Al bajar del monte Cristo les dice que no divulguen lo sucedido, además les anuncia que será perseguido y muerto, pero que resucitará a los tres días. Los discípulos no entienden y por temor no preguntan.

La interpretación de este pasaje es la siguiente: Pedro descubre que Jesús es el Mesías, esa es su misión y su razón de ser. Pero Jesús, al *transfigurarse* en el monte Tabor, revela que no sólo es el Mesías, sino una persona divina. Así, su misión trasciende a la del mesianato y se convierte en el *salvador* del género humano; no es sólo el Mesías que esperaban los judíos, es además el *redentor*, que será concebido como la tercera persona de la divinidad. De este modo la transfiguración en el Tabor es la revelación y confirmación de la divinidad de Jesús. Esa transfiguración marca el misterio de la resurrección de Jesús y de todos los hombres que serán juzgados por Cristo en el final de los tiempos.⁵

Los temas bíblicos pudieran parecer extraños para la época de las leyes de Reforma. Pero, en realidad, la pugna entre el clero y el Estado no significó el abandono total de una visión provi-

⁵ Véase “Evangelio según san Mateo”, en *La sagrada Biblia traducida de la vulgata latina al español por don Félix Torres Amat*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1953, p. 418. Otros evangelistas narran el pasaje del monte Tabor con ligeras diferencias; debo la interpretación del pasaje a don Edmundo O’Gorman.

dencialista del mundo; es decir que entonces era normal considerar que la Providencia tenía injerencia en los asuntos humanos, por más que desde tiempos de Carlos María de Bustamante la historiografía da un giro laico. Podemos señalar como ejemplo otra obra de Riva Palacio, titulada *Cuentos de un loco*, en que refiere cómo Francia fue castigada por la Providencia por su intervención en México, con la derrota que sufriría poco después en su guerra con Alemania. Y en la propia novela *Calvario y Tabor* dice el autor: “La suerte de los hombres y de las naciones depende de la Providencia”.

En resumen, después de pasar por el Calvario de las guerras civiles y extranjeras México ha alcanzado el Tabor del triunfo de la república en 1867, se ha *trasfigurado* al echar abajo —definitivamente— al régimen monárquico. La metáfora bíblica, pues, no resulta exagerada y don Edmundo O’Gorman lo confirma en uno de sus ensayos más luminosos cuando concluye: “Afirmamos, entonces, que el significado de alcance continental —y por eso universal— de “El Triunfo de la República”, consiste en que con esa victoria del liberalismo expiró la Nueva España al cobrar México por primera vez en plenitud su ser como nación del Nuevo Mundo”.⁶

Para algunos son largas las cinco décadas que siguieron a la independencia, antes de que el país tuviera un gobierno estable. Para Riva Palacio es una mutación rápida pues en otras partes la modernización ha sido trabajo de “muchos siglos” y con una metáfora consigue el efecto de que parezca de veras un corto tiempo:

[...] hombres que sintieron brotar su barba cuando la antigua metrópoli española dictaba sus órdenes a los antiguos virreyes de Nueva España; y la nieve de los años blanquea apenas su cabeza, y esa Nueva España es ya una república libre, independiente, soberana, que ha despedazado por dos veces el yugo extranjero; que ha roto las cadenas

⁶ Edmundo O’Gorman, *La supervivencia política novohispana*, México, Fundación Cultural Condumex, 1969, p. 93.

del fanatismo y el retroceso; que ha dado la libertad a los esclavos; que ha proclamado y planteado la democracia y la igualdad; y que a pesar de los mil obstáculos que han puesto en su camino la traición y la maldad, marcha de frente y sin detenerse en el camino de la libertad y de la reforma, erizado de bayonetas extranjeras y traidoras; sangrando, pero llena de majestad, de valor, de constancia y de fe en el porvenir (p. 135).

Tenemos una ventaja sobre Riva Palacio: ahora sabemos que después de 1867 se inició una era de relativa tranquilidad y de crecimiento económico; él en cambio escribía, por así decirlo, sobre el terreno, y sólo podía adivinar el porvenir, pero dio en el blanco.

Una vez enunciada su tesis de la *transfiguración* de 1867 Riva Palacio entra propiamente en la narración de la historia y se remite a la conquista; no va más atrás, pasa por alto las civilizaciones prehispánicas y nos propone como punto de partida de la historia de México la llegada de los conquistadores españoles. De hecho hace un cumplido elogio de Cortés: “el más hábil, el más audaz y el más afortunado de todos los aventureros que registra la historia del mundo” (p. 137). Y no ve en los conquistadores una fuerza puramente destructiva sino una dualidad de fuerzas opuestas, pues Cortés: “Llevando la cruz y la guerra, es decir, la paz y el exterminio, la libertad y la conquista, la mansedumbre del Mártir del Calvario y el horrible pensamiento de Atila y de Breno, forma con estos elementos tan disímbolos y tan heterogéneos, las cadenas que ataron al imperio azteca al trono de Carlos V y Felipe II” (p. 137).

Atila es bien conocido por la tradición que se conserva de que donde pisaba su caballo no volvía a crecer la yerba; Breno, o más propiamente, Brenno, es una voz céltica que significa jefe y se aplica especialmente al caudillo de los galos senones que asolaron Roma en el 390 a.C., y a quien se atribuye la frase: “¡Ay de los vencidos!” que alude a la inmisericordia de los victoriosos.

La idea dialéctica del acontecer de Riva Palacio nos habla de una visión ponderada, madura,

que huye de los extremos del elogio absoluto y la condena total. Pero aún más admirable resulta el orador cuando establece un principio metodológico fundamental: el historiador debe mirar y juzgar cada época con la luz que le es propia:

La conquista de las Américas, obra del espíritu en que se verificó, debe contemplarse a la distancia en que nos encontramos, no a la roja luz del entusiasmo, ni con el corazón herido por las impresiones que producen necesariamente en nosotros horribles memorias de aquellos tiempos, que llegan hasta hoy en las alas de la tradición o de la historia. La mirada del filósofo debe deslizarse entre aquellos detalles históricos, y estudiar, con la mano sobre la conciencia, el espíritu y la índole de la sociedad, de los pueblos y de los hombres durante el reinado de aquellos poderosos monarcas en cuyos dominios no se ponía el sol... (p. 136).

Tenemos aquí una visión de gran altura donde la historia es contemplada como un *proceso* donde las épocas se suceden y donde cada una de ellas tiene normas, actividades económicas, leyes, manifestaciones artísticas, sistemas políticos y estructuras sociales, en fin, una visión del mundo distinta que las caracteriza. Esto es lo que quiso decir Marc Bloch cuando escribe que los hombres se parecen más a su siglo que a sus padres. Y Riva Palacio abunda en el concepto al decirnos que estaban: “los corazones más grandes y las inteligencias más claras, saturadas, por decirlo así, con la idea de su siglo” (p. 136). Y más adelante remacha la idea diciendo: “Ésta fue la conquista; pero no tendremos un rencor para sus hombres, porque ellos no hacían sino lo que nosotros: adivinar y seguir el espíritu de su siglo y la conciencia de su nación; porque entonces, el conquistador y los conquistadores creían arrastrar al mundo así al progreso” (p. 137).

Esta idea de la historia como proceso de etapas sucesivas, cada una de ellas con una visión del mundo y reglas propias, es uno de los puntales de la escuela historicista alemana del siglo XIX, que

tiene antecedentes tan ilustres como Vico.⁷ Sin embargo, me parece muy dudoso que el orador haya conocido directamente a los alemanes, quienes sólo empezarán a tener impacto en América Latina a través de Ortega y Gasset; Dilthey era coetáneo de Riva Palacio y su *Introducción a las ciencias del espíritu* se publicó hasta 1883. ¿De dónde proviene, entonces, su visión de la historia como proceso? Me parece que la única respuesta razonable es que Riva Palacio tomó esta idea historicista del acontecer de las novelas históricas del siglo XIX. Enrique Anderson Imbert, ese fenomenal crítico, de manera mucho más clara que Lukács ha mostrado que el nuevo género incluía una nueva visión de la historia:

En todas las épocas se noveló el pasado pero fue especialmente en el período romántico cuando las novelas históricas aparecieron en constelación con una implícita filosofía de la vida. Los racionalistas habían desatendido las raíces históricas de la existencia humana. Cuando ofrecían asuntos lejanos apuntaban a lo inmutable; y la móvil relatividad y versatilidad del hombre se les escapaba. La filosofía romántica, en cambio, insistió en que vivimos en el tiempo y, por tanto, el sentido de nuestras acciones está condicionado por las particularidades del proceso cultural. El novelista del siglo XIX —el siglo de la historia— enriqueció, pues, el viejo arte de contar con un nuevo arte de comprender el pasado.⁸

Tal vez la verdadera medida de un historiador está dada por su habilidad para captar lo *específico* de una época. David A. Brading, con su pas-

⁷ Sobre el historicismo es fundamental la obra de Álvaro Matute, *El historicismo en México. Historia y antología*, México, UNAM, 2002. Matute destaca que los historicistas combatieron la visión iusnaturalista que veía en la humanidad una naturaleza inmutable; en contraste buscaron lo particular de las culturas sin renunciar a una visión universal.

⁸ Enrique Anderson Imbert, “El telar de una novela histórica: Enriquillo de Galván”, en *Estudios sobre letras hispánicas*, México, Libros de México (Biblioteca del Nuevo Mundo, 7), 1974, p. 93.

mosa capacidad de síntesis, ha escrito un párrafo que no tiene desperdicio:

La historia es una ciencia y es un arte. Es esencialmente progresiva y al mismo tiempo aspira a la permanencia. Cada generación escribe su propia historia y asume una idea diferente del pasado. Como obras de la ciencia, todos los libros de historia están condenados a la obsolescencia; como obras de arte, tal vez un puñado escape del olvido. Como ciencia, la historia instruye; como arte, produce placer. Sólo tres tipos de trabajos históricos librarán con éxito el naufragio del tiempo: los libros de memorias, ciertos textos de referencia y *esos raros volúmenes que identifican las leyes del comportamiento humano en una época determinada*.⁹

Pero cabe recordar la palabra con que Riva Palacio inicia su discurso: progreso. Para él la sucesión de las eras es un proceso ascendente de perfeccionamiento sin fin. Las guerras mundiales del siglo XX, donde el horror indecible fue práctica sistemática, hicieron que el concepto de progreso fuera seriamente cuestionado. Pero 1867, especialmente en México, era un año pleno de optimismo y aun festivo; Riva Palacio tuvo la humorada de comentarle a Constantino Escalante, el caricaturista de *La Orquesta*, que había mandado apagar el fuego en su casa, en vista de que todos los días los pasaba en convites. Y con su inteligencia fuera de serie Riva Palacio estaba convencido de que aun los grandes logros de su época parecerían poca cosa respecto al porvenir:

Apóstoles y confesores nosotros de la doctrina democrática, hemos necesitado subir sobre este inmenso pedestal, formado por la ceniza de cien generaciones, hacinadas por el transcurso de muchos siglos, para descubrir un horizonte más claro y más se-

⁹ Enrique Florescano y Ricardo Pérez Monfort (comps.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, FCE, 1995, p. 424.

reno; y todavía las futuras edades nos contemplarán en el error, porque aun nosotros mismos vemos confuso el porvenir al través del llanto de la humanidad, que anubla nuestros ojos (pp. 137-138).

A continuación el orador señala un aspecto que desesperó a muchos escritores del siglo XIX: la monotonía de los tiempos coloniales. En efecto, en una época en que la historiografía era fundamentalmente política y, según la expresión francesa, *événementielle*, es decir plena de datos y menos atenta a los procesos estructurales que hoy se prefieren. Era ésta una dificultad de composición, pues impedía darle algún interés a la narración; Guillermo Prieto opina lo mismo: “La historia de la conquista era en extremo monótona...”¹⁰ En su discurso dice Riva Palacio:

Tranquilos se deslizaban los días de los virreyes, y México se aletargaba en la ignorancia y la esclavitud. Apenas turbaba la calma del extenso territorio de Nueva España el pasajero rumor de la plebe de algún pueblo o de alguna ciudad, amotinada por la miseria... Las noticias de la salud de los reyes católicos, que llegaban de tarde en tarde, y el arribo de la nao de China a Acapulco, preocupaban sólo a los desgraciados habitantes de este país (p. 138).¹¹

¹⁰ Guillermo Prieto, “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana”, en *El Museo Mexicano*, vol. IV, 1844, p. 355.

¹¹ Veinte años después Riva Palacio se enfrentará de nuevo a esta dificultad narrativa, y en la introducción al tomo II de *México a través de los siglos* escribirá: “Vanamente se buscarán en la historia de los tres siglos que abraza el período de la dominación española en México esos grandes acontecimientos que perpetua resonancia dejan en el mundo; inútilmente querrán encontrarse allí esas luchas apasionadas de los partidos políticos y religiosos; esa efervescencia de los ánimos, tan fecunda en deslumbrantes rasgos de virtudes o de valor, que caracterizan en las épocas críticas de los pueblos las grandes convulsiones de la madurez y la virilidad. Período tranquilo de crecimiento interrumpido apenas por tumultos locales y sin consecuencias, o por invasiones piráticas en las costas que no tenían más resultado que el saco o destrucción de algún puerto, la vida de la Colonia se deslizaba sin ruido y sin brillo. Las noticias de

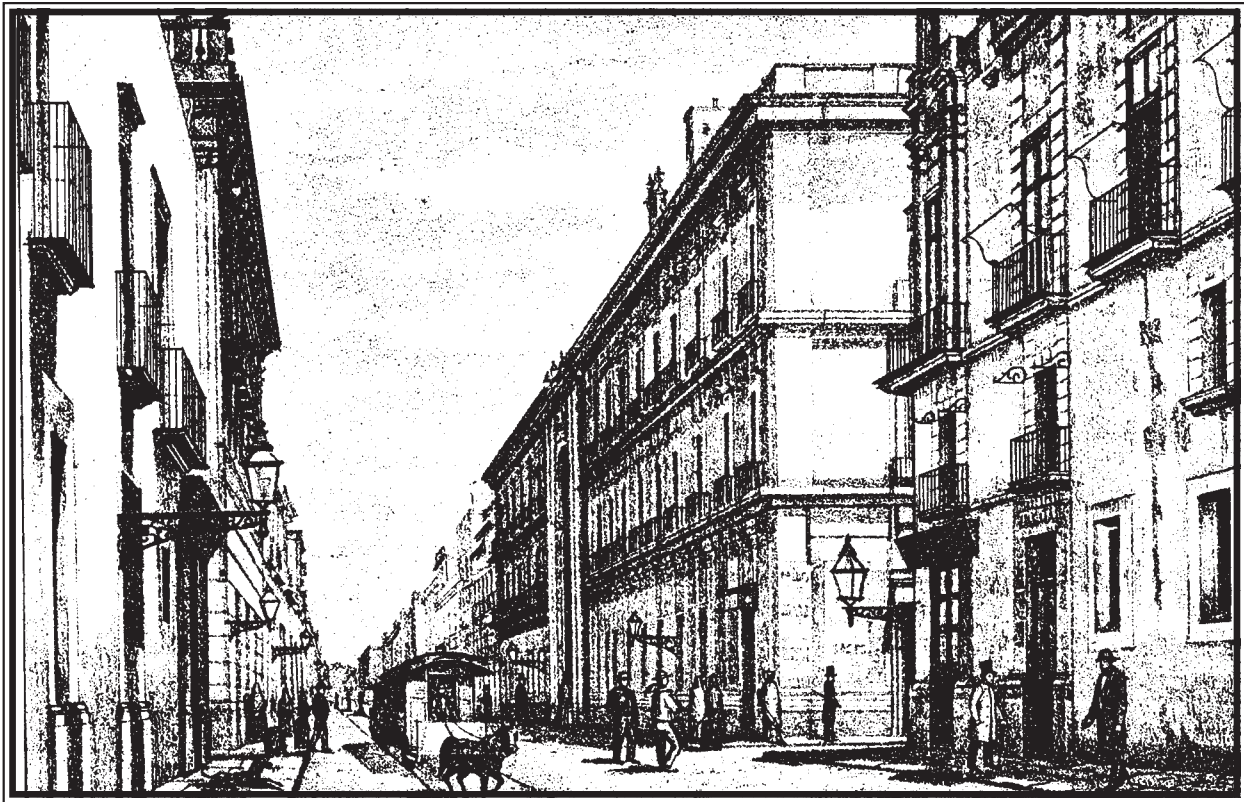
El otro aspecto que destaca el orador es el de la ignorancia en que vivía la Nueva España, sumida en la superstición y bajo la presencia ominosa del Santo Oficio. Fue postura común entre los escritores del partido liberal avanzado restarle méritos a la dominación española, y aquí Riva Palacio parece querer impresionar a su auditorio con un cuadro sombrío pasando de la exageración a la franca mentira, pues el conocía muy bien nuestra literatura colonial que alcanzó cumbres en Ruiz de Alarcón y Sor Juana. Nótese como remacha la palabra *nada* y la expresión *ni de*: “Nada de noticias de Europa; nada de relaciones con los otros pueblos del mundo; nada de imprenta, ni de libros, ni de periódicos, ni de instrucción pública. Todo era tan extraño para el gobierno colonial, como las revoluciones del celeste imperio para los antiguos habitantes de Tenochtitlan” (p. 138).

En cuanto a lo que dice del tribunal de la Inquisición habla con autoridad, por más que eso de los “mil mártires” es una gran exageración, pues en 1861 Riva Palacio había recibido la comisión del presidente Juárez de recoger del Arzobispado el archivo del Tribunal de la Fe, aún lo tenía en su poder y a pesar de la Guerra de Intervención había podido leer muchos procesos.

Otra idea que Riva Palacio quiere sembrar en el público, y que desarrollará ampliamente en sus novelas coloniales, es que, pese a todo, en la Colonia ya puede hallarse el germen del progreso: “Y sin embargo, en medio de esta calma desconsoladora y en el secreto del hogar, germinaba la idea del progreso representada por la independencia y la libertad, y más de un cerebro se calcinaba con el fuego de esta idea, alimentado con algunos trozos de los discursos de la asamblea francesa o de los publicistas europeos...” (p. 138).

Y en seguida explica la aparición de un *anciano* providencial con una metáfora, una más de las muchas que pueblan la alocución, tomadas

la corte que una o dos veces al año llegaban con las flotas, las funciones religiosas, los actos literarios de la Universidad y algunas veces las ejecuciones de justicia o los autos de fe, eran los acontecimientos que turbaban la monotonía de aquella existencia”. *El virreinato*, t. II, Barcelona, Espasa y Compañía, impresores, 1884-1889, p. XII.



especialmente de la mitología griega o de la *Biblia*, que sirven para brindar una imagen, un ejemplo plástico de las ideas del autor, a la vez que, haciendo alternar la mexicana historia con las más célebres del Viejo Mundo, queda la nuestra colocada entre las historias principales. Esuchemos:

No toda la semilla cayó sobre las rocas ni fue arrebatada por las aves del cielo. El marcado por la Providencia tenía que llegar, y llegó; y esa nación cadáver, atada como Prometeo sobre una roca y devoradas sus entrañas de oro por un buitre, como las del semidiós de los griegos, volvió a la vida repentinamente, como galvanizada por las palabras de un anciano, rompiendo como el Hércules judío las ligaduras con que la habían atado sus enemigos durante su sueño (p. 139).

No es sólo la calvicie prematura de don Miguel Hidalgo la que ha conducido a tantos historiadores a retratarlo como un anciano, siendo que tenía 57 años cuando inició su temeraria empresa y era más bien, según los retratos más fidedignos,¹² un hombre robusto. El anciano simboliza la experiencia, la sabiduría y cuanto de venerable puede un hombre aspirar a ser: el padre por antonomasia. Pero una vez adelantado el argumento de la ancianidad, Riva Palacio va más lejos y quiere vendernos a “Hidalgo, el

¹² Dice Edmundo O’Gorman: “En 1825 la ciudad de México celebra por primera vez el aniversario del 16 de septiembre con gran discurso apologético del héroe [Hidalgo]. Al año siguiente se publica en *El Iris*, también por primera vez, su retrato, y dos años más tarde, aparece de nuevo en el precioso álbum de Claudio Linati con un texto que le atribuye toda la responsabilidad y gloria de la rebelión. Se le ve de pie y de cuerpo entero vistiendo un extravagante traje de campaña, cubierta la cabeza por un sombrero de anchas alas coronado con plumas. Seguramente priva mucho la fantasía en la indumentaria, pero quizá no tanto como se ha supuesto, según noticias que hay sobre el particular. La imagen es la de un hombre robusto, más congruente con las hazañas, nos parece, que la del frágil anciano a que estamos acostumbrados”. Véase “Hidalgo en la historia”, en *Historiología: teoría y práctica* (est. introductorio y selección de Álvaro Matute), México, UNAM, 1999, p. 169.

anciano de la mirada dulce y tranquila de las vírgenes de la Escritura...” (p. 140). Por qué o para qué había de tener el jefe del ejército libertador de la América septentrional una mirada virginal es algo difícil de entender para el lector actual, y yo lamento muchísimo que Jorge Ibargüengoitia no haya incluido este rasgo en *Los pasos de López*. Vale la pena reflexionar sobre la distancia, especialmente en cuanto a sensibilidad patriótica, que nos separa del primer auditorio de Riva Palacio. Recientes, inmediatos, los sucesos de Querétaro y la ocupación extranjera, la palabra independencia tenía un sentido enteramente diferente al que hoy le damos: era el valor fundamental para la existencia de México y, por ende, de los mexicanos. Por ello idealizar al padre de la patria no requería ningún tipo de licencia y, muy al contrario, era lo que esperaba el auditorio. Pero la cosa no para aquí, con su envidiable manejo de la lengua, Riva Palacio nos dirá que Hidalgo no sólo era un anciano, sino, por añadidura, desvalido:

¡Notable coincidencia! ¡Profundo misterio en los destinos de este mundo! Un anciano virtuoso y desvalido concibe el pensamiento de dar a España un nuevo continente, inicia el pensamiento y lucha por él, y muere antes de verlo realizado. Tres siglos después otro anciano, también virtuoso, desvalido, concibe el pensamiento de arrancar de las manos de los reyes de España el imperio de México, haciendo libre a una nación. Inicia el pensamiento, y lucha y muere por él antes de verlo completamente realizado. Hidalgo y Colón. ¡He aquí dos anillos de oro que cierran una cadena de bronce, húmeda por tantas lágrimas y manchada por tanta sangre! (p. 140).

Es interesante la comparación que se hace entre Colón e Hidalgo, ancianos virtuosos y desvalidos, y me parece que sirve al propósito de darle *unidad* a la historia mexicana por vía de un mecanismo literario —propriadamente, mágico y homeopático— a falta de otro recurso historiográficamente más válido; se conecta el origen y el des-

tino de México mediante los inescrutables designios de la Providencia. El discurso sigue con una sección de transición que sirve para narrar velozmente la guerra de independencia: “Terrible fue la lucha. Once veces brotaron entre sangre las flores de primavera; por once veces tendió el invierno su manto de nieve como un sudario inmenso sobre insepultos cadáveres de combatientes” (p. 140).

A continuación Riva Palacio narra el medio siglo que siguió a la independencia, el cual compara con la infancia, pero una infancia terrible y peligrosa porque “el cáncer” se introdujo en su seno en el momento de nacer; ese cáncer era la monarquía: “Entonces no hay salvación, si el niño no es Hércules que despedaza las serpientes en su cuna, o la nación no es México, que destroza con el sangriento desenlace de Querétaro esa red emponzoñada que se le tendiera desde el Plan de Iguala y que ha necesitado la vida de dos emperadores llevados al cadalso por orden del pueblo, para acabar de desaparecer” (pp. 141-142).

En efecto, el punto cuarto del Plan de Iguala preveía: “Fernando VII, y en sus casos los de su dinastía o de otra reinante serán los emperadores, para hallarnos con un monarca ya hecho y precaver los atentados funestos de la ambición”.¹³

Ya cerca del final de la oración cívica Riva Palacio denuncia la responsabilidad del clero y el partido conservador, por su adhesión al pasado y su horror al progreso. En cuanto al clero: “prefirió unirse formando el Plan de Iguala, a los independientes a quienes detestaba, antes que al gobierno de su metrópoli a quien temía, porque los primeros movimientos de la revolución y de la Reforma comenzaban a sentirse en las cortes españolas, y a tomar forma con su famosa Constitución” (p. 142).

Es decir que por más que el Plan de Iguala esté firmado por Iturbide, en realidad, nos asegura el orador, fue *formado* por el clero. Riva Pa-

lacio nos hace la confidencia de que su abuelo, Vicente Guerrero, siempre comprendió que el sistema monárquico era un imposible entre nosotros, y en cierto modo le atribuye ser el origen del partido de la democracia:

[...] el alma del caudillo suriano, del hombre de la constancia y de la fe, se elevó a la altura de la situación, y comprendió que la idea de colocar un príncipe extranjero sobre el trono de Moctezuma, debía ser siempre el aborto de la imaginación calenturienta de un partido y un clero a quienes la ambición cegaba, y cuyo espíritu embargaba el miedo. Desde aquella época, el partido de la democracia comenzó a caminar (pp. 142-143).

El orador muestra “el desatino” de Iturbide al ceñirse la corona, pues su enorme prestigio de soldado no le bastó y fue a perder la vida en el patíbulo, y he aquí una interpretación curiosa: “Merced a la traición de los mismos que concibieron el Plan de Iguala” (p. 143), es decir a la traición del clero. Esto sí nos parece un malabarismo retórico, pues la fuerza que había adquirido el partido republicano desde la coyuntura internacional de 1808 hasta 1824, cuando Iturbide es fusilado en Padilla, es a todas luces evidente y fue el principal obstáculo del proyecto imperial de Agustín I. Cargarle el milagrito al clero debe considerarse un belicoso producto de la guerra de Reforma, un recurso retórico con muy dudoso fundamento histórico. Pero a fin de cuentas esta es una pieza oratoria, y su principal objetivo no era descubrir la verdad histórica sino persuadir al auditorio de que vivía en el mejor de los mundos posibles; debemos pues admirar las dotes oratorias de Riva Palacio.

Para acabar pronto, el clero resulta responsable de todos los males de México:

Rebosando de sangre, ávido de víctimas, sombrío y amenazador el abismo de la guerra civil, era ahondado de día en día por el partido clerical, que no descansaba en su empeño contra la libertad. Terrible Proteo, tomaba todas las formas, usaba todas las

¹³ “Plan de Iguala”, 24 de febrero de 1821, en Álvaro Matute (comp.), *México en el siglo XIX. Fuentes e interpretaciones históricas*, México, UNAM (Lecturas Universitarias, 12), 1993.

armas, ensayaba todos los medios, ponía en juego todos los ardidés, todas las intrigas, todos los arbitrios, para detener al pueblo en su marcha, para hacerlo retroceder en su camino, y para hacerle comprender lo malo de la república; para adelantar, en fin, ese trono que soñaron los misteriosos revolucionarios que en la casa de ejercicios en México formaron el plan, que fue poco tiempo después proclamado en Iguala (p. 143).

Nada dice Riva Palacio de la ambición de los militares, ni siquiera de Santa Anna, nada de la ruina de la economía minera, nada del bandillaje, nada de los agiotistas, nada de la pérdida de Texas; todo, todo era culpa del clero, incluso las revueltas republicanas:

Tan pronto se proclamaba por ellos el centralismo y la dictadura del presidente como el tránsito natural a una monarquía, como se protegía una revolución republicana, y se soplabá el fuego de las pasiones en el corazón de sus autores para desprestigiarlos, haciéndolos presentarse ellos mismos como unos monstruos. Tan pronto se dejaba entrever la idea de una monarquía extranjera y de una intervención en algún infame opúsculo, que viniendo de allende los mares se deslizaba furtivo como un espía o un explorador; y tan pronto la idea de una guillotina y de las sangrientas ejecuciones de los republicanos de 93 en Francia, se hacía aparecer como el programa del Partido Republicano en México (pp. 143-144).

El clero, además, levantó todas las calumnias imaginables contra el partido republicano, calificándolo de “sanguinario, ignorante, débil, anárquico y plagado de la lepra de todos los vicios de la humanidad” (p. 144), ¿Cuál era el proyecto clerical? Dice el orador:

Ofrecer un imperio a Napoleón III; entregar la corona a un rey extranjero; volver a los tiempos de las conquistas, del derecho de la fuerza y del influjo decisivo de la silla

de Roma, he aquí el bello ideal que se habían formado los hombres del Partido Conservador en México, y que por una gran felicidad para nosotros, tuvo una benévola acogida y una eficaz cooperación por parte del emperador de los franceses. Felicidad digo, porque la guerra de la intervención ha probado al mundo lo que vale México (p. 144).

Riva Palacio declara definitivamente muerto el proyecto monárquico de Iguala y vincula la primera con la segunda independencia; el nombre de Zaragoza ha mantenido su fama y se ha grabado en la memoria de todos los mexicanos, lo cual lo lleva a la siguiente conclusión:

La última esperanza del partido conservador y el último nudo del Plan de Iguala, se han desatado sobre la tumba de Maximiliano. El águila de México bate libre sus alas en el espacio; y si algún día esta nación sucumbe, el día de su muerte no será el día de su ignominia; los hilos de oro de la tradición que unieron su primera con su segunda guerra de independencia, formarán la coraza que cubre su pecho, y confundidos en uno los recuerdos de esas dos luchas gloriosas, y unidos los espíritus de los grandes hombres que dieron sus vidas en esas dos épocas de terrible prueba, y fortalecidos con esos nobles ejemplos, los mexicanos podrán conservar siempre esa independencia y esa libertad evocando los nombres, siempre sagrados, de Hidalgo o de Zaragoza, de Arteaga o de Guerrero, de Salazar o de Morelos (p. 145).

El final, el remate del discurso es inmejorable; allí el general Riva Palacio asegura con toda certeza: “Pueblo: puedes estar satisfecho de ti mismo” (p. 145). Sigue haciendo alarde de sus recursos literarios, como lo es el uso repetido de la conjunción “y” para acumular cargo sobre cargo y formar un torrente al ponderar lo que diría el espíritu de Hidalgo a los intervencionistas de la víspera:

Si hace un año el orador de esta fiesta cívica, que como un falso sacerdote profanaba los misterios de nuestro culto patriótico, hubiera evocado el espíritu de Hidalgo, y este se hubiera presentado en medio de aquel aparato de aquella fiesta, y cuando la intervención descansaba con sus ejércitos, y sus empleados, y sus carros, y su corte, y su emperador, y sus esclavos, y sus traidores, a la sombra de nuestros palacios, de nuestros templos y de nuestros bosques profanados; entonces, ese espíritu podría haber dicho a ese orador como el Señor dijo a Caín: “¿qué hiciste de tu hermano?” Podría haberle preguntado: “¿qué habéis hecho de la independencia que os legué?” Y él, trémulo, confuso, avergonzado, hubiera tenido que caer con la frente entre el polvo, y gritando: “¡Perdón!” Pero si hoy esta sombra serena y majestuosa se alzara entre nosotros y me dijera “¿qué ha hecho ese pueblo de la libertad que le legué?” Yo, en nombre de vosotros, henchido el pecho de ese santo y noble orgullo que cada uno de vosotros abraza, fijos mis recuerdos en el pasado, mi vista en el presente y mi fe en el porvenir, le contestaría: “Defenderla, reconquistarla, consolidarla” (pp. 145-146, cursivas mías).

Sobre el discurso cívico de 1867 sólo resta mencionar una ausencia notable: los Estados Unidos. En efecto, nada se dice de la guerra con aquel país y menos aún se menciona el apoyo decisivo que de él recibió la causa republicana en su lucha contra los enemigos de dentro y de fuera.

Un novelista de la generación de *El Renacimiento*

En 1867, a sus 35 años, Riva Palacio estaba perfectamente preparado para ser novelista. Había recibido una esmerada educación clásica que le permitió escribir una quincena de dramas al alimón con Juan A. Mateos en los tormentosos años de 1861 y 1862. Tenía además una buena expe-

riencia de vida por las muchas relaciones de su familia, por sus pininos en la política —regidor, diputado— y especialmente por su experiencia de guerra. Cinco años como guerrillero, literalmente a salto de mata, le permitieron entrar en estrecho contacto con ese *México profundo* del que habla Guillermo Bonfil y contrastar el áspero mundo rural con su muelle existencia en la ciudad de México, todo ello teniendo como escenario la fabulosa geografía de Michoacán, y una guerra en que se disputaba la existencia misma de la nación. Y luego el triunfo ¡qué triunfo! El más grande que ha conocido México. Cuando se ganó Puebla el 5 de mayo Porfirio Díaz se paseó por la noche entre los muertos para convencerse, según escribe en sus *Memorias*, de que la victoria no era una ficción. ¡Vencer a Francia en el siglo de Napoleón!

Desceñirse la espada victoriosa, como ha dicho Vicente Quirarte,¹⁴ para pulsar la pluma y escribir *literatura nacional*, ese caro proyecto lentamente construido desde antes de la Academia de Letrán (1836) y que en 1867 cristalizó en las Veladas Literarias, muchas de las cuales se celebraron en casa de Riva Palacio; alternar las horas del día entre la redacción de *La Orquesta* (de oposición, faltaba más), la Suprema Corte de Justicia y el *dictado* de sus novelas; levantar el velo que ocultaba el terrorífico aparato de la Santa Inquisición, trasunto de los documentos originales que tenía en su poder y concluir que las cortes marciales del Imperio mataron más gente; fumar un cigarrillo tras otro sin sospechar que el poeta moriría sin voz, fulminado en Madrid en 1896 por el cáncer de garganta; tal era el tren de vida de Riva Palacio después del triunfo de Querétaro.

Estimulado por la euforia de la victoria y por el vigoroso movimiento literario del momento, don Vicente escribiría siete novelas históricas

¹⁴ Vicente Riva Palacio, *Obras escogidas de...* (coord. José Ortiz Monasterio), t. VI. *Calvario y Tabor* (est. preliminar Vicente Quirarte), México, Conaculta/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto Mora, 1997.

en cinco años,¹⁵ seis de ellas de tema colonial.¹⁶ En *Calvario y Tabor*, su primera novela, narra sus experiencias de guerra pero él hace *mutis* para destacar el papel de guerrilleros como Nicolás Romero, gente humilde del pueblo que dio la vida por una causa que sintieron propia. Como en todas sus novelas abundan los episodios truculentos y las muertes horribles, cosa que tanto disgusta a los puristas, a ellos responde Mariano Azuela diciéndoles que él ha leído con más gusto las novelas de Riva Palacio que las de ¡Thomas Mann! porque él lee novelas para entretenerse, no para hacerse sabio.¹⁷ En las novelas coloniales el gran personaje es la Inquisición, pero el tema dominante, el telón de fondo frente al cual desfilan todos los demás personajes es siempre un asunto relacionado con la independencia nacional. Ya lo dije en otra parte:

¹⁵ Sobre las novelas rivapalatinas son indispensables los trabajos de Leticia Algaba: *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, México, UAM-Azcapotzalco (Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, Serie Literatura) 1997; “Una novela de Riva Palacio en entredicho”, en *Secuencia*, núm. 35, mayo-agosto de 1996, p. 43-58; “Los protagonistas de *Monja y casada, virgen y mártir*”, en *Literatura Mexicana*, vol. VII, núm. 2, 1996, pp. 335-350. Véanse también los trabajos fundamentales de María Teresa Solórzano Ponce: “La historia como material compositivo de las novelas de Vicente Riva Palacio”, en *Secuencia*, núm. 35, mayo-agosto de 1996, pp. 23-42; “La novela teatralizada de Vicente Riva Palacio”, en *Literatura Mexicana*, vol. VII, núm. 2, 1996, pp. 351-363. Para la teoría literaria de Riva Palacio la interpretación canónica sigue siendo la de Clementina Díaz y de Ovando, *Un enigma de los Ceros. Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza*, México, UNAM (Ida y regreso al siglo XIX), 1944.

¹⁶ *Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres*, Manuel C. De Villegas y Compañía, editores, México, 1868. *Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición*, Manuel C. De Villegas, editor, imprenta de la Constitución Social, México, 1868. *Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición*, México, Manuel C. De Villegas, editor, 1868. *Las dos emparedadas. Memorias de los tiempos de la Inquisición*, Manuel C. De Villegas, editor, Tomás F. Neve, impresor, México, 1869. *La vuelta de los muertos. Novela histórica*, Manuel C. De Villegas, editor, México, 1870. *Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México. Novela histórica*, Manuel C. De Villegas, editor, México, 1872.

¹⁷ Mariano Azuela, *Cien años de novela mexicana*, México, Botas, 1947, p. 93.

El tema principal de *Calvario y Tabor* es la lucha por la independencia y contra la Intervención Francesa en Michoacán, en *Monja y casada* lo es el tumulto de 1624 y la caída del virrey como antecedente del potencial revolucionario del pueblo, en *Martín Garatuza* la supuesta conjura de los criollos para derrocar al gobierno español, en *Los piratas del Golfo* los imaginados planes para arrebatar a España las islas del Caribe y la Nueva España, en *Las dos emparedadas* el fallido intento de *El Tapado* para liberar a México del yugo hispánico, en *La vuelta de los muertos* la fracasada rebelión de los indios contra la corona española y, por último, en *Memorias de un impostor* la soñada revolución del irlandés Lampart.¹⁸

El propósito aparente de Riva Palacio al escribir sus novelas coloniales fue mostrar los horrores de la Inquisición como botón de muestra de las supuestas “bondades” del antiguo régimen, todo para apuntalar las ideas liberales del día. Pero de alguna manera el novelista fue cautivado por nuestra historia colonial y comprendió que esos tres siglos no fueron un mero episodio contingente sino, al contrario, una etapa decisiva y consustancial de nuestra historia, pues, según dirá años más tarde en el *México a través de los siglos*, en ella es donde se halla la “embrogenia y morfología” de México. A la vez, rompió la dicotomía convencional entre indigenistas y colonialistas, es decir, entre aquéllos que sólo veían como legítima ya la aportación indígena, o bien la colonial; fue una hazaña cultural considerable construir la idea integradora de que

¹⁸ José Ortiz Monasterio, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, FCE/Instituto Mora, 2004, p. 99; más pormenores y referencias sobre las novelas pueden consultarse en mi trabajo *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Mora, 1993; para la vida del autor véase mi bosquejo biográfico “*Patria, tu ronca voz me repetía...*” *Biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, México, IIH-UNAM/Instituto Mora, 1999.

los mexicanos podían estar orgullosos lo mismo por ser descendientes de Cuauhtémoc, que por serlo del Cid. Queriendo mostrar el cruel cautiverio al cual sometía el tribunal de la fe a los desviantes, Riva Palacio termina cautivado por los procesos de mestizaje y de integración cultural que se gestan en los tres siglos de la dominación española: nacía un historiador.

En última instancia, lo que el autor ofreció a los lectores de sus novelas fue una visión moderna del *proceso histórico* mexicano, una demostración de que el triunfo de los liberales obedecía a profundas fuerzas históricas. A pesar de que las novelas condenan la intolerancia, el despotismo y la represión que ejerció la Corona a través de instituciones como la Inquisición a lo largo de la época colonial, queda en el lector la idea de que México siempre ha tenido quien luché por su independencia y su libertad, desde Cuauhtémoc hasta Guillén de Lampart, o mejor aún, hasta Juárez. La causa de los liberales queda así convertida en “la verdadera” ruta del destino nacional.

El discurso de 1871

¿Por qué repitió Riva Palacio en su papel de orador oficial en las celebraciones? Bueno, no había nada que lo impidiera y a él le gustaba hablar en público y recibir aplausos. Pero, en mi opinión, lo decisivo fue que era nieto de Guerrero. En su archivo personal consta que él y sus hermanos siempre eran invitados oficiales a las celebraciones, es decir que a través de ellos se honraba al caudillo sureño. Nada mejor, entonces, que el orador oficial fuera un Riva Palacio y Guerrero quien, por añadidura, tenía méritos propios por sus combates en nuestra segunda guerra de independencia. Además tenía, como veremos, nuevas cosas que decir.

El segundo discurso, en su forma, es muy distinto al primero. El tono es más medido y se recurre menos a las interjecciones, también es menos frecuente el uso de las metáforas, pero éstas persisten. En conjunto el segundo discurso es más cerebral y menos emotivo, se acerca más

al género del ensayo y se preocupa menos por impactar al auditorio que en aquel 16 de septiembre lo escuchaba.

El discurso de 1871¹⁹ comienza señalando que México es una “nación atleta” que desde la cuna “ha crecido y se ha desarrollado en medio de los combates”, y en seguida maneja una dialéctica de oposiciones, fácil de captar, y obtiene una historia plena de dramatismo al señalar que el 16 de septiembre es la ocasión para detenerse un momento en el camino y contemplar serenamente: “Todo ese camino que dejamos atrás regado de sangre y de lágrimas, pero también cubierto de laureles; y todo ese inmenso horizonte, luminoso en algunas partes, negro y tempestuoso por otras, lleno de terribles amenazas y de consoladoras esperanzas, en calma y agitado, vertiginosa sima algunas veces, encantada y floreciente llanura otras...” (p. 59).

Pondera luego la dificultad ante la que se halla pues “para cantar las glorias y la independencia de un pueblo, se necesitaría la pujante voz de la tempestad”; no obstante, el espíritu de un hombre se levanta, por pequeño que éste sea, cuando “su voz es la palabra de un pueblo”, cuando sus palabras despiertan “*el amor de la patria*, amor tierno y dulcísimo algunas veces como la brisa de la tarde, terrible y conmovedor otras como el aliento del huracán, pero que vive siempre al lado de ese santo amor, del amor de la madre” (p. 59).

Riva Palacio establece a continuación la guía metodológica de su análisis que es también la dialéctica de dos opuestos, que son los dos grandes partidos en que, a su parecer, se ha dividido siempre la humanidad. En efecto, desde los tiempos más remotos, a donde no alcanza la luz de la historia y sólo los conocemos con los atavíos de la leyenda:

¹⁹ “Discurso del 16 de septiembre”, en Vicente Riva Palacio, *Obras escogidas de...* (coord. José Ortiz Monasterio), t. IV. *Ensayos históricos* (comp. y est. preliminar José Ortiz Monasterio), México, Conaculta/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto Mora, 1997, pp. 58-72. Publicado originalmente con el título de *Discurso pronunciado por el general Riva Palacio en la capital de la república el 16 de septiembre de 1871*, México, Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White, 1871.

La humanidad se ha dividido en dos grandes partidos, en dos grandes principios, en dos grandes elementos que, luchando y combatiendo a cada paso, y vencedores o vencidos, y dueños del campo y gobernando al mundo entre el fausto y la opulencia, o tramando en el silencio misteriosas y terribles conspiraciones, han dirigido el destino de los pueblos, han impreso su sello a las épocas de la historia, y han sido el día y la noche, la luz y las tinieblas de la humanidad. *El principio del retroceso y el espíritu del progreso han compartido alternativamente el reino de la tierra...* (p. 60, cursivas mías).

Y para dar una idea de la antigüedad de este proceso dialéctico pone el ejemplo de Prometeo, robando el fuego de la inteligencia a los dioses, y el de Eva, haciendo comer a Adán el fruto del árbol de la ciencia. Los hombres, en este proceso, “se dividen instintivamente, anhelando unos el bien y la felicidad de los pueblos en las conquistas que esperan hacer en el porvenir, soñando otros la felicidad y la fortuna como la emanación directa de las viejas instituciones, de las pasadas y olvidadas costumbres y de las ya gastadas tradiciones” (p. 60). Entonces, buscan unos la permanencia de lo viejo y ya probado, y otros la llegada de lo nuevo e inédito, se enfrasan en una lucha incesante, no carente de violencia, de la que brota “la luz rojiza, como el reflejo de un incendio, porque es luz de sangre y de rencor” (p. 60). Y esta lucha marca el avance de la humanidad porque cada combate es un paso: “paso del que jamás retrocede y que es siempre un avance, porque tal es la ley eterna, que aun el mismo triunfo de las ideas retrógradas, por más que aparezca como contrario al adelanto, hace marchar siempre el mundo en su camino de progreso y civilización” (p. 60). El proceso de la lucha de los opuestos es, pues, siempre ascendente, aun cuando parezca lo contrario.

Un gesto de gran historiador es cuando Riva Palacio *historiza* el papel de los agentes históricos, con lo cual su idea del progreso por la lucha de los contrarios es aplicable no sólo a una época

histórica sino al conjunto del acontecer humano. Dice el orador:

Las ideas del retroceso y del adelanto no se muestran siempre a la luz del sol bajo sus mismas formas, ni se engendran inexorablemente en los cerebros de sus mismos partidarios: son como dos serpientes que luchan, se deslizan entre la oscuridad, se enlazan entre sus anillos hasta que, a veces, no pudiendo distinguirse la una de la otra, se estrechan y se confunden. *El clero mismo*, considerado en los tiempos modernos como el enemigo de la Ilustración, de la democracia y la soberanía del pueblo, como el partidario del absolutismo, de la teoría del derecho divino y de la aristocracia de la sangre, *ha sido, sin embargo, en la época del bajo Imperio, el fiel depositario y el ardiente propagador de la ciencia...* (pp. 60-61, cursivas mías).

Hay dos épocas, asegura Riva Palacio, en que la verdad de estas teorías brilla especialmente: la época de la conquista y la de la independencia de América. Y aquí introduce un elemento explicativo que no está presente en el discurso de 1867: la conquista y la independencia no son hechos aislados entre sí y sin liga cuya influencia se limite a tal o cual nación; todo lo contrario, pues forman parte de un grande y único proceso de alcance planetario:

La conquista y la independencia de México no deben considerarse como hechos aislados, influyendo sólo en un pueblo y en una nación, sin liga, sin relaciones, sin consecuencia en toda la América y en el resto del mundo, no; la conquista y la independencia de nuestra patria forman parte de nuestro grandioso todo, de esa inmensa obra de la humanidad que ha hecho del continente americano el lugar escogido por la libertad, por la república y por la democracia para plantar su imperio (p. 61).

Hoy es más fácil contemplar y explicar en conjunto la conquista y la emancipación de Améri-



ca; en la época de Riva Palacio, época de oro del nacionalismo, todos los ojos miraban las peculiaridades de cada país y esta visión hemisférica del orador es una muestra más de la originalidad y el gran alcance de sus ideas. Fue así que: “Toda la América fue conquistada casi a un mismo tiempo, como toda casi al mismo tiempo se hizo libre...” (p. 61).

La conquista “fue hija de un principio monárquico y religioso intolerante” (p. 61-62) donde el capricho de un soberano, “apoyado en una concesión del pontífice romano, bastaba para convertir a una nación independiente en colonia, a un pueblo libre en tributario, a un país feliz y tranquilo en sumiso y desgraciado esclavo...” (p. 62). Pero no debe culparse a aquellos soldados, sacerdotes y reyes que no hacían otra cosa que seguir “el espíritu de la época” y ceder a las “ideas de su siglo” (p. 62). De hecho:

[...] con toda la buena fe del fanático en sus creencias políticas y religiosas, seguían el camino natural marcado al progreso de la sociedad, y eran, sin conocerlo ellos mismos, los más entusiastas y constantes obreros del porvenir de la humanidad, y que preparaban, sin comprenderlo, el triunfo lento pero seguro de la democracia y de la república abriendo, con el regio aparato de los dogmas del derecho divino, ancho paso al sagrado principio de la soberanía popular (p. 62).

En seguida Riva Palacio explica que Europa no era el lugar a propósito para ser escenario de los nuevos caminos de la humanidad, pues “la república y la democracia eran plantas exóticas en el antiguo mundo” (p. 62), donde pesaba mucho la tradición de los césares, los señores feudales y donde se unía la idea de rey con la de Dios; hacía falta un continente nuevo “y una raza que hubiera perdido hasta las costumbres y los hábitos de los pueblos monárquicos” (p. 63).

La América era ese continente predestinado: la raza debía formarse de la mezcla, de la amalgama de conquistadores y conquistados, de vencedores y vencidos, de señores y

de tributarios; y para esto, era necesaria la conquista, era necesario que los soldados de los monarcas del viejo mundo vinieran a echar por tierra las instituciones monárquicas del nuevo, que los principios de absolutismo y de gobierno hereditario vinieran a borrar hasta el recuerdo del absolutismo y del gobierno hereditario, y que los mismos sostenedores del derecho de conquista vinieran a soplar el fuego de la independencia, convirtiéndose así, de terribles enemigos, en poderosos auxiliares de la libertad (p. 63).

Tenemos aquí dos elementos importantísimos que no conocíamos en Riva Palacio y que deben sin duda atribuirse a la factura de sus novelas históricas: el mestizaje como crisol donde se forma la nueva raza apta para la democracia²⁰ y la decisiva misión histórica de los conquistadores, que consistía en echar abajo las monarquías indígenas; nuevamente aquí hay algo de homeopático, de aquel principio de Hahnemann de que “lo semejante cura lo semejante”. Al introducir estos dos elementos en el proceso histórico atizan “el fuego de la independencia” y se convierten en “poderosos auxiliares de la libertad”, he aquí su misión histórica fundamental. Añade Riva Palacio:

Y así sucedió. Los monarcas, que sin más ley que su capricho, sangriento y terrible las más veces, gobernaban los antiguos pueblos de la América, cayeron al empuje de los soldados de Cortés, de Pizarro y los Almagros; *desapareció la monarquía para dar lugar a la colonia*. Pero esas colonias eran gobernadas por virreyes, por adelantados o por capitanes generales que duraban pocos años en el poder, y que eran exaltados o destituidos caprichosamente por la corte de España (p. 63, cursivas mías).

²⁰ La ponderación del mestizaje indicaría que si bien Riva Palacio se está refiriendo a la América en su conjunto, sus ideas tienen especial aplicación a la América Latina que es donde la mezcla de razas fue un fenómeno generalizado e incesante.

Es decir que, según argumenta el orador, la condición de colonia es muy distinta a la de una monarquía propiamente dicha pues:

Temerosos siempre de su porvenir, acatando serviles la voluntad de su señor, pendientes de la gracia de los favoritos del rey, y temblando cada vez que un buque de la metrópoli surcaba las aguas de la colonia, aquellos gobernantes, expuestos a las acusaciones de sus mismos empleados, no eran ni la sombra de un monarca: los pueblos de la América se acostumbraron a no ver en ellos más que hombres sujetos a la voluntad de otros hombres. Nada de sagrado, nada de Dios, nada de derecho divino aprendieron en aquella dominación, que mientras más terrible era y más despótica, más les hacía comprender que eran los hombres y no el derecho de la herencia los que podían formar de un semejante suyo un déspota o un padre de los pueblos, un tirano o un bienhechor, pero en todo caso, un gobernante, virrey o adelantado, corregidor o capitán general (pp. 64-65).

Qué hábil es con la lengua Riva Palacio y qué buen orador, qué persuasivo. Sí, porque se concentra en la figura del virrey o el corregidor y no nos dice que Carlos V era tan rey de España y de Flandes como monarca de sus posesiones americanas. Y en los tres siglos de la dominación no todos los gobernantes, por cierto, temblaban cuando un buque español surcaba las aguas costaneras. Pero lo fundamental es apreciar cómo la experiencia de escribir novelas enriqueció su visión histórica y, otro punto clave, es aquilatar que su apreciación de los tumultos y motines se modificó radicalmente, los cuales, como hemos visto, tienen una importancia capital en las novelas, al punto de convertirse en el tema central. En el discurso de 1871 dice el orador:

Los tumultos, tan comunes en las colonias, enseñaron a los pueblos que había en ellos un poder, un derecho, una fuerza latente que trataba de ocultárseles, pero que exis-

tía y que esgrimían como una arma los mismos que se la negaban. Los pueblos entonces comenzaron a comprender que eran algo que no creían; comenzaron a comprender, que sus opresores eran menos de lo que ellos presumieron (p. 64).

Riva Palacio asegura que en América sólo se conoció la monarquía por su lado más odioso: “por el de la guerra, por el de las persecuciones, de la esclavitud, del estanco, de los impuestos, de los azotes, de la picota y de los autos de fe del Santo Oficio”; aquí nada se conoció del esplendor de las cortes que da a los monarcas un halo de divinidad, ni nada se supo de la “magnanimidad” de los príncipes, es decir, de esos gestos de perdón o largueza que hacen sentir a los pueblos que tienen en el monarca a un protector. Así, día a día, durante trescientos años se “preparó el terreno a la democracia, a la independencia y a la república, minando y desmoronando hasta los últimos restos de monarquía y poder absoluto” (p. 64).

Si el orador, con ánimo de persuadir a su auditorio, generaliza demasiado o peca con alguna inexactitud poco importa. Lo fundamental es la conexión de propósitos que plasma entre la conquista y la independencia; lo que consigue es nada menos que una visión *integral* de la historia americana, un hilo conductor que atraviesa las épocas, si bien cada una con un carácter propio, el cual nos indica que se trata de un único proceso:

Bajo la cincelada borgoñota de Carlos V, bajo la severa ropilla de Felipe II, los modernos apóstoles de la democracia habían tenido colaboradores, y los ilustres héroes de nuestra independencia, infatigables obreros que comenzaron trescientos años antes a preparar el desenlace de ese grandioso drama que se llama la independencia de México, de esa sublime epopeya que se llamó la libertad del Nuevo Mundo, de ese gigantesco paso de la humanidad que se llama y se llamará por muchos siglos la democracia en la América (pp. 64-65).

La historia colonial americana es, en su tiempo, parte de la historia de España, pero lo que resulta más trascendental es que es también el germen de ese porvenir que Riva Palacio dibuja luminoso del progreso y la civilización: la democracia en América. Al insistir el orador en la dimensión continental del fenómeno nos recuerda que la independencia no es sólo la gesta que se inició en el pueblo de Dolores, sino un proceso inédito y sin duda el más grande de la historia universal, pues la democracia ganó: “No una ciudad, un pueblo, una nación, sino una inmensa muchedumbre de pueblos y de ciudades, una fabulosa cadena de naciones, que unidas entre sí por la eterna y majestuosa cordillera de los Andes, iban a dar al asombrado mundo el ejemplo hasta entonces desconocido en la historia, de un continente democrático y republicano” (p. 65).

Estrictamente hablando, esta idea de América de Riva Palacio debe considerarse como un momento culminante del proceso que don Edmundo O’Gorman ha denominado *la invención de América*. En efecto, al cobrar conciencia los conquistadores de la existencia de un Nuevo Mundo, del cual no mencionaban palabra ni los libros sagrados, ni los autores clásicos, ni Marco Polo se vino abajo la visión antigua de un universo cerrado, geocéntrico y del *orbis terrarum* constituido por sólo tres continentes: Europa, Asia y África. El llamado “descubrimiento” no fue sino:

El primer episodio de la liberación del hombre de su antigua cárcel cósmica y de su multiseccular servidumbre e impotencia, o si se prefiere, liberación de una arcaica manera de concebirse a sí mismo que ya había producido los frutos que estaba destinada a producir. No en balde, no casualmente, advino América al escenario como el país de la libertad y del futuro, y el hombre americano como el nuevo Adán de la cultura occidental.²¹

Del plano abstracto y general en que viene argumentando Riva Palacio transita al de la narra-

²¹ Edmundo O’gorman, *La invención de América*, 2a. ed., México, FCE (Tierra Firme), 1986, p. 95.

ción y, con un lenguaje envidiable, retrata cómo “el primer grito de libertad se escuchó en la América... era que se iban a dar un terrible combate las repúblicas nacientes y las envejecidas monarquías” (p. 65). México necesitaba un caudillo y lo halló en Hidalgo, cuya lucha será continuada por Morelos y Guerrero, “esa trinidad de genios” (p. 66). Y lo que es una realidad palmaria para su persona Riva Palacio la extiende a todos al decir que ésta es una historia íntima, familiar, al preguntar ¿quién no ha escuchado: “... reclinada la cabeza sobre el blando regazo de una madre amorosa, referir a los viejos amigos de la familia esa historia siempre repetida y siempre nueva para los corazones bien formados, la historia de la independencia de nuestra patria?” (p. 66). También es una historia viva y cargada de sentimentalismo, rasgos que caracteriza inmejorablemente el “tipo” del veterano, al cual alude Riva Palacio en su discurso, personaje muy característico de nuestro siglo XIX y al que el orador dedicaría un artículo en la prensa al año siguiente.²²

Diez años duró la lucha, hubo combates por todas partes y se derramó mucha sangre que fue “el agua lustral²³ de México, que purificado apareció el día de su apoteosis a tomar su lugar en medio de las naciones libres” (p. 67). Desde entonces nació la república y la monarquía se hizo imposible; el imperio de Iturbide fue sólo “el error de un pueblo niño” (p. 67). Casi medio siglo después fracasaría la segunda intentona monárquica, la de Maximiliano. Al parecer, Riva Palacio intenta convencer a su auditorio de que América, y México en particular, está predestinado para la democracia y la república. ¿A quién quiere convencer? Obviamente no a sus correligionarios, que ya están plenamente convencidos, entonces por fuerza debe dirigirse a los partida-

²² “El veterano”, en Vicente Riva Palacio, *Obras escogidas de...* (coord. José Ortiz Monasterio), t. X. *Periodismo. Primera parte* (comp. y est. preliminar Teresa Solórzano Ponce), México, Conaculta/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto Mora, 2002, pp. 217-223. Artículo publicado originalmente en *El Correo del Comercio*, segunda época, núm. 493, septiembre 29 de 1872, p. 3.

²³ Agua sagrada con la cual los antiguos rociaban a las víctimas de los sacrificios.

rios de la monarquía. Aquí veo una coincidencia de propósitos con sus novelas históricas que buscan divulgar el evangelio liberal; es decir, el triunfo militar ya se había consumado, pero aún hacía falta conquistar las conciencias de los derrotados. Este aspecto fue finamente percibido por doña Clementina Díaz y de Ovando, quien nos recuerda que gran parte del público de las novelas eran las mujeres:

A esa mujer, incansable lectora de novelas, Riva Palacio forzando su sentimentalismo, su inclinación a compadecerse, a llorar, quería hacerla aceptar la moraleja de su novela. Con suerte la curiosidad femenina llevaría a leer *Monja y casada* y *Martín Garatuza* a algunas jóvenes y lindas “mochitas”, esas que veían con horror a los liberales por considerarlos herejes... [que] aún podían tener la enmienda, que era ya imposible para sus papás; echarles por tierra las versiones negativas sobre los principios de la Reforma, que esas “mochitas” solían escuchar con demasiada frecuencia en el confesionario y en el círculo familiar. En cuanto a las “chinacas” se afirmarían orgullosamente en sus convicciones.²⁴

El orador continúa su labor persuasiva aseverando que si la opresión y la tiranía han llegado a enseñorearse de los pueblos de la América, los tiranos “tiemblan ante la idea de apellidarse reyes y de llamarse majestades” (pp. 67-68). En este continente, asevera, hay repúblicas inmensas y otras minúsculas, las hay prósperas y también las hay destrozadas por la guerra civil y la anarquía pero, con la excepción del Brasil:

[...] siempre gobernadas bajo el sistema republicano, a pesar de los sordos trabajos

²⁴ Clementina Díaz y de Ovando, “La novela histórica en México”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, t. XXX, 1971-1976, p. 182. Otra obra fundamental de la misma autora es *Vicente Riva Palacio y la identidad nacional*, discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, leído el 13 de junio de 1985, México, UNAM, 1985.

del partido reaccionario, a pesar de las intrigas de los reyes y de los emperadores, que... han llegado a enviar hasta las playas del nuevo continente ejércitos que vinieran a plantar aquí una monarquía y a formar un trono con sus bayonetas. Inútiles esfuerzos: los soldados que venían buscando la monarquía, regresaban a su país llevando la idea de la república (p. 68).

Riva Palacio introduce luego una metáfora que me parece prodigiosa, pues tiene la rara virtud de plasmar una imagen muy moderna que tiene a la vez el sabor y la fuerza de las hazañas mitológicas: “Franklin, arrebatando el rayo a las nubes para ponerlo en manos de los hombres, simboliza la América arrancando el poder de manos de los reyes para ponerlo en las manos de los pueblos” (p. 68).

Concede luego que hemos cometido errores, especialmente la guerra fratricida que ha conducido al patíbulo a hombres “que hoy glorificamos” (p. 69); aquí de seguro está pensando Riva Palacio en su abuelo materno, pero también en Iturbide.²⁵ La única disculpa es ponderar que el pueblo que esté libre de ingratitudes, que lance la primera piedra.

Insiste el orador en lo dicho en el discurso de 1867: un pueblo que no ha atravesado por una senda dolorosa no sabrá aquilatar su libertad, porque: “Para comprender la grandeza de un pueblo, sus virtudes y su derecho de ser independiente, libre y soberano, es necesario conocer también los dolores, los sacrificios y las lágrimas de ese pueblo en su penosa peregrinación desde la infancia a la virilidad” (p. 69).

²⁵ En otra obra, publicada en los años 1870-1871, Riva Palacio escribe: “Guerrero e Iturbide consumaron la independencia, y ambos, con el pretexto de que atacaban a un gobierno legítimo, expiraron a manos de sus mismos conciudadanos. No seré yo quien pueda hablar de la muerte de Guerrero; pero en cuanto a la de Iturbide, exclamaré siempre que fue la prueba más tristemente célebre de ingratitud que pudo haber dado en aquella época la nación mexicana. Iturbide reportaba, si se quiere, el peso de grandes delitos políticos, venía a conspirar a la república, bien; ¿pero no hubiera bastado con reembargarle?”. Véase, “Iturbide”, en *El libro rojo*, México, Leyenda, 1946, p. 352.

En seguida hace una referencia a las rebeliones que podría ser una alusión a los asuntos del día, en efecto dice Riva Palacio: “todas las rebeliones han muerto y morirán en lo adelante... y si en nuestra historia se registran cien revoluciones y se leen con indignación cien rebeliones, aquéllas marcan los pasos de una sociedad que camina sin detenerse a la civilización y al progreso; éstas son el recuerdo de otros tantos triunfos del pueblo sobre los que han querido convertirle en ciego y dócil instrumento de sus caprichos y de sus pasiones” (p. 69). Recuérdese que en febrero de 1870 Sóstenes Rocha había derrotado la rebelión zacatecana de Trinidad García de la Cadena; el mismo Rocha fue encargado de sofocar, en mayo de 1871, la rebelión tamaulipeca contra la reelección de Juárez; posteriores al discurso fueron las rebeliones de Miguel Negrete en la Ciudadela, la de Porfirio Díaz en La Noria y la de Gerónimo Treviño en La Bufa, Zacatecas, todas ellas animadas por el propósito de derrocar a Juárez.

Acercándose ya al final de su discurso Riva Palacio contempla el presente y no esconde sus dificultades, aún hay mucho que conquistar: “pero esto prueba que las obras de los hombres son siempre capaces de perfeccionarse, deleznales y fáciles de destruirse; prueba que el progreso no tiene ‘hasta aquí’, prueba que la humanidad no nació para el descanso sino para la lucha” (p. 70). Este párrafo es interesante, pues demuestra que si bien para Riva Palácio la república y la democracia son la meta del progreso, esto no obsta para que la humanidad, en el futuro, se plantee metas superiores.

Confirma el orador su americanismo considerando superiores a los próceres del Nuevo Mundo, frente a los Cincinatos, los Vercingétorixes, los Viriatos, los Aníbalos y los Escipiones. De paso recalca que las repúblicas del Viejo Mundo son pálido reflejo de las que el progreso ha traído al mundo de Colón:

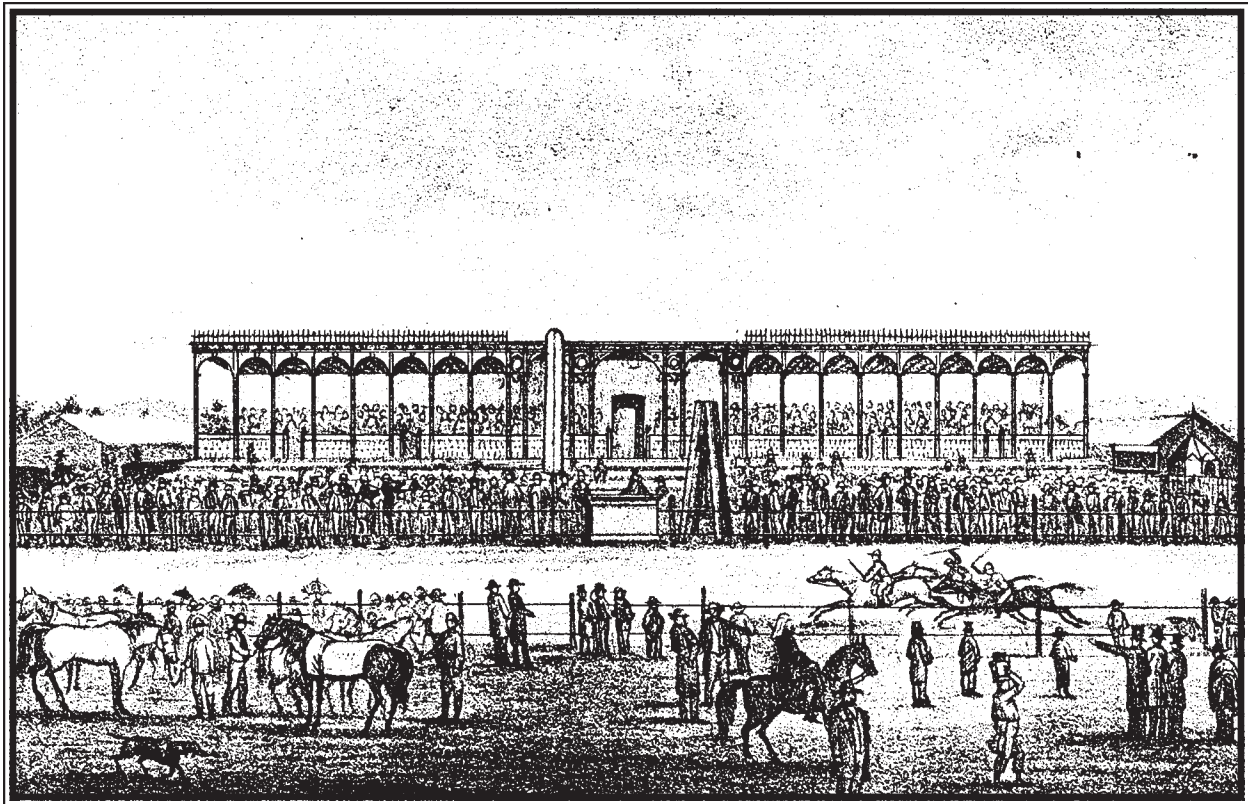
Las repúblicas de América son las únicas que han puesto la corona de la soberanía sobre la cabeza del pueblo, de ese antiguo destronado que se movió en los primeros

tiempos de Roma, que protestó en los municipios de España, que se indignó en la revolución francesa, y que se ha glorificado en las naciones de América. Las repúblicas de Roma fueron el galvanismo, la ilusión y el ensayo; las de Francia la poesía, la pasión, el vértigo; las de América la realidad, la lógica, la filosofía (p. 70).

Y debemos aceptar que Riva Palacio se muestra profético cuando dice: “El porvenir es de la democracia: el vapor y la electricidad llevarán del Nuevo Mundo al viejo continente esas ideas y esas instituciones que son el terror de los grandes y la esperanza de los pequeños; que anuncian la nueva redención...” (p. 70). Concede el orador que algunas máculas pueden hallarse en el nuevo modo de ser de México, a las que algunos aluden para opacar la grandiosidad del triunfo del pueblo, pero “ni la historia ni la filosofía apreciarán esos pequeños accidentes como un argumento contra la bondad de nuestro modo de ser político y social” (p. 71).

Termina su discurso Riva Palacio preguntándose si ha lisonjeado en exceso el orgullo patriótico de su auditorio y responde que, si tal ha hecho, no lo lamenta “porque quizá nuestro gran defecto nacional haya consistido en la poca fe que hemos tenido en nosotros mismos, y la demasiada veneración en las cosas y los adelantos de otros países, que al través de exageradas relaciones, han tomado a nuestros ojos proporciones gigantescas” (p. 71). Aquí el orador sabe bien de lo que habla, como que apenas unos meses atrás ha regresado de un largo periplo en Europa y sus cartas escritas allá dicen lo mismo: las bondades de Europa han sido exageradas.

Cierra su alocución diciendo que quienes comprendan cuánto orgullo hay en llamarse mexicanos, “esos, esos serán los que hagan de México una nación poderosa” (p. 71) y un día podrán enarbolar la bandera de Iguala y decir: “México es grande porque es republicano, México es libre porque merece serlo, México es la tumba de las tiranías y el asilo de las libertades. ¡Viva México!” (p. 72).



Comparación final

La idea de la historia que Riva Palacio manifiesta en ambos discursos está centrada en el concepto de progreso. Esta noción fue desconocida en la antigüedad y la Edad Media, en que la etapa dorada era la inicial y no la final, comenzó a insinuarse desde el siglo XVI y alcanzó su culminación en el XIX primero con el romanticismo, luego con los descubrimientos de Darwin y finalmente con el positivismo comtiano y spenceriano. Lo más probable es que la idea del progreso de Riva Palacio provenga de lecturas literarias, en cualquier caso el concepto tiene cuatro implicaciones: 1) el curso de los hechos (naturales e históricos) constituye una serie unilineal; 2) todo término de esta serie es necesario en el sentido que no puede ser diferente de lo que es; 3) todo término de la serie realiza un incremento de valor sobre el precedente; 4) toda regresión es aparente o constituye la condición de un progreso mayor.²⁶

En el caso mexicano la idea de progreso tenía cierta dificultad para aplicarse, pues la crisis de la independencia (en realidad anterior a ella) sumió al país en una franca decadencia significada por la pérdida territorial a manos de Estados Unidos, el estancamiento de la economía, la penuria financiera del Estado, la descomposición social y la anarquía política. Por ello ideólogos conservadores como Lucas Alamán tendrán crédito cuando aboguen por el monarquismo como la mejor solución a los graves problemas del país. En todo caso, 1867 marca apenas el inicio de la salida de la crisis y sólo hasta la década de 1880 habrá un clamor general por la paz y se percibirán las pruebas fehacientes del progreso material. En consecuencia, el ideal progresista de Riva Palacio es, en ese momento, en gran medida hipotético, y de ahí la necesidad de apoyarse en la mejor oratoria para persuadir al auditorio. Y un elemento clave es precisamente convencer a los oyentes de que el mundo marcha en un progreso ascendente, pero no a la manera trascen-

dentalista cristiana de la remuneración en el otro mundo, sino en éste, progreso marcado por la sucesión de las épocas prehispánica, colonial y republicana, cada una de ellas superior a la anterior. El progreso es una ascensión lineal pues, nos dirá Riva Palacio, aun aparentes retrocesos a la postre se convierten en elementos de progreso; así la conquista representa la pérdida de la independencia, pero los conquistadores fueron realmente poderosos auxiliares de la libertad y la república porque echaron abajo a las monarquías indígenas. Esto último sólo se dice en el discurso de 1871 y debemos considerarlo como una importante aportación, resultado de la escritura de las novelas a la idea, de la historia de Riva Palacio. En ambos discursos hay una necesidad —nacionalista— de integrar las diferentes etapas de nuestra historia, pero en el primero el orador recurre al recurso retórico y falaz de hacer de Colón e Hidalgo dos ancianos desvalidos, conectados por esa analogía; después de la factura de las novelas este recurso ya no hace falta porque el orador ha comprendido la *misión histórica* de los conquistadores: acabar con los despotismos indígenas para que, andando el tiempo, pueda plantarse una etapa superior de civilización, y así nos dirá en el segundo discurso que la conquista y la independencia son partes de un grandioso todo, hacer no sólo de México sino de toda la América, el continente elegido por la libertad y la república, que requería para su implantación de una nueva raza producto del mestizaje. Esta visión hemisférica resulta especialmente notable para la época, donde el nacionalismo imperaba en todas partes.

Hemos señalado la gran diferencia en el tono del discurso de 1867 con respecto al de 1871; el primero, por así decirlo, todavía está permeado por el fragor de la batalla, es un canto a la victoria y ataca duramente al adversario: el clero y el partido conservador; en cambio el segundo es más sereno, están ausentes las invectivas contra el enemigo y en su lugar hay un franco afán por persuadir, por convencer a los adversarios de ayer de la necesidad de apoyar al gobierno liberal.

En ambos discursos se marca como inicio de la mexicana historia a la conquista española y tie-

²⁶ Nicola Abbagnano, *Diccionario de filosofía* (trad. de Alfredo N. Galletti), México, FCE, 1982, p. 957.

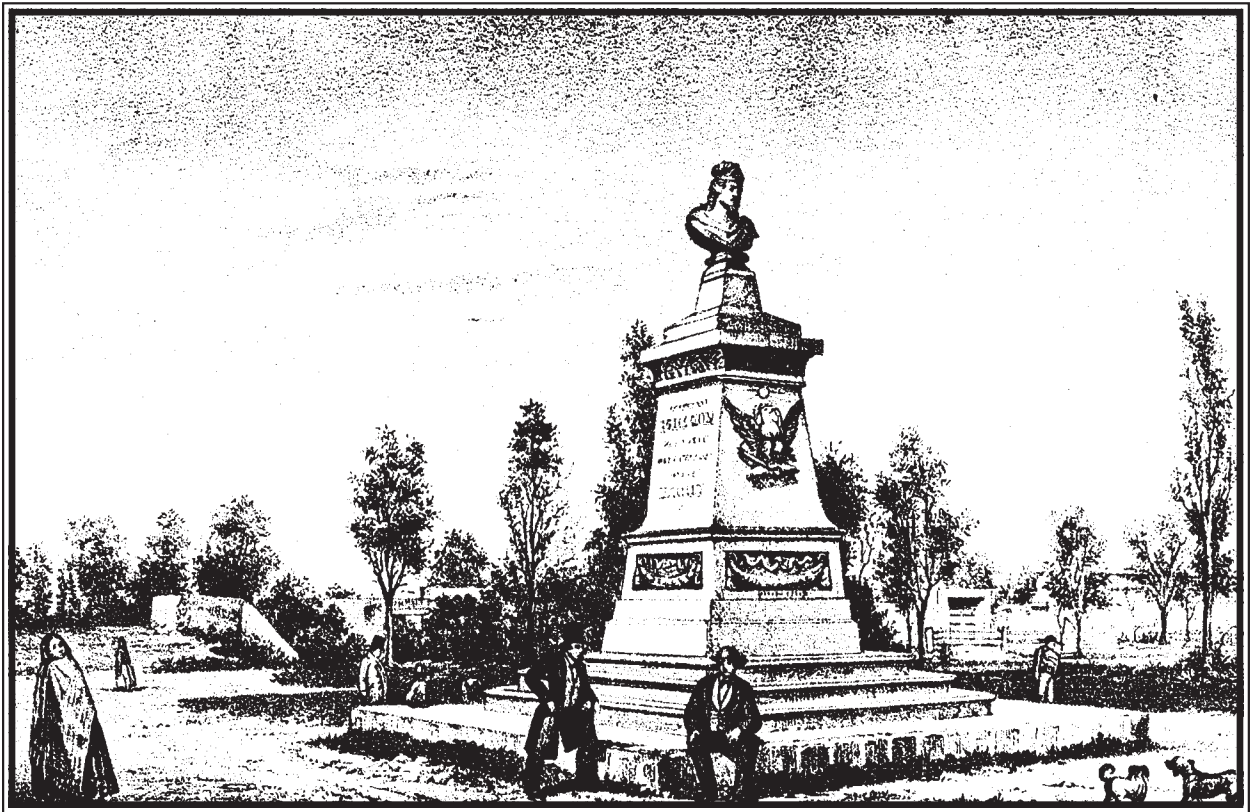
nen el notable mérito de incorporar el concepto historicista de que no deben juzgarse las épocas pasadas con las luces actuales; no, cada época debe mirarse con la luz que le es propia. De ahí que Riva Palacio contemple en la obra conquistadora una dualidad, un claroscuro que tiene elementos brillantes pero también otros crueles para los conquistados. A reserva de seguir explorando esta veta, todo parece indicar que esta visión historicista Riva Palacio la toma de las novelas históricas de su siglo, y tal vez especialmente de Walter Scott, conocido suyo: no debemos olvidar que *Ivanhoe* (1820) retrata la conquista normanda de los primitivos pobladores celtas de Inglaterra y que en ella el mestizaje, lo mismo que el claroscuro de esa conquista, son factores fundamentales.²⁷ En cualquier caso este punto es crucial, pues historiador que no es historicista —en este aspecto— es como caballero andante sin amores, como árbol sin hojas, como flor sin aroma.

En ambos discursos se mencionan los tumultos que alteraban apenas la monotonía de la vida colonial, pero en el primero no pasan de ser un “*pasajero* rumor de la plebe de algún pueblo o alguna ciudad, amotinada por la miseria” (p. 138, cursivas mías); en cambio en el discurso leído después de escribir las novelas Riva Palacio señala que esos tumultos sirvieron para algo trascendental: mostrar a los pueblos que sus amos no eran tanto como creían, son la anticipación del movimiento de independencia.

El final (la clave del sentido) de los dos discursos es notablemente diferente: en el primero es contencioso y culpa al clero y al partido conservador de todos los males del país, es decir que la lucha continúa y no se da una respuesta eficiente; en cambio, el final del discurso posterior a las novelas es armonioso al dibujar el espectáculo espléndido, inédito en la historia, de la democracia en América. Y como buen criollo americano, como buen general mestizo de la guerra de intervención, califica como superiores a los héroes de la independencia americana, al tiempo que los atisbos democráticos de la antigüedad y la modernidad europeas le parecen apenas un pálido reflejo de la democracia y la república en América, el continente predestinado para llevarlas a toda su perfección y nos invita así a tener más fe en nosotros mismos.

Desde tiempo atrás supe que no podría comprenderse la obra historiográfica de Riva Palacio sin estudiar sus novelas, pero sólo hasta ahora comprendo de una manera bien caracterizada cuánto le aportó escribir dichas novelas. No fue sólo entrar en contacto directo con la documentación del Santo Oficio, con los cronistas e historiadores, sino que las novelas le permitieron alcanzar *una nueva manera de comprender el pasado*. Me parece, en consecuencia, que el estudio de las novelas históricas es de gran necesidad no sólo para la literatura sino también, y señaladamente, para la historiografía.

²⁷ Algunos críticos han creído hallar filiaciones a las novelas rivapalatinas por motivos estilísticos, como cuando se aduce la influencia de Manuel Fernández y González por aquello de la truculencia, pero la realidad es que Riva Palacio no lo cita, que yo recuerde, en ninguna de sus obras; en cambio sí cita a Walter Scott, por ejemplo en *Los cerros* (pról. de José Ortiz Monasterio), México, Promexa, 1979, p. 327.



Algunas ramas de un árbol frondoso: el cardenismo a mediados del siglo XX

Elisa Servín

En septiembre de 1961 Ermilo Abreu Gómez publicó un texto en la revista *Política* en el que apuntaba: “A mí me gustan los hombres que se quedan, que se quedan en este mundo mortal, donde echan raíces, arman troncos y ramas y ofrecen un caudal de flores y frutos. Sólo estos hombres merecen el bien de la patria. Por eso me gusta Cárdenas”.¹

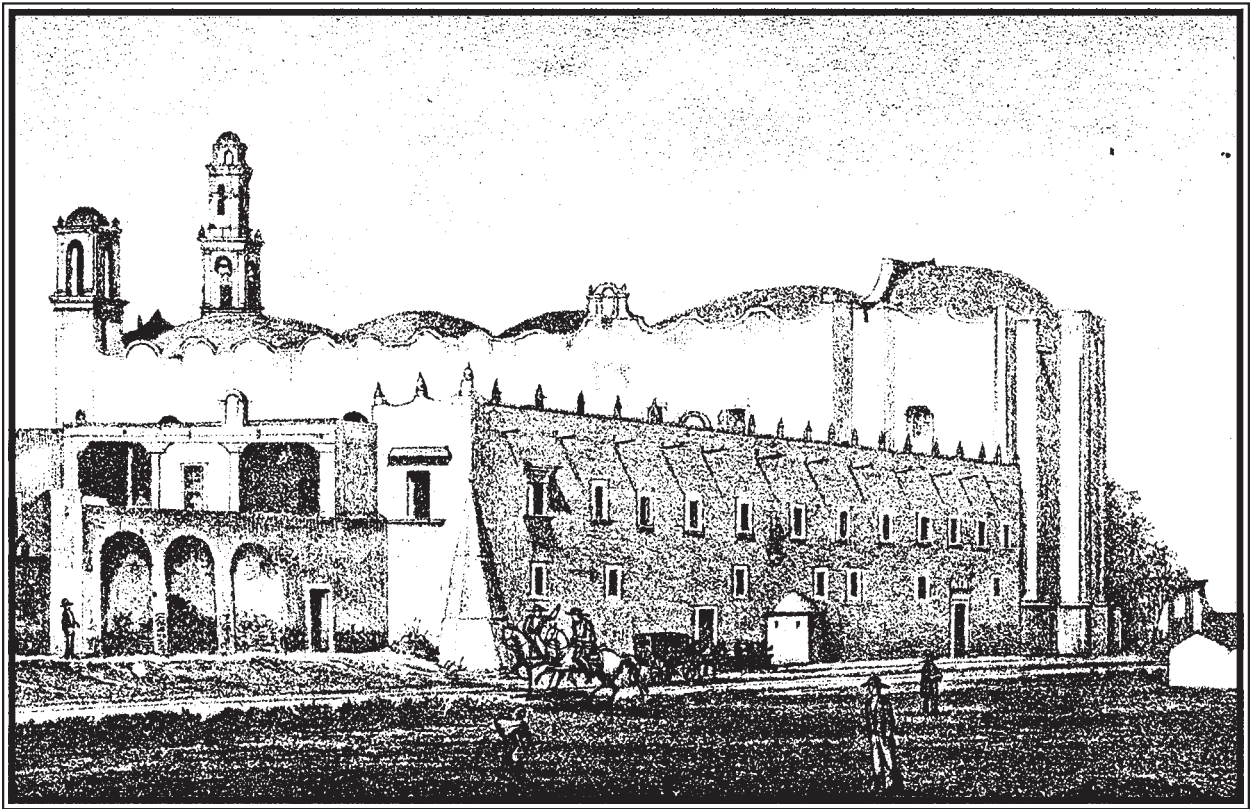
La reflexión de Abreu Gómez se refería a la presencia del general Lázaro Cárdenas en la formación del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), uno de los troncos que el general contribuyó a generar al iniciarse los años sesenta, con ánimo de que extendiera sus ramas y floreciera en abundancia.

El MLN era el segundo intento en poco más de una década por conformar una coalición política que, a partir de una alianza de las autollamadas fuerzas progresistas, se proponía luchar por la democracia, la justicia social, la soberanía de la nación y la paz. Además de solidarizarse con la revolución cubana y los movimientos de liberación nacional que sacudían en esos años a las viejas colonias europeas en África y Asia, el MLN se proponía trabajar por la recuperación de los principios fundamentales de la revolución mexicana y lo que para sus integrantes

era su concreción más evidente, el cardenismo.² En ese sentido, guardaba similitudes interesantes con el primer esfuerzo por conformar un bloque de fuerzas que reivindicara la validez de ese proyecto de gobierno y de desarrollo social, mismo que se expresó en el movimiento organizado en torno a la candidatura presidencial del general Miguel Henríquez Guzmán en los primeros años cincuenta. En otro sentido, como se argumentará más adelante, también existieron entre ambos afanes notables contrastes. Es posible, sin embargo, ubicar ambas experiencias como fragmentos de un proceso más amplio de afirmación política del cardenismo, en un perio-

² Véanse, entre otros, los textos de Carlos Maciel, *El Movimiento de Liberación Nacional: vicisitudes y aspiraciones*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1990; Miguel Ángel Beltrán Villegas, “El MLN: historia de un recorrido hacia la unidad (México, 1957-1967)”, México, tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 2000; Ledda Arguedas, “El Movimiento de Liberación Nacional: una experiencia de la izquierda mexicana en los sesenta”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año XXXIX, núm. 1, 1977, y Sergio Colmenero, “El Movimiento de Liberación Nacional, la Central Campesina Independiente y Cárdenas”, en *Estudios Políticos*, vol. II, núm. 2, 1975. Véase también el análisis de Verónica Oikión para el caso michoacano en “El Movimiento de Liberación Nacional en Michoacán, 1961-1964”, en *Memoria electrónica del XIV Congreso Nacional de Estudios Electorales*, México, Sociedad Mexicana de Estudios Electorales, Universidad Autónoma de Sinaloa/IFE, 2003.

¹ *Política*, 15 de septiembre de 1961.



do en el que los sucesivos “gobiernos de la Revolución Mexicana” dejaban de lado los propósitos que definieron al régimen de Lázaro Cárdenas. Revisar estos eventos es entonces una vía para entender el papel que jugó el cardenismo en una etapa a medio camino entre el ejercicio de gobierno del general Cárdenas en los años treinta, y la emergencia del neocardenismo conducido por Cuauhtémoc Cárdenas a fines de los ochenta.

El movimiento henriquista y la reivindicación del cardenismo³

El primer esfuerzo organizado de reivindicación política del cardenismo posterior a 1940 tuvo un inicio simbólico diez años después, cuando en abril de 1950 se publicó en la prensa nacional el manifiesto *En defensa del régimen cardenista*, en el que veinticinco ex colaboradores del general Cárdenas hacían un recuento de los logros y avances resultado de su gestión.⁴ En primera instancia, la publicación buscaba ofrecer una respuesta a los señalamientos que Victoriano Anguiano, rival político del cardenismo en Michoacán, expresaba desde el 6 de diciembre de 1949 en las páginas editoriales del diario *Excélsior*.⁵ No obstante, de mayor rele-

vancia política era el hecho de que el manifiesto fuera la primera expresión pública desde el fin del gobierno de Lázaro Cárdenas, de un grupo que se asumía cardenista y que reivindicaba la importancia de un proyecto político y social al que le otorgaban la posibilidad de trascender más allá de un periodo de gobierno. Como lo expresaban en el documento, para los firmantes el cardenismo sólo implica la identificación con la labor de un sexenio gubernamental de proyección perdurable porque se destacó en el leal cumplimiento de los mandatos constitucionales que estructuran a la nación, identificando la satisfacción de las necesidades populares con el cumplimiento de la ley.

A partir de ese momento, y a lo largo del proceso electoral de 1952, la noción del cardenismo como un proyecto que rebasaba los límites del ejercicio de gobierno para convertirse en una ideología, y la reivindicación de los principios que para sus seguidores y partidarios la definieron desde entonces —defensa de la soberanía nacional, reforma agraria, justicia social, pacifismo, democracia—, se tornaron bandera de lucha política en la confrontación con quienes, encabezados por el entonces presidente Miguel Alemán, avanzaban por la vía de la industrialización acelerada y el crecimiento económico a costa de una mayor concentración de la riqueza, una creciente desigualdad social y una dosis mayor de autoritarismo en las relaciones entre gobierno y sociedad. El cardenismo político, entendido como la conformación y acción de un grupo político que intentaba abrir espacios de participación dentro y fuera del PRI, reconoció como principios ideológicos fundamentales los elementos que conformaban al cardenismo social, es decir, a un proyecto de reforma social y de relación entre el Estado y la sociedad que se llevó a cabo en los primeros cuatro años del gobierno de Lázaro Cárdenas.

Entre 1946 y 1952 el régimen de Miguel Alemán redefinió las prioridades del desarrollo y

³ Este apartado está basado en Elisa Servín, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*, México, Cal y Arena, 2001.

⁴ Firmaban el documento Melquiades Angulo, Agustín Arroyo Ch., Silvano Barba González, Narciso Bassols, Efraín Buenrostro, Raúl Castellano, Luis Chávez Orozco, Ignacio García Téllez, Luis G. García, Roberto Gómez Maqueo, Silvestre Guerrero, Cosme Hinojosa, Heriberto Jara, Alfredo Lamont Hernández, Agustín Leñero, Francisco J. Múgica, José Manuel Núñez, Antonio Ornelas Villarreal, José Siurob, Eduardo Suárez, Octavio Trigo, Gabino Vázquez, Genaro Vázquez, Gonzalo Vázquez Vela y Salvador Zubirán. *El Universal*, 15 de abril de 1950.

⁵ Anguiano era fundador y secretario general del Partido Popular, al que renunció el 12 de noviembre de 1949 ante los conflictos generados por sus críticas a la nominación de Dámaso Cárdenas como candidato del PRI para la gubernatura de Michoacán. Sus artículos consistían en una revisión crítica de la figura política de Lázaro Cárdenas y el cardenismo michoacano y fueron reeditados con otros materiales en 1951. Véase Victoriano Anguiano Equihua, *Lázaro Cárdenas. Su feudo y la política nacional*; en 1989 se reeditó

por la editorial Referencias. Véase también el libro de Verónica Oikión Solano, *Los hombres del poder en Michoacán, 1924-1962*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2004.

llevó a cabo diversas acciones que apuntaban hacia una abierta divergencia del ejercicio gubernamental cardenista. La incorporación del amparo agrario al artículo 27 constitucional y el abandono de la reforma agraria, que fortalecieron el desplazamiento del ejido colectivo frente a la propiedad privada y la agroindustria, la exclusión autoritaria de la izquierda del ámbito sindical y el arrinconamiento de Vicente Lombardo Toledano en la oposición política, que facilitaron entre otras cosas el incremento de la inversión privada nacional y extranjera en el proceso de industrialización, la hegemonía excluyente del alemanismo sobre los puestos públicos y el PRI, la creciente colaboración económica e ideológica en la relación con Estados Unidos y el fortalecimiento de los aparatos de seguridad eran sólo algunos de los puntos que expresaban las diferencias entre ambos ejercicios de gobierno. Al acercarse la coyuntura de la sucesión presidencial, momento privilegiado para la negociación y recomposición de fuerzas al interior de la clase política, cardenistas y alemanistas se enfrentaron como partidarios de dos proyectos políticos diferenciados.

En ese sentido, la publicación del manifiesto cardenista en abril de 1950 señaló también el inicio de las expresiones públicas de un grupo de cardenistas interesados en participar abiertamente en la sucesión presidencial. Resultó revelador que pocos días después de la publicación del manifiesto, el general Rodolfo Sánchez Taboada, presidente del PRI, se entrevistara con cuatro personajes cercanos a Cárdenas, los licenciados Silvano Barba González y Raúl Castellano, el coronel Wenceslao Labra y el ingeniero César Martino, quienes deseaban reafirmar su convicción en el sentido de que el lugar del cardenismo no era otro que el PRI.⁶ Pocos meses

⁶ *Excelsior*, 22 de abril de 1950. Silvano Barba González fue presidente del PNR y gobernador de Jalisco y se le consideraba uno de los hombres más cercanos al expresidente Cárdenas. Por su parte, Raúl Castellano ocupó importantes puestos durante la gestión cardenista, entre ellos procurador general del Distrito Federal y Territorios Federales, secretario de la Presidencia y jefe del Distrito Federal. Wenceslao Labra fue uno de los fundadores de la CNC en

después, tres de ellos, Martino, Labra y Castellano, se declararon partidarios de la precandidatura presidencial del general Henríquez Guzmán, con la pretensión de que ésta se analizara abiertamente junto con las de otros posibles precandidatos al interior del partido.

En un contexto marcado por los indicios de que algunos colaboradores del presidente Alemán empezaban a trabajar por una posible reelección presidencial o la prórroga de su mandato, así como por los rumores en torno a la posible designación de un candidato de continuidad, los cardenistas-henriquistas buscaron impedir que los alemanistas mantuvieran su predominio político más allá de 1952.⁷ Detrás de la precandidatura del general Henríquez, los cardenistas que se adhirieron al henriquismo, entre quienes destacaban también Agustín Leñero, Ernesto Soto Reyes, José Muñoz Cota y Luis Chávez Orozco, intentaron presionar al presidente Alemán y a la dirigencia del PRI para que abrieran el partido a la discusión de las probables precandidaturas presidenciales, cuestionando en forma directa la autonomía del presidente para designar a su sucesor.

Aunque a fines de 1950 Martino, Labra, Castellano y Soto Reyes fueron expulsados del PRI, acusados de deslealtad e indisciplina,⁸ la presión henriquista repercutió al interior del partido, cuyos dirigentes se vieron obligados a declarar en repetidas ocasiones que el cardenismo estaba dentro de las filas priistas, no fuera. Más aún, la designación de Adolfo Ruiz Cortines como candidato presidencial del PRI en octubre de 1951 fue entendida por muchos como una candidatura de conciliación, dado que Ruiz Cortines no

1938 y diputado federal, senador y gobernador del Estado de México entre 1930 y 1941. César Martino participó también en la fundación de la CNC y de la Sociedad Agronómica Mexicana. Fue jefe del Departamento Agrario durante el gobierno de Cárdenas y gerente del Banco Nacional de Crédito Agrícola de 1940 a 1946.

⁷ Existen múltiples indicios de la intención reeleccionista, si no del propio Alemán, sí de algunos de sus colaboradores más cercanos. Véase Elisa Servín, *op. cit.*, pp. 119-127.

⁸ *Historia Documental del Partido de la Revolución. PRI. 1951-1956*, vol. 6, México, PRI-ICAP, 1982, p. 19.

formaba parte del círculo más cercano a Miguel Alemán.

Por su parte, la figura del general Cárdenas, su obra de gobierno y sus preferencias políticas se convirtieron en un punto de referencia obligado en la discusión ideológica que se desarrolló a lo largo de la campaña. Así sucedió por ejemplo en marzo de 1952, cuando a propósito de la visita del candidato Ruiz Cortines a Michoacán se suscitó un amplio debate en torno a la relación del ex presidente con el PRI y con sus amigos Henríquez Guzmán y Lombardo Toledano, quienes a esas alturas ya eran los candidatos presidenciales de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano (FPPM) y del Partido Popular (PP), respectivamente. En el centro del debate se delineaban las dos posiciones: el cardenismo entendido como una fuerza y una propuesta de oposición frente al alemanismo, y el cardenismo asumido como pieza fundamental del entramado de la política oficial. En esta segunda línea, algunos de los cardenistas prominentes que mantuvieron su vocación priista, encontraron a Ruiz Cortines más dispuesto a la inclusión y la alianza con el cardenismo “institucional” que su antecesor Miguel Alemán. Así pareció demostrarlo, por ejemplo, la designación de Silvano Barba González y Luis I. Rodríguez como candidatos a senadores por el PRI.

No obstante, a lo largo del proceso electoral el henriquismo acrecentó su fuerza al enarbolar la bandera cardenista y reivindicar al cardenismo en el ámbito de lo social. La afirmación henriquista que hacía del cardenismo “el verdadero proyecto de la Revolución Mexicana”, y por tanto la alternativa frente a lo que consideraron la “traición” del alemanismo a los principios de la Revolución de 1910, les permitió construir una fuerte base popular que se movilizó a lo largo de la campaña con la exigencia de avanzar por el camino iniciado a mediados de los años treinta. La construcción de la Unión de Federaciones Campesinas de México (UFCM) fue la expresión más acabada de esta estrategia. En ella participaron algunos de los fundadores de la CNC de acendrada raigambre cardenista, como César Martino, Trinidad García, Graciano Sánchez y

Wenceslao Labra, quienes expresamente exigieron a través de esta organización la recuperación de la esencia de la reforma agraria: incentivar el reparto de tierras, apoyar con créditos, irrigación e insumos la producción de ejidatarios y pequeños propietarios, resolver los problemas de tenencia, es decir, fortalecer el apoyo estatal a los ejidatarios y pequeños productores que estaban siendo desplazados por la agroindustria y los “agricultores nylon”, quienes sin ser agricultores acapararon a lo largo del sexenio alemanista grandes extensiones de tierra, sobre todo en el norte del país.⁹

La Unión de Federaciones estaba integrada por federaciones estatales que en muchos casos dirigieron viejos dirigentes locales o regionales cardenistas.¹⁰ Su organización produjo una reactivación de cuadros comprometidos con la reforma agraria no sólo a escala nacional, sino estatal y local. El esfuerzo organizativo de la central agraria, sin embargo, estuvo supeditado a intereses políticos coyunturales que impidieron que la Unión pudiera seguir funcionando al margen de los desatinos de la dirigencia henriquista. Si bien Trinidad García persistió en la UFCM hasta bien entrado 1954, al igual que Graciano Sánchez, quien se consideró henriquista hasta su muerte, César Martino rompió con Henríquez en 1953 y pronto encontró la manera de reintegrarse a la política oficial.¹¹

Por lo demás, los límites de la alianza entre henriquistas y cardenistas resultaron evidentes una vez concluidas las elecciones. La insuficiencia de los mecanismos de participación electoral para abrir el espacio de la política, la represión y el creciente predominio de quienes al interior del liderazgo henriquista se inclinaron hacia la militancia anticomunista en aras de obtener

⁹ Elisa Servín, *op. cit.*, pp. 153-158 y 177-183.

¹⁰ Ese fue el caso, por ejemplo, de Hipólito Rentería en Baja California, o de los ex gobernadores Francisco Parra en Nayarit y Pedro Rodríguez Triana en Coahuila.

¹¹ A mediados de 1953 Martino se entrevistó con Ruiz Cortines, quien le ofreció hacerse cargo de una comisión presidencial dedicada a la problemática campesina. *Buró de Información Política (BIP)*, núm. 25, 22 de junio de 1953, p. 221.

apoyo estadounidense para un golpe de fuerza, cancelaron cualquier posibilidad de mantener la alianza iniciada en 1950.

No obstante, la renovada presencia del agrarismo cardenista entre las comunidades campesinas en muchos puntos del país contribuyó a alimentar lo que el discurso de la época definía como “agitación en el campo”. Ante el fracaso de la opción electoral, para muchos la única vía de solución para resolver sus demandas habría de ser la insurrección armada a escala local, como fue el caso de Rubén Jaramillo, compadre del general Cárdenas, o el de muchos grupos que se mantuvieron organizados en distintos puntos del país hasta el inicio de los años sesenta.¹² Para otros, sólo quedó el paso a la acción directa, en particular con las tomas de tierra que en 1958 condujo Jacinto López, dirigente campesino integrante de la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), que como parte de las huestes del Partido Popular apoyó la candidatura presidencial de Lombardo Toledano en 1952.¹³ Muchos de estos grupos habrán de integrarse a su vez a la Central Campesina Independiente (CCI) que se constituyó en 1963, en un nuevo intento por conformar una organización que articulara a los campesinos que se mantenían movilizados fuera del ámbito de la CNC.¹⁴

Al iniciar su mandato, Ruiz Cortines ofreció una actitud conciliatoria hacia el cardenismo, propiciada entre otras cosas por la necesidad de construir un contrapeso al poderoso grupo de alemanistas conducidos por el ex secretario particular de la Presidencia, Rogerio de la Selva,

¹² Además de Morelos, ese fue el caso en Guerrero, Puebla, Tlaxcala, Veracruz y Chihuahua. Véase Elisa Servín, “Hacia el levantamiento armado: del henriquismo a los Federacionistas Leales, en los años cincuenta”, en Verónica Oikión Solano y Marta Eugenia García Ugarte (eds.), *Movimientos armados en México, siglo XX*, vol. I, México, El Colegio de Michoacán/CIESAS, 2006.

¹³ Francisco A. Gómez-Jara, *El movimiento campesino en México*, México, SRA-CEHAM, 1981 (1970), pp. 164-170, y Armando Bartra, *Los herederos de Zapata*, México, Era, 1985, pp. 79-83.

¹⁴ Francisco A. Gómez-Jara, *op. cit.*, pp. 219-233, y Armando Bartra, *op. cit.*, pp. 91-93.

quienes buscaban mantener su influencia sobre el nuevo gobierno.¹⁵ Así, los cardenistas que se unieron a la militancia henriquista encontraron abiertas las puertas del PRI y de la Presidencia de la República. Por su parte, en los *Apuntes* del general Cárdenas se destacan las muchas veces que se entrevistó con el presidente Ruiz Cortines a lo largo de su mandato. No obstante, pese a su actitud conciliatoria, el nuevo gobierno mantuvo en la práctica el abandono al campo, la apertura a la inversión estadounidense, y la adhesión casi incondicional a los postulados de la guerra fría que preconizó su antecesor.¹⁶

Lázaro Cárdenas, las turbulencias de la guerra fría y la sucesión presidencial de 1958

Los años del medio siglo xx fueron el escenario de una polarización creciente de las fuerzas políticas generada por las batallas iniciales de la guerra fría. Frente a la aceptación oficial del anticomunismo y el discurso de la “defensa del mundo libre” en los gobiernos de Miguel Alemán a Adolfo López Mateos, la izquierda y lo que a esas alturas quedaba de la llamada izquierda oficial —representada entre otros por Heriberto Jara y el propio general Cárdenas—, se inclinaron hacia la militancia en favor de la paz, en sintonía con otros movimientos internacionales.

En septiembre de 1948, cuando la prensa mexicana preparaba una intensa campaña anticomunista dirigida contra la dirigencias sindicales independientes, Cárdenas se reunió en Michoacán con el senador cubano Juan Marinello, quien en representación de un grupo de intelectuales y po-

¹⁵ Véanse, por ejemplo, los reportes del periodista Horacio Quiñones en su *Buró de Información Política (BIP)*, correspondientes a 1953.

¹⁶ Olga Pellicer de Brody y José Luis Reyna “El afianzamiento de la estabilidad política”, en *Historia de la Revolución Mexicana, 1952-1960*, vol. 22, México, El Colegio de México, 1978, y Olga Pellicer de Brody y Esteban L. Mancilla, “El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador”, en *Historia de la Revolución Mexicana, 1952-1960*, vol. 23, México, El Colegio de México, 1978.

líticos de Cuba deseaba invitarlo a encabezar una conferencia latinoamericana por la paz, la democracia y la independencia económica, que entre otras cosas expresaría el rechazo regional a la creciente amenaza del imperialismo estadounidense. Cárdenas aceptó gustoso la invitación y, junto con otros personajes, entre los que se incluía el expresidente Manuel Ávila Camacho, participó en las discusiones en torno a la organización del evento.¹⁷ No obstante, cuando en los primeros días de octubre la prensa dio a conocer la carta en la que el general Cárdenas aceptaba colaborar y proponía un formato para su organización, se generó una fuerte reacción en contra del encuentro que postergó su realización por un año.¹⁸

El hecho de que Cárdenas colaborara expresamente con un grupo de comunistas cubanos le valió una andanada de críticas en comentarios editoriales e inserciones pagadas en la prensa, en las que se le acusaba de haberse “vendido a los comunistas”.¹⁹ A lo largo de cuando menos los quince años siguientes, el general Cárdenas fue uno de los flancos favoritos, apenas rebasado por Lombardo Toledano, del Frente Popular Anticomunista de México (FPAM) dirigido por Jorge Prieto Laurens, quien encontró en la prensa un amplio espacio de expresión, siempre dispuesta a publicar con pagos monetarios de por medio, sus declaraciones y pronunciamientos en contra de Cárdenas y el comunismo mexicano.²⁰ Pese a las críticas, el ex presidente mantuvo una pre-

sencia activa en el movimiento a favor de la paz mundial. En 1949, a través de Heriberto Jara y Narciso Bassols, delegados del Comité Mexicano por la Paz, envió un mensaje al Congreso Mundial de Partidarios de la Paz celebrado en París.²¹ En los años siguientes Cárdenas se mantuvo al tanto, a través de Jara, Lombardo Toledano y otros amigos de las acciones pacifistas y se manifestó insistentemente a favor de la paz mundial y la soberanía de los pueblos, motivado por la apremiante coyuntura internacional.

En ese contexto, en 1954 el ex presidente hizo explícito su rechazo a la intervención estadounidense en Guatemala para derrocar al gobierno democrático de Jacobo Árbenz, y abogó a favor de la soberanía de América Latina frente a los embates del imperialismo.²² Pocas semanas después, en un claro desafío a las vociferantes voces del anticomunismo, realizó una guardia frente al féretro de Frida Kahlo cubierto con la bandera de la hoz y el martillo, y al día siguiente encabezó el cortejo fúnebre del brazo de un tristísimo Diego Rivera.²³ En respuesta, la derecha anticomunista encabezada por Rogerio de la Selva, en alianza con el coronel José García Valseca, desató una andanada en su contra acusándolo públicamente, en programas de radio y desplegados en la prensa de actos de corrupción en la Comisión del Tepalcatepec.²⁴ Cárdenas respondió con su renuncia al cargo de Vocal Ejecutivo de la Comisión. Ruiz Cortines no le aceptó la renuncia; sin embargo, el anticomunismo ganó terreno en el ámbito de la opinión pública.

¹⁷ Participaron también Vicente Lombardo Toledano, Francisco J. Múgica, Narciso Bassols, Dionisio Encinas y Víctor Manuel Villaseñor. Ángel Gutiérrez, “Lázaro Cárdenas y Cuba”, en *Desdeldiez*, Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, julio de 1985, p. 57.

¹⁸ Lázaro Cárdenas, *Obras I-Apuntes 1941-1956*, t. II, México, UNAM, 1986, pp. 311-312. En septiembre de 1949 se llevó a cabo en la ciudad de México el Congreso Mexicano por la Paz que concretaba la idea discutida desde un año antes. *Ibidem.*, p. 370.

¹⁹ En una nota publicada en *El Universal* se señalaba el temor que despertaba el hecho de que la presencia de Cárdenas sirviera “para dar solidez a las actividades comunistas en el continente, pero sobre todo en México”. *El Universal*, 15 de octubre de 1948, p. 7.

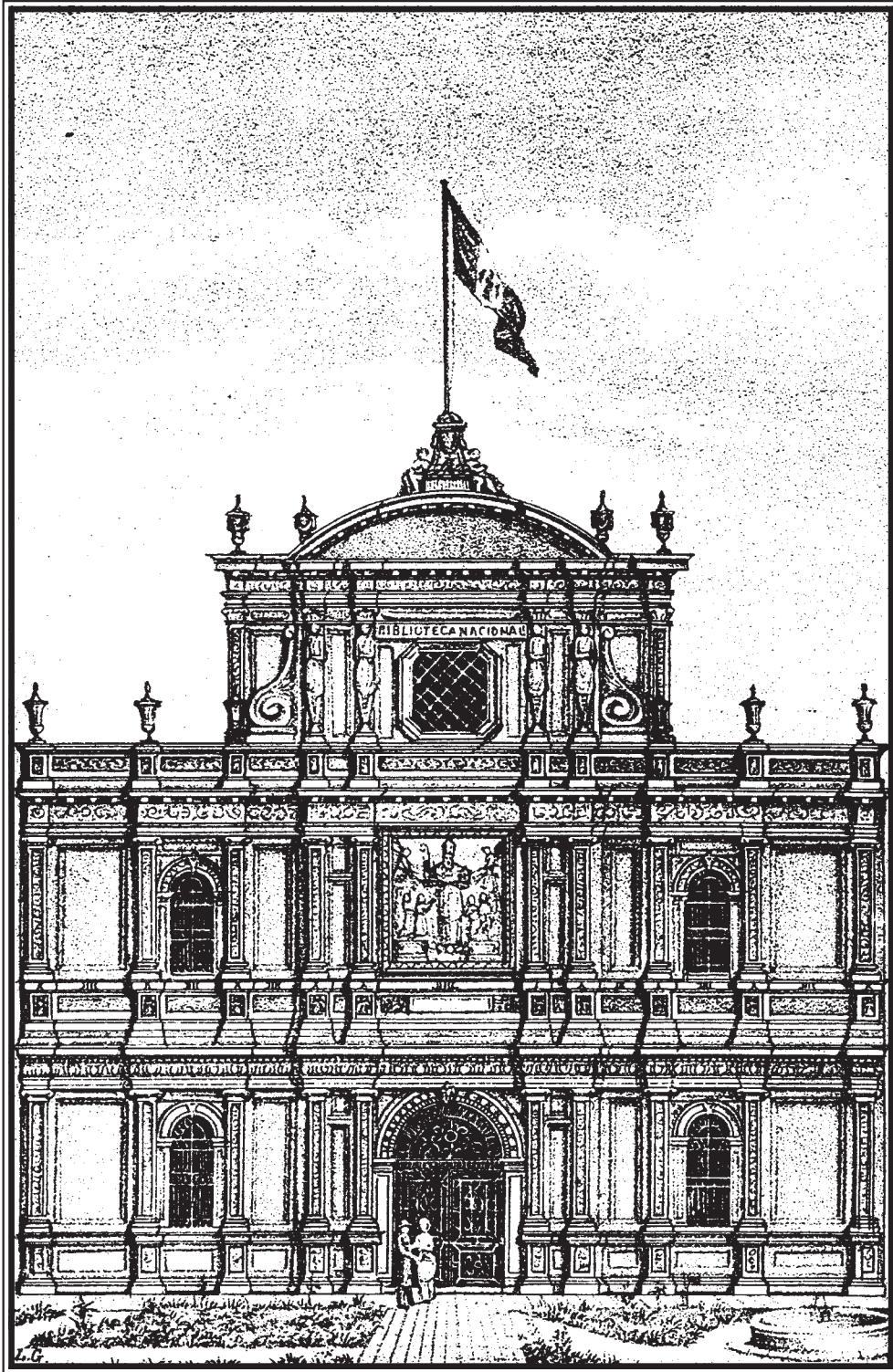
²⁰ Stephen R. Niblo, *Mexico in the 1940s. Modernity, Politics, and Corruption*, Wilmington, Scholarly Resources, 1999, p. 246, nota 48.

²¹ Heriberto Jara presidió varios años el Comité Mexicano por la Paz y en 1950 recibió el Premio Stalin de la Paz. Véase Miguel Ángel Beltrán, *op. cit.*, pp. 126 y ss.

²² Olga Pellicer y Esteban L. Mancilla, *op. cit.*, pp. 103-105. También se organizó un amplio movimiento estudiantil en defensa de Guatemala en el que participó Cuauhtémoc Cárdenas, entonces estudiante de Ingeniería en la UNAM. Luis Suárez, *Cuauhtémoc Cárdenas. Política, familia, proyecto y compromiso. Tres generaciones, un mismo destino*, México, Grijalbo, 2003, pp. 77-78.

²³ El velorio de Frida Kahlo le costó el puesto a Andrés Ituarte, director del Instituto Nacional de Bellas Artes. *El Universal*, 14 de julio de 1954 y ss.

²⁴ Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, t. II, pp. 565-573. Véase también los reportes del *BIP* de junio, julio y agosto de 1954.



Pese a los embates en su contra, Lázaro Cárdenas no ocultó su preocupación por la creciente agresividad del imperialismo. Los movimientos de liberación nacional y América Latina en particular, sometida en forma cada vez más burda al dominio estadounidense, continuaron siendo objeto de la reflexión, el discurso y la defensa abierta del ex presidente. Su presencia en la esfera internacional lo hizo merecedor, en febrero de 1956, del Premio Stalin de la Paz, lo que le valió de nuevo otra lluvia de críticas por su creciente amistad con el comunismo internacional.²⁵ Entre ellas destacó la carta que le envió su amigo Frank Tannenbaum desde Nueva York, en la cual señalaba su preocupación por la “inescrupulosa y malvada” astucia de los “comunistas rusos”, que pretendían “robarle” su buen nombre para enfrentar a México con Estados Unidos.²⁶ Lejos de amedrentarse por las críticas y las advertencias, acompañado, entre otros de García Téllez y Alejandro Carrillo, Cárdenas en octubre de 1958 inició una larga gira que se prolongó varios meses a diversos países de Europa del Este, la Unión Soviética y China, que se inició y concluyó en Estados Unidos. El ex presidente no ocultó la simpatía y admiración que le inspiraban los países socialistas en su lucha contra el hambre y el atraso.

En forma paralela, preocupado por las frecuentes críticas a la reforma agraria realizada durante su gestión, por el acercamiento económico con Estados Unidos que se traducía en la creciente injerencia de la inversión directa proveniente de ese país, y sobre todo por la posibilidad de que el gobierno de Ruiz Cortines abriera las puertas de Pemex y otros enclaves de recursos naturales a la inversión privada, nacional y extranjera, el general Cárdenas incrementó también en forma gradual su presencia públi-

²⁵ Para el Partido Acción Nacional (PAN) quedaba de sobra demostrada la “filiación pro soviética” de Lázaro Cárdenas, en tanto que la Unión Nacional Sinarquista (UNS) propuso que se le eliminara de todo cargo oficial. *El Universal*, 27 y 28 de febrero de 1956.

²⁶ Carta de Frank Tannenbaum a Lázaro Cárdenas, 24 de febrero de 1956, Frank Tannenbaum Papers, caja 1, Biblioteca Butler, Nueva York, Universidad de Columbia.

ca en el ámbito interno mediante declaraciones y escritos en la prensa.²⁷

En 1953, en un contexto internacional marcado por el golpe orquestado por la CIA en Irán contra el gobierno de Mohammed Mossadegh —en reacción con la nacionalización del petróleo realizada dos años atrás—, así como por las crecientes amenazas en contra de los intentos de reforma agraria del gobierno de Jacobo Árbenz en Guatemala, Cárdenas se enfrascó en una polémica epistolar con Nemesio García Naranjo en las páginas de *Siempre!*, a propósito de los aciertos y la vigencia de la reforma agraria realizada durante su gobierno.²⁸ En los años siguientes se desmontaron gradualmente algunas de las estructuras de producción y organización campesina ganadas durante los repartos de 1936-1937, en un ambiente de condena al llamado fracaso de la reforma agraria.²⁹ A través de escritos y discursos, Cárdenas defendió personalmente sus actos de gobierno y se volvió una presencia constante en el debate político de la época. Más aún, preocupado por la posibilidad de una apertura de Pemex al capital extranjero, el ex presidente se entrevistó en varias ocasiones con Ruiz Cortines, a quien llegó a proponerle la formación de un Consejo de Administración de la empresa petrolera en el que participaran los ex presidentes de la República.³⁰

En el transcurso de los primeros meses de 1957, año de sucesión presidencial, el general Cárdenas realizó una intensa “gira de observación”, como dijo la prensa, por algunas regiones de los estados de Jalisco, Baja California, Sonora y Sinaloa. El recorrido se inició en febrero por la

²⁷ Véase por ejemplo, Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, t. II, pp. 515 y 599, y t. III, pp. 6-7 y 14.

²⁸ *Palabras y documentos públicos de Lázaro Cárdenas. Mensajes, discursos, declaraciones, entrevistas y otros documentos, 1941-1970*, vol. 3, México, siglo XXI, 1979, p. 54. Para algunos comentaristas resultó una respuesta muy importante para un artículo que carecía de esa relevancia política. Véase, por ejemplo, *BIP*, vol. XI, núm. 38, 21 de septiembre de 1953, p. 329.

²⁹ Ese fue el caso, por ejemplo, en Yucatán en 1955. Francisco A. Gómez-Jara, *op. cit.*, p. 107, y en Nueva Italia en 1956. Enrique Krauze, *La presidencia imperial*, México, Tusquets, 1997, p. 205.

³⁰ Por ejemplo, Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, t. II, p. 531, 597, 602, y t. III, p. 14.

costa de Jalisco, “invitado por el gobernador Agustín Yáñez”. De ahí se dirigió a Mexicali, también invitado por “los ejidatarios para visitarlos”. Durante su estancia en Baja California cruzó la frontera y realizó una breve visita a la ciudad de Los Ángeles, donde se reunió con la comunidad mexicana.³¹ En abril se encontró con la comunidad yaquí en Sonora, y un mes después regresó con un mensaje del presidente Ruiz Cortines prometiendo resolver sus problemas.³² A lo largo de la gira, el general Cárdenas ofreció entrevistas, realizó declaraciones y pronunció diversos discursos en los que reivindicó la vigencia de los principios de la Revolución mexicana, mientras llamaba a seguir apoyando a los campesinos e impulsando la reforma agraria. Mucho ruido causaron las supuestas declaraciones que hizo a la prensa local durante la gira por Baja California, en la que acompañado por el gobernador Braulio Maldonado señaló: “Si la CNC no ayuda al campesino debe desaparecer”.³³ Entretanto, pronunció sendos discursos en dos eventos en la ciudad de México, el homenaje que le rindieron los republicanos españoles y una reunión con ex alumnos de las secundarias para hijos de trabajadores. En esta ocasión, la mayor parte de su discurso la dedicó a dar una documentada respuesta a los ataques que generó su presencia en los terrenos de la opinión pública en pleno proceso de sucesión presidencial.³⁴

Como sucediera seis años antes, los primeros indicios de inquietudes sucesorias se presentaron desde 1955, en forma de una renovada ola de rumores reeleccionistas de los partidarios de Miguel Alemán, que produjeron fuertes declaraciones de Lombardo Toledano señalando que, en todo caso, el reelegible debía ser Lázaro Cárdenas.³⁵ Era ésta una señal adicional de que más

allá de su disciplinada adhesión presidencialista, la clase política se dividía de acuerdo con su lealtad hacia la figura de ambos ex presidentes, y la convicción de ser alemanista o cardenista.

Pasada la tolvana de la reelección, empezaron a pronunciarse con timidez los nombres de los posibles “tapados”.³⁶ En este contexto, la otra parte de las supuestas declaraciones de Cárdenas durante su gira por Baja California en 1957, publicadas en la prensa nacional, desataron una fuerte polémica. De acuerdo con el periodista Francisco Ramírez, de la revista *ABC*, Cárdenas había señalado la necesidad de reestructurar al PRI:

Consideramos necesaria la reestructuración del Partido Revolucionario Institucional [...] la madurez que ha alcanzado nuestro pueblo nos impele a reconocer que ha llegado el momento de revisar el pasado y renovar nuestros sistemas electorales, para que todos los sectores de México entren en el juego de la política nacional, aún la misma oposición, siempre y cuando se organicen adecuadamente. Hasta ahora la vida de casi todos los partidos políticos ha sido fugaz y transitoria en el panorama nacional, porque han carecido de contenido social y de un programa definido y porque han actuado en torno de un hombre y no de una plataforma de gobierno, este mismo pecado lo hemos cometido nosotros. El partido de la Revolución que es el PRI, ha podido subsistir a pesar de sus defectos, porque al menos ha tenido como norma los postulados de la misma Revolución y la realización constructiva del plan sexenal. Por todo esto estimamos la reestructuración del PRI.³⁷

³¹ *Palabras y...*, *op. cit.*, p. 69.

³² Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, t. III, pp. 4-11.

³³ *Excélsior*, 1 de abril de 1957. En los días siguientes Cárdenas señaló que sus respuestas se habían tergiversado: “Reconozco el marasmo y aun la falta de contenido social del partido y de la CNC pero no he dicho que se disgreguen, ya que eso equivaldría a dejar el campo libre a los enemigos de las conquistas del pueblo”. *Ibidem*, 6 de abril de 1957.

³⁴ *Palabras y...*, *op. cit.*, pp. 70-76.

³⁵ Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, t. II, p. 611 y 613-615.

³⁶ Por primera vez, la sucesión presidencial se manejó en el más completo silencio en relación con los movimientos políticos de los aspirantes a la candidatura presidencial del PRI. Así lo ejemplificó con su genial ironía el caricaturista Abel Quezada en las páginas de *Excélsior*.

³⁷ *Excélsior*, 2 de abril de 1957. Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, t. III, p. 9.

Pese a que en los días siguientes el general desmintió el contenido de esa publicación, sus “declaraciones” generaron todo tipo de respuestas. Una de ellas, el ostensible silencio del general Agustín Olachea, presidente del PRI, quien se tomó un par de días para señalar en forma escueta el derecho de Cárdenas a expresarse como ciudadano y miembro de ese partido, aunque le restaba importancia a la propuesta de reestructurar al PRI. Por su parte, algunos prominentes cardenistas, como Heriberto Jara, apoyaron las pretendidas declaraciones del ex presidente: “Sí, hay necesidad de que se reorganice el PRI, particularmente para que sus dirigentes o responsables puedan conocer, desde las elecciones internas o convenciones, el verdadero sentir de las mayorías, cuando de seleccionar ciudadanos para los puestos de elección popular se trate... tengo la impresión de que las elecciones internas del partido han venido a menos en su mecánica, en su organización y funcionamiento”.³⁸

La intención cardenista de hacer del PRI el escenario político fundamental para resolver la sucesión se confirmó pocos meses después, cuando a fines de septiembre se dio a conocer un documento elaborado por Heriberto Jara, Ignacio García Téllez, Luis I. Rodríguez —los tres ex presidentes del partido oficial—, César Martino y José Domingo Lavín, en el que ahora, más que una reivindicación del gobierno de Lázaro Cárdenas como sucedió en 1950, se planteaba una propuesta política y social hacia el futuro. Además de su publicación en la prensa, los redactores del documento proponían que se discutiera en la Convención Nacional en la que se nombraría al candidato a la presidencia.³⁹

El Manifiesto Cardenista se publicó el 30 de septiembre, firmado por 126 miembros del PRI y 44 simpatizantes sin partido, “en su gran mayoría de reconocida filiación cardenista”.⁴⁰ El documento estaba dirigido al Comité Ejecutivo Nacional del PRI y en él se llamaba una vez más

a la apertura democrática del mecanismo de la sucesión presidencial, a partir de un debate entre los sectores del partido en torno al programa del futuro gobierno y los posibles candidatos. En aras de iniciar la discusión, el documento ofrecía “algunas bases que consideramos útiles para la elaboración de ese indispensable programa de gobierno con que los grupos revolucionarios debemos presentarnos en la campaña electoral”. Además de insistir en la revisión del sistema electoral, la propuesta de la representación proporcional y la reestructuración democrática del PRI, se reafirmaba la necesidad de defender la soberanía nacional, la reforma agraria, el dominio sobre los recursos naturales y la defensa de los trabajadores. Destacaba en el documento el llamado a derogar el delito de disolución social, “que constituye un posible instrumento para nulificar las garantías y libertades constitucionales del individuo [...] es imperativo suprimir dicha disposición que representa una afrenta en el año que celebramos el centenario de la Constitución y del pensamiento liberal”. Aunque la presión estaba dirigida de nuevo hacia la dirigencia y las huestes priistas, en esta ocasión no estuvo acompañada de propuesta alguna de precandidatura presidencial que, más tarde que temprano, hubiera desembocado en la ruptura.

Pocas semanas después quedó claro que el documento cardenista no había sido tomado en cuenta, cuando sin discusión ni debate alguno, el secretario del Trabajo, Adolfo López Mateos, fue designado como candidato presidencial del PRI. Su nombramiento parecía responder a la capacidad de negociación que había ejercido en la segunda mitad del sexenio frente a las crecientes demandas y movilizaciones sindicales. Con el antecedente de haber participado en la campaña de José Vasconcelos en 1929, López Mateos reivindicó el centro, frente a los extremos de izquierda y derecha. Su designación satisfizo al cardenismo, que esta vez presionó tan sólo para orientar la selección de un candidato que no se inclinara demasiado a la derecha.

En el transcurso del proceso electoral tanto López Mateos como Ruiz Cortines se enfrenta-

³⁸ *Novedades*, 5 de abril de 1957.

³⁹ “En los Frentes Políticos”, *Excelsior*, 26 de septiembre de 1957.

⁴⁰ *El Popular*, 29 de septiembre de 1957.

ron a la explosión de las intensas movilizaciones de maestros, ferrocarrileros, petroleros, telegrafistas, campesinos y estudiantes, que aprovecharon el interregno que provocaba la renovación del mando presidencial para exigir democracia sindical, mejores condiciones salariales y la reanudación de la reforma agraria.⁴¹ En este contexto, los cardenistas se asumieron a la izquierda del espectro de la política oficial pero no rebasaron sus límites. Interesados en ampliar los márgenes de la democracia mexicana, insistieron en la anulación del delito de disolución social, en la liberación de los crecientes presos políticos y en la negociación con los movimientos sociales, aunque al mismo tiempo mantuvieron su apoyo al que pronto sería el nuevo presidente de la República.

Por su parte, el general Cárdenas se mantuvo atento al desarrollo de los diversos conflictos sindicales, ofreciendo incluso su colaboración como intermediario entre el presidente y los líderes magisteriales y ferrocarrileros. El 9 de mayo de 1958 se entrevistó con Ruiz Cortines, a quien sugirió recibir a los dirigentes del magisterio. Ante la negativa presidencial, el general Cárdenas reprobó en sus notas la “frialidad del régimen” y consignó su creciente desencanto con un régimen que se decía revolucionario, aunque parecía más bien correr el riesgo de convertirse en una “dictadura más refinada que la que derrocó el movimiento de 1910”.⁴² Pese a que su viaje a Europa estaba programado para septiembre, decidió postergarlo un mes para esperar la solución de las movilizaciones sindicales, considerando sobre todo que su nombre era mencionado frecuentemente como simpatizante de los trabajadores.⁴³ Antes, durante y después del viaje su presencia se mantuvo como una constante en el escenario político, en espe-

⁴¹ Para un recuento de estos movimientos véase el primer número de la revista *Política*, 1 de mayo de 1960, y el texto de Ilán Semo, “El ocaso de los mitos (1958-1968)”, en Enrique Semo (coord.), *México: un pueblo en la historia*, vol. 4, México, Universidad Autónoma de Puebla, Nueva Imagen, 1981.

⁴² Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, t. III, p. 40 y 41.

⁴³ *Ibidem*, p. 51.

cial a partir del triunfo de la revolución en Cuba en enero de 1959, cuya defensa ante la presión estadounidense se transformó en una nueva bandera de lucha política para las fuerzas progresistas del país.

El cardenismo, la revolución cubana y el Movimiento de Liberación Nacional

A partir de 1959 la revolución cubana agudizó la división de los grupos políticos en México que se polarizaron en torno a su simpatía o antipatía frente al proceso cubano y su creciente vocación socialista. Quienes habían reivindicado al cardenismo como expresión de la “verdadera” Revolución mexicana, ampliaron sus alcances al compararlo con la nueva experiencia revolucionaria que los cubanos construían aceleradamente en los primeros meses de 1959. Esta confluencia alimentó la formación de una nueva coalición política en la que la defensa de la soberanía nacional, la reforma agraria y la independencia económica adquirió una nueva vitalidad, a la vez que reformulaba la articulación de los cardenistas con la izquierda partidaria, en un proceso semejante al de los años treinta. La inclinación hacia la izquierda de Lázaro Cárdenas en el ámbito de las relaciones internacionales, favoreció en la política interna la confluencia de las fuerzas que se asumieron progresistas, populares, democráticas y nacionalistas.

Entre 1959 y los primeros años sesenta el general Cárdenas se colocó a la vanguardia del movimiento de defensa y apoyo a Cuba. Su simpatía por los revolucionarios cubanos venía de años atrás, cuando en julio de 1956 se entrevistó con el presidente Ruiz Cortines para abogar por la liberación y el asilo de Fidel Castro, Ernesto Guevara y Calixto García, quienes se encontraban detenidos en México.⁴⁴ Poco después el propio Fidel se entrevistó con Cárdenas para agradecerle su intermediación y éste dejó constancia en sus *Apuntes* de la simpatía que le despertó “el

⁴⁴ Ángel Gutiérrez, *op. cit.*, p. 61.

joven intelectual de temperamento vehemente”.⁴⁵ En 1958, en combate desde la famosa Sierra Maestra, Fidel mantuvo el contacto con el ex presidente mexicano, a quien envió una carta para agradecerle de nuevo su gestión, “gracias a la cual estamos cumpliendo nuestro deber con Cuba”.⁴⁶ Ambos personajes volvieron a reunirse en La Habana el 26 de julio de 1959, para conmemorar el triunfo de la revolución.

El acercamiento y entusiasmo cardenista hacia la revolución cubana provocaron la beligerante reacción de la derecha anticomunista que atacaba a Cárdenas desde hacía por lo menos veinte años. Ya desde sus primeros meses de gobierno López Mateos se enfrentaba a los reclamos de grupos empresariales, representantes de la jerarquía católica y a un vociferante anticomunismo que se expresaba cotidianamente en las páginas de la prensa, que aplaudieron la mano dura ejercida contra Demetrio Vallejo, Valentín Campa y muchos ferrocarrileros más en todo el país cuando en marzo de 1959 se les detuvo para acabar con el conflicto iniciado en 1958.⁴⁷ Cuando el 1 de julio de 1960, un mes después de la visita del presidente cubano Osvaldo Dorticós, López Mateos declaró que su gobierno era “de extrema izquierda dentro de la Constitución”, fue acusado por muchos de estar cayendo bajo la presión cardenista a favor de Cuba.

Lo cierto es que la relación entre López Mateos y el general Cárdenas no resultó de ninguna manera fácil. La decisión de reprimir al movimiento ferrocarrilero le valió al presidente el desacuerdo crítico de Cárdenas, quien invariablemente le solicitó en las entrevistas que sostuvieron en los años siguientes que liberara a los presos políticos, entre quienes se encontraban —además de los ferrocarrileros— el pintor David Alfaro Siqueiros y el periodista Filomeno Mata, detenidos en 1960. El 20 de noviembre de ese año, después de acudir a la ceremonia oficial de conmemoración del cincuentenario de la Revolución de 1910 a la que asistieron todos los ex

presidentes, el general Cárdenas no dejó de observar en sus *Apuntes* la ironía que representaba el que un régimen producto de esa revolución mantuviera en la cárcel por motivos políticos al hijo del periodista de mismo nombre que había luchado contra la dictadura de Porfirio Díaz. Más aún, en su reflexión expresó “la contradicción y el sarcasmo” que le significaron las palabras del secretario de Gobernación, Gustavo Díaz Ordaz, en torno a la vigencia de los derechos ciudadanos.⁴⁸ En una carta dirigida al presidente ese mismo día, Cárdenas le solicitó mayor apertura democrática a “todas las corrientes de la opinión pública”, así como enviar al Congreso una iniciativa de ley que derogara el delito de disolución social.⁴⁹

Al iniciar 1961 el general Cárdenas se enfrascó en la organización de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, misma que se inauguró el 5 de marzo con la presencia de 16 delegaciones latinoamericanas, además de representantes de China, la Unión Soviética y varios países africanos.⁵⁰ Amparado en el hecho de que la prensa nacional había vetado la información sobre la Conferencia, y acompañado de un grupo de delegados a la misma, Cárdenas se lanzó a un intenso recorrido por los estados de Querétaro, Guanajuato, Jalisco y Michoacán para dar a conocer los resultados de la Conferencia y promover sus actividades.⁵¹ En particular, destacaba el acuerdo en torno a la necesidad de conformar organizaciones que participaran en la defensa de la soberanía de los países de América Latina frente al imperialismo estadounidense, además de promover la reforma agraria integral, la democracia y las libertades políticas.

Inmerso en esos afanes lo encontró el intento estadounidense de invadir Cuba en la madrugada del 15 de abril de 1961. A un paso de perder la compostura institucional que había ejercido desde que dejó la presidencia en 1940, en los días si-

⁴⁵ Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, t. II, pp. 646-647.

⁴⁶ *Epistolario...*, vol. 2, p. 133.

⁴⁷ *Política*, 1 de mayo de 1960.

⁴⁸ Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, t. III, p. 163.

⁴⁹ *Epistolario*, vol. 1, p. 55.

⁵⁰ Enrique Semo, *op. cit.*, p. 68.

⁵¹ Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, t. III, p. 190.

guientes el general Cárdenas intentó infructuosamente viajar a la isla para colaborar en su defensa. Lo detuvo la imposibilidad de encontrar un medio de transporte que lo llevara a Cuba.⁵² Pocos días después, a invitación de López Mateos, ambos sostuvieron una tensa entrevista, según el recuento que el general escribió en sus *Apuntes*:

Lo saludé y me invitó a tomar asiento. Después de cambiar algunas frases me manifestó: “Créame que estoy preocupado por su anuncio de ir a Cuba. Muy peligroso su viaje.” [...] En el caso de Cuba me siento obligado a servirle en los precisos momentos en que la aviación y escuadra norteamericanas invaden su territorio [...] Al parecer un tanto contrariado y alzando la voz expresó: “se dice que los comunistas están encerrando a usted en una madeja peligrosa” ¿Cuáles comunistas? Si no lo sabe usted, debo decirle que el origen de esta campaña proviene de los intereses de Estados Unidos [...] “Hágase usted cargo del Partido Revolucionario Institucional”, me propuso. Me extrañé de semejante proposición y le contesté: considero Sr. Presidente no soy el adecuado para tal puesto.⁵³

Muy interesante resultó que el presidente le preguntara en esa ocasión si conocía al general Celestino Gasca. La intensa actividad política de Cárdenas coincidía con los informes policíacos que alertaban al presidente de los intentos levantiscos en los que se encontraba involucrado Gasca al frente de los Federacionistas Leales.⁵⁴ Existía el temor de que detrás de las actividades de la Conferencia Latinoamericana, el ex presidente pudiera estar organizando un nuevo mo-

⁵² El 19 de abril Cárdenas envió un telegrama al secretario de Comunicaciones y Transportes solicitando su autorización para salir con cuatro personas más de México a La Habana en un avión bimotor manejado por el piloto Miguel Anaya. La negativa de la Compañía Mexicana de Aviación, así como de “personas que tienen aviones particulares” para realizar el viaje, lo llevaron a hacer esa solicitud. *Epistolario...*, vol. 2, p. 108.

⁵³ Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, t. III, pp. 213-216.

⁵⁴ Elisa Servín, “Hacia el levantamiento...”, *op. cit.*

vimiento revolucionario basado en milicias campesinas. Por ello López Mateos dispuso que Cárdenas fuera objeto de una cuidadosa vigilancia policíaca.⁵⁵

En un contexto político cada vez más tenso, el 4 de agosto se constituyó el Movimiento de Liberación Nacional, que mediante una nueva coalición de fuerzas nacionalistas y de izquierda se propuso impulsar el proyecto antiimperialista y democrático emanado de la Conferencia Latinoamericana realizada en marzo. Era evidente que la pieza clave de esta alianza era Lázaro Cárdenas, con quien colaboraban algunos viejos amigos como Heriberto Jara, Ignacio García Téllez y José Siurob, así como otros que pertenecían a una nueva generación cardenista, entre quienes destacaban Cuauhtémoc Cárdenas y Heberto Castillo.⁵⁶ La ascendencia cardenista jugó un papel fundamental para congregar en el MLN a los grupos más representativos del ala izquierda de la política oficial junto con la izquierda partidaria, un nutrido grupo de intelectuales sin partido y una fuerte base social, particularmente campesina.⁵⁷ Al igual que en 1950-1952, la figura del general Cárdenas seguía siendo un imán político que logró atraer y articular a grupos que en otras circunstancias

⁵⁵ *La Jornada*, 30 de mayo de 2002.

⁵⁶ De acuerdo con el testimonio de Elena Vázquez Gómez, colaboradora del ex presidente, Heriberto Jara y García Téllez eran los hombres de más confianza del general Cárdenas. Véase Fernando Benítez, *Entrevistas con un solo tema: Lázaro Cárdenas*, México, UNAM, 1979, p. 101. Jara estuvo al mando del PRM durante la complicada sucesión presidencial de 1939-1940. Por su parte, García Téllez dirigió al PNR durante el conflicto con Calles en 1935, fue secretario de Gobernación durante la expropiación petrolera y ocupó también el cargo de secretario particular del presidente. José Siurob fue jefe del Departamento de Salubridad durante el gobierno de Cárdenas. Por otra parte, la relación de Heberto Castillo con Cárdenas se inició a través de su hijo Cuauhtémoc, de quien fue profesor en la Facultad de Ingeniería de la UNAM.

⁵⁷ Integrados en 24 delegaciones estatales, setenta comités locales y algunas organizaciones femeniles, se integraron al MLN representantes del Partido Comunista Mexicano, del Partido Popular Socialista, del Partido Obrero Campesino de México, grupos como el Círculo de Estudios Mexicanos y la Sociedad de Amigos de Cuba, además de intelectuales e individuos sin afiliación alguna. *Política*, 15 de agosto de 1961.

se hubieran mantenido dispersos, si no es que enfrentados.⁵⁸

El MLN desarrolló en los meses siguientes una intensa campaña a favor de la revolución cubana, a la vez que continuaron los trabajos para convertirlo en una organización nacional. Más allá de Cuba, el otro motor ideológico que movilizó a centenares de militantes en diversos puntos del país tenía que ver con la noción de una Revolución mexicana desviada, inconclusa, a la que había que revitalizar para concluir con la reforma agraria que había quedado “a medias”, como gustaba de decir Cárdenas, para democratizar la política y liberar a los presos políticos, para presionar a favor de una mejor distribución de la riqueza, y para defender a México del avance del imperialismo.⁵⁹ Conformado más como un frente de organizaciones sociales que como una organización política partidaria, en muchos puntos del país los militantes del MLN eran dirigentes y luchadores sociales, cercanos a las luchas agrarias y obreras que habían alcanzado su cúspide entre 1958 y 1959.⁶⁰ De ahí que la organización se mantuviera en la mira de las fuerzas comandadas por el anticomunista secretario de Gobernación, Gustavo Díaz Ordaz, quienes hostigaron constantemente a los integrantes del MLN.⁶¹

Pese al entusiasmo inicial, a los pocos meses de su fundación empezaron a manifestarse las dificultades para mantener unido un frente de organizaciones que en realidad competían por el liderazgo de las fuerzas de izquierda. Más aún, la condición apartidista del MLN generó las suspicacias de los dirigentes partidarios, quienes se negaron a ceder, a lo que en el lenguaje de fin de

siglo se dio en llamar “la sociedad civil”, la conducción de las fuerzas de izquierda. El primero en romper con la nueva organización fue Lombardo Toledano, quien además de sus pugnas con la gente del Partido Comunista y su cercanía con el gobierno de López Mateos, se mostró preocupado ante la posible existencia de una nueva organización campesina, misma que empezó a perfilarse desde 1962.⁶² En efecto, en enero de 1963 se constituyó la Central Campesina Independiente, a cuyo acto inaugural asistió el general Cárdenas.

Por su parte, consciente del reto que implicaba el MLN si se fortalecía y lograba mantenerse en el escenario político nacional, López Mateos dedicó la segunda mitad de su sexenio a acelerar el reparto de tierras, aunque de baja calidad, y a repartir créditos agrícolas, a la vez que fundaba el ISSSTE y fomentaba con todo ello una imagen nacionalista y populista.⁶³ En forma paralela, y pese a la negativa a sumarse a la expulsión de Cuba de la OEA, en la reunión que se llevó a cabo en enero de 1962 en Punta del Este, el gobierno de López Mateos volvió más rígida su postura frente a la revolución cubana, cuyos dirigentes ya habían declarado que la suya era una revolución conducida por el marxismo-leninismo. En este contexto, al acercarse de nuevo el tiempo de la sucesión presidencial, el MLN encontró sus límites.

A modo de conclusión

A lo largo de 1962 y 1963 las fuerzas que confluyeron en el MLN se enfrascaron en una intensa discusión en torno a la posibilidad de sostener una candidatura presidencial independiente. Los cardenistas argumentaron su rechazo negándose a dividir un frente que desde sus inicios se proclamó apartidista y en la práctica, rechazaron la posibilidad de propiciar una nueva escisión en las filas del PRI.

⁵⁸ Jorge Alonso, *En busca de la convergencia. El Partido Obrero Campesino Mexicano*, México, CIESAS (Ediciones de la Casa Chata), 1990, p. 391.

⁵⁹ El programa completo del MLN se publicó en *Política*. Para una síntesis, véase Jorge Alonso, *op. cit.*, p. 389.

⁶⁰ Véase Verónica Oikión, “El Movimiento de Liberación...”, *op. cit.*

⁶¹ Uno de ellos, el dirigente campesino Rubén Jaramillo. Véase Áurea Hernández Hernández, “La muerte de Rubén Jaramillo y la paranoia anticomunista del régimen de López Mateos 1960-1963”, Cuernavaca, tesis de maestría, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2001.

⁶² Verónica Oikión Solano, “El Movimiento de Liberación...”, *op. cit.*

⁶³ Enrique Semo, *op. cit.*, p. 68.

En ese sentido, si bien el henriquismo fue un movimiento limitado por una alianza electoral sin posibilidad de trascender como proyecto de largo plazo, resultó paradójico que la alianza que se articuló en el MLN, y se planteó en principio como un proyecto de largo aliento, tampoco prosperara, entre otras cosas por la negativa a participar en la coyuntura electoral de 1963-4 como una fuerza de oposición electoral. El cardenismo se negó a participar en la formación de un frente electoral de oposición que pudiera influir en una nueva ruptura al interior del oficialismo, y con ello contribuyó a la fractura del propio MLN.⁶⁴

Si en 1951 la apuesta fue por la apertura del espacio político a costa incluso de situarse en la oposición político-electoral, en 1957 y en 1963 no hubo enfrentamientos que desembocaran en la escisión y la fuerza del cardenismo, aunque por momentos caudalosa, no se salió de cauce. Su insistencia en regresar a los caminos trazados por la movilización revolucionaria de 1910, por mantener una línea independiente frente al predominio de Estados Unidos y solidaria con Cuba y otros países de América Latina, su vocación por las libertades políticas y la justicia social, se inscribieron dentro de los flexibles márgenes del régimen de la Revolución mexicana. Si en 1952 el contrapeso cardenista contribuyó a impedir la consolidación transexenal del alemanismo, entre 1961 y 1962 el mismo contrapeso

favoreció que López Mateos se negara a embarcarse con mayor beligerancia en la vía del anti-comunismo y con mayor docilidad en el camino de la subordinación frente a las directrices estadounidenses. La existencia del MLN favoreció que México se abstuviera de votar a favor de la expulsión de Cuba de la OEA, en la medida en que López Mateos sabía que contaría con su apoyo. El fortalecimiento del ala izquierda funcionó como un claro contrapeso a las presiones de la derecha interna y como un dique a las pretensiones estadounidenses para que México colaborara en el aislamiento político y diplomático de la isla. En ese sentido, tal vez el logro más relevante del MLN consistió en contener la avalancha anticomunista que pareció imponerse sobre el gobierno con el apoyo de la embajada estadounidense.

Fue hasta la coyuntura de 1987-89 que el llamado neocardenismo, heredero en más de un sentido del cardenismo de los años cincuenta, realizó una síntesis de ambas experiencias, la de 1952 y la de 1961-63, para conformar un movimiento político, que se transformó en movimiento social, y que presionó al interior del aparato oficial, y ante la imposibilidad de avanzar se asumió en oposición que culminó en la formación de un partido que trascendió una coyuntura electoral y se conformó como una fuerza política diferenciada del régimen priista. Habría de ser éste, entonces, el tronco más fértil y consistente del frondoso árbol cardenista.

⁶⁴ Juan Reyes del Campillo, "El Frente Electoral del Pueblo y el Partido Comunista Mexicano (1963-1964)", en *Revista Mexicana de Sociología*, año L, núm. 3, 1988.

Historias ficticias: el dilema de los hechos y la imaginación en la novela histórica del siglo XIX

Brian Hammett*

La historia y la novela histórica

La novela histórica moderna surgió de la última fase de la Ilustración escocesa.¹ Fue Louis Maigron quien dio a Walter Scott el rol central en el desarrollo de la novela histórica moderna, cuatro décadas antes de que lo hiciera el marxista húngaro Georg Lukács.² Las novelas de

Scott demostraban las todavía mal definidas fronteras entre historia y ficción. Hicieron una contribución significativa al desarrollo de ambas disciplinas, pero al mismo tiempo plantearon problemas para cada una de ellas. Por ejemplo, la cuestión del balance entre personajes imaginarios e históricos resultó central en la novela histórica. En sus novelas escocesas Scott equilibró las figuras históricas reales y los personajes ficticios confinando a las primeras a los márgenes, como al príncipe Carlos Eduardo el Joven Pretendiente en *Waverly, or 'Tis Sixty Years Since* (1814). El balance podía variar. El Pretendiente, más viejo y profundamente comprometido, jugó un rol decisivo en el desenlace de *Redgauntlet* (1824), aunque aquí aún no era el protagonista principal. En el caso de la historia, el énfasis relativo en los individuos o en los grupos sociales surgiría como un tópico. El impacto de la novela histórica en la historia hizo surgir pronto la cuestión del balance entre narrativa y análisis.³

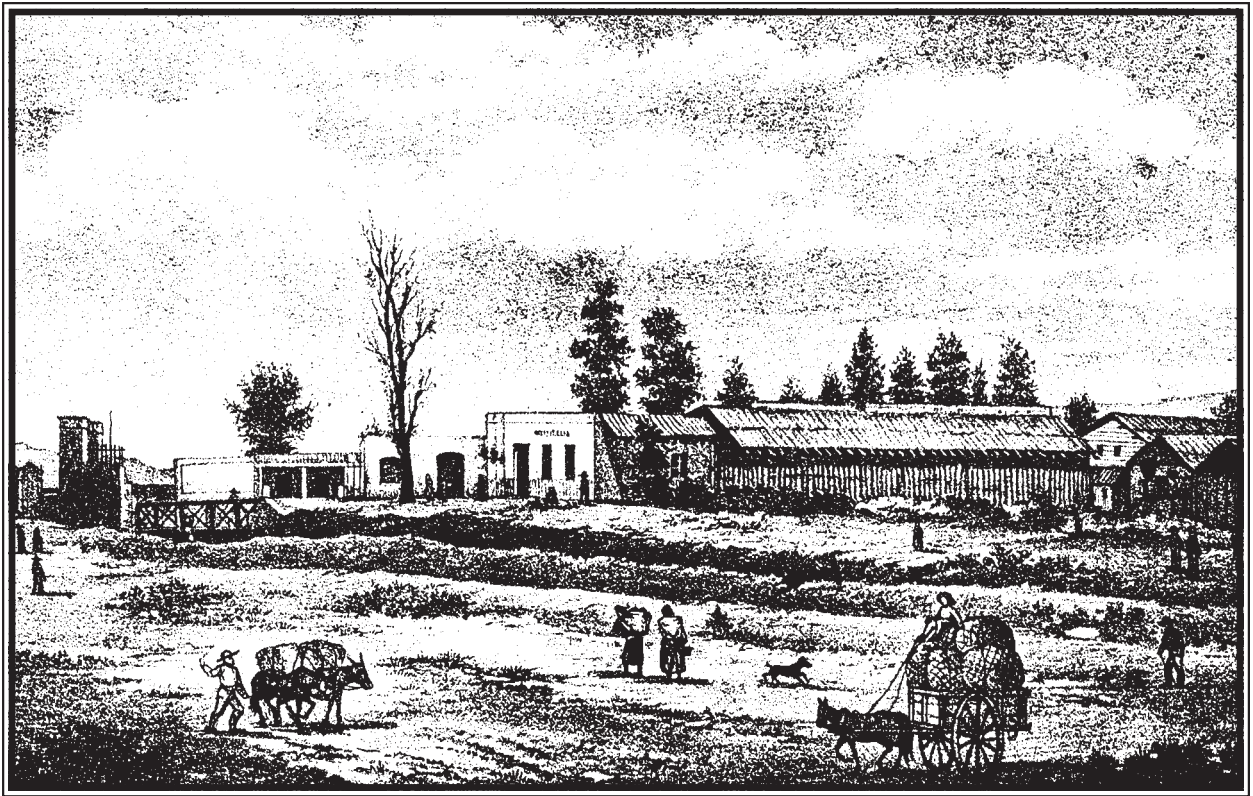
* Universidad de Essex. Quiero agradecer a los lectores Maureen Donovan, Trevor Byford y al doctor N.R. Dennis, a los dos dictaminadores de la revista y al editor por las útiles críticas y consejos. La traducción es de Esteban Sánchez de Tagle y la corrección de José Ortiz Monasterio. Con permiso de Sage Publications Ltd., de Brian Hammett, "Fictions Histories": The Dilemma of the Fact and Imagination in the Nineteenth-Century Historical Novel, en *European History Quarterly*, Londres, Thousand Oaks, CA., y Nueva Delhi, vol. 36, núm. 1, pp. 31-60. Sage Publications, 2006.

¹ Véase James Anderson, *Sir Walter Scott and History*, Edimburgo, 1981, pp. 5-9, 11-36, 89-107; John MacQueen, *The Enlightenment and Scottish Literature*, vol. 2, *The Rise of the Historical Novel*, Edimburgo, 1989, pp. 7-8, 11-12. Sobre cultura editorial, ediciones, ventas y lectores existe cada vez más literatura; véase Marino Berengo, *Intelletuali e Librai del Milano della Restaurazione*, Turín, 1980; Roy Porter, *The Creation of the Modern World. The Untold Story of the British Enlightenment*, Nueva York/Londres, 2000, pp. 94-95; y William St. Clair, *The Reading Nation in the Romantic Period*, Cambridge, 2004, que en el apéndice 9 (pp. 636-643) proporciona detalles sobre ediciones y ventas de las novelas de la serie *Waverly* de Scott (1814-1831).

² Louis Maigron, *Le roman historique à l'époque Romantique*, París, 1898, pp. 46, 90-93. Georg Lukács, *The Histo-*

rical Novel, Harmondsworth, 1981, pp. 22-26, 32-34, quien identifica a Scott con la Ilustración tardía. William St. Clair, *op. cit.*, p. 420, considera a Scott como una profunda influencia victoriana.

³ Sir Walter Scott, *Waverly*, Oxford, 1998, vol. II, caps. XVII y XX. Sir Walter Scott, *Redgauntlet*, Londres, 1957, caps. XXII-XXIII.



Las influencias en el desarrollo de la novela histórica llegaron de varias direcciones. En primer lugar, la introducción de Scott de historia verosímil como un tema entre 1814 y 1819 contribuyó de manera significativa a la transformación tanto de la historia como de la novela. Su técnica de una ficción de apretada trama elevó el impacto dramático de la narrativa. En sus novelas escocesas Scott hacía referencias concretas a lugares, eventos y épocas. Hizo de la novela histórica un vehículo para el constante entrelazamiento del presente y el pasado. Aun más, Scott entretrejió la memoria popular en sus novelas históricas, pero con el propósito general de abogar por la primacía de la razón sobre el fanatismo, y de la legalidad sobre la violencia. A este respecto, mostró tanta preocupación por la recta conducta como lo haría Eliot a mediados del siglo. Scott retrató la lucha entre las facciones como la maldición de la historia escocesa, tal como Galdós lo haría más tarde en la novela histórica española.⁴

Los historiadores y los novelistas del siglo XIX estaban en deuda con los *Principi di scienza nuova d'intorno alla comune natura delle nazioni* de Vico (Nápoles, 1744), un producto de la Ilustración napolitana que había tenido poco influjo en el momento de su publicación. Vico creía que cada cultura pertenecía a su época específica y que la sociedad humana pasaba por distintos estadios de desarrollo. A diferencia de las teorías generales de la Ilustración de valores universales, argumentaba que las sociedades pasadas no debían ser consideradas como si existieran en el

⁴ El retrato de los disturbios sociales, el motín Porteous de 1736 en Edimburgo, recreado en Sir Walter Scott, *The Heart of Mithlothian*, Oxford, 1999 [1818], caps. 3, 4, 6 y 7, impactaron a otros escritores. Véanse, por ejemplo, los disturbios del pan en Milán de 1628 en Alessandro Manzoni, *The Betrothed [I Promessi Sposi]* (trad. de Archibald Colquhoun), Londres, 1951, caps. XI, XIII, y las revueltas Gordon de 1780 en Charles Dickens, *Barnaby Rudge*, Oxford, 2003 [1841], caps. 48-68. Ina Ferris, *The Achievement of Literary Authority. Gender, History, and the Waverly Novels*, Ithaca, Londres, 1991, pp. 1-2: “las novelas sobre Waverly sacaron a la novela fuera de los márgenes subliterarios de la cultura y la colocaron en la jerarquía literaria...”. Sobre la interacción de sociedad, historia y psicología en la literatura de Scott, véase John MacQueen, *op. cit.*, pp. 33-37, 100-103.

presente. Al contrario, las sociedades atravesaban distintos estadios de desarrollo histórico, ya que cada cultura y cada época respondía de un modo particular a las preocupaciones que los avasallaban. Estas respuestas constituían una parte auténtica de la experiencia humana a través del tiempo, y el romanticismo adoptó muchas de las ideas de Vico.⁵

La amplia gama de la *Scienza nuova* explica el impacto contradictorio sobre el novelista, Alessandro Manzoni y sobre el historiador francés Jules Michelet. Manzoni halló en Vico un precursor en la Ilustración que no había abandonado la religión cristiana. Michelet, quien sería más tarde el historiador de la Revolución francesa, tradujo pasajes de Vico en 1827 y 1835 poco después de la traducción alemana de 1822. Por encima de todo, tomó de Vico la opinión de que la gente ordinaria jugaba un papel decisivo en el curso de la historia, que no estaba confinada a los hechos de monarcas, nobles y generales.⁶

Los avances en el estudio de la historia acompañaron el desarrollo de la novela histórica, y de nuevo cada una influyó en la otra. En muchos aspectos, la pugna del novelista histórico por la autenticidad fue paralela a la inmersión creciente de los historiadores en las fuentes primarias. G. P. Gooch rastreó los inicios de la enseñanza avanzada de la historia a mediados del siglo XVIII en la Universidad de Göttingen y el Collège de

⁵ Giambattista Vico, *New Science. Principles of the New Science Concerning de Common Nature of Nations*, Londres, 1999, pp. 5-6, 22-27, 74, 100-101, 119-120, 395-396, 490-491 (traducción de la tercera edición de 1744). Esta postura constituye los cimientos para un estudio más serio de las ciencias humanas. El trabajo de Vico todavía estaba impregnado por las doctrinas cristianas de la divina providencia y la gracia. También consideró los estados de desarrollo como cíclicos más que lineales.

⁶ Jules Michelet, *La Revolution Française*, 7 vols., París, 1974 [1847-1853], vol I, *Préface*, enero 31 de 1847, p. 21: el actor principal en la Revolución fue “el pueblo”; Francia adquirió una “conciencia de sí misma” de manera única a través de la Revolución. Isaiah Berlin, *Three Critics of the Enlightenment. Vico, Hamman, Herder*, edición de Henry Hardy, Princeton, 2000, pp. 115-16: Michelet “declaró que Vico había transformado totalmente sus ideas —por vez primera entendió que la historia era el recuento de la creación espiritual propia de los pueblos en la lucha sin fin de los hombres contra la naturaleza”.

France. No obstante, el acceso restringido a las fuentes primarias, la continua censura del Estado y la Iglesia en la mayoría de los países y el temor al castigo inhibían a los eruditos. El método histórico alemán, iniciado por B. G. Niebuhr en la Universidad de Berlín en la década de 1810 y desarrollado por F. A. Wolf y August Böck durante las siguientes décadas, aplicó una crítica severa de las fuentes primarias. El énfasis en historia griega y romana le dio una base más erudita al entusiasmo de la Ilustración por el mundo clásico.⁷

La influencia de la novela histórica, según la concebía Scott, ayudó a apartar a la historia del mero estudio de la política y el poder, y el influjo de Vico reforzó este desarrollo. La atención de Scott en los grupos disidentes de la parte baja de la escala social rompió con el patrón general de poner el énfasis en las figuras dominantes en la escritura de la historia. Augustin Thierry, quien publicó en 1825 un estudio de la conquista normanda de Inglaterra, llegó al punto de describir a Scott como su mentor. Enfatizaba la naturaleza extendida y fragmentada de la conquista, y llamó la atención sobre los pueblos sometidos tanto como sobre los conquistadores. Esto abrió el camino para la descripción de diferentes grupos sociales y étnicos y para el examen de las estrategias de resistencia.⁸

En los tiempos de Alessandro Manzoni ya habían comenzado a surgir serias dudas con respecto a los objetivos y los métodos de la novela histórica. La primera parte de su ensayo *Del romanzo storico* (1850) exploraba la relación

entre la novela histórica y la historia. Manzoni identificaba dos críticas a la novela histórica: los hechos no podían distinguirse de la invención, y demasiados hechos destruían la unidad de una obra de arte. Sin embargo, argumentaba, el artista no podía separar los hechos de la imaginación —incluso en el caso de personajes históricos—. En esencia, los novelistas históricos enfrentaban el dilema de cómo combinar las situaciones y personalidades históricas con las inventadas. El dilema de la imaginación y los hechos también fue un legado de Scott.⁹ En *Cinq Mars* (1826), Alfred de Vigny prefirió enfatizar en figuras históricas a las cuales sentía que Scott no había hecho justicia, pero las hizo más ficticias que éste. Prosper Mérimée, en *Chronique du Règne de Charles IX* (1829), de manera similar se distanció de Scott. Vigny y Mérimée, al poner su atención en la corte, perdieron la brutalidad de Scott, quien llevaba al lector lejos de los nobles: al mundo del proscrito, el rebelde y el desvalido; en Francia, este aspecto de la novela histórica resurgiría en 1829 con *Les Chouans* de Balzac.¹⁰

Un novelista podría usar personajes imaginarios en un momento histórico decisivo con expectativas distintas a las del historiador. Las experiencias de un grupo de protagonistas, de quienes los historiadores podrían elegir no ocuparse, preocupados por el análisis de la política o de los movimientos sociales, pasarían al primer plano. Tengo en mente dos tratamientos distintos de las revoluciones de 1848, la primera en *L'éducation Sentimentale* (1869) de Flaubert y la segunda en *Buddenbrooks* (1901) de Thomas Mann. El con-

⁷ G.P. Gooch, *History and Historians in the Nineteenth Century*, Londres, 1913 [Boston, 1965], pp. 10-12, 14-37. En cuanto a historiadores de la novela histórica, véase: Herbert Butterfield, *The Historical Novel. An Essay*, Cambridge, 1924; Helen Cam, *The Historical Novel*, Londres, 1961; Irene Collins (ed.), *Recent Historical Novels*, Londres, 1990; David Powell, "The Historical Novel. History as Fiction and Fiction as History", en *The Historian*, núm. 43, otoño de 1994, pp. 13-15.

⁸ Ina Ferris, *op. cit.*, p. 164. Scott redefinió a la historia más como experiencia que como acontecimientos; véase pp. 222-236 para una iluminadora discusión de los puntos arriba mencionados, que también incluye a T. B. Macaulay. Para la afanosa lectura de Scott de este último, como estudiante de Cambridge, véase William St. Clair, *op. cit.*, p. 246.

⁹ Alessandro Manzoni, *Del romanzo storico e, in genere, de' componimenti misti di storia e d'invenzione*, Milán, 1850, trad. de Sandra Bermann, *Alessandro Manzoni on the Historical Novel*, Lincoln/Londres, 1984, pp. 3, 63-70, 77. Estos asuntos se discuten en Claudio Povolo, *Il romanziere e l'archivista. Da un processo veneziano del '600 all'anonimo manoscritto dei Promessi Sposi*, Venecia, 1993, pp. 124-128. Ina Ferris, *op. cit.*, pp. 5-6, 13-14.

¹⁰ Alfred de Vigny, *Cinq-Mars*, París, 1980, p. 552 donde se reimprimen entradas del *Diario* para 1829 y 1832. Prosper Mérimée, *Chronique du règne de Charles IX*, París, 1969, p. 19; véase también el capítulo XVII. Judith Wilt, *Secret Leavs. The Novels of Walter Scott*, Chicago; Londres, 1985, pp. 37-39; para el motivo del bosque en *Ivanhoe*, véase Ina Ferris, *op. cit.*, p. 90.

traste entre ellos es impresionante: en la memorable novela de Flaubert, amigos, amantes, rivales y paseantes se hallan atrapados en la revolución de febrero; en *Buddenbrooks*, una familia tradicional de comerciantes de Lübeck, un puerto autónomo del Norte de Alemania con antecedentes hanseáticos, escuchan con asombro de los levantamientos políticos en el puerto y en el distante Berlín. Todo termina muy pronto, y casi nadie es afectado en el corto plazo.¹¹

Críticos posteriores debatieron la cuestión de qué tan histórica debería ser la novela histórica. Lukács, valorando el género en el contexto político de mediados de los años 1930, sostenía que debía haber un vínculo explícito entre la novela histórica y la problemática de la sociedad contemporánea. Un crítico más reciente, Avrom Fleishman, ha señalado que “cuando se mira la vida en el contexto de la historia, tenemos una novela; cuando los personajes de la novela viven en el mismo mundo con personajes históricos, tenemos una novela histórica”. Desde su punto de vista, este “retrato imaginativo de la historia” deriva su significado de la relación entre los acontecimientos históricos y las vidas individuales. Para Fleishman, una novela histórica debería estar enraizada en una época específica, lo cual facilitaría que tuviera alguna intención de comunicar no tanto su “atmósfera” sino una verdad o valor moral.¹²

Tanto en Inglaterra como en Francia, la ficción histórica de la primera parte del siglo a menudo aportó los medios principales para comprender los acontecimientos y, en consecuencia, se aprendían lecciones para el presente y para el futuro. En este sentido, la ficción histórica representó el espejo en que la época se miró a sí misma. Tanto cristianos como pos-cristianos —que rechazaron la teología y la espiritualidad de la religión pero no la ética derivada de ella— buscaron pautas para el mejoramiento moral a través del examen de la historia. Esto ayuda a

explicar la larga popularidad de la novela histórica en Inglaterra en los cincuenta años que van de 1830 a 1880.¹³

Autenticidad o anacronismo

La novela histórica podía extender las habilidades de un escritor hasta el límite, tal como lo ilustra el problema del diálogo. El diálogo planteó la cuestión de cómo se expresaban en el pasado la gama de grupos sociales y étnicos, y esto se convertiría en una prueba de autenticidad en la novela histórica. Sin embargo, en la búsqueda del éxito artístico y comercial el novelista tenía que comunicarse directamente con lectores contemporáneos evitando el lenguaje oscuro aun a costa del anacronismo.

La novela histórica se puso en boga en el momento en que la centralización política amenazaba la supervivencia de la lengua, costumbres y prácticas religiosas regionales. El poder creciente del Estado decimonónico puede dar cuenta de la atracción de los novelistas por los rebeldes y los proscritos, independientemente del régimen que combatían. Una franca preocupación literaria con la pérdida de independencia y la desintegración de los modos de vida tradicionales —y la lengua en que éstos se expresaban— apareció justo en el principio. Scott había recorrido las Highlands y las Lowlands en su juventud, escuchando las variantes regionales del escocés y recolectando viejas historias, y más tarde alimentó con esos dialectos, lo mejor que pudo, sus novelas ambientadas en Escocia. El tratamiento del escocés por el poeta Robert Burns fue su precedente literario, y en sus novelas, fundamentalmente en el diálogo, Scott aprovechó este uso dialectal del escocés más que en la narrativa propiamente dicha. El lenguaje no sólo expresaba posiciones sociales y políticas, también describía el carácter. Particularmente, tal era el caso respecto a los grupos medios o

¹¹ Gustave Flaubert, *L'éducation sentimentale*, París, 2001, pp. 382-524. Thomas Mann, *Buddenbrooks*, Londres, 1994 [Berlín, 1901], pp. 175-94.

¹² Georg Lukács, *op. cit.*, pp. 29-69, 199. Avrom Fleishman, *The English Historical Novel: Walter Scott to Virginia Wolf*, Baltimore, 1971, pp. 3-4, 5-15.

¹³ Harold Orel, *The Historical Novel from Scott to Sabatini. Changing Attitudes Towards a Literary Genre, 1814-1920*, Basingstoke, 1997, pp. 13-28.

bajos y las peculiaridades locales. De hecho, los tipos provincianos o de clase baja se convirtieron en los personajes más intensos y exitosos de Scott. En *Old Mortality* (1816), una de las obras más vendidas de Scott, el uso de un lenguaje variable por parte de los protagonistas se convirtió en un tema de la novela. El dialecto, la expresión y el tono profundizaban el carácter y mostraban divisiones culturales y conflictos religiosos en la Escocia del siglo XVII tardío.¹⁴

Italia presentaba problemas especiales aun para sus escritores, pues ante la ausencia de un estado nacional la inmensa mayoría todavía hablaba en dialectos locales o regionales. Para *I Promesi Sposi*, Manzoni adoptó finalmente la versión toscana del italiano, utilizada originalmente por Dante (1265-1321) como lengua vernácula. La novela pasó por varias revisiones después de su primera publicación en 1827 hasta la versión definitiva de 1842, con el objetivo de lograr la armonía lingüística y plantear una postura política a favor de la identidad nacional. Para mediados del siglo XIX, tanto los patriotas italianos como sus simpatizantes extranjeros consideraban a Dante como el “padre de la lengua”. No obstante, Manzoni tuvo que familiarizarse primero con esta forma del italiano. Eliot, quien había estado aprendiendo italiano desde 1840, luchó en vano por encontrar un habla popular convincente (en inglés) para sus florentinos de 1490 en *Romola* (1862), y cuando insertó muchas expresiones italianas que se creía contemporáneas, requirieron un glosario al final del libro.¹⁵

Scott se ocupó de la cuestión del diálogo histórico en la epístola dedicatoria de *Ivanhoe* (1819), su primera novela con escenario no escocés anterior a 1660 y una más repleta de disidentes. La solución se hallaba, en su opinión, en el balance autoral:

[...]el lenguaje de él [*sic*] no debe ser exclusivamente obsoleto e ininteligible; mas no

¹⁴ *Ibidem*, pp. 13-28.

¹⁵ Alessandro Manzoni, *op. cit.*, p. 32. Andrew Thompson, *George Eliot and Italy. Literary, Cultural and Political Influences from Dante to the Risorgimento*, Londres, 1998, pp. 21, 26-27, 30, 32, 68.

debe admitir, si es posible, ninguna palabra ni giro fraseológico que traicione un origen directamente moderno. Una cosa es hacer uso del lenguaje y los sentimientos que son comunes a nosotros mismos y a nuestros antepasados, pero es otra investirlos con los sentimientos y el dialecto exclusivamente propio de sus descendientes.

Flaubert intentó, en su novela cartaginesa *Salammbô* (1863), superar el problema del lenguaje de un modo diferente. El “*style indirect libre*” que había desarrollado en *Madame Bovary* (1856) reducía la cantidad de lenguaje directo en el texto, retratando las perspectivas internalizadas de sus personajes y eliminando la intervención autoral. Flaubert continuó esta innovación literaria en *Salammbô*, en vista de que no había posibilidad de reproducir con exactitud los patrones de lenguaje de los cartagineses del siglo III a.C. Sin embargo, el efecto de hacer indirecto casi todo expuso a la novela a la crítica de ser opaca e impenetrable. Parecía inducir una somnolencia alucinante. Un crítico describió el libro como “una inhalación de hashish histórico”.¹⁶

El romanticismo y la brecha que se ensancha

El romanticismo adoptó rápidamente la novela histórica. Su influencia ensanchó la brecha entre los hechos y la imaginación. Este fue el caso, especialmente, con la idealización de la Edad Media o su adopción como un pintoresco telón de fondo. Sin embargo, el romanticismo tuvo muchas vertientes, un significado variable y un impacto que difería de acuerdo con el lugar. Apparentemente Madame de Staël introdujo a Manzoni en el romanticismo mientras éste vivía en París entre 1805 y 1810, cuando también regresó a la Iglesia católica, y consideraba el movimiento como un rechazo de las unidades y las

¹⁶ Sir Walter Scott, *Ivanhoe*, ed. de Graham Tulloch, Londres, 2000, pp. 11, 15, 27-51, 129-166. Gustave Flaubert, *Carnets de travail*, París, 1988, pp. 158-161. Rosemary Lloyd, *Madame Bovary*, Londres, 1990, pp. 74, 81-82, 111-118, 123.

mitologías clásicas. El catolicismo de Manzoni, no obstante, mostraba una tendencia más compatible con la Ilustración que con el creciente poder papal de la Italia de su tiempo.¹⁷ Maigron sostiene que el romanticismo fue importado a Francia desde Alemania a mediados de la primera década del siglo XX, el cual rompía con la antigüedad y se inspiraba en el cristianismo y la Edad Media. Aun así, es muy pertinente el comentario de Peter Gay: “la misma amnesia ahistórica que hizo que los románticos alemanes pasaran por alto los remanentes de religión en la Ilustración también los hizo desatender las raíces de su movimiento en el siglo XVIII”.¹⁸ Si bien muchos románticos europeos miraban en retrospectiva modelos medievales o cristianos, sus temas innovadores fueron las emociones individuales y el desafío a las convenciones.

La novela histórica, con su énfasis en escenarios brutales y en los rebeldes, estaba madura para un desarrollo ulterior con los románticos. Los románticos franceses tempranos preferían como sus modelos el *Ivanhoe* y el *Quentin Durward* (1823) de Scott, una novela que contenía retratos indelebles de Luis XI y del duque de Borgoña en la segunda mitad del siglo XV. La Europa continental, a grandes rasgos, siguió las novelas medievales de Scott más que sus novelas escocesas, que habían puesto el énfasis en cuestiones todavía relevantes para su sociedad contemporánea. Las diferentes vertientes de Scott podían verse en sus admiradores continentales: en tanto el joven compositor Hector Berlioz se basó en *Waverly* (1828) y *Rob Roy* (1833) para sus primeras dos obras significativas, Eugène Delacroix pintó el *Asesinato del obispo de Liège* (1829) de *Quentin Durward*. Maigron atribuye la gran popularidad de la novela histórica en Francia precisamente a su asociación con el romanticismo, específicamente durante la década de 1820, pero si bien la prensa francesa lamentó

la muerte del escritor escocés en 1832, a partir de entonces vino la decadencia. Maigron atribuye esto a la rápida pérdida de conexión con los hechos de la novela histórica francesa. En su opinión, Victor Hugo y Alexandre Dumas, por ejemplo, pusieron escasa atención en la exactitud histórica, y ni siquiera *Salammbô* de Flaubert, treinta años después, logró restaurar la reputación del género.¹⁹

Mientras tanto, la brecha se ensanchó a la vez en la vertiente de la historia. La historiografía alemana recurrió igualmente a la Edad Media bajo la influencia de Leopold von Ranke. Desde 1824 hasta su muerte en 1886, la materia de estudio de Ranke reflejó la preocupación del romanticismo hacia la era rechazada por la Ilustración. Sin embargo, su método histórico permaneció firmemente arraigado en los logros de sus predecesores. Entre los años 1834 y 1836 Ranke publicó su reconsideración de la iglesia y el papado medievales, después de sumergirse en la mayoría de los archivos relevantes y habiendo obtenido acceso a colecciones privadas. Los novelistas históricos, con prioridades diferentes, no podían competir a tal escala. Ranke, además, separó el estudio de la historia de las pasiones contemporáneas, y al evitar las preferencias literarias del romanticismo erradicó a héroes y villanos de su escritura. El historiador alemán había leído a Scott y rechazó su influencia en aras de una estricta adhesión a la evidencia documental.²⁰

Para mediados del siglo XIX, la extensión de la divergencia entre historia y novela histórica era evidente. El romanticismo, por su parte, continuó desarrollándose en muchas direcciones, dejando a la novela histórica empantanarse en una crisis. Para un crítico como Lukács, cuyo criterio era el

¹⁷ H.G. Schenk, *The Mind of the Europeans Romantics*, Londres, 1966, pp. 37-39. Alessandro Manzoni, *op. cit.*, pp. 13-20, 26.

¹⁸ Peter Gay, *Shnitzer's Century. The Making of Middle Class Culture, 1815-1914*, Nueva York, 2002, pp. 169-170. Louis Maigron, *op. cit.*, pp. 146, 152-153, 156-162.

¹⁹ Louis Maigron, *op. cit.*, pp. IV-XII, 1-72, 99-105, 123-124, 235-252, 252-277, 310. Vigny conoció a Scott en París en 1826. Para ediciones parisinas de Scott (en inglés), William St. Clair, *op. cit.*, pp. 296, 386; sobre la competencia entre los editores para publicar a Scott en Milán en la década de 1820, véase Marino Berengo, *op. cit.*, pp. 120-123.

²⁰ G.P. Gooch, *op. cit.*, capítulos VI, VII y VIII; sobre Ranke, sus discípulos e influencia, y como el “Goethe de la historia”, véanse pp. 73-84, 96-97. Jacques Le Goff, *Histoire et mémoire*, París, 1988 [1977], pp. 159-161, 322-335; Ina Ferris, *op. cit.*, p. 224.



realismo, la validez moral de la novela histórica llegó a su fin hacia 1850. Él atribuía su origen al triunfo de la burguesía en la Revolución francesa, y su decadencia a la falta de fervor revolucionario de la burguesía después de las Revoluciones de 1848. Lukács era de la opinión de que la novela histórica se había convertido en un navío averiado, que sólo reviviría en el siglo XX temprano.²¹

Otros críticos también han señalado la crisis de la década de 1850 como un momento decisivo, aunque por razones diferentes. En opinión de Orel, la novela histórica se topó con una crisis entre 1850 y 1880 en torno al asunto de la relación de la novela con las fuentes primarias de la historia. El crecimiento de la historia científica condujo a un declinar de la novela histórica en Inglaterra durante esos años. Orel llama la atención sobre *Romola* —aunque omite *Salammbô*— como ejemplos de la novela histórica en un momento de crisis. Ambas narraciones presentaron serios problemas metodológicos para los autores, quienes nunca habían escrito una novela ubicada en tiempos más remotos. Eliot y Flaubert intentaron responder a la crisis cada uno a su modo: Eliot se esforzó durante cinco años para dar un escenario auténtico a su novela, que transcurre en la Florencia de la década 1490, Flaubert pasó seis años escribiendo su novela cartaginesa y viajó a Túnez para dar mayor autenticidad a las locaciones del Norte de África. Estos autores buscaron trascender, a principios de la década de 1860, la inestable relación entre los hechos y la imaginación, para llevar a la novela histórica a un nuevo plano más allá del realismo, en dirección del simbolismo, y crear así nuevos mitos para el siglo XIX.²²

²¹ Georg Lukács, *op. cit.*, pp. 79-80, 84-90.

²² George Levine, “*Romola as Fable*”, en Barbara Hardy (ed.), *Critical Essays on George Eliot*, Londres, 1970, pp. 78-98, véase también, pp. 81-82. Felicia Bonaparte, *The Triptych and the Cross. The Central Myths of George Eliot's Poetic Imagination*, Nueva York, 1979, p. 6. Anne Green, *Flaubert and the Historical Novel. Salammbô Reassessed*, Cambridge, 1982, pp. 11-13, 30-32. Frederick Karl, *George Eliot*, Londres, 1995, p. 372. Rosemary Ashton, *George Eliot. A Life*, Londres, 1996, pp. 253-254. Alessandro Manzoni, *op. cit.*, pp. 44-77, 80, 84, 125-126. Harold Orel, *op. cit.*, pp. 2-5, 22-25, 29, 42-43.

La amplia investigación que hacían los novelistas generó la pregunta de cómo podía competir la novela histórica con la historia basada en fuentes primarias en cuanto al tratamiento de la experiencia humana. La apertura de archivos, el establecimiento de más museos, la creación de institutos especializados y cátedras y la fundación de revistas de larga vida dan fe del impacto de la historia como una disciplina “científica”. A partir de entonces, los novelistas usaron fuentes diferentes y a menudo adoptaron el tono más ligero del romance histórico, que estaba diseñado fundamentalmente para el entretenimiento. Sin embargo, pocos lectores buscarían en el romance atisbos de la verdad histórica o una guía moral.

Temas literarios en escenarios históricos. Las novelas sobre Waverly

Las crisis de identidad y fidelidades contradictorias en tiempos social y políticamente revueltos son la base de varias novelas escocesas de Walter Scott. El héroe de *Waverly*, la primera de la serie, es un joven impresionable de carácter informe y ambiguo origen anglo-escocés durante la rebelión jacobita de 1745-1746. La intención literaria es examinar el origen y el curso de la crisis personal, sus profundas consecuencias e implicaciones políticas, y la remuneración final. En el corazón de la novela se halla la dialéctica entre la falta de fe en sí mismo del héroe y su indignación por ser la víctima de una calumnia. Los trucos psicológicos resultado de esta interacción conducen a Edward Waverly hacia lo que eventualmente reconoce como el bando equivocado, en una lucha a muerte entre el ejército británico y los rebeldes jacobitas por el control del poder, primero en Escocia y luego en Inglaterra.²³

Los dilemas de jóvenes vulnerables en momentos históricos decisivos se convirtieron en un tema característico de Scott. Usualmente, al mismo tiempo, se desarrolla un conflicto violento

²³ Sir Walter Scott, *Waverly*, Oxford, 1998, vol. II, caps. 2, 8 y 17. Los jacobitas eran partidarios de la restauración de la dinastía Estuardo [n. del t.].

en una arena más amplia, y una variedad de personajes ambiguos viven a uno y otro lado de la ley. En *Rob Roy*, Frank Osbaldistone se encuentra a sí mismo en el nido de las intrigas jacobitas de 1715 en una bien cerrada casa campestre católica en el Norte de Inglaterra, y aunque no es ni católico ni jacobita, se enamora de Diana Vernon, que es ambas cosas. Henry Morton, en *Old Mortality*, se encuentra alternativamente en ambos lados de la lucha entre el gobierno de los Estuardo y los firmantes del pacto escocés contra la reforma religiosa²⁴ en la década de 1670. En *Redgauntlet*, la intriga política y las identidades disfrazadas, la esencia misma de la literatura de Scott, proporcionan la maraña en la cual Darsie Latimer, quien aún no tiene 21 años, trata de descubrir quién realmente es él y todos los demás. “Mi vida es como el río subterráneo en el Pico de Derby, sólo visible cuando cruza la célebre caverna. Yo estoy aquí, es todo lo que sé; pero de dónde he venido o adónde apunta el rumbo de mi vida, ¿quién me lo dirá?”. A través de la experiencia de este agonizante periplo de autodescubrimiento, Darsie se da cuenta hasta qué punto está políticamente comprometido. Esta novela es particularmente significativa pues por primera vez Scott inventa su propia historia —una potencial tercera rebelión jacobita en los años 1760—. Un príncipe Carlos Eduardo menos atractivo llega a Escocia por segunda vez, ahora bajo el disfraz de padre Buonaventure, si bien seguido por su amante. Resulta que el tío de Darsie está en el centro de la nueva conspiración. En el contexto de una historia fabricada y un relato de la imaginación, Scott dirige un diálogo continuo entre la novela y la realidad. Al final termina ganando la realidad prosaica.²⁵

Las novelas sobre Waverly aparecieron antes de que los géneros se definieran de manera más diáfana durante la era victoriana; sin embargo, en Scott se percibe una considerable ambigüedad de géneros. Al principio esta ambigüedad se ve oscurecida por los temas y actividades masculinas

en las novelas —con la excepción de *Heart of Midlothian*, que tiene protagonistas femeninos—. Scott sustrajo la novela de manos predominantemente femeninas y la colocó en la esfera masculina. A la vez, desplazó el cortejo masculino-femenino como la principal preocupación de la novela, y dio atención central a los asuntos políticos. Si bien la novela doméstica pronto reviviría como reacción a Scott, el énfasis en lo brutal y la violencia presentaba la oportunidad para retratar toda una gama de personajes más allá del mundo de las buenas maneras. Un elenco de personajes femeninos en papeles de hombres, como Flora MacIvor en *Waverly* o Helen MacGregor en *Rob Roy*, se entregan a la vida de las armas más allá de la ley. Los héroes de la serie Waverly, por su parte, tienden a ser guiados por los acontecimientos o por figuras más fuertes. Vemos a Darsie Latimer disfrazado de mujer en una ocasión y, anteriormente, le dice a su amigo íntimo Alan Fairford, el abogado de Edimburgo, que su relación se parece a la de David y Jonathan.²⁶

A pesar de la violencia de su literatura, la intención moral de Scott era señalar el camino para la solución de los conflictos mediante la ley. *Redgauntlet* presenta todo un espectro de opiniones contradictorias sobre la herencia y el destino de la nación, en la segunda parte del siglo XVIII. El tío de Darsie se opone a la Unión de 1707 con Inglaterra, a la sucesión protestante y a la dinastía de Hanover, que a su vez identifica la causa jacobita con la lucha de Robert de Bruce por la independencia de Escocia contra los reyes ingleses Eduardo I y Eduardo II. David Daiches señala que:

Al crear un relato que recorre toda la gama y explora todos los puntos cruciales de ella, Scott ha escrito una especie de novela histórica muy diferente a lo que generalmente se entiende por novela histórica. Demues-

²⁴ *Covenanters*, en el original [n. del t.].

²⁵ Sir Walter Scott, *Redgauntlet*, Carta VII, p. 94. Kerr, *op. cit.*, pp. 40-84, 102-107.

²⁶ Sir Walter Scott, *Redgauntlet*, Carta I, p. 9. Judith Wilt, *op. cit.*, pp. 117-118, 146-148. Ina Ferris, *op. cit.*, pp. 98-104, 255-256. A Edward Waverly se le describe como “la heroína gótica en forma masculina”. Para un punto de vista diverso, véase Graham Dawson, *Soldier Heroes. British Adventure, Empire and Imagining of Masculinities*, Londres, 1994, pp. 66-74.

tra que las actitudes frente a la historia y las actitudes de cara al presente dependen la una de la otra, y ambas están determinadas por el carácter del hombre que adopta dichas actitudes, y éste a su vez depende en parte del ambiente que a la sazón es el producto de la historia.

Estas novelas se refieren a la construcción de una “Gran Bretaña”, a la “identidad nacional”, lo cual en adelante sería el objeto de las lealtades fundamentales. Tomadas en conjunto, las novelas escocesas presentaban al pueblo escocés un espejo en el que podían contrastar su pasado con un futuro de prosperidad y estabilidad bajo el liderazgo de abogados y comerciantes, y en unión con Inglaterra, bajo una monarquía constitucional protestante.²⁷

La novela romántica francesa

Cinq-Mars, la primera de las novelas históricas francesas modernas, de manera consciente se apartó de los modelos tempranos de Scott al poner el énfasis en la alta política. Si bien Vigny abrevó en fuentes tales como las *Mémoires* del cardenal de Retz, inventó muchos de los encuentros entre los principales competidores por el poder en el corazón del Estado francés, alteró fechas, locaciones y escalas de tiempo, al tiempo que vinculó asuntos que históricamente no tenían conexión. En muchos sentidos, el eslabón débil en la novela es el personaje de Cinq-Mars, aún abierto a interpretaciones contradictorias y que no corresponde, en cualquier caso, a la realidad histórica. Como resultado, en gran medida se convierte en un personaje literario, sobre cuyos hombros Vigny carga su crítica ideológica a la reducción del poder nobiliario llevada a cabo por Richelieu en la primera mitad del siglo XVII para explicar el colapso de la

monarquía y del *ancien régime* en los años 1789-1793. El escribía en la época en que Carlos X intentaba revertir las consecuencias de la Revolución. La multitud de figuras históricas incluyen al dramaturgo Pierre Corneille y al poeta John Milton. Estos dos resumen pertinentemente el objeto de todo el ejercicio. Después de la decapitación pública de los dos jóvenes conspiradores en la Place des Terreaux de Lyon, Corneille le comenta a Milton:

Su último deseo fue ver florecer a la vieja monarquía. En lo venidero, sólo los dictados ministeriales gobernarán. Los grandes nobles y senados han sido reducidos a la nada.

“Mira bien, pues, a este supuesto gran hombre ¡Richelieu!” dijo Milton. “¿Qué había tratado de lograr? Crear las repúblicas del futuro, ya que destruyó las bases de vuestra monarquía.”

[Corneille comenta] “...él continuó la obra de Luis XI y ni ese rey ni Richelieu comprendieron las consecuencias de sus acciones”.²⁸

La mención de Luis XI es significativa, pues *Quentin Durward* había sido publicada en París en 1823. Al año siguiente Vigny esbozó un proyecto para una novela sobre Cinq-Mars y, después de una investigación básica, la escribió a principios de 1826 en París. Para el autor los polos esenciales del libro eran el intrigante y ambicioso Richelieu, entregado al poder del Estado, y la reservada amistad de De Thou por Cinq Mars que termina en el cadalso. La idea de De Thou de la monarquía es exaltada —una pasión, santificada por la religión y más allá de la razón—. Vigny deseaba presentar este ideal ante su público lector. Originalmente había tenido la intención de escribir una serie de novelas históricas sobre el tema de la nobleza terminando con su destrucción en 1789. Nunca lo hizo, acaso por la crítica que recibió *Cinq-Mars*. No obstante, sin Vigny y su interacción de odios y rivalidades en

²⁷ David Daiches, “Scott’s *Redgauntlet*”, en Martin Steinmann Jr. y R.C. Rathburn (eds.), *From Jane Austen to Joseph Conrad. Essays Collected in Memory of J.L. Hillhouse*, Minneapolis, 1958, pp. 46-60, 52, 55-56, 58.

²⁸ Alfred de Vigny, *op. cit.*, pp. 418-431; para la dramática confrontación entre Luis XIII y Richelieu, véase pp. 485-486.

la corte francesa, probablemente no tendríamos *Les Trois Mousquetaires* (1844) de Dumas.²⁹

Les Chouans (1829), donde Honoré de Balzac se ocupa de los rebeldes contrarrevolucionarios de la década 1790, fue la primera novela que apareció bajo su propio nombre. Está ubicada al final de la gran década de la novela histórica según Maigron, quien consideraba *Les Chouans* como una etapa ulterior en el desarrollo de la novela histórica francesa posterior a *Cinq-Mars*. En la tradición de *Waverly*, Balzac se ocupó de la generación inmediatamente anterior a la suya, mostró simpatía y comprensión con los rebeldes provincianos y colocó a los personajes de ficción en primer plano. En consecuencia se apartó del modelo de Vigny en dos niveles. Balzac peinó las bibliotecas de Normandía en búsqueda de fuentes, pero al parecer estuvo leyendo con anterioridad las historias sobre los mohicanos, inspiradas en Scott, de James Fenimore Cooper.³⁰

Balzac siempre se interesó por las consecuencias a largo plazo de la Revolución francesa, particularmente con respecto a los cambios sociales y los valores morales (o su ausencia). La exploración de Scott sobre cómo los posicionamientos políticos surgían de la vida del pueblo, ciertamente allanó el camino en términos de técnica. Ambos autores usaron como asunto principal rebeliones contra el régimen existente, lo cual planteaba la pregunta contemporánea de si el nuevo orden podía ser revertido. Como en el caso de los jacobitas, el ejército regular luchó para reprimir a los rebeldes, quienes eran gente del común lo mismo que los propios soldados. La novela, escrita durante la época de la Restauración, planteaba en retrospectiva el antagonismo entre los campesinos bretones y normandos, y estaba im-

²⁹ Alfred de Vigny, *op. cit.*, pp. 542, 546. La novela fue publicada en abril de 1826. Un estimado de catorce ediciones aparecieron en París durante la vida del autor. Véase *Reflexions sur la vérité dans l'art* para la relación entre los hechos y la imaginación, trabajo diseñado infructuosamente como una suerte de prefacio a la novela después de la edición de 1829 para desarmar a la crítica.

³⁰ Harry Levin, *The Gates of Horn; a Study of Five French Realists*, Nueva York, 1963, pp. 158-159.

pregnada del catolicismo tradicional y del gobierno revolucionario de París. Los temas de la reconciliación, las relaciones entre el centro y la provincia, la tradición y el progreso permanecían plenamente vigentes en la Francia de la década de 1820.³¹

A pesar de la influencia temática y técnica de Scott, Balzac surgió de una cultura literaria francesa específica que también produjo un Michelet. Corrientes similares influenciaron a ambos escritores, si bien su medio de expresión y sus perspectivas fueron diferentes. Michelet creía, por un lado, que la Revolución había liberado a Francia de los flagelos de los privilegios y el pecado original, y a pesar de la violencia y los excesos abrió el camino hacia un estadio más elevado de libertad para Francia y para la humanidad. Balzac, por otro lado, contemplaba en retrospectiva los valores morales del *ancien régime*, al tiempo de reconocer que éste no podría revivir.³²

Si bien Balzac no aprobaba que se fomentara la guerra civil, su postura ante la resistencia local y popular frente al predominio de los políticos de París fue ambivalente. Por instinto prefería defender la tradición local antes que el materialismo posrevolucionario. Balzac continuó explorando las consecuencias de la Revolución, pero jamás reincidiría específicamente en la novela histórica. *Les Chouans* no fue, en cualquier caso, una de sus novelas más distinguidas, si bien jugó un papel significativo en la historia de la novela histórica francesa.³³

³¹ Honoré de Balzac, *Les Chouans*, París, 1988, véase la introducción, pp. 7-41. D.R. Hagis, "Scott, Balzac and the Historical Novel as Social and Political Analysis; *Waverly* and *Les Chouans*", en *Modern Language Review*, vol. 68, 1973, pp. 51-68; véase también pp. 53-55, 59-60, 68. Louis Maigron, *op. cit.*, pp. 285, 292-299, 304, 308.

³² Ronnie Butler, *Balzac and the French Revolution*, Londres, 1983, pp. 10-12. Georg Lukács, *op. cit.*, pp. 93-94. Jules Michelet, *op. cit.*, vol. II, p. 389; vol. III, p. 186. Véase también el prefacio, enero 31 de 1847, pp. 11-19.

³³ Louis Maigron, *op. cit.*, pp. 306-308. Ronnie Butler, *op. cit.*, pp. 108-110, 257, 259. Véase también D.N.G. Sutherland, *The Cohuans: Social Origins of Popular Counter-Revolution in Upper Brittany, 1770-1796*, Oxford, 1982.

I Promessi Sposi de Manzoni

I Promessi Sposi apareció un año antes que *Cinq-Mars* pero, a diferencia de Vigny y de Merimée, no pone énfasis en el escenario político central. La novela retrata a toda la sociedad milanesa en una época de revueltas políticas y sociales. La influencia de Scott es evidente —el autor, por ejemplo, había leído *Ivanhoe* en París en 1820, pero su libro operaba en un nivel distinto a las novelas escocesas—. No destacaba un momento decisivo en la historia de un país, sino que proporcionaba a los lectores del siglo XIX un panorama de las condiciones del siglo XVII a manera de paradigma de sus propias circunstancias. España dominaba entonces Milán. Lukács argumentaba que los lectores verían esto como su propia “pre-historia” y se movilizarían para dar respuesta a las condiciones presentes, en que Lombardía y Venecia estaban bajo el dominio de Austria.³⁴

El renovado dominio austriaco, después de la caída en Italia de los estados auspiciados por Francia en los años 1795-1814, también hizo de la posesión del pasado un territorio ocupado. El acceso a las fuentes de archivo en Milán o Venecia estaba severamente restringido, lo cual plantea la pregunta de qué fuentes primarias utilizó Manzoni para *I Promessi Sposi*. Según la hipótesis de Povolo, algunos contactos que tenía en los archivos de Venecia —de donde los franceses habían trasladado documentos a Milán o París— llamaron su atención a una serie de casos de raptos y asaltos. Estos crímenes habían sido cometidos a principios de la década de 1600 en el distrito de Venecia por un personaje histórico real, Paolo Orgiano, y sus secuaces, todos los cuales fueron sentenciados en 1607. Los testimonios de agravios de los lugareños dieron al autor su aguda visión sobre la vida campesina. Manzoni trasladó la acción del Véneto a Lombardía, la cual conocía íntimamente, y añadió digresiones y episodios históricos de la historia milanesa, que oscurecieron la fuente original. La

³⁴ Georg Lukács, *op. cit.*, pp. 78-79. Alessandro Manzoni, *op. cit.*, introducción, pp. 29-30. Manzoni conoció a Scott en Milán en 1828.

visión de la historia de Thierry como un movimiento del conjunto de la sociedad ayudó a dar forma a la dimensión social de la novela. En la tradición de Vico, Manzoni agregó a ello su propia visión cristiana del mundo.³⁵

El tema central de esta novela es el abuso del poder privado apoyado por sirvientes armados. De hecho, la chispa de toda la acción es la arbitraria conducta de don Rodrigo, supuesto representante del poder español, hacia Lucía y Renzo (un tejedor de seda), dos aldeanos a punto de casarse. En muchos aspectos, el poder privado tenía un impacto mayor sobre los lugareños que la autoridad formal de la Iglesia y el Estado —cuando menos al principio—. Este énfasis del libro en el poder privado le da un significado que va más allá de la época y el lugar. Una autoridad fragmentada significaba una autoridad débil y una incapacidad para acabar de raíz con el poder privado armado.³⁶

Manzoni también retrata a clérigos benignos dedicados a transformar en realidades las enseñanzas de Jesucristo. Esto proporciona una perspectiva bastante diferente al asalto de la Europa meridional liberal contra la Iglesia, como un legado del *ancien régime* y como un instrumento de la reacción. En la novela, dos de los protagonistas más fuertes de Manzoni son los personajes históricos, el cardenal Federico Borromeo, arzobispo de Milán, y el capuchino fray Cristóforo. En diferentes momentos de la novela, sus acciones resultan decisivas en la marcha hacia un desenlace. Aun así, ninguno de ellos son los “héroes” del libro. Esta ausencia de individuos dominantes significa que se da al contexto un mayor papel que a las personalidades. Nuevamente vemos el dilema de la novela histórica para ajustar el balance entre los hechos y la ficción, la investigación y la imaginación, la sociedad y el individuo, y la forma y la pasión.³⁷

³⁵ Claudio Povolo, *op. cit.*, pp. 30-32, 63-71, 116-123.

³⁶ Para un estudio reciente de poderes en conflicto, véase Lucy Riall, “Elites in Search of Authority: Political Power and Social Order in Nineteenth-Century Sicily”, en *History Workshop Journal*, vol. 55, 2003, pp. 25-46.

³⁷ Fray Cristóforo, a sus sesenta años, primero aparece en el capítulo 4 como el adversario moral de don Rodrigo.

La segunda parte de la novela intenta resolver el dilema haciendo de la religión el agente activo del cambio psicológico y de las acciones humanas. Un caso a propósito es la conversión hecha por Borromeo de “El Indomable”, un bandido notoriamente cruel que, con sus secuaces, habitaba su propio castillo. Aunque este elemento de la novela ha sido completamente pasado por alto por Lukács, es importante señalarlo porque refleja la visión que tenía Manzoni de la sociedad italiana del siglo XVII temprano y de su propia época. El tipo de cristianismo que se retrata es exigente. Fray Cristóforo, que atiende a los dolientes del *lazzaretto* de Milán, con gran riesgo para sí mismo, constriñe a Renzo —quien arde en deseos de venganza— para que perdone a don Rodrigo, quien está muriendo allí a causa de la peste. A fray Cristóforo le interesa la relación de cada persona con Dios, incluyendo la propia. Sin perdón, don Rodrigo no podrá alcanzar la salvación y, sin erradicar sus deseos de venganza, tampoco Renzo.

Tal vez el Señor está dispuesto a otorgarle una hora de conciencia, pero quiso que fueras tú quien se la pida. Tal vez Él quiere que tú y esa joven inocente le recen. Quizá Él está reservando Su gracia sólo para tu plegaria —la plegaria de un corazón afligido pero resignado—. Tal vez la salvación de este hombre depende ahora de ti, de tus sentimientos de perdón, de misericordia... y de amor.

El autor nos presenta un cristianismo fuerte, carente de sentimentalismo, y sin embargo, no cruel. Manzoni escribió la novela durante las secuelas de la descristianización de la Revolución francesa, aspecto narrativo que refleja el resurgimiento del catolicismo de principios del siglo

El cardenal Borromeo es central en los capítulos 22-26. Claudio Povolo, *op. cit.*, p. 32, nota 43: el fraile original, un misionero de Cremona, trabajaba en el *lazzaretto* (hospital de aislamiento para enfermedades contagiosas como peste o lepra) de Milán.

XIX, un fenómeno europeo muy extendido que afectó incluso a Inglaterra.³⁸

A *Los novios*³⁹ generalmente se le asocia con el *risorgimento* italiano, un movimiento nacionalista que se convirtió en un proyecto liberal cada vez más en conflicto con la jerarquía católica. Sin embargo, esta novela, meticulosamente histórica en el tratamiento de la política y la sociedad, apunta menos al pasado que a un futuro en el cual los preceptos liberales y católicos en Italia o bien se reconciliarían o lucharían inexorablemente por la supremacía. Esto, a su vez, pone en relieve la realidad contemporánea de la Europa católica de mediados del siglo XIX, entre los años 1830 y la publicación del *Syllabus* de errores hecha por Pío IX en 1864. Manzoni, cuyo catolicismo era más profundo que su adhesión al papa, ignoró la instrucción de Pío IX a los católicos italianos de boicotear el recién establecido reino de Italia y se convirtió en senador del Parlamento italiano.⁴⁰

La novela histórica en el momento de la crisis: *Romola* de Eliot y *Salammbô* de Flaubert

Romola y *Salammbô* dejaron perplejos a los contemporáneos y continúan presentando problemas de interpretación. Temáticamente las dos novelas comparten ciertos rasgos, a pesar de la distancia de sus escenarios y ambas causaron desvelos a sus autores. Las dos protagonistas femeninas tienen una relación padre-hija inquietante y un amante o esposo dudoso. Ambas mujeres se hallan comprometidas en su lealtad a una posición filosófica o una religión. Cada una lucha por comprender la naturaleza del

³⁸ Para fray Cristóforo, la penitencia y el perdón, véase capítulo 35, pp. 491-493.

³⁹ Título que se dio en español a la célebre novela de Manzoni, *The Betrothed* en el original de este ensayo [n. del t.].

⁴⁰ H.G. Schenk, *op. cit.*, pp. 81-102, 115-121. E.E.Y. Hales, *Pio Nono. A Study in European Politics and Religion in the Nineteenth Century*, Londres, 1954. Owen Chadwick, *The Secularization of the European Mind in the Nineteenth Century*, Cambridge, 1975, pp. 21-47, 189-222.

universo y su papel en él. Y lo más importante de todo: ninguna de las dos novelas corresponde al modo realista prevaleciente y no podría entenderse únicamente desde ese punto de vista. Ambas buscaron una respuesta a la crisis de la novela histórica durante la década de 1860 llevándola más allá del realismo con dirección al simbolismo. Fueron obras innovadoras —a menudo percibidas como fracasos—, que interpretaron los conflictos de tema y personaje en términos de un renovado interés por la mitología en el momento de su escritura. *Romola*, en particular, aspiró a dar forma a un nuevo mito para mediados del siglo XIX y más allá que reemplazara a las mitologías heredadas del mundo clásico y la era cristiana, pero sin eliminar el legado moral de ambas. *Salammbô* presentaba una percepción de la humanidad más negativa: abandonaba dichas herencias a favor de una visión según la cual la humanidad jamás cambiaría y buena parte del universo permanecería incognoscible. Según la visión de Flaubert, la línea entre civilización y barbarie seguía siendo tenue. Ambos autores lidiaron con sus temas en momentos decisivos de su carrera, y cada libro exponía los problemas de la novela histórica. La crítica, que con frecuencia se ha concentrado en su exceso de erudición, ha sido dura con ellos; sin embargo, esto los hace particularmente importantes para el presente estudio.⁴¹

Los historiadores han puesto poca atención en *Romola* de Eliot, a pesar de la atracción generalizada de los lectores ingleses de los siglos XIX y XX por el Renacimiento italiano. El entusiasmo desenfrenado por el Renacimiento usualmente venía acompañado de una identificación apasionada con el *risorgimento*. Para muchos europeos de mediados del siglo XIX, el “renacimiento” po-

lítico de Italia representaba un paralelo contemporáneo con respecto a luchas anteriores por la libertad intelectual. Mazzini llegó a argumentar que la liberación de Italia prefiguraría la liberación de toda la humanidad a través de la revolución, el republicanismo y el rechazo de la Iglesia. La creencia entre los ingleses de que el *risorgimento* era una lucha humanista liberal llegó hasta el siglo XX en la forma de los estudios de G. M. Trevelyan sobre el periodo. El estudio de Eliot sobre la Florencia de mediados de la década de 1490 llegó 35 años más tarde del que hiciera Manzoni sobre el Milán de principios del siglo XVII. En ese sentido, la aparición de la novela de Eliot en 1863 coincidió con la casi completa unificación de Italia. Solamente Venecia, controlada por Austria, y Roma, todavía bajo la ocupación francesa después de la extinción de la república romana en 1849, estaban fuera del nuevo estado nacional. Para este momento se habían desvanecido cualesquiera esperanzas del papado de jugar un papel significativo, o aun determinante, en la formación del estado nacional italiano. En *Romola*, la única contribución del papado a la acción es ayudar a las familias poderosas de la época a destruir al Partido Popular de Florencia y abatir a su protagonista dominico, fray Girolamo Savonarola.⁴²

Cuando Eliot escogió el renacimiento como escenario para su novela, el concepto de “Renacimiento” todavía era nuevo, a pesar de la categorización previa de la historia durante la Ilustración en términos de la yuxtaposición de “antigua”, “medieval” y “moderna”. La noción de “renacimiento” en los siglos XV y principios

⁴¹ Jim Reilly, *Shadowtime: History and Representation in Hardy, Conrad, and George Eliot*, Londres, 1996, p. 102, comenta sobre *Romola*: “la novela está contaminada con la sospecha corrosiva de que en la era misma de la prosa realista el mundo se muestra ilegible”. Andrew Thompson, *op. cit.*, pp. 21, 26-27, 30, 32, 46: “el renacimiento de Italia fue también ocasión para un renacer imaginativo de George Eliot”. Bennett, *op. cit.*, pp. 142-144. Rosemary Ashton, *op. cit.*, pp. 254, 263-264.

⁴² George Eliot, *Romola*, Oxford, 1998, capítulos LXIII, LXIV, LXXII. Para la respuesta de sus pares a esta novela véase Gordon S. Haight (ed.), *The George Eliot Letters*, New Haven, 1954-1978, 9 vols., vol. IV (1862-1868), pp. 96-97; vol. VIII (1840-1870), pp. 303-304. Hillary Fraser, *The Victorians and Renaissance Italy*, Oxford, 1992, pp. 210-211, argumenta que Eliot quiso contrastar el populismo católico de Savonarola con los católicos reaccionarios de su tiempo. David Cannadine, *G. M. Trevelyan. A Life in History*, Londres, 1992, pp. 59-86, discute la trilogía de Garibaldi de 1907-1911 en su contexto histórico. Véase también Denis Mack Smith, *Mazzini*, New Haven, 1994, pp. 154-155, 192-193, 220.

del XVI —fundamentalmente del saber clásico— se había convertido en la manera en que la Ilustración identificaba a su propio predecesor, y significaba el derrocamiento del orden cristiano, medieval. Michelet, el primero, había usado el término en su *Histoire de France* de 1834, en relación con el Renacimiento francés del siglo XVI, considerablemente posterior a su progenitor italiano. El término francés pronto fue aplicado a todo el fenómeno. *The Civilization of the Renaissance in Italy*, publicada por Jacob Burckhardt en 1860, tres años antes que *Romola*, se convirtió en la exposición definitoria.⁴³

Según testimonian las biografías de Eliot, ella abandonó el cristianismo de su padre y adoptó un ateísmo fundado en la crítica bíblica alemana contemporánea, particularmente en la obra de David Friedrich Strauss *Das Leben Jesu, kritisch bearbeitet* (1835-1836), que con el seudónimo de Marian Evans, tradujo en 1846 y fue su primera obra publicada. Este libro, que se propuso separar el mito de los hechos, para mediados del siglo tuvo un impacto profundo. Strauss argumentaba que no había ninguna autoridad histórica para creer que las enseñanzas del Evangelio constituyeran la verdad. Por el contrario, representaban otra mitología que revelaba muchas cosas sobre la humanidad. En 1851 Eliot se convirtió en la pareja de G. H. Lewes, escritor y librepensador. A lo largo de toda esta transformación, que chocó a muchos en plena era victoriana, la vanguardista Eliot conservó un profundo interés por la religión, si bien separando la espiritualidad y la creencia de la moralidad y la recta conducta.⁴⁴

Tanto Lewes como Eliot hablaban alemán y eran grandes admiradores de la literatura y la cultura en esa lengua. Veían a Alemania en la vanguardia intelectual de Europa, conocían bien

el romanticismo e hicieron varios viajes a ese país. En 1854 Eliot publicó su traducción de *Das Wesen des Christentums* (1853) de Ludwig Feuerbach, quien argumentaba que doctrinas cristianas fundamentales como la Encarnación debían entenderse simbólicamente, como un mito. *Romola* estaba tan saturada de la influencia de Feuerbach que los críticos comentaron con ironía que el rechazo final de Romola de la teología de Savonarola (aunque no de su ética) era resultado de sus lecturas del autor alemán. Al mismo tiempo, la novela estaba impregnada de las ideas de Auguste Comte de los tres estadios lineales del desarrollo cultural, influidas por Vico. Éstas culminaban en el estadio final de la religión científica, que eliminaba la espiritualidad heredada de la era cristiana precedente pero intentaba conservar una base para la moralidad.⁴⁵

Es claro que, para Eliot, los conflictos religiosos y filosóficos de su propia época explican por qué ubicó su tema de ficción dentro del contexto de debates paralelos en la Florencia del Renacimiento. Esta identificación implícita de la Inglaterra de mediados de la era victoriana con la Florencia de la década de 1490, como dos sociedades “renacentistas” comparables, desgarradas por el conflicto entre el humanismo secular y una espiritualidad reavivada, podría resultar extraña en la actualidad. La preocupación de Eliot por la religión (como no creyente) determinó su atención en Savonarola. Ella consideraba que el debate intelectual en Inglaterra entre las ideas liberales, agnósticas y no cristianas por un lado, y un cristianismo renovado por el otro, era fundamental para la comprensión de su propia época. Eliot contemplaba a los humanistas que simpatizaban con la antigüedad, quienes inter-

⁴³ Jacob Burckhardt identificó por primera vez “el renacimiento” como un periodo histórico, y lo vio como el precursor del siglo XIX. Yo he utilizado la edición de Nueva York, 2002, con una introducción de Peter Gay. Véase Hillary Fraser, *op. cit.*, pp. 1-3.

⁴⁴ Susy Anger, “George Eliot and Philosophy”, en George, Levine (ed.), *The Cambridge Companion to George Eliot*, Cambridge, 2001, pp. 76-97. George Levine, *op. cit.*, pp. 81, 86-87.

⁴⁵ Véase Rosemary Ashton, *The German Idea: Four English Writers and the Reception of German Thought, 1800-69*, Cambridge, 1980, pp. 147-173. Owen Chadwick, *op. cit.*, pp. 54, 70, 169, muestra los desastrosos efectos de Strauss en Friederich Engels. Para el impacto de Feuerbach en Richard Wagner, véase Bryan Magee, *Wagner and Philosophy*, Londres, 2001, pp. 48-55. Rosemary Ashton, *op. cit.*, pp. 2-5, 24, 147-173, véase también pp. 170-171. Hao Li, *Memory and History in George Eliot; Transfiguring the Past*, Londres, 2000, pp. 77, 95. John Stuart Mill introdujo a Comte en Inglaterra.

pretaban el significado de la existencia humana desde el interior del hombre mismo, en franca confrontación con los espiritualistas, cuyos modelos eran la Iglesia primitiva y medieval, y para quienes Dios seguía siendo la entidad determinante. Este conflicto ofrece la explicación central para la ubicación de esta novela.⁴⁶

La escala, y la velocidad de los cambios durante la segunda mitad del siglo XIX, generó un debate sobre el valor del pasado —en un momento de renovado interés por el mismo—. La discusión se centró no sólo en la naturaleza de la historia sino en su valor moral. Para Eliot su época enfrentaba el dilema de cómo reconsiderar el pasado en términos de su valor moral para el presente. Ella intentó resolver el problema de “Dios está muerto” con un llamado a la herencia moral del pasado clásico y cristiano de Europa. De tal modo, ella pretendía llenar el vacío dejado por la subversión de la espiritualidad y evitar descender al nihilismo. Para Eliot, el rechazo del cristianismo no conducía a una *tabula rasa*; al contrario, para ella la historia humana era la fuente subyacente de la recta conducta. Consciente del peligro de un colapso del orden moral, argumentaba en *Romola* que la experiencia humana a través del tiempo tenía el valor de dar forma a una moralidad independiente de la coacción o la sanción religiosas. Sin embargo, nuevos descubrimientos científicos, desarrollos tecnológicos y la influencia de las *Social Statics* (1850) de Herbert Spencer y *The Origin of Species* (1859) de Charles Darwin, ambos amigos de la familia Lewes, complicaron la visión humanista liberal de la humanidad. A Eliot le preocupaba grandemente la ausencia de todo orden moral en el estado de guerra de la naturaleza o el proceso de selección natural. Tenía un pie en el movimiento romántico y otro pie en el movimiento científico de su época, así como tenía un pie en el clasicismo de la Ilustración y el otro en el pos-cristianismo. Estas tensiones emergían en *Romola*, y de

hecho proporcionaron la motivación para escribirla.⁴⁷

Sin embargo, esta novela no se refiere simplemente a la relación entre los siglos XV y XIX, sino también a la que tienen ambos periodos con el mundo clásico. Esto explica las profundamente entretajidas referencias clásicas en *Romola*. Las alusiones a Homero, Sófocles, Virgilio y Ovidio, y al mito cretense del laberinto daban una dimensión simbólica a los participantes en la acción, la que se hacía aun más clara con la referencia a pintores florentinos, como Piero di Cosimo (1462-1521). El esposo griego de Romola, Tito Melema, toma la forma de Baco y representa las fuerzas dionisiacas en la acción, en tanto la propia Romola es a veces la Antígona de Sófocles y a veces Ariadna, hilando el camino a través del laberinto. Al inicio del libro Piero pinta un tríptico de Baco y Ariadna que es un planteamiento pictórico de los temas de la novela. Romola se convierte en el equivalente femenino de Eneas, el héroe troyano y romano inventado por Virgilio. Los temas cristianos de la realidad del sufrimiento humano y las enseñanzas de Cristo están representadas por Dino, el hermano de Romola. Este joven dominico había repudiado el humanismo secular de su padre y se había alineado con los esfuerzos de Savonarola de reformar no sólo a Florencia, sino a la Iglesia como un todo. Desafortunadamente, las referencias a fuentes clásicas y bíblicas, que hacen de *Romola* una novela tan rica y gratificante, se pierden virtualmente en la actual ignorancia de ambas.⁴⁸

La erudición histórica y la novela realista se desarrollaron hombro con hombro. Eliot había comenzado a reaccionar contra las consecuencias

⁴⁷ Véase Felicia Bonaparte, *op. cit.*, pp. 15, 84, 117-118, 141-142: “Si bien Eliot ofreció una solución muy diferente, se anticipó a Nietzsche en predecir que la muerte de Dios en el siglo XIX amenazaba con conducirnos a la era del nihilismo.” Véase también Peter Gay, *op. cit.*, pp. 167-168, quien sugiere que “los obituarios de Dios” pudieron haber sido prematuros, dada la capacidad de la religión para conseguir nuevos reclutas. Frederick Karl, *op. cit.*, p. 375. Hao Li, *op. cit.*, pp. 8, 83-84, 92.

⁴⁸ Carroll, *op. cit.*, pp. 174-175. Felicia Bonaparte, *op. cit.*, pp. 21, 62-64, 73, 141-142, 151, 244. Hillary Fraser, *op. cit.*, p. 187. Hao Li, *op. cit.*, p. 82.

⁴⁶ Carroll, *op. cit.*, pp. 168-171. Felicia Bonaparte, *op. cit.*, pp. 28, 127-132. Rosemary Ashton, *op. cit.*, p. 149.

del empirismo, en vista de que implicaba una neutralidad moral con respecto a la raza humana. Felicia Bonaparte argumenta que Eliot temía que el empirismo fuera una amenaza para la pérdida de lo alegórico y lo trascendente, y que esto mismo generó el simbolismo tan evidente en *Romola*. La necesidad de una visión moral que ella percibía, nuevamente se convirtió en el móvil principal de Eliot. En su alarmada mirada del futuro ella vio los peligros de la ciencia, el secularismo, el utilitarismo y el materialismo cuando quedaban desnudos de restricción moral. Su respuesta al dilema, fue *Romola*, una novela experimental que no alcanzó plenamente su intención literaria, en tanto fue diseñada para ser un análisis del pasado y una guía para el futuro.⁴⁹

Flaubert escribió *Salammbô* en los tiempos de la notoriedad y el éxito de *Madame Bovary*. Se ha señalado con ironía que todos los personajes femeninos de Flaubert son versiones de madame Bovary, incluyendo *Salammbô*. Flaubert señaló que él intentó aplicar “las técnicas de la novela moderna” al estudio del mundo antiguo. Luckács no vio los elementos mitológicos engastados en esta novela, lo mismo que en *Romola* (una novela que ni siquiera menciona). Esta dimensión, aun a pesar de la investigación histórica, ocupa la posición predominante en el libro y es la llave de su interpretación. Green ha argumentado que el interés por la mitología en Francia a mediados del siglo XIX formaba parte de un intento por descubrir la identidad cultural de las sociedades. *Salammbô*, en consecuencia, buscaba expresar “verdades fundamentales acerca del hombre y su relación con el mundo natural”.⁵⁰

Como *Romola*, ésta fue una obra de transición en el desarrollo del novelista. *Salammbô* es una de las novelas más fascinantes para examinar descarnadamente el oficio del novelista histórico, aunque sólo sea porque su estudio pone de relieve las contradicciones del género y las di-

ficultades para alcanzar los objetivos que se plantea. Flaubert se vio influido por Michelet y Thierry. Aprendió sobre Cartago en el trabajo temprano de Michelet sobre historia romana, donde encontró un relato de la rebelión de los mercenarios.⁵¹

Flaubert ofreció al público una novela en la que rechazaba audazmente cualquier visión romántica del pasado. No ubicó su libro entre los filósofos griegos o los juristas romanos tan caros a la Ilustración. El énfasis no estaba en Grecia ni en Roma sino en Cartago, un Estado mercantil con tradición religiosa fenicia. La naturaleza subversiva de la obra de Flaubert no cayó en saco roto entre los herederos de la Ilustración ni entre los protagonistas del movimiento romántico. El uso de la historia en la novela también ha dado lugar a muchas discusiones, aún cuando Flaubert insistió que había creado una *imagen* de Cartago, no una reconstrucción histórica. Si bien todavía se basaba en el historiador griego Polibio (c. 200-118 a. C.) para ofrecer un panorama histórico, dio prioridad a la imaginación artística. *Salammbô* no aparece en Polibio, pero “Mathus” sí. Ella es el principio femenino inventado por Flaubert (tomando como modelo una bailarina encontrada en el Alto Egipto), en lo que Levin describe como “el ambiente de masculinidad pendenciera”.⁵²

¿Por qué decidió Flaubert escribir esta novela cartaginesa, cuando tenía tan poco agrado por la novela histórica de la primera mitad del siglo, y por qué gastó tanta energía en hacerlo? Cartago, eficazmente destruida y desacreditada por los vengativos romanos en 146 a. C., representaba el “eslabón perdido” en el triángulo de influencias que contribuyeron a la formación del mundo mediterráneo occidental. Si Cartago había de ser el

⁴⁹ Felicia Bonaparte, *op. cit.*, pp. 15, 50, 118. George Levine, *op. cit.*, pp. 81, 94. Rosemary Ashton, *op. cit.*, p. 269: se vendieron 1700 copias sólo en el primer año.

⁵⁰ Georg Lukács, *op. cit.*, pp. 223-225. Anne Green, *op. cit.*, pp. 24-26, 96-105.

⁵¹ Jules Michelet, *Histoire romaine* [París, 1831], en *Oeuvres complètes*, París, 1972, vol. II (1828-1831), pp. 315-665: el capítulo IV, pp. 449-457, se lee como un compendio para la futura novela, aunque sin mención alguna de *Salammbô*. Diana Knight, *Flaubert's Characters. The Language of Illusion*, Cambridge, 1985, pp. 21-22. Anne Green, *op. cit.*, pp. 6-9, 117.

⁵² Francis Steegmuller, *The Letters of Gustave Flaubert*, 2 vols. (1830-1880), Londres, 2001, pp. 378-388. Harry Levin, *op. cit.*, pp. 279-280. Anne Green, *op. cit.*, pp. 55, 105.

tema ¿por qué no elegir un episodio conocido de las guerras púnicas? ¿Por qué una revuelta de mercenarios después del final de la primera Guerra Púnica (264-241 a. C.)? La bien conocida figura histórica, Amílcar Barca, quien extingue brutalmente la rebelión, no es el personaje central. Incluso podría argumentarse, a pesar del título del libro, que no hay personaje central. El énfasis está en el conflicto entre los ejércitos. El novelista retrata a Salammbô como hija de Amílcar y sacerdotisa de Tanit, diosa principal de Cartago, asociada con la luna y la feminidad, y una variante de la Astarté siriaca o la Afrodita helénica. Ella está enamorada, contra su voluntad, del jefe de la revuelta, Mâtho, quien viola el recinto sagrado al robar del templo el velo colorido que cubre la imagen de Tanit. Este robo acarrea una violación de la sacralidad íntima de lo femenino. Como veremos, a Salammbô se le pedirá someterse a una violación recíproca con el propósito de recuperarla. Las restricciones y motivos religiosos dominan la acción, a menudo transmitidos mediante el uso del color, como el blanco (o la luz de Luna) para Tanit y el rojo para Moloch, el dios del fuego y del sol.⁵³

Sainte-Beuve, el principal crítico literario en Francia, puso de relieve la dificultad, en la narración, de tener experiencias individuales sumergidas tras los conflictos grupales. En su opinión, los dos problemas centrales de la novela eran la abrumadora descripción histórica del lugar y el conflicto, y la naturaleza débil del tema amoroso —y, de hecho, de todos los personajes individuales del libro—. Al referirse a la crítica de Sainte-Beuve con respecto a que la novela era demasiado larga, Flaubert respondió que “debió haber un centenar de páginas más dedicadas sólo a Salammbô”. En el texto publicado, el autor no consigue tratar a los dos “amantes” ni con intensidad dramática ni profundidad psicológica. En esas páginas adicionales, el autor podría haber explorado la identidad religiosa de Salammbô en términos subjetivos y desarrollado

⁵³ Para Cartago: François Decret, *Carthage ou l'Empire de la Mer*, París, 1977; Adrian Goldsworthy, *The Punic Wars*, Londres, 2000. Anne Green, *op. cit.*, pp. 57, 67, 73-87.

su atracción sexual, en conflicto con su deber religioso y su situación política, hacia el poderosamente formado comandante mercenario.⁵⁴

¿Qué más nos habría dicho Flaubert sobre Salammbô, cuando entra a la tienda de Mâtho, vestida como para una boda? Sabemos que ella está asustada tanto por Mâtho como por Moloch, al cual en este punto aquél parece representar. La voluntad de los dioses, explicada por el sacerdote eunuco Schahabarim, dicta cada una de sus acciones en estos dos capítulos. Su purificación ritual exige consultar el ánimo de la pitón del templo como un augurio para el futuro. Esto incluye un abrazo al desnudo con el negro reptil bajo la luz de la Luna, después de que se ha despojado de su piel antigua y aparece erguido como una brillante espada fuera de su funda. Cuando ella entra a la tienda de Mâtho, él porta un manto rojo. Ella mira primero su espada fuera de la funda brillando bajo la luz, y después su cama. Mientras ella se despoja de los velos de su rostro y él respira su perfume, su belleza lo subyuga y la compara con Tanit, como si se hubiera sometido a la diosa en guisa de ella. El trueno retumba a la distancia y el sudor corre por el pecho de Mâtho.

Salammbô, acostumbrada a los eunucos, se dejó caer bajo el poder de este hombre... ella sólo veía las órbitas de Mâtho, como dos carbones ardiendo en la noche... sentía plenamente que una fatalidad la envolvía, tocándola en un momento supremo... Salammbô fue subyugada por una suavidad en la cual ella perdió toda conciencia de sí. Algo a la vez íntimo y superior, un dictado de los dioses que la forzaba a abandonarse ella misma allí; las nubes la levantaban; desvaneciéndose, yacía de espaldas sobre la piel de león sobre la cama. Ella miró la figura de Mâtho por encima de su pecho.

⁵⁴ Francis Steegmuller, *op. cit.*, Flaubert a Charles Sainte-Beuve, diciembre 23-24 de 1862, pp. 378-388. Sainte-Beuve, un defensor de *Madame Bovary*, era un amigo del novelista. Véase Harry Levin, *op. cit.*, p. 277: “los sentimientos tienden a ser exteriorizados en gestos, ritos o hazañas de valentía”; “la subordinación de los sentimientos humanos a la más amplia composición pictórica” tiene prioridad.

“Moloch, ¡me estás quemando!” —y los besos del soldado, más devoradores que las flamas, la atravesaban: sentía como si una tormenta se la llevara, capturada por la fuerza del sol.⁵⁵

Este es un momento altamente cargado de erotismo, al cual Flaubert le da menos atención que a la descripción de la ciudad de Cartago. Una explicación posible es la intención del autor de trascender el realismo, como Eliot buscó también hacerlo en *Romola*. Flaubert contemplaba la relación Salammbô-Mâtho en términos de simbolismo más que de romance. Transpuso la leyenda cretense de Minos (que de un modo diferente también había atraído a Eliot) a Cartago, convirtiendo a Salammbô en una versión de Pasífae, hija de Helios, el dios solar y paralelo de Amílcar, la cual bajo un ensalmo se enamora de un toro. Nada de esto encontramos en Luckács, que estaba casado con la idea de la novela realista.⁵⁶

Por debajo de la estructura de este simbolismo subyacen discretas referencias a eventos europeos recientes o contemporáneos. Green argumenta que *Salammbô* fue “una novela que de manera consistente tocaba problemas que afectaban la sociedad en que [Flaubert] estaba escribiendo”. Llama la atención hacia la preocupación de Flaubert por el comportamiento político de las masas como resultado de las revoluciones de 1848.⁵⁷ Aún más, el ambiente del Norte de África le permitió comentar de manera indirecta sobre la actividad militar y colonizadora de los franceses en esa región. En el momento de la escritura en Francia estaban siendo comparadas antiguas y modernas formas de colonización, acompañadas por discusiones sobre desigualdades raciales y el carácter nacional. En la novela, tanto los cartagineses como los mercenarios descienden hasta la barbarie. Los informes de atrocidades cometidas entre los rivales en África del Norte durante la vida del propio Flaubert exhi-

bían un colapso similar de las sensibilidades morales. Cuando *Salammbô* fue publicada, la Francia de Napoleón III había iniciado otra aventura imperial, esta vez en México, lo cual revelaba la barbarie tras la fachada de civilización. En opinión de Flaubert, Francia probó ser moralmente muy poco diferente de los pueblos extra-europeos que se proponía civilizar. Galdós sacaría conclusiones similares con respecto a la guerra peninsular⁵⁸ y las guerras carlistas en España. Al final de *Salammbô*, Tanit ha sido hecha a un lado por Moloch, y la novela “se hunde en la derrota nihilista”.⁵⁹

Por extraña que pueda parecer *Salammbô* a los lectores de principios del siglo XXI, la novela no destacó como algo muy peculiar en su tiempo. La ópera de Berlioz *Les Troyens* (1856-1863) fue compuesta en la misma época. De hecho, Berlioz intercambió correspondencia con Flaubert y lo consultó sobre aspectos significativos correspondientes al contexto cartaginés. La ópera de Berlioz puede describirse como “música histórica” y la relación entre las dos obras es impresionante, especialmente porque Berlioz, quien admiraba profundamente el libro, en cierto momento llegó a considerar ponerle música a *Salammbô*. De modo similar, los cuadros de Delacroix sobre el Norte de África resultaban familiares para los contemporáneos.⁶⁰

La ópera de Berlioz, sin embargo, no se ocupaba principalmente de los cartagineses y sus problemas en África del Norte, sino del destino italiano de Eneas y su banda de troyanos fugitivos. Los dos eventos decisivos de la ópera son la destrucción de Troya a manos de los griegos oriundos de Europa, y el rechazo de Cartago por los fugitivos

⁵⁸ Término con el que se designa en el Reino Unido a las acciones bélicas en la península ibérica en tiempos de Napoleón I [n. del t.]

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 66-71, 90-93. Véase también Benito Pérez Galdós, *op. cit.*, p. 113, sobre el salvaje debate del hombre civilizado. Harry Levin, *op. cit.*, pp. 280-281.

⁶⁰ Francis Steegmuller, *op. cit.*, pp. 377-378. Berlioz a Flaubert, París, noviembre 4 de 1862; Berlioz a Flaubert, París, julio 6 de 1862. *Delacroix in Morocco*, catálogo (Institut du Monde Arabe, París), París/Nueva York, 1994. Beth S. Wright (ed.), *The Cambridge Companion to Delacroix*, Cambridge, 2001, pp. 73-87.

⁵⁵ Gustave Flaubert, *Salammbô*, París, 2001, capítulos X-XI, pp. 245-276, véanse también pp. 265-268.

⁵⁶ Anne Green, *op. cit.*, pp. 36-37, 51, 102-108.

⁵⁷ *Ibidem*, pp. 61-70, 73-78, 81-91.

con rumbo a Italia. Roma es la proyección inequívoca. Esto podría ser descrito caprichosamente como “une nouvelle Troie”, pero Roma era una ciudad europea. Flaubert apenas se refiere a los romanos, a pesar de que pertenecía a la misma tradición cultural que Berlioz, donde la Francia decimonónica se identificaba a sí misma ya con la república, ya con el imperio romanos.⁶¹

Esta novela retrata la desesperanza de tomar el mundo antiguo como una guía de conducta para el mundo contemporáneo y para el futuro. La visión de Flaubert de la humanidad no permite la posibilidad planteada por Eliot de una memoria colectiva como base para la moralidad. Por el contrario, la violencia impregnada (e irredenta) en la humanidad y la incertidumbre de todo conocimiento frustraban el establecimiento de un nuevo orden moral. Flaubert, en esta novela, llega a la conclusión de que el colapso de la autoridad moral durante el periodo en que él vivió abría el camino para un nihilismo asesino.

Galdós y la construcción nacional

La literatura española experimentó un resurgimiento mayúsculo a partir de 1870 con autores tales como Benito Pérez Galdós, Juan Valera, Emilia Pardo Bazán y Leopoldo Alas *Clarín*. En su primera novela histórica, *La Fontana de Oro* (1868), Pérez Galdós analizó el porqué los liberales españoles de 1820-1823 no consiguieron establecer un gobierno constitucional perdurable. Esta novela ilustraba cómo la ficción histórica podía utilizarse para explicar a la generación de 1870, nuevamente comprometida en el mismo proceso, lo que había salido mal cincuenta años antes. Sin ser una de las obras más importantes de Pérez Galdós, *La Fontana de oro* se

⁶¹ La primera frase del editor en el prefacio a Jules Michelet, *op. cit.*, p. 317, es “Rome est, pour Michelet, une seconde patrie”. H. Mainwaring Dunstan, *Life and Letters of Berlioz*, Londres, 1882, vol. II, *Private Letters to M. Hubert Ferrand*: Berlioz a Ferrand, París, noviembre 19 de 1858, pp. 221-224; Berlioz a Ferrand, París, julio 8 de 1863, fue a consultar a Flaubert acerca de las costumbres cartaginesas.

convirtió en el preludio de cuarenta y seis novelas históricas posteriores publicadas en cinco ciclos, conocidos en conjunto como *Episodios nacionales*. En ellas se ocupaba directamente de los problemas políticos de las generaciones precedentes. Galdós complementó éstas con una serie de treinta y dos novelas publicadas entre 1867 y 1905, las cuales describió como ficción “contemporánea”. Si bien los personajes imaginarios dominan la acción, estas novelas se refieren repetidamente a temas de la historia de España durante el siglo XIX.⁶²

El propósito de Pérez Galdós en los *Episodios nacionales* era retratar la lucha de España para liberarse del *ancien régime* y del absolutismo, y construirse una identidad moderna como un estado nacional y constitucional. La temprana unidad de la época de Fernando e Isabel distinguían el curso de la historia española de la de los territorios de Alemania e Italia. Sin embargo, el colapso del imperio, las divisiones políticas y los conflictos sociales durante el siglo XIX dejaron desmoralizado al país, en una época en que los estados nacionales se establecieron en otras partes. Lamentablemente, los estudios europeos sobre el nacionalismo del siglo XIX, han omitido a España, quien tuvo que descubrir una identidad nacional que tomara el lugar de su identidad imperial. Pérez Galdós, mirando retrospectivamente el colapso del *ancien régime* y la explosión de la violencia popular durante la guerra peninsular, identificaba al constitucionalismo liberal moderado, que también era centralista, como el medio para dar una expresión política al estado nacional.⁶³

⁶² Madeleine de Gogorza Fletcher, *The Spanish Historical Novel, 1870-1970. A Study of the Spanish Novelists and their Treatment of the “Episodio Nacional”*, Londres, 1973, pp. 11-18. Stephen Gilman, *Galdós and the Art of the European Novel, 1867-1887*, Princeton, 1981, p. 8. Peter A. Bly, *Galdós’s Novel of the Historical Imagination. A Study of the Contemporary Novels*, Liverpool, 1983, p. 185. Diane Faye Urey, *The Novel Histories of Galdós*, Princeton, 1989, p. 10.

⁶³ Brian J. Dendle, *Galdós. The Early Historical Novels*, Columbia, 1986, pp. 44, 128-157, discute las intenciones morales de Pérez Galdós. Carolyn Boyd, *Historia Patria: History and National Identity in Spain, 1875-1975*, Berkeley, 1997, pp. 71-72, 130-131.

Para Galdós y su generación, la revolución de septiembre de 1868, que destronó a Isabel II, fue el 1848 de España. Teniendo en mente los levantamientos contemporáneos, aportó a la novela española la participación de las masas y las incesantes contiendas armadas que van de 1808 a la restauración de los borbones en 1874. El “pueblo heroico” de la primera serie de los *Episodios* degenera en la “masa turbulenta” de las series posteriores. Pérez Galdós le temía a la movilización popular —socialista, anarquista o carlista— y a la violencia de la plebe. Una de sus últimas novelas históricas, *La primera república* (1911), contempla cómo se desintegra el primer intento de España por establecer un gobierno republicano, ante la lucha de las facciones y el regionalismo extremo.⁶⁴

Las novelas históricas *nacionales* de Pérez Galdós se refieren a una entidad histórica existente, lo cual no era el caso de Manzoni. No obstante, el desarrollo de los acontecimientos a lo largo del siglo expuso el amargo conflicto entre las “dos Españas” —la tradicional y católica o la liberal y secular— y un creciente antagonismo entre el centro y las regiones. A falta de un consenso, se abría la perspectiva de recurrentes conflictos armados. Esto explica la preocupación de Pérez Galdós por mostrar a sus compatriotas, en forma literaria, los peligros de la violencia. A este respecto, era semejante a Scott, quien exponía la violencia de la historia escocesa y apuntaba a un futuro más brillante en una tierra gobernada por comerciantes y abogados.⁶⁵

Los temas del patriotismo, la identidad nacional y la libertad en los *Episodios nacionales* deben considerarse en el contexto de un resurgimiento de la historiografía española. En *Trafalgar* (1873), y sus sucesores inmediatos, el novelista Galdós retrató un *ancien régime* que se derrumbaba, en el cual el gobierno y la sociedad

se distanciaban cada vez más. Gabriel Araceli, el omnipresente narrador de esta serie, es testigo en *Cádiz* (1874) cuando la muchedumbre de espectadores grita “¡Viva la nación!” y no “¡Viva el rey!” en las recientemente inauguradas Cortes de 1810. Señala que, al proclamar las Cortes que la soberanía reside en la “nación” y conforme se lee el programa del nuevo liderazgo liberal, el siglo XVIII finalmente ha llegado a su fin y se abre otra era.⁶⁶

Pérez Galdós, a quien Luckács no menciona, en un principio se las arregló para balancear historia e imaginación. El novelista español desarrolló varios temas que ya están presentes en Scott. En sus novelas sobre la guerra peninsular y también en *Zumalacárregui* (1898), la cual se ocupaba de la primera guerra carlista de 1833-1840, Pérez Galdós se adentra en el tema de la guerra de guerrillas, que es evidente en Scott y de la cual también se había ocupado Balzac en *Les Chouans*. El escenario carlista también le dio oportunidad de ocuparse del asunto de la crisis de identidad, que Scott ya había introducido inicialmente en *Waverly*. José Fago, el cura renuente, se ve atrapado en el brutal conflicto en las cumbres de Navarra entre las bandas carlistas rebeldes, encabezadas por Zumalacárregui, y el ejército español en 1834 y 1835. Las cuestiones religiosas y dinásticas estaban tan confundidas en la causa carlista como lo habían estado entre los jacobitas. Como *Waverly*, Fago se halla primero en un bando y luego en el otro, pero finalmente es vencido por el conflicto. Por más fascinante que sea esa novela, la fina línea entre invención e historia se quiebra completamente porque el autor no consigue su ambicioso intento de hacer intercambiables el proceso mental de su héroe imaginario y la figura histórica epónima.⁶⁷

⁶⁴ Benito Pérez Galdós, *La primera república*, Madrid, 2002, pp. 70-71, 86-87, 100.

⁶⁵ H. Chonon Berkowitz, *Pérez Galdós, Spanish Liberal Crusader*, Madison, 1948, pp. 180-186. Antonio Regalado García, *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española*, Madrid, 1966, pp. 21, 25, 68, 70-72, 75. Carolyn Boyd, *op. cit.*, pp. 69-74, 130-131.

⁶⁶ Benito Pérez Galdós, *Cádiz*, Madrid, 2001, pp. 123-133, 140, 154-155, 176-177. Brian J. Dendle, *op. cit.*, pp. 30-32, 38, 45-51, 72-73, 78-80. Antonio Regalado García, *op. cit.*, pp. 27-32, 43-44.

⁶⁷ Benito Pérez Galdós, *Zumalacárregui*, Madrid, 2002, pp. 54-55, 88, 113, 162, 171. Véase Jordi Canal, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, 2000, pp. 28-119.

Sin embargo, los *Episodios* hicieron llegar la novela histórica seria hasta principios del siglo XX. En un principio adoptaron algunas de las técnicas de la novela popular en boga, con pintorescas descripciones costumbristas españolas, lo cual atrajo a extranjeros, como Prosper Mérimée o al compositor Georges Bizet quien hacía temas españoles. Pérez Galdós compartía con otros escritores del siglo XIX una preocupación por el “carácter nacional”. Los *Episodios* identificaban los vicios nacionales —el egoísmo, la falta de disciplina, el fanatismo, la retórica vacía y la ostentación— que, en su opinión, hundían a España. Estas novelas no son de vanguardia en cuanto a la técnica, y el simbolismo en ellas está escasamente desarrollado; sin embargo, demuestran que en las décadas posteriores a 1870 la novela histórica no había muerto en modo alguno.⁶⁸

Observaciones finales

La novela histórica se alimenta de la tensión entre los hechos y la imaginación. Está en su mejor forma cuando el balance se mantiene de manera consistente y la división no muestra las costuras. A la novela histórica también le concierne la relación entre el tiempo presente y los eventos del pasado. Las motivaciones del autor, con frecuencia difíciles de discernir, revelan cómo una época particular se ve a sí misma a través de ese medio.

La novela histórica temprana contribuyó a conseguir un mayor realismo en un contexto social y una ubicación geográfica. Las topografías distintivas, lo mismo que las costumbres y los dialectos eran su característica y su fuerza subyacente. El realismo extendió la escala social a los grupos medios y bajos, a cuyos destinos y opiniones se les dio primacía. La novela histórica creció con la novela realista. Sin embargo, los historiadores eruditos profesionales rápidamente eclipsaron la capacidad de la ficción en el manejo de fuentes primarias. Para mediados del siglo XIX la novela histórica se hallaba en una

crisis, debido a que el balance entre los hechos y la imaginación sufrió un vuelco. Eliot y Flaubert, en su afán por responder a la crisis de la novela histórica, se apartaron del realismo en un camino literario permeado por el simbolismo. Buscaron, de diferentes modos, transformar el pasado en un símbolo o paradigma, con objeto de dotar a los acontecimientos con un significado moral más amplio. La novela histórica de mediados del siglo XIX llegó a la raíz de la paradoja de ese siglo —una creencia religiosa renovada (y dogmática) frente al materialismo y la secularización—. Si bien los experimentos literarios de Eliot y de Flaubert no tuvieron popularidad, *Romola* y *Salammbô* testimonian el contexto intelectual de su tiempo. Eliot, rechazando la teología, creía que la moralidad podría derivarse tanto de la antigüedad como de un cristianismo desprovisto de religión. La novela de Flaubert rechazaba tanto la tradición clásica venerada por la Ilustración como el romanticismo de su propia época.

Guerrilleros, rebeldes, contrabandistas y bandidos sin duda eran asuntos del mayor interés para los novelistas históricos. La lucha de los mercenarios contra el imperio de Cartago también era un reflejo de esta saga de resistencia al poder central. La explicación de esa fascinación puede hallarse tanto en las respuestas ante la expansión del Estado decimonónico como en el atractivo literario de temas pintorescos. Cuestiones religiosas y dinásticas venían entrelazadas en los conflictos, las cuales dieron forma al contexto de las novelas históricas de Scott, Balzac y Pérez Galdós, a la vez que explican su peculiar ferocidad. Scott echó a andar a la novela histórica como un medio para examinar el conflicto entre la violencia y la legalidad, y para explicar las razones sociales y psicológicas de la superioridad de la segunda.

A través del medio de la novela histórica obtenemos una visión distinta de los dilemas del siglo XIX, con respecto a las explicaciones de la historia política y económica centrada en las luchas por el poder y la riqueza. Esta visión contribuye de forma dramática a nuestra comprensión de esa era, especialmente al observar cómo

⁶⁸ Brian J. Dendle, *op. cit.*, pp. 41, 44-45, 130-132, 141, 181-182.

en los mundos literarios de *Romola* y *Salammbô* comienza a desintegrarse la confianza en el progreso y la certeza del conocimiento que se tenía a mediados del siglo.

Tal vez la observación más notable es la profundidad de las mutuas influencias entre los autores aquí examinados. Si Scott y Vico pueden ser vistos como influencias fundadoras tanto en la historiografía como en la ficción histórica del siglo XIX, luego tanto ellos como sus sucesores muestran con qué comodidad los temas y los métodos traspasaban las fronteras políticas. En contraste, las explicaciones nacionalistas predominan en las historias políticas de la mayoría de países europeos, como si cada una de ellas estuviera atada a su propia *Sonderweg*.⁶⁹ La perspectiva cultural que aquí se ha adoptado muestra lo contrario: todos, al parecer, se influenciaron mutuamente, lo cual incluye préstamos, explícitos o no, y transferencias de una forma de arte a otra. Este cuadro de influencias mutuas altera considerablemente la perspectiva de la historia nacional, con su énfasis en la “competencia por el poder” o la “lucha por la hegemonía”.

El cosmopolitanismo y el nacionalismo cultural existieron uno al lado del otro. Muchas socie-

dades europeas —España, por ejemplo— sintieron los desgarramientos de esta contradicción a lo largo del siglo XIX y aún más allá. El nacionalismo cultural al interior de las fronteras políticas buscaba galvanizar la cohesión interna, definir la identidad colectiva en relación con el exterior y, con el visto bueno del Estado, establecer una cultura oficial. Las interrelaciones culturales descritas en el presente estudio trascienden los proyectos nacionales, aun si autores como Manzoni estaban sumergidos en el proceso de construcción de la nación. Si bien resulta verdadero decir que las novelas históricas de Pérez Galdós fueron promotoras de una cultura hispánica como un aspecto fundamental de la conciencia nacional, Scott y Balzac proporcionaron los antecedentes. Este cruzamiento de las fronteras políticas subrayaba la existencia de una cultura vibrante y siempre en transformación, con preocupaciones comunes pero con aplicaciones variables. En muchos sentidos la novela histórica fue una empresa paneuropea, y si sus propósitos, entonces y ahora, bien podrían ser nacionales, sus raíces no lo eran. El cosmopolitanismo y las culturas nacionales representaban perspectivas diferentes en una época de creciente nacionalismo.

⁶⁹ En alemán en el original. *Sonderweg* (literalmente “camino especial”) designa una corriente en historiografía desarrollada en Alemania a principios del siglo XIX, según lo cual, dicha nación ha tenido un desarrollo histórico particular, al margen de otras naciones europeas. [n. del t.].

Invención de prodigios. La literatura hierofánica novohispana

Antonio Rubial*

*En todos tiempos, reinos y provincias, ha
cuidado la divina providencia de dar a su
Iglesia imágenes milagrosas...
para créditos de la fe de las sagradas
imágenes (que tanto abominan
los herejes), para instrucción
y enseñanza de los rudos,
para continuo recuerdo de los soberanos
misterios de nuestra redención
y de los ejemplos de los santos,
para excitar en nosotros afectos tiernos
de devoción, que más alienta
con lo que perciben los ojos,
que con lo que se propone por los oídos.¹*

Narrar, tanto para la historia como para la literatura, ha tenido siempre una fuerte carga de invención, pero de invención no como una construcción de falacias sino con su sentido prístino, ése que quedó inserto en el *Tesoro de la lengua castellana* de Sebastián de Cobarrubias: “sacar algu-

na cosa de nuevo que no se haya visto antes ni tenga imitación de otra”.² Con esa acepción se hablaba de la invención de la santa Cruz, es decir del hallazgo de esa reliquia por santa Elena. Inventar se convertía así en un acto que se relacionaba con el mostrar, con el enseñar, con el dar a conocer.

Sin embargo, aunque el contenido de la invención era algo tomado de la realidad, la forma en que se presentaba debía seguir ciertos cánones y hacer uso de varios recursos, todo lo cual estaba regulado por los dictámenes de una de las más importantes artes liberales: la retórica. A ellos se debía someter todo tipo de discurso, incluido el histórico. Así una buena invención debía utilizar, para hacerse valiosa y legítimar su veracidad, los múltiples recursos del género demostrativo: la alabanza de las virtudes, el vituperio de los vicios, la amplificación, el *exemplum*, las pruebas, la digresión, la cita de autoridades (como la Biblia o los autores cristianos y grecolatinos). Tales recursos estaban dirigidos a cumplir con tres objetivos

básicos: enseñar comportamientos morales (*docere*), entretener (*delectare*) y provocar sentimientos de repudio o de admiración (*movere*).

Por tanto, los criterios de veracidad de entonces, a diferencia de los actuales, insistían mucho menos sobre lo realmente acontecido y ponían un énfasis mayor sobre la enseñanza moral que el hecho traía consigo. Es decir, la verdad no tenía tanto que ver con el ser como con el deber ser, y en última instancia su valor estaba supeditado al uso que se le podía dar como guía para transitar por el mundo en camino hacia la salvación eterna. En este contexto, podía considerarse tan histórica una narración que describía los avatares de una expedición marítima, como la que explicaba las visiones de una monja, pues ambas tenían como finalidad última mostrar la actuación de la Providencia Divina en la vida humana y dar una enseñanza sobre la actitud devota y obediente que debían tener los hombres ante Dios.

Durante el periodo virreinal se escribieron numerosos textos que narraban la “invención” de imágenes milagrosas cuyas leyendas se consi-

*Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Alonso Alberto Velasco, *Renovación por sí misma de la soberana imagen de Cristo Señor Nuestro crucificado que llaman de Itzmiquilpan*, México, Convento de Carmelitas Descalzas, 1996, p. 3.

² Sebastián de Cobarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, México, Turnermex, 1984, p. 740.

deraron hechos realmente acaecidos. La escritura, de hecho, estaba fijando una serie de tradiciones transmitidas oralmente, cuyos contenidos se encontraban marcados por la inmediatez, credulidad e imaginación propias de la comunicación oral. Gracias a la imprenta esas tradiciones no sólo multiplicaron los destinatarios del mensaje, también elaboraron conceptos y categorías nuevos, volvieron sagrados (y por lo tanto incuestionables) sus contenidos y, al fijar las palabras en un mundo de espacio visual, provocaron una sensación de finitud, de que lo que se encontraba en el texto estaba concluido, consumado.³ Las ciudades de Puebla, Oaxaca y México, únicos centros urbanos con imprentas hasta mediados del siglo XVIII, eran además las capitales donde existían las condiciones propicias para desarrollar un culto a estas imágenes. Otras ciudades menores como Valladolid, Querétaro, Guadalajara o Mérida, aunque sin imprentas, también poseían esas cualidades: ricos conventos, una elite eclesiástica culta y un grupo de terratenientes y mercaderes dispuestos a comprar las ediciones y a promover los santuarios. Fue en ellas, en fin, donde se encontraban aquellos individuos o corporaciones dispuestos también a financiar tales impresos: obispos, ricos eclesiásticos, mercaderes, terratenientes, provincias religiosas, cabildos urbanos o cofradías.

En el presente ensayo pretendo mostrar, en un conciso recorrido cronológico, los textos que criollos y peninsulares elaboraron, con base en modelos españoles, para describir los prodigios que habían sucedido en sus ciudades. No trataré por el momento aquellas narraciones insertas en las crónicas religiosas, aunque también

³ Walter J. Ong, *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, México, FCE, 1987, p. 81.

responden a las mismas inquietudes que los tratados hierofánicos.⁴ La mayor parte de éstos utilizaron la imprenta para difundir sus mensajes, aunque las imágenes prodigiosas no siempre estuvieron en los lugares donde había imprenta, ni los escritores de prodigios fueron siempre nativos de esos lugares. He creado el término literatura hierofánica para darle nombre a este conjunto de impresos que reúnen características similares entre sí, pues se trata de narraciones que describen “manifestaciones de lo sagrado”.



Un género literario europeo trasplantado a América en el siglo XVII

La literatura hierofánica novohispana es heredera de una tradición que se remonta a la Edad Media y que tiene sus orígenes en las narraciones de milagros atribuidos a la Virgen

⁴ Ejemplo de estas narraciones son la aparición de Cristo de Totolapan, que describe el cronista agustino fray Juan de Grijalva en su *Crónica de la Orden de Nuestro Padre San Agustín en las provincias de Nueva España*, México, Porrúa, 1985; y las numerosas imágenes franciscanas que incluye fray Agustín de Vetancurt en su *Teatro Mexicano*, edición facsimilar, México, Porrúa, 1982.

María escritos por autores como Gonzalo de Berceo y Alfonso X. A partir de la Contrarreforma el aparicionismo recibió un fuerte impulso, sobre todo en España, donde dos imágenes fueron objeto de especial atención: la Virgen del Pilar en Aragón y la Virgen de Guadalupe en Extremadura, ambas relacionadas con personajes de la época apostólica (Santiago y San Lucas, respectivamente) y con el proceso de la reconquista contra el Islam.⁵

Siguiendo este modelo, en Nueva España casi todas las leyendas aparicionistas remontaron sus orígenes al periodo inmediato posterior a la conquista de Tenochtitlán, el de la primera evangelización, aunque la elaboración de sus leyendas corresponde a las últimas décadas del siglo XVI y a las primeras del XVII. En muchas ocasiones, los santuarios descritos en estos textos nacieron para suplantar cultos a antiguas deidades y para modelar la religiosidad de los nuevos grupos étnicos y sociales desarraigados. Los iconos comenzaron a aglutinar en todas las regiones de Nueva España los sentimientos de pertenencia al terruño y atraían a sus santuarios a numerosos peregrinos agradecidos por los favores recibidos o que buscaban salud y fortuna. En el santuario confluyeron las “mandas”, las promesas corporativas o individuales, las limosnas, las ofrendas, los ex-votos y las peregrinaciones. En la mayoría de casos, el proceso devocional se iniciaba con un culto desarrollado en el ámbito popular, que con el tiempo era promovido por el clero lo-

⁵ Dos ejemplos de estos textos son: Luis López, *El pilar de Zaragoza. Columna firmísimo de la Fe de España. Primer templo católico del mundo*, Alcalá, Imprenta de María Fernández, 1649; Diego de Montalvo, *Venida de la soberana señora Virgen de Guadalupe a España. Su dichosa invención y de los milagrosos favores que ha hecho a sus devotos*, Lisboa, s.p.i., 1631.

cal y los obispos españoles hasta convertirse en una devoción regional. En forma paralela, se expandían esos cultos por medio de sermones, retablos, pinturas, santuarios sufragáneos, imágenes peregrinas que realizaban giras promocionales y cofradías y hermandades que organizaban fiestas y procesiones.



En la última fase del culto, y como un factor decisivo en su expansión, se fijaron por escrito las leyendas surgidas alrededor de esas imágenes en una rica gama de textos que responden a una estructura bastante homogénea: en primer término se narraban los hechos prodigiosos que rodearon la aparición de la imagen; ésta, surgida de manos de un artesano o de factura divina y mantenida intacta en condiciones climáticas adversas o renovada milagrosamente, se presentaba siempre como el centro de un discurso que demostraba la legitimidad y necesidad de un tipo de culto negado por los protestantes. Además, la presencia de un indígena como principal receptor del milagro se presentaba como la ratificación celestial del éxito de la evangelización y como una defensa de la capacidad espiritual de los indios, base fundamental de la iglesia novohispana. No es gratuito que muchas de las

apariciones se remonten, míticamente, a la primera mitad del siglo XVI, época en la que se implantó la nueva fe en la mayor parte del territorio mesoamericano.

En seguida venía la descripción del objeto, pintura o escultura, elegido por Dios para mostrar su poder. A partir de figuras retóricas llamadas *ekphrasis* y *enargeia* se plasmaba una presencia visual por medio de una narración que trazaba pinceladas con palabras. Una descripción del santuario, con su templo, la riqueza de sus retablos y sacristía y sus dependencias, es decir el entorno de la imagen, no podía tampoco faltar en estas descripciones pictóricas. El espacio sagrado, un cerro o una cueva, son elementos comunes a todas las leyendas de este tipo, y en su descripción se acentúan los rasgos retóricos de un *locus amoenus* lleno de delicias.

La obra concluía generalmente con una serie de *exempla*, narraciones de los milagros individuales y colectivos que debían atribuirse a la imagen y eran presentados como pruebas de su procedencia divina. Fuente inagotable de bienestar material y espiritual, las imágenes detenían epidemias, atraían las lluvias, curaban enfermedades, expulsaban demonios, protegían cosechas y animales y hacían aparecer de la nada los materiales necesarios para construir sus templos. Individuos y comunidades eran favorecidos por estas fuerzas benéficas, cuyas imágenes mostraban actitudes corporales humanas: sudaban, lloraban, sangraban, movían la cabeza y los ojos, se cubrían el rostro con los cabellos, se trasladaban de un lugar a otro, aumentaban su peso para hacer imposible su traslado, obligaban a las mulas que las portaban a detenerse para mostrar el sitio donde debía ser construido su santuario. A menudo la presencia de ángeles en hábito de indígenas que cantaban, tocaban ins-

trumentos o peregrinaban ante las imágenes atestiguaba la sacralidad del espacio donde éstas se encontraban. Hasta el mismo demonio declaraba sollozando el poder que tales iconos poseían para librar a las almas de su yugo. El milagro, tema central de estos textos, debía ser considerado no sólo como un hecho extraordinario y sobrenatural, sino también como una metáfora que encerraba en sí una enseñanza moral. Las narraciones de milagros como *exempla* traían consigo una moraleja: la fe en las imágenes y las ofrendas que a ellas se hicieran aportarían beneficios de todo tipo a los fieles que las veneraban, pero un comportamiento virtuoso era fundamental para obtenerlos.⁶

La finalidad primordial de estos escritos era mover la piedad de los fieles, su devoción y las peregrinaciones, pero a veces también se constituían en vehículos para promocionar las informaciones sobre las apariciones, primer paso en el proceso de solicitud de reconocimiento del culto por parte de la Sagrada Congregación de Ritos en Roma. En todos ellos aparece además como tema central la validez de esos cultos a pesar de la ausencia de documentos escritos en sus orígenes. Para estos escritores, Nueva España era, sin lugar a dudas, un espacio elegido por la divinidad para manifestarse, sus imágenes milagrosas lo hacían el lugar más destacado de la tierra, una segunda Jerusalén.

Las narraciones hierofánicas novohispanas proceden de modelos literarios nacidos en Europa, pero enriquecidos con los colores de un rico folclore local. Su información procede de textos manuscritos, solicitados

⁶ Antonio Rubial, "La crónica religiosa. Historia sagrada y conciencia colectiva", en Raquel Chang (coord.), *Historia de la literatura mexicana*, v. II, México, Siglo XXI/UNAM, 2002, pp. 325-371.

a menudo por los autores a los sacristanes de los santuarios, de los exvotos, en que se pintan y se narran brevemente numerosos prodigios y, sobre todo, de la tradición oral. Los autores de estas narraciones, más que ningún otro escritor de historia, utilizaron abundante información procedente del ámbito popular, por lo que estas obras deben ser consideradas como la síntesis y coronación de un largo proceso de creación colectiva, en la que el elemento popular se amalgamó y estructuró dentro de la óptica criolla.

Este carácter popular no sólo influyó en la narración, llenó también todas las manifestaciones del culto, un culto en el que se entrelazaban las religiosidades indígenas y occidentales. A la práctica española de la romería o el jurar por la corona de la virgen, se sumaban las danzas, tocotines y música de procedencia prehispánica y las ofrendas indígenas de copal, mazorcas de maíz y fruta. La religiosidad mágica europea se entrelazaba con las prácticas de pueblos que vivían para sus dioses. La convivencia, sin embargo, no dejó de tener conflictos que se manifestaron a menudo en los intentos, exitosos o fallidos, de usurpación de imágenes indígenas por el ámbito español.

Ese mismo fenómeno de apropiación es el que podemos observar en la literatura hierofánica cuyos materiales han sido tomados de la tradición oral popular y reelaborados con un nuevo sentido. La fijación textual obtenida con la escritura marca la transformación de una narración oral plural en un paradigma sacralizado y único que se convierte, a su vez, en materia prima para otras narraciones orales y escritas referidas a otras imágenes. Asimismo, para algunas de las imágenes sobresalientes se crearon verdaderos ciclos narrativos que difundieron el mensaje y los con-

tenidos de los primeros textos aparicionistas.



Esto pasó, sobre todo, con el más temprano de los textos impresos sobre estos temas: *La historia de la Virgen de los Remedios* del mercedario fray Luis de Cisneros (m. 1619). Este libro, impreso en 1621, narra los prodigios de una pequeña imagen de bulto traída por los conquistadores, ocultada durante la huida de la Noche Triste y encontrada tiempo después bajo un maguey en el cerro Totoltepec por el indio otomí Juan Ce Cuauhtli. Además de su asociación con la conquista de Tenochtitlan, algunas de las narraciones del texto la ponían en relación con muchos otros ámbitos religiosos: con los franciscanos de Tacuba, pues ahí trabajaba de obrero Juan; con los agustinos, por una cinta de San Agustín entregada por la Virgen para curar a su devoto después de una caída que pudo ser mortal; con la Virgen de Guadalupe que dio las órdenes y medidas para la construcción de la ermita de los Remedios; con el clero secular que fue encargado de administrar el culto en nombre del Ayuntamiento de la ciudad de México, patrono del santuario. La existencia de tantos ámbitos propició que el texto del padre

Cisneros tuviera una gran difusión y la leyenda apareciera mencionada en numerosas crónicas como las del agustino Juan de Grijalva (1580-1638), la del mercedario Francisco Pereja (1619-1688) y la del franciscano Agustín de Vetancurt (1622 ca. 1708). Pero quizá el mayor impacto fue su influencia directa sobre los textos guadalupanos. Ya Francisco de la Maza insistió en los vínculos existentes entre ambas imágenes, no sólo en cuanto al culto sino también en lo referente a sus leyendas. Ambas relacionadas con el agua de la laguna, la llegada de las lluvias y las inundaciones y ambas suplantadoras de diosas indígenas; ambas aparecidas en cerros a indígenas de nombre Juan y ambas consideradas númenes protectores de la ciudad de México.⁷

A pesar de que la imagen de los Remedios fue la que visitó la ciudad un mayor número de veces, la de Guadalupe recibió una mayor atención por parte de los escritores criollos. Durante la década de 1640 a 1650 los clérigos Luis Lasso de la Vega (m. 1670 ca.) y Miguel Sánchez (1594-1674), vinculados con el santuario y apoyados por el arzobispo Juan de Mañozca (m. 1650), dedicaron sus esfuerzos a divulgar el texto náhuatl llamado *Nican Mopohua* (*Aquí se relata...*) atribuido a Antonio Valeriano y copiado por Fernando de Alva Ixtlilóchitl (1578-1650). En él se narraban las tres apariciones de la Virgen a un indio de Cuauhtitlán llama-

⁷ Sobre la Virgen de los Remedios véase Solange Alberro, "Remedios y Guadalupe: de la unión a la discordia", en Clara García Aylluardo y Manuel Ramos Medina (coords.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, Condumex/INAH/UIA, 1994, pp. 315-329; y Dolores Bravo, "Los Remedios y Guadalupe; dos imágenes rivales y una sola virgen verdadera", en *Revista de la Universidad de México*, núm. 499, pp. 27-29.

do Juan Diego, en el cerro del Tepeyac al norte de la ciudad de México; después de la última, unas rosas prodigiosamente nacidas en invierno produjeron la milagrosa impresión de una imagen de la Inmaculada Concepción con rostro indígena sobre el ayate o tilma de Juan Diego ante la azorada presencia del obispo fray Juan de Zumárraga (1468-1548). Después de narrar la curación de Juan Bernardino, tío de Juan Diego, primer milagro atribuido a la imagen, el texto concluía con una frase que hacía de este icono un objeto único en su género y diferente a todas las demás: “ninguna persona de esta tierra pinó su querida y venerada imagen”.⁸



Luis Lasso de la Vega publicó su *Huey tlamahuizoltica (El gran acontecimiento)* en náhuatl en 1649, con el texto de Valeriano seguido de breves anotaciones conocidas como *Nican Motecpana (Aquí en orden y concierto...)*, una recopilación de las intervenciones prodigiosas de la Virgen a favor de los españoles de la capital. Sin embargo, no fue este texto, sino el de Miguel Sánchez, impreso un año antes, en 1648, el que tuvo un

⁸ Antonio Valeriano, *Nican Mopohua*, edición de Guillermo Ortiz de Montellano, México, UIA, 1990, p. 100.

impacto decisivo en la difusión de la narración y del culto. A diferencia de la de Lasso, la obra de Sánchez no se quedó en una mera copia de Valeriano, sino que realizó toda una elaboración alegórica en la que se entrelazaban la narración simbólica del *Apocalipsis*, las apariciones guadalupanas y los presagios y acciones desarrollados alrededor de la conquista de México. La Virgen morena se convertía en la mujer del *Apocalipsis* cuyas alas recordaban las del águila mexicana; el dragón demoníaco simbolizaba la idolatría de los antiguos habitantes del Anáhuac sometida por Hernán Cortés y sus guerreros, émulo de san Miguel y sus ángeles; el Tepeyac, desierto al que voló la mujer preñada vestida de sol, se volvió espacio sagrado junto con la isleña ciudad de México transformada en Patmos y en Jerusalén; san Juan, el evangelista y autor del *Apocalipsis*, prefiguró a Juan Diego, a Juan Bernardino y a fray Juan de Zumárraga, los tres testigos del milagro.⁹

La imagen se convertía así en la razón de ser de la conquista y de la evangelización y en un jeroglífico, en un emblema que encerraba en sí todo un lenguaje cifrado. Por medio de alegorías biológicas, numerológicas y astrológicas la imagen se transformaba en un signo de salvación, en una exaltación solar de la monarquía española, en protección contra las aguas embravecidas de la laguna, en clave matemática para conocer el número de los elegidos, en signo que asociaba al águila con la cruz y a México con el calvario. Con su imagen, María mostró su pretensión de fundar en Nueva España un nuevo paraíso asociado a las rosas milagrosas del ayate y a la planta con que éste fue fabricado: el maguey, convertido en un nuevo ár-

⁹ Francisco de la Maza, *El guadalupanismo mexicano*, México, FCE, 1981, p. 71.

bol paradisiaco. Sin duda buena parte de sus metáforas y del éxito de su mensaje tienen una deuda enorme con la expansión del culto a la Inmaculada Concepción en todos los ámbitos del imperio español.

La siguiente década vio crecer la difusión del culto. La obra de Sánchez influyó en otros textos como el del jesuita Mateo de la Cruz (m. 1686), publicado en Puebla en 1660, y en las informaciones que realizaron en 1666 Francisco de Siles (m. 1670 ca.) y un grupo de canónigos de la catedral. Este último documento se basaba en un interrogatorio con el que, dirigiendo las respuestas, se esperaban obtener las pruebas para iniciar ante la Sagrada Congregación de Ritos los trámites para pedir misa y oficio propios, un día de fiesta y al aval del culto a la Virgen de Guadalupe por parte de Roma.¹⁰

En contraste con estos dos últimos textos (realizados para divulgar la devoción y sin ningún aporte novedoso) se encuentra la obra de Luis Becerra Tanco (1603-1672), poliglota y científico criollo, profesor de astrología y matemáticas de la universidad y que había participado en las informaciones de 1666. Después de un opúsculo sobre el tema aparecido ese mismo año, Becerra publicó su *Felicidad de México* en 1675, obra que alcanzó dieciséis ediciones e intentaba dar al relato guadalupano un sustento histórico y científico. Después de la acostumbrada queja por la falta de documentos originales y de una velada alusión

¹⁰ Los textos guadalupanos tuvieron también impacto en Europa y sus narraciones fueron insertadas en las obras de los jesuitas Juan Eusebio Nieremberg, Guillermo Gumpenberg y Anastasio Nicoselli. Jaime Cuadriello, “La propagación de las devociones novohispanas: las guadalupanas y otras imágenes preferentes”, en *México en el mundo de las colecciones de arte*, 3 vols., México, Azabache, 1994, vol. I, p. 260.

a la poca solidez de los trabajos anteriores, el autor explicaba el milagro como una impresión física que los rayos solares habían hecho sobre la manta. Una etimología náhuatl del nombre de Guadalupe, la crítica de ciertas contradicciones de la narración y varias razones que explicaban la desaparición de los documentos originales eran datos dirigidos a dar a conocer una información hecha “en decoro de la patria cuyas glorias debemos conservar sus hijos”.¹¹



Al mismo tiempo que los criollos de la ciudad de México difundían las leyendas de sus vírgenes milagrosas, en otras regiones del territorio se daban fenómenos similares y se imprimían textos para difundir sus devociones. En Yucatán, el franciscano peninsular fray Bernardo de Lizana (1575-1631) describía, en un *Devocionario* de fechas tempranas del siglo XVII, los milagros asociados a la Virgen de Izamal, talla guatemalteca encargada por fray Diego de Landa (m. 1579) para los indios de su parroquia, disputada por los españoles de la vecina Valladolid y autora de innumerables prodigios en todo el obispado de Mérida. La obra, impresa en

¹¹ Citado por Francisco de la Maza, *op. cit.*, p. 83.

España en 1633, mostraba las tensiones y conflictos, así como los vínculos culturales y la colaboración, que se dieron entre los mayas y los españoles en Yucatán entre los siglos XVI y XVII. El *Devocionario* era, sin embargo, algo más que un texto hierofánico porque también daba noticias sobre la historia prehispánica de Yucatán y sobre la evangelización franciscana en la zona, labor que era vista como obra de la Virgen y cuya relación pretendía atajar las acusaciones hechas contra los franciscanos por supuestos abusos de autoridad hacia los indios.

Diez años después, en 1643, salía impresa en Puebla, a instancias del obispo Juan de Palafox (m. 1655), la obra del jesuita madrileño Juan de Ávalos (1581-1651) sobre la Virgen de Cosamaloapan, imagen encontrada en el lomo de una mula muerta y que dejó la huella de sus prodigios en la zona de Veracruz entre los obispos de Puebla y Oaxaca. También una promoción del obispo Palafox fue la veneración de la Virgen de Defensa situada en la catedral de Puebla cuyo primer dueño fue el ermitaño toledano radicado en los bosques de Tepeaca, Juan Bautista de Jesús (m. 1660). Además de los acostumbrados prodigios, la peculiaridad de esa imagen fue su gran movilidad, pues viajó por toda América, desde California hasta Chile, y la existencia de dos figuras, igualmente prodigiosas, que llevaron el mismo nombre. El autor que fijó por escrito esos hechos, junto con la vida de Juan Bautista, fue el clérigo secular Pedro Salgado Somoza (m. 1690 ca.) cuya obra, impresa en 1683, se basó en una descripción dejada por el mismo ermitaño.

Un año más tarde, el franciscano fray Juan de Mendoza (m. 1686) daba a la imprenta un opúsculo sobre la Virgen de Tecaxique, venerada en un santuario cercano a Toluca. Con un lenguaje sencillo el autor describe los

prodigios de la imagen Nuestra Señora de los Ángeles, pintada en una tela de algodón y conservada intacta a pesar de que estuvo a la intemperie en una ermita abandonada. Junto a la presencia de ángeles que tocaban música y emitían luz, a la multiplicación de la cal, la carne y las limosnas para concluir el santuario y a otros milagros, la alusión al nombre indígena del lugar (Nido de Aves) permite al autor hablar de una predestinación de los indios a convertirse en pueblo elegido.

La Virgen de Tecaxique se había opuesto a ser trasladada al convento de San Francisco de Toluca, algo que no sucedió en otros casos. La imagen del Cristo de Ixmiquilpan, por ejemplo, fue expropiada a una comunidad indígena y llevada a la capital para ser colocada en el recién fundado convento de las carmelitas descalzas. Alonso Alberto Velasco (1635-1704), autor criollo del texto hierofánico publicado en 1688 y capellán de dicho convento de monjas, construyó alrededor de esa imagen un complejo escrito lleno de alusiones morales y alegorías históricas en el que la presencia indígena es incidental, pues no existe un Juan Diego. La imagen de un Cristo carcomido por la polilla y la humedad y renovado milagrosamente (con todo un aparato de gritos desgarradores, de sudor, de sangre, de emisiones de luz y de movimientos de ojos y de boca), sirve para discurrir sobre los sufrimientos del calvario. La narración del traslado (precedido por un motín popular que se oponía a él y sucedido por una procesión devota y curativa) y los hechos históricos que vivió la ciudad en el siglo XVII se convierten en una manifestación alegórica de los milagros que rodearon a la renovación de la imagen y en una meditación sobre el alma, afeada por el pecado y restituida con los dones del Espíritu Santo a la belleza y candidez de la infancia. La expulsión del

arzobispo por el virrey durante la rebelión popular de 1624, la colocación de los huesos del ermitaño Gregorio López en el templo de las carmelitas, las pocas muertes acaecidas durante la inundación de 1629, la persecución contra los judíos y su quema en la hoguera en la capital en 1649, son interpretados a la luz de una imagen que con sus prodigios enseña, purifica y alivia a la ciudad.

Francisco de Florencia, la consolidación del género

Por el tiempo que Velasco escribía su texto, el jesuita Francisco de Florencia (1620-1695) realizaba una magna labor de recopilación de materiales que dieron origen a numerosos libros sobre el tema de las apariciones. Con su obra culmina un largo proceso de elaboración literaria hierofánica que tiene en él a su máximo exponente. Florencia, nacido en la Florida y formado en los colegios novohispanos de la Compañía de Jesús, inició sus trabajos después de un viaje a Europa como procurador de su orden, y de los criollos, para conseguir, entre otras cosas, la autorización de Roma del culto y de una fiesta para la Virgen de Guadalupe. Además de despertar su interés por esos temas, el viaje a Europa le permitió entrar en contacto con otros jesuitas y con varios impresores y mecenas, lo cual facilitó que muchas de sus obras fueran editadas en España.

Sin embargo, sus primeros impresos vieron la luz en México. *La milagrosa invención de un tesoro escondido* (editado en 1686) recoge la tradición de la Virgen de los Remedios y le da un nuevo giro haciéndola colaboradora de la fundación de Nueva España por su presencia en la conquista; sorprende que apenas un año antes Lorenzo de Mendoza (m. 1690 ca.) había dado a la imprenta una

obra sobre la misma imagen. Dos años después Florencia publicaba su *Estrella del norte de México*, texto enciclopédico construido para argumentar y promover la aceptación del culto por Roma y que recopilaba todo lo dicho con anterioridad sobre el tema guadalupano, pero agregaba nuevos testimonios (como aquellos de las monjas que habitaban el convento de Jesús María) y novedosas metáforas (la gran inundación de 1629 se transforma en el diluvio universal y María de Guadalupe aparece como el arco iris de la alianza entre Dios y su pueblo novohispano y en promesa de bienestar para el futuro). Una biografía piadosa de Juan Diego, un exagerado valor otorgado a las informaciones recopiladas en 1666 y una explicación poco convincente al silencio de los historiadores españoles del siglo XVI sobre el prodigio son también elementos que hacen original este texto que tenía, como una de sus finalidades, apoyar el proceso de la aprobación del culto guadalupano en Roma.¹² Para Florencia, la aparición no sólo era muestra del favor que Dios otorgó a México, era prueba también de la superioridad de esta tierra sobre cualquier otra: “no hizo tal cosa en otra nación”.¹³

El tema de la Virgen de Guadalupe abrió para Florencia el interés por otras devociones locales y la necesidad de darles publicidad, no sólo en América sino también en Europa. Así, en 1689 apareció en Cádiz su *Des-*

¹² David Brading, *La Virgen de Guadalupe. Imagen y tradición*, México, Taurus, 2002, pp. 166 y ss. El autor propone que Francisco de Florencia escribió esta obra principalmente para Roma y no para ser leída por un público novohispano.

¹³ *Ibidem*, pp. 90 y ss. Véase también Sylvia Santaballa, “Writing the Virgin of Guadalupe in Francisco de Florencia’s *La Estrella del norte de México*”, en *Colonial Latin American Review*, vol. 7, núm. 1, 1998, pp. 83-103.

cripción histórica y moral en la que narraba la historia del santuario de San Miguel de Chalma, en el que un Cristo destruyó y sustituyó a un ídolo venerado en una cueva. En el mismo texto se describían también las virtudes y actividades de dos ermitaños asociados al santuario: los legos agustinos mestizos fray Bartolomé de Jesús María (m. 1658) y fray Juan de San José (m. 1689), maestro y discípulo, respectivamente, santificados por la cercanía a la imagen.¹⁴



Poco después, en 1692, salía en Sevilla otra narración de una original hierofanía del arcángel san Miguel, aparecido al indio Diego Lázaro en Santa María Nativitas de Tlaxcala en 1631, pero en la que no existía una imagen sino un pozo de agua milagrosa, con cuya agua y lodo se fabricaban panecillos curativos. El arcángel, después de golpear y apalear a su emisario para que obedeciera, logró finalmente que su santuario fuera construido y se convirtiera en

¹⁴ Sobre estos ermitaños véase Antonio Rubial, “Los santos milagrosos y milagrosos de la Nueva España”, en Manuel Ramos y Clara García (coords.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, Condumex/INAH/UIA, 1997, pp. 62 y ss.



un centro muy beneficiado por los obispos de Puebla, Juan de Palafox y Manuel Fernández de Santa Cruz.

Después de estos textos, el interés de Florencia volvió a centrarse en las vírgenes, pero ahora en dos devociones del norte de territorio, las de Zapopan y San Juan de los Lagos, localizadas en Nueva Galicia (1694). La primera, patrona de Guadalajara y llamada la pacificadora por su milagrosa participación en un ataque de los indios chichimecas, se mantuvo íntegra después de que un terremoto devastó su templo; la segunda, surgida en un territorio casi despoblado, fue renovada por la mano de ángeles.

La actividad difusora de Florencia seguía recopilando información sobre diversos cultos, pero la muerte lo alcanzó en 1697 antes de dar a la luz su obra póstuma, una enciclopedia de apariciones novohispanas que se llamaría *Zodiaco Mariano* y que concluyó (agregando materiales sobre Guatemala y sobre otros santuarios) el también jesuita Juan Antonio de Oviedo (1670-1757), quien la editó en 1755.

El *Zodiaco Mariano* recopiló las leyendas y milagros de 106 imágenes marianas distribuidas por obispos.¹⁵ Algunas de ellas habían sido obtenidas por donación o por flagrante robo, otras se “aparecieron”, se “revelaron” después de estar ocultas por mucho tiempo o se renovaron por sus propios medios; pero algo co-

mún a todas era la voluntad de María de mostrar su especial predilección por este territorio.

Para Florencia, y esto es una constante a lo largo de su obra, el principal argumento que avalaba la devoción a estas imágenes era que había existido una continuada tradición histórica sobre ellas; reconstruir esa tradición era el principal objetivo de sus obras. Junto a la existencia de una ininterrumpida devoción estaba también la autoridad de los obispos que habían patrocinado los santuarios, la difusión y multiplicación de las imágenes que proliferaban en los altares domésticos y la abundancia de limosnas de patronos ricos con que se edificaban sus santuarios. Además Florencia daba a la imagen un carácter de documento visual que nunca había tenido antes; es significativo al respecto el uso que hizo de pictogramas indígenas y de ex-votos como pruebas, y el remarcar el carácter jeroglífico que poseían algunos iconos.¹⁶

La obra monumental de Florencia, que le permitía hacer a menudo referencias cruzadas entre todas las imágenes que manejaba, no era sólo una literatura de propaganda para promover la devoción de los fieles; para él las imágenes eran una muestra de los favores divinos concedidos a su tierra, una manifestación de la unidad de la

fe que existía en Nueva España y de su carácter de pueblo elegido.

La plenitud del barroco y la literatura hierofánica

En el siglo XVIII se imprimieron dos obras más dentro de esta tradición hierofánica, una de ellas relacionada con la fundación mítica de Querétaro, la otra con los favores celestiales concedidos a Tlaxcala. La primera es un novedoso texto que no se refería ni a una imagen de la virgen ni a un Cristo, sino a una cruz. Se trata del libro impreso en 1722 que lleva por título *La cruz de piedra, imán de la devoción* del franciscano fray Francisco Xavier de Santa Gertrudis, religioso del colegio de *Propaganda Fide* de Querétaro.¹⁷ En este texto se narra por primera vez el origen de la cruz de piedra que se veneraba en este convento y se le asocia con una prodigiosa batalla en la que también se apareció Santiago, que dio el triunfo a los ejércitos cristianos (dirigidos por el cacique otomí Nicolás Montañés) sobre los chichimecas. Después de la derrota, éstos encontraron en el cerro de Sangremal las cinco piedras “de un color ajedrezado blanco y rojo”, que despedían un suave olor a rosas y azucenas con las que fabricaron

¹⁵ Tomás Calvo, “El Zodiaco de la nueva Eva: el culto mariano en la América septentrional hacia 1700”, en Manuel Ramos y Clara García (coords.), *op. cit.*, pp. 267 y ss.

¹⁶ Luisa Elena Alcalá, “¿Pues para qué son los papeles...? Imágenes y devociones novohispanas en los siglos XVII y XVIII”, en *Tiempos de América, Revista de Historia, cultura y territorio*, núm. 1, 1997, Castellón, Universidad Jaume I, p. 46.

¹⁷ Francisco Xavier de Santa Gertrudis, *La cruz de piedra, imán de la devoción venerada en el Colegio de misioneros apostólicos de la ciudad de Querétaro. Descripción panegírica de su prodigioso origen y portentosos milagros*, México, Francisco Ortega y Bonilla, 1722.



la cruz venerada en el colegio; desde entonces la cruz comenzó a realizar prodigios: se movía y crecía, resucitó a una niña, retornó a la conciencia a aquellos que habían caído de caballos o de edificios y a los atropellados, curó a los paralíticos y convirtió a los pecadores empedernidos.¹⁸

La obra del padre Santa Gertrudis terminaba con un panegírico a la ciudad de Querétaro, a la que llamaba paraíso de América y nueva Jerusalén, gracias a la prodigiosa cruz, su sagrado blasón. “No hay ciudad más parecida a Jerusalén que Querétaro, así en la configuración de sus collados y valles y amenidad de su terreno, como por la gran similitud que tiene su monte Sangremal (en donde está nuestro apostólico colegio y se venera la milagrosa cruz) con el monte Calvario... mereciendo por tanta gloria el exceso que hace a las demás ciudades por tanto título”.¹⁹

El segundo texto se refiere a la *Historia de la milagrosísima imagen de Nuestra señora de Ocotlán que se venera extramuros de la ciudad de Tlaxcala*, obra de Manuel Loaysaga impresa en 1745. Después de una apologética descripción de Tlaxcala y de la narración del martirio de los niños Cristóbal, Antonio y Juan por manos de los idólatras, con cuya sangre se había “alfombrado de rosas” el terreno donde María hizo su aparición, el autor describe la caritativa actividad del vidente Juan Diego. A la promesa que le hizo la Virgen de otorgar un agua salutífera, siguió su

aparición en un ocote ardiente ante varios franciscanos e indios en los principios de la evangelización, aunque no se conservó la fecha exacta del prodigio. A partir de ahí se suceden los milagros, algunos asociados con la construcción del soberbio santuario del siglo XVIII, otros con curaciones y solución de necesidades de indios y españoles o con la movilización prodigiosa de la imagen. Las descripciones del santuario, de sus retablos y yeserías y de la misma escultura milagrosa complementan este texto escrito por un capellán que, según sus palabras, había juntado las diversas tradiciones para dar razones a los fieles para acrecentar su devoción.

La literatura aparicionista en el ocaso virreinal

Junto a estos dos textos “novedosos”, la segunda mitad del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX vieron aparecer otros impresos que reforzaban las creencias aparicionistas alrededor de imágenes sacralizadas desde el siglo XVII. Ignacio Carrillo y Pérez imprimió en 1808 un relato de la Virgen de los Remedios basado en la obra de Cisneros y dos años después Joaquín Sardo publicó una historia del Señor de Chalma que copiaba casi textualmente la obra de Florencia. Pero fue sin duda la Virgen de Guadalupe quien acaparó la mayor atención de los escritores de prodigios, aunque la mayoría de sus textos tuvieron un carácter más apologético que propagandístico. De hecho, la finalidad de muchos de ellos era demostrar la au-

tenticidad histórica de los sucesos narrados por Valeriano ante los embates del criticismo ilustrado, más que dar a conocer las historias ya fijadas y divulgadas hasta la saciedad en el siglo anterior. La primera de estas obras apologéticas fue el *Escudo de Armas de la Ciudad de México* de Cayetano Cabrera Quintero, clérigo que elaboró un aparato argumental para mostrar que la virgen era la protectora más eficaz que la ciudad había tenido contra las epidemias. Escrita alrededor de la jura del patronazgo que hizo la capital en 1737, a raíz de la gran epidemia que la asolaba desde el año anterior, la obra de Cabrera Quintero, a pesar de prometer un exhaustivo análisis de las fuentes, se quedó en una descripción de los documentos ya conocidos y en una repetición de los argumentos señalados por el padre Florencia.²⁰

En 1746, el mismo año que salía la obra de Cabrera Quintero, culminaba el entusiasmo nacido en 1737 con la jura del patronazgo general de la guadalupana, sobre toda la Nueva España. Ahora sólo faltaba conseguir la confirmación pontificia, cosa que se logró en 1754. Sin embargo, junto a una nueva oleada de reimpresiones de algunos textos del XVII (algunas incluso hechas en Madrid) también comenzaron aparecer varias obras críticas que, basadas en los textos recopilados por Carlos de Sigüenza y Lorenzo Boturini, volvían sobre el argumento de la falta de pruebas do-

¹⁸ *Ibidem*, p. 21-29.

¹⁹ *Ibidem*, p. 44.

²⁰ Cayetano Cabrera Quintero, *Escudo de Armas de México*, edición facsimilar, México, IMSS, 1981 [1746].



cumentales de la época de Zumárraga. Primero, el criollo José Ignacio Bartolache y después, con más virulencia, el académico español Juan Bautista Muñoz, impugnaron el aparicionismo, lo que propició la impresión de dos obras que pueden considerarse las últimas muestras de la literatura aparicionista. Una, escrita varias décadas atrás por el poblano Mariano Fernández de Echeverría y Veytia (aunque impresa hasta 1820), retomaba la idea de Florencia sobre los cuatro baluartes que defendían la ciudad de México de toda catástrofe y que eran las imágenes veneradas en los santuarios de Guadalupe, Los Remedios, La Piedad y La Bala. La otra, impresa ese mismo año de 1820, era una defensa contra los ataques del académico Muñoz, escrita por José Miguel Guridi y Alcocer, quien sin embargo apelaba a una disputa abierta de tipo académico sobre el tema.²¹

Epílogo

Los textos aparicionistas habían sufrido un profundo cambio en doscientos años. Aunque todos ellos nacían de la existencia de una comunidad de creyentes que compartían los mismos códigos con quienes escribían, con el paso del tiempo se iban distanciando cada vez más los dos mundos, el de las prácticas y el de la escritura. En los textos del siglo XVII y la primera mitad del XVIII se pueden observar todas las características propias del mundo de la retórica: la presentación

de documentos, testimonios e informaciones utilizados como argumentos característicos de una sociedad de escritura, aunque la inmediatez de lo narrado, el uso de imágenes textuales, la ausencia de crítica y la gran credulidad eran características propias del mundo de la oralidad. La imposición de un medio impreso (que se difundía sin embargo por medios orales en una sociedad analfabeta) y la misma impresión de estampas, eran elementos que se revertían sobre el ámbito de la oralidad y le imponían una serie de categorizaciones. En el proceso de recepción se recomponían las narraciones, se les daba un sentido de veracidad y se reforzaba su mensaje salvífico fomentando el culto y las peregrinaciones. Las elucubraciones de los cronistas sobre la necesidad de las imágenes, sobre la posibilidad del milagro, sobre la compilación de testimonios, quedaban así como meros recursos retóricos, al igual que la reiterada alusión a la iconoclastia de los protestantes. Conforme avanzaba el siglo de las luces, y con él la secularización, la repetitiva descripción de milagros perdió su razón de ser como fenómeno literario y se volvió un mero ejercicio reiterativo, pero las prácticas que estos textos habían fomentado durante décadas ya estaban tan arraigadas que no se vieron afectadas por los cambios de la modernidad y, siguiendo su propia dinámica, continuaron formando parte de la vida de las comunidades.

Los textos hierofánicos son una clara muestra de que la sociedad sólo existe en la interacción de sus miembros, y ésta se mantiene y reproduce gracias a los medios de comunicación que funcionan con símbolos generali-

zados. Una sociedad donde la oralidad constituía el principal instrumento de transmisión, podía verse parcialmente influida por la práctica de la escritura, pero al final lo que predominaba como determinante eran las narrativas asociadas a prácticas que prometían la solución de las necesidades más apremiantes de los seres humanos: la conservación de la vida, la salud, el alimento, la fertilidad.

Textos virreinales aparicionistas

ÁVALOS, Juan de, *Relación de la prodigiosa imagen de Nuestra Señora de Cosamaloapan en la costa norte del obispado de la Puebla de los Ángeles*, Puebla, 1643.

BECERRA TANCO, Luis, *Felicidad de México en el principio y milagroso origen que tuvo el santuario de la Virgen María, Nuestra Señora de Guadalupe*, México, Viuda de Bernardo Calderón, 1675 (otras ediciones: Sevilla, Tomás López de Haro, 1685; Madrid, Juan de Zúñiga, 1745; México, 1780; Madrid 1785, entre otras).

———, *Origen milagroso del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, extramuros de la ciudad de México*, México, Viuda de Bernardo Calderón, 1666.

CABRERA QUINTERO, Cayetano, *Escudo de Armas de México*, edición facsimilar de Víctor M. Ruiz Nautal, México, IMSS, 1981 [1746].

CARRILLO Y PÉREZ, Ignacio, *Lo máximo en lo mínimo. La portentosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios, conquistadora y patrona de la imperial ciudad de México*, edición facsimilar de la de 1808 (Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 87), México, 1979.

CISNEROS, Luis de, *Historia de el principio y origen, progresos, ve-*

²¹ Iván Escamilla González, "Máquinas troyanas. El guadalupanismo y la ilustración novohispana", en *Relaciones*, vol. XXI, núm. 82, Primavera 2000, pp. 199-232.

- nidas a México y milagros de la imagen de Nuestra Señora de los Remedios...*, México, 1621.
- CRUZ, Mateo de la, *Relación de la milagrosa aparición de Nuestra Señora de Guadalupe de México*, Puebla, Viuda de Borja, 1660 (otras ediciones: Madrid, 1661; México, 1781; Madrid, 1785).
- FERNANDEZ DE ECHEVERRÍA Y VEY-
TIA, Mariano, *Baluartes de Méxi-
co. Descripción histórica de las
cuatro milagrosas imágenes de
Nuestra Señora que se veneran en
la muy noble, leal e imperial ciu-
dad de México*, México, Imprenta
de D. Alejandro Valdés, 1820 (ed.
facsimilar, Guadalajara, Edmundo
Editor, 1967).
- FLORENCIA, Francisco de, *Narra-
ción de la maravillosa aparición
que hizo el arcángel San Miguel
a Diego Lázaro de San Francisco,
indio feligrés del pueblo de San
Bernabé de la jurisdicción de
Santa María Nativitas [estado de
Tlaxcala]*, Sevilla, Tomás López,
1692 (edición moderna: Luis Na-
va Rodríguez, México, La Prensa,
1969).
- , *Descripción histórica y moral
del yermo de San Miguel de las
Cuevas en el Reino de la Nueva Es-
paña e invención de la milagrosa
imagen de Christo Nuestro Señor
crucificado que se venera en ellas.
Con un breve compendio de la ad-
mirable vida del venerable anaco-
reta fray Bartolomé de Jesús María
y algunas noticias del santo fray
Juan de San Joseph, su compañe-
ro*, Cádiz, Imprenta de la Compañía
de Jesús/Cristóbal de Requena,
1689.
- , *La Estrella de el norte de
México... Historia de Ntra. Sra. de
Guadalupe*, 1a. ed., México, María
de Benavides viuda de Ribera,
1688 (otras ediciones: Barcelona,
Antonio Velázquez, 1741; Madrid,
1785).
- , *Origen de los dos célebres san-
tuarios de la Nueva Galicia...*, Mé-
xico, José Guillena Carrascoso, 1694
(otras ediciones: México, Biblioteca
Mexicana, 1757; México, Felipe Zú-
ñiga y Ontiveros, 1766; México, Fe-
lipe Zúñiga y Ontiveros, 1801, sólo
sobre San Juan de los Lagos).
- , *La milagrosa invención de un
tesoro escondido en un campo que
halló un venturoso cacique y que es-
condió en su casa para gozarlo a
solas, patente ya en el Santuario
de los Remedios en su admirable
imagen de Nuestra Señora...*, Mé-
xico, María de Benavides viuda de
Ribera, 1686 (otras ediciones: Se-
villa, Siete Revueltas, 1745).
- FLORENCIA, Francisco de y Juan An-
tonio de OVIEDO, *Zodiaco Maria-
no*, México, Imprenta del Colegio
de San Ildefonso, 1755 (edición
moderna: Antonio Rubial, Méxi-
co, Conaculta, 1995).
- GURIDI Y ALCOCER, José Miguel,
*Apología de la aparición de Nues-
tra Señora de Guadalupe de Méxi-
co*, México, 1820 (edición moderna
en Ernesto de la Torre y Ramiro
Navarro, *Testimonios históricos
guadalupanos*, México, FCE,
1982).
- LASSO DE LA VEGA, Luis, *Huey tla-
mahuizoltica omonexiti ihuicac
tlatoca ihwapilli Sancta Maria*,
México, Juan Ruiz, 1649.
- LIZANA, Bernardo de, *Historia de Yu-
catán, Devocionario de Nuestra
Señora de Izamal y Conquista Es-
piritual*, Valladolid, Jerónimo Mo-
rillo, 1633 (edición moderna: Mé-
xico, Museo Nacional, 1893).
- LOAYSAGA, Manuel, *Historia de la
milagrosísima imagen de Nues-
tra señora de Ocotlán que se vene-
ra extramuros de la ciudad de
Tlaxcala*, Puebla, Viuda de Mi-
guel Ortega, 1745.
- MENDOZA, Juan de, *Relación del san-
tuario de Tecaxique en que está co-
locada la milagrosa imagen de
Nuestra Señora de los Angeles,
noticias de los milagros que el se-
ñor ha obrado en gloria de esta
santa imagen*, México, Imprenta
de Juan de Ribera, 1684 (edición
moderna: Toluca, 1978).
- MENDOZA, Lorenzo de, *Origen de la
milagrosa imagen y santuario de
Nuestra señora de los Remedios
de México, sus venidas a la ciu-
dad y maravillas que ha obrado*,
s.p.i. 1685.
- SALGADO SOMOZA, Pedro, *Breve noti-
cia de la devotísima imagen de
Nuestra Señora de la Defensa...
Con un epitome de la vida del ve-
nerable anacoreta Juan Bautista
de Jesús*, Puebla, Diego Fernán-
dez de León, 1683 (otras edicio-
nes: Puebla, Cristóbal de Ortega
Bonilla, 1760).
- SÁNCHEZ, Miguel, *Imagen de la Vir-
gen María madre de Dios de Gua-
dalupe, celebrada en su historia
con la profecía del capítulo doce del
Apocalipsis*, México, Viuda de Ber-
nardo Claderón, 1648 (edición mo-
derna: México, Tradición, 1981).
- SANTA GERTRUDIS, Francisco Xavier
de, *La cruz de piedra, imán de la de-
voción venerada en el Colegio de mi-
sioneros apostólicos de la ciudad de
Santiago de Querétaro. Descripción
panegírica de su prodigioso origen y
portentosos milagros*, México, Fran-
cisco Ortega y Bonilla, 1722.
- SARDO, Joaquín, *Relación histórica y
moral de la portentosa imagen de
Nuestro Señor Jesucristo Crucifi-*



- cado aparecida en una de las cuevas de San Miguel de Chalma, edición facsimilar de la de 1810 (Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 80), México, 1979.
- SARMIENTO, Pedro, *Breve noticia del origen y maravillas de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Salud... de Pátzcuaro*, México, María de Ribera, 1742.
- VALERIANO, Antonio, *Nican Mopohua*, edición de Guillermo Ortiz de Montellano, México, UIA, 1990.
- VELASCO, Alonso Alberto, *Renovación por sí misma de la soberana imagen de Cristo Señor Nuestro crucificado que llaman de Itzmiuilpan*, México, Viuda de Rodríguez Lupericio, 1688 (otras ediciones: México, María de Benavides viuda de Ribera, 1699; México, Herederos de José de Jáuregui, 1790; México, Mariano Zúñiga y Ontiveros, 1807; México, Tipografía Cristóbal Colón, 1932; México, Convento de Carmelitas Descalzas, 1996).
- Otras obras citadas**
- ALBERRO, Solange, "Remedios y Guadalupe: de la unión a la discordia", en Clara García Ayuardo y Manuel Ramos Medina (coords.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, Condu-mex/INAH/UIA, 1994, pp. 315-329.
- ALCALÁ, Luisa Elena, "¿Pues para qué son los papeles...? Imágenes y devociones novohispanas en los siglos XVII y XVIII", en *Tiempos de América*, núm. 1, 1997, pp. 43-56.
- BRADING, David, *La Virgen de Guadalupe. Imagen y tradición*, México, Taurus, 2002.
- BRAVO, Dolores, "Los Remedios y Guadalupe: dos imágenes rivales y una sola virgen verdadera", en *Revista de la Universidad de México*, núm. 499, pp. 27-29.
- CALVO, Thomas, "El Zodiaco de la nueva Eva: el culto mariano en la América septentrional hacia 1700", en Clara García Ayuardo y Manuel Ramos Medina (coords.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, Condu-mex/INAH/UIA, 1994, pp. 267-282.
- COBARRUBIAS, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, México, Turnermex, 1984.
- CUADRIELLO, Jaime, "La propagación de las devociones novohispanas: las guadalupanas y otras imágenes preferentes", en *México en el mundo de las colecciones de arte*, 3 vols., México, Azabache, 1994, vol. I, pp. 257-299.
- ESCAMILLA GONZÁLEZ, Iván, "Máquinas troyanas. El guadalupanismo y la ilustración novohispana", en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. XXI, núm. 82, pp. 199-232.
- GRIJALVA, Juan de, *Crónica de la Orden de Nuestro Padre San Agustín en las provincias de Nueva España en cuatro edades desde el año de 1533 hasta el de 1592*, México, Porrúa, 1985 [1624].
- LÓPEZ, Luis, *El pilar de Zaragoza. Columna firmísimo de la Fe de España. Primer templo católico del mundo*, Alcalá, Imprenta de María Fernández, 1649.
- MAZA, Francisco de la, *El guadalupanismo mexicano*, México, FCE, 1981.
- MONTALVO, Diego de, *Venida de la soberana señora Virgen de Guadalupe a España. Su dichosa invención y de los milagrosos favores que ha hecho a sus devotos*, Lisboa, s.p.i., 1631.
- ONG, Walter J., *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, México, FCE, 1987.
- RUBIAL GARCÍA, Antonio, "Los santos milagreros y malogrados de la Nueva España", en Manuel Ramos y Clara García Ayuardo (coords.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, INAH/Condu-mex/UIA, 1997, pp. 51-87.
- , "La crónica religiosa. Historia sagrada y conciencia colectiva", en Raquel Chang (coord.), *Historia de la literatura mexicana*, vol. II, coordinación de México, Siglo XXI/UNAM, 2002, pp. 325-371.
- SANTABALLA, Sylvia, "Writing the Virgin of Guadalupe in Francisco de Florencia's *La Estrella del norte de México*", en *Colonial Latin American Review*, vol. 7, núm. 1, 1988, pp. 83-103.
- VETANCURT, Agustín de, *Teatro Mexicano, Descripción breve de los sucesos ejemplares históricos, políticos, militares y religiosos del Nuevo Mundo occidental de las Indias*, edición facsimilar de la de 1698, México, Porrúa, 1982.



La conquista del cráter

El Popocatepetl, segundo volcán más elevado de México y situado al oriente de la capital del país, ha sido históricamente fuente de agua, nieve y azufre para la población, origen de manifestaciones religiosas y culturales desde épocas prehispánicas que le asociaron a deidades y objeto de imágenes literarias y artísticas que incluyen las más conocidas del Dr. Atl, y de Malcom Lowry en tiempos más recientes. Su exploración, ascenso y reconocimiento, convertidas también en otras formas de actividad recreativa no puede desprenderse de los afanes claramente científicos que guiaron las más serias y complicadas expediciones a esta cumbre.

Pese a distintos intentos previos por conquistar la cima, en este caso el cráter, la ciencia ilustrada decisivamente incluyó en su amplio esquema de inventarios, mediciones y reconocimientos de las riquezas del país la necesidad de volcar esfuerzos para lograr un acercamiento científico basado en la física y la geografía de los volcanes, para conocer la altura de los relieves orográficos y los que forman la Sierra Nevada del Valle de México, que a los ojos de la mayor concentración de población de este país se presentan majestuosamente obvios en los días más claros del año. Esta presencia no escapó al interés de uno de los grandes científicos ilustrados, José Antonio de Alzate hacia la penúltima década del siglo XVIII y derivó en sus *Observaciones físicas ejecutadas por don José de Alzate en la Sierra nevada situada al este sudeste respecto de México, a la distancia de quince leguas*, publicado años más tarde.¹ Pocos años después, en su exhaustiva

¹ Del original: José Antonio Alzate, *Gacetas de Literatura de México*, reimpresas en la Oficina del Hospital de San Pedro, a cargo del ciudadano Miguel Buen Abad, Puebla, 1831, en Elías Trabulse, *Historia de la Ciencia en México, siglo XVIII*, t. III, México, Conacyt/FCE, 1992, pp. 281-286.

apreciación del país, Alejandro de Humboldt apuntaló este propósito científico y dio un más amplio impulso en beneficio de la geología y de la ciencia en general al afirmar:

Así como es un honorable objeto el esfuerzo de las sociedades científicas el de perseguir perseverantemente las variaciones cósmicas de la temperatura, la presión atmosférica y la dirección e intensidad magnéticas[...] es el deber del geólogo viajero determinar las desigualdades de la superficie de la tierra, dando particular importancia a la variación a la altura de los volcanes.²

Este deber científico fue apenas uno con el que cumplieron los hermanos Glennie, miembros de la primera expedición reconocida por haber alcanzado exitosamente su objetivo de llegar a la cima del Popocatepetl, justo a la boca del cráter, y desde ahí realizar las mediciones necesarias para calcular su altura. El texto que presentamos es un fragmento del diario de su ascenso al volcán. Lo extraño del caso es que Humboldt mismo no haya calculado la altura del Popocatepetl vía el ascenso al propio volcán, sino que lo realizó ascendiendo a otra cima, la del Jorullo, y haciendo uso de destreza trigonométrica.

La primera determinación de altura del gran volcán de México, Popocatepetl es, hasta donde yo sé [...] la hecha por mí el 24 de enero, 1804 en el Llano de Tetimba.... [decía Humboldt], la altura encontrada fue de 17,728 pies ingleses. Las medidas barométricas posteriores a mis cálculos trigonométricos me llevan a conjeturar que el volcán es todavía más alto de lo que yo puse en el *Ensayo sobre la Geografía y las Plantas*, 1807 [...] y en el *Ensayo Politico de la Nueva España*, 1825. William Glennie primero en llegar a la boca del cráter el 20 de abril de 1827, encontró de acuerdo a sus propios cálculos [una altura de] 17,884 pies [...] Burkart llega a los 18.017 pies.³

² Alexander Von Humboldt, *Aspects of Nature in Different Lands and Climates, with Scientific Elucidations*, de 1850, citado en Gerard Helferich, *Humboldt's Cosmos*, Nueva York, Gotham Books, 2004, p. 288.

³ Alexander Von Humboldt, *Cosmos: A Sketch of a Physical Description of the Universe*, vol. V, Londres, Henry Bohn, 1858, p. 458.

Pero el reconocimiento que hizo Humboldt de la hazaña de los Glennie fue tardía comparada con el crédito que obtuvieron casi de manera inmediata. El *Magazine of Natural History* presentaba ya en 1828 un resumen, quizá la traducción libre de una parte del texto que aquí presentamos del diario atribuido a los Glennie. De igual forma, la sección dedicada a volcanes del mundo de *Introduction to Geology* de Robert Bakewell de 1833, texto de gran difusión en los medios científicos, ya reconocía al teniente William Glennie como el primero en haber ascendido a la cima del Popocatepetl.

William Glennie llegó a México junto con su hermano Frederick en 1824, empleados por la *United Mexican Mining Company*,⁴ empresa formada en Inglaterra con el objeto de contratar minas para su explotación en distintos distritos mineros como Zacatecas, Guanajuato y el actual Estado de México. Estas compañías reflejaban otra de las respuestas que se daban a las propuestas formuladas tácitamente por Humboldt, quien al inventariar las riquezas esparcidas en varios reales mineros alentó la formación de empresas mineras extranjeras atraídas por las nuevas oportunidades de inversión ofrecidas a partir de la independencia de España. William y Frederick Glennie representaban a un importante grupo de capitalistas británicos, quienes apostaron a que las minas mexicanas rendirían frutos espectaculares con una dosis de conocimiento científico administrado por una empresa británica.

Las razones de los dos británicos, con apellido escocés, para ascender al volcán Popocatepetl no son totalmente explícitas en el texto que aquí se presenta, posiblemente porque al parecer éste es sólo un fragmento de lo que supuestamente fue un texto más largo, y que hasta la fecha no hemos podido recuperar. Las pistas más relevantes pueden buscarse en el hecho de que William era un ingeniero de la Marina británica con grado de teniente,⁵ como muchos de los administradores de minas de la época. No es difícil pensar que el

⁴ Alma Parra, "Perfiles empresariales extranjeros en la minería mexicana", en *Vetas*, año III, enero-abril, 2001.

⁵ Robert Aguirre, *Informal Empire, Mexico and Central America in Victorian Culture*, Minneapolis/Londres, University of Minnesota Press, 2005, p. 59.

entrenamiento militar lo capacitaba para efectuar una expedición de este estilo, con una especialización científica que le familiarizaba con el uso de instrumentos de medición, y su interés minero, compartido con su hermano, que lo acercaba al conocimiento geológico de un imponente volcán en la nascente República Mexicana. Tan sólo a un par de años de haber llegado a México, y de hacer los preparativos para que la compañía minera con la que estaban comprometidos quedara lista para funcionar, comenzaron a ampliar sus horizontes y sus actividades científicas, que quizá también tenían un tanto de recreativas.⁶

La permanencia de los Glennie en México, primero en las actividades mineras y después dentro de una comunidad ampliada de intereses extranjeros, les procuró una situación de privilegio. Pasaron a ser administradores de intereses tanto mexicanos como extranjeros en actividades clave y ampliaron sus inversiones particulares. Crearon casa, familia y negocios en México, y Frederick llegó a representar al gobierno británico cuando fue nombrado cónsul general en 1853.⁷

El texto que relata el ascenso al Popocatepetl apareció por primera vez en *El Sol* en 1827, firmado por “El amante de las ciencias”. El *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* lo publica en 1850 como “Extracto del Diario que escribieron D. Guillermo y D. Federico Glennie, en su ascensión al volcán Popocatepetl en 1827”.

Alma Parra

⁶ Waddy Thompson, en *Recollections of Mexico*, Nueva York/Londres, Wiley & Putnam, 1846, señala las discrepancias en las mediciones de las pirámides de Teotihuacán entre Mr. Mayer (¿Brantz?) y Mr. Glennie, p. 139, demostrando que Glennie continuó con ese tipo de actividad científica.

⁷ El *Annual Register*, publicado por Edmund Burke para 1853, da cuenta de ello al informar que el 2 de noviembre de 1853 “la Reina se encuentra gratamente complacida de nombrar a Frederick Glennie como Cónsul de su Majestad en México”.

Alcance al sol núm. 1432. Del día 8 de mayo de 1827

Viaje al volcan de Popocatepetl

Señores editores del Sol. –México 28 de abril de 1827.– Muy señores míos: Tengan vds. La bondad de insertar en su apreciable periódico el adjunto extracto del diario que llevaron los sres. d. Guillermo y d. Federico Glennie, empleados en la compañía unida de minas y d. Juan Tayleur de este comercio, en el viaje que han hecho con el mozo José Quintana, á la cumbre del volcan del Popocatepetl el 20 del corriente, porque consideramos que el público tendrá curiosidad de saber lo que observaron en este lugar visitado ahora por la primera vez. Es de vds. siempre etc. –*El amante de las ciencias.*

La mañana del 16 salieron de esta capital provistos de barómetro, sestante, teodolite, cronómetro, telescopio y otros instrumentos, y fueron á pasar la noche al pueblo de Ameca.

El 17 siguieron por el camino de Puebla que pasa entre los dos volcanes, con intencion de ir a Atlixco: en lo más alto del puerto tomaron sobre la derecha el camino que llaman de los Neveros, y habiendo subido hasta el límite de la vegetacion, que según sus medidas barométricas está á 15.693 pies

ingleses (4.570 vs.) sobre el nivel del mar, encontraron á unos hombres que les informaron de que por alli ni podian subir á la cima del volcan, ni continuar para Atlixco porque la mucha arena impedia el paso: con esta noticia se bajaron y volviendo al camino que habian dejado, fueron al pueblo de san Nicolás de los ranchos.

El 18 continuaron para Atlixco: el camino va al oriente del volcan y por la orilla de un estenso pais cubierto de grandes peñascos y piedras sueltas que parecen ser trozos de la roca que ocupaba el hueco del actual crater: supieron que el pueblo de Tochimilco estaba mas cerca del volcan y resolvieron pasar á él para adquirir noticias relativas á su expedición: efectivamente el alcalde d. F. Olivares que aunque dueño de Popocatepetl nunca había podido llegar á la cima, no solo les dio todas las que tenia, sino que les ofreció acompañarlos, facilitarles guias y cargadores para los instrumentos, y que el dia siguiente irian á su hacienda de santa Catalina que esta ya al pie de la gran montaña y á cuyas tierras pertenece.

El 19 se dirigieron á la citada hacienda: á poco rato de estar en ella llegó el sr. Olivares cuyas ocupaciones le impidieron continuar el viaje; pero

les dio un guía que los condujo por un espeso bosque hasta el límite superior de los pinos que hallaron á 12.544 pies (4.516 vs.) sobre el mar. Aquí pasaron la noche envueltos en sus zarapes junto á una lumbrada; á cosa de las doce les llovió, y poco despues les cayó una fuerte helada.

El 20 se propusieron llegar á la cumbre, entregaron los instrumentos á los indios cargadores y en las mulas de silla emprendieron la subida á las tres y media de la mañana con la luz de la luna; á poco rato salieron de toda vegetacion y entraron en un arenal con piedra suelta, que aunque se habia endurecido con la llúvia de la noche anterior, no obstante se fatigaban demasiado las mulas: asi fueron faldeando la montaña de sur á poniente hasta las seis de la mañana en que ya no podian continuar, tanto por lo cansado de las bestias como porque era imposible que hubiesen podido subir la pendiente cuesta que se les presentó.

Abandonaron las mulas y se echaron á pie, pusieron al hombro sus zarapes y dos botas de agua para beber, y entregaron el barómetro al mozo Quintana. Comenzaron á subir por un terreno compuesto de arena suelta con muchos fragmentos y trozos de piedra pomez, deseosos de llegar á unos peñascos que les parecieron estar ligados con la cima de la montaña; pero aquí empezaron las dificultades, porque la cuesta era muy pendiente, el terreno tan falso, que lo que ganaban en cada paso hácia arriba casi lo volvían á bajar: el esfuerzo de subir y la poca presión atmosférica les ocasionaba tanta fatiga que no podían andar quince ó

veinte pasos sin descansar: así caminaron como media milla hasta llegar á los peñascos en donde guardaron á los indios que subian mas lentamente: hasta este punto el termómetro se mantuvo á 28°C de Farenheit (2°C bajo del 0 de Reaumur:) el cielo estaba perfectamente despejado; pero sobre el horizonte habia una espesa capa de vapores que les impidió percibir objeto alguno y les parecia estar en medio de un oceano: á las ocho de la mañana comenzaron á ver el sol.

Luego que se reunieron los indios tomaron un ligero almuerzo, y continuaron subiendo por unas grandes piedras sueltas, rodadas de la parte superior y detenidas unas con otras formando como un cordón; pero tan debilmente apoyadas que al andar sobre ellas se rodaron varias y era muy espuesto el tocarlas. Con esto se acobardaron naturalmente los indios y empezaron á no querer continuar: sin embargo con instancias y ofertas lograron hacerlos subir un poco mas; pero viendo que el camino era lo mismo ó algo peor, rehusaron absolutamente pasar adelante sin que pudiera vencerlos ninguna clase de ofrecimientos. Con este motivo probaron ir por una cañada que habian descubierto á su izquierda, mas el paso para llegar á ella era malo y lo hacia peor el estar ya envueltos en nubes que impedian reconocerlo: desde este punto los indios se cerraron absolutamente en no querer continuar, y habiendoles recogido una parte de las cosas de comer, les mandaron con el resto del equipaje, que se bajasen á esperarlos á donde habian dormido la noche

anterior. Esta circunstancia desconsoló mucho á los viajeros porque no pudiendo llevar consigo todos los instrumentos, dejaban de hacer las observaciones astronómicas y físicas que se habian propuesto y no podian llenar el objeto de su viaje: no obstante, se resolvieron á continuarlo con el fin de examinar y reconocer bien el pais, marcar los puntos que pudiesen encontrar de mas cómoda subida para volver con mejores preparativos.

A poco rato de haberse quedado solos se quitaron las nubes: pudieron llegar á una cañada muy pendiente y pedregosa que subieron con mucha incomodidad formados en ala para que las piedras no rodasen sobre los de abajo; la fatiga y dolores de rodillas les obligaban á descansar cada ocho ó diez pasos, y después de una hora de camino se encontraron con un anfiteatro basáltico tan escarpado que solo á gatas y con mil riesgos pudieron franquear: despues por la derecha tomaron una falda de arena suelta formada como de pomez molida y subieron hasta un peñasco muy elevado que desde México se ve solo como un picacho. Esta es una gran masa de basalto negro y compacto, afectando pilares imperfectos y cuyas grandes grietas y endeduras están llenas de nieve solida: en este camino observaron, que de cuando en cuando venian sobre ellos algunas piedras pequeñas como si hubiese gente que las tirase de arriba: empezaron á sentir dolores de cabeza y algo de basca que mortificaban á Quintana mas que á los otros: la observación barométrica les manifestó que estaban á 16.895 pies (6.083 vs.)

sobre el mar, y despues de haber comido ligeramente y descansado como una hora continuaron la subida.

No es posible seguir las particularidades ni extraer de un modo claro los frecuentes obstáculos y pasos difíciles y peligrosos que encontraron hasta llegar al declive de arena que forma ya el domo ó el vértice de la montaña, ni la constancia y sufrimiento con que los franquearon, y solo cuando publicuen su diario denominando estos parajes y acompañándolo de un diseño, se podrá formar un concepto cabal de tan interesante jornada. En este punto tubieron otro descanso que fue corto porque viendose ya en el último tramo de camino, casi logrados sus deseos y engañados por la diafanidad del aire que les aprosimaba el término mas de lo que realmente estaba, se olvidaron de lo que acababan de pasar y el sr. Glennie solo pensaba en poner un barómetro en experiencia sobre el punto mas alto. Estaban en estas consideraciones cuando el mozo Quintana se habia fatigado bastante y fumado mucho en el dia, cayó repentinamente accidentado; le preguntaron que tenia, y dijo que estaba muy cansado y que le dolia mucho la cabeza: pensaron que acaso á estas grandes elevaciones el fumar causaria alguna indisposición, asi como la causaban las bebidas espirituosas: le instaron para que continuase el viaje; pero él lo reusó, y se conocia que con sentimiento: entonces le previnieron que los aguardase, que volverian alli por él.

Tenian á la vista una esplanada suave de arena cubierta por la

izquierda de arriba debajo de nieve cristalizada en trozos cúbicos y prismáticos formando pilares, ruinas chinescas y otras mil figuras, y comenzaron á subirla pegados á la nieve: observaron un ruido como de truenos muy lejos, que atribuyeron á que estaria lloviendo por alguna parte: anduvieron como una legua haciendo frecuentes descansos, porque los dolores de cabeza y rodillas, la dificultad de respirar y náuseas les mortificaban, y á las cinco de la tarde llegaron inesperadamente al lábio mas alto del crater. Todo el dia lo habian pasado en la mas profunda é imperturbable soledad, ni una planta, ni un pájaro, ni el mas pequeño insecto habian logrado ver, solo encontraban á cada paso en una parte de rocas y peñascos fracturados, en otra casi fundidos y llenos de ampollas, y en otra y otras mil reducidos á montones de escombros de arenas y cenizas: empapado el ánimo con estos trabajos del fuego, en estas imágenes de destrucción, se encontraron repentinamente en el borde de un inmenso abismo arrojando una llúvia de piedras y con un ruido sordo muy semejante al que producen las olas del mar cuando se quiebra contra la muralla: un movimiento natural les obligó á retroceder algunos pasos, y no faltó quien herizados los cabellos sintió un gran bacio en el estómago y cayó de espaldas: no hacian mas que verse sin hablarse... hasta que pasó esta sensacion de horror. Entonces volvieron á ver el crater, se ocuparon del barómetro cuya columna mercurial no tenia mas de 15

pulgadas, 630 de largo: el termómetro fijo señalaba 39.: se pusieron á considerar la escena que tenian delante y á hacer notas y dibujos.

Observaron que casi todas las piedras que arroja en cada erupción se quedan dentro del crater y vuelven á caer en él, y de las pocas que salen fuera la mayor parte van por el lado sur: que el ruido sordo y tenebroso que constantemente se oye en el interior, se aumenta de cuando en cuando y termina como por un chasquido muy fuerte, en cuyo momento arroja las piedras, arenas y cenizas: que estos accesos son frecuentes y unos mas fuertes que otros: que por varios puntos, tanto del interior como ya cerca de la boca del crater, salen chorritos de humo de poca consideracion; pero que los mas principales son tres por la parte del E. a bastante profundidad: que el crater tiene la figura de un profundo embudo cuyas paredes están poco inclinadas y cuyo fondo no se percibe: que estas paredes están surcadas longitudinalmente por muchas cañadas casi rectas que bajan de todas las desigualdades de la boca imitando los rádios de un círculo, y por tres anillos ó escavaciones circulares que lo dividen en cuatro zonas de diversos tamaños, siendo la mas gruesa la primera comenzando desde la boca, esta zona es de piedra viva y las restantes parecen de arena: que solo hay nieve en la parte exterior y en la interior que miran al norte y que en esta última no se percibe hasta adonde llega: que la boca es casi circular y su diámetro como de una milla, está mucho mas baja por el lado

del oriente que por el poniente: que el lábido del sur parece muy delgado y está lleno de desigualdades, por cuya razón creen que no se puede andar por él; pero que el lábido del norte es mas grueso y mas igual: finalmente solo pudieren ver la cima del volcán de Orizava, y la Sierra nevada que tenian mas cerca, porque la mucha calíma ocultaba los demás objetos.

Hechas estas observaciones y viendo que se acababa la tarde, se bajaron por el mismo camino hasta el paraje donde habian dejado al mozo, y aunque tenian la idea de pasar allí la noche para volver á subir el día siguiente, se encontraron con que el enfermo seguia con un pulso muy agitado, fuertes dolores de cabeza y calentura, y resolvieron bajarse para poderlo socorrer: llevando al enfermo con trabajo por algunos malos pasos, conocieron que era imposible seguir el camino que habian andado en la

mañana, y tomaron el principio de la cañada que llaman de los Neveros, que aunque bastante inclinada es toda de arena; por ella se bajaron avanzando mucho á cada paso, ó medio rodando, y ya de noche llegaron al límite de la vegetación: como habian estraviado camino no fueron al punto donde debian estar los indios y se ocuparon de hacer grandes lumbradas para darseles á conocer; pero toda la noche parecieron, y al día siguiente 21 se dividieron unos por la derecha y otros por la izquierda dando gritos de cuando en cuando hasta que los encontraron: se reunieron todos, tomaron las mulas y bajaron al rancho de la Baqueria: de allí pasaron por el pueblo de Atlauca y á las ocho de la noche llegaron al de Ameca: el 22 vinieron á México concluida la espedición, habiendo hecho en todo el viaje las observaciones que manifiesta la siguiente tabla.

<i>LUGARES.</i>	<i>Latitud Norte</i>	<i>Longitud al E. de México</i>	<i>Altura sobre el nivel del mar</i>	
			<i>Pies ingleses</i>	<i>Varas</i>
Ameca. Pueblo	19.° 7' 40"	0.° 23' 30"	3.216	2.958
S. Nicolás de los ranchos id.	19.° 4' 21"	0.° 32' 30"	8.087	2.912
Tochimilco id	—	—	12.544	4.516
Límite superior de los pinos	—	—	12.693	4.570
Límite de toda vegetacion	—	—	16.895	6.083
Picacho de S. Guillermo(*)	—	—	17.884	6.438
Borde mas alto del crater del volcan de Popocatepetl	—	—	10.784	3.880
Rancho de la Baqueria	—	—		

[*] Así hemos denominado el pico que se ve desde México, en memoria del sr. d. Guillermo Glennie que promovió este viaje.

Imprenta á cargo de Martin Rivera.



Las catedrales vistas desde la corte

Nelly Sigault

Óscar Mazín, *Gestores de la real justicia. Procuradores y agentes de las catedrales hispanas nuevas en la corte de Madrid. I, el ciclo de México: 1568-1640*, México, El Colegio de México, 2007.

Hace 20 años, en 1987, Óscar Mazín publicó un espléndido estudio sobre la gestión de un obispo de Michoacán, don Pedro Anselmo Sánchez de Tagle. Esta investigación lo acercó a la trama interna de la vida de una catedral donde los obispos tenían que concertar acuerdos y negociar asuntos con una de las corporaciones más interesantes en la perspectiva de la iglesia: su cabildo catedral. Ése fue su siguiente trabajo publicado en El Colegio de Michoacán, y tuvo como centro al cabildo catedral de Valladolid de Michoacán durante tres siglos de vida capitular. El estudio de carácter pionero tuvo una notable influencia en la producción sobre la historia de la iglesia, y de esta corporación en particular, aunque es de lamentar que aún no haya sido igualado para otras diócesis. La necesidad de orga-

nizar aquel mundo de hombres y papeles requirió el esfuerzo de poner en relieve las características fundamentales del cabildo catedral, así como las materias más importantes que caían en su esfera de responsabilidades. Fruto de esos años de reflexión fue comprender a la catedral como un proyecto histórico social, cuya envergadura debía llevarlo, como se desprende en sus trabajos más recientes —y en el que hoy se presenta—, a tratar de entender estos ciclos de las catedrales hispanas nuevas conectadas entre sí y con las hispanas viejas en el extendido contexto de la monarquía hispánica.

Gestores de la real justicia... se relaciona de manera muy personal con las inquietudes intelectuales que han regido las actividades de Óscar Mazín desde hace unos diez años, de las cuales dan cuenta, además de numerosos artículos y ponencias, dos libros a los que haré referencia de manera breve. Se trata de *Iberoamérica del descubrimiento a la independencia* —que tuvo su primera edición en francés en 2005 y en el 2007 publica en castellano El Colegio de México— y *Una ventana al mundo hispánico*, publicado por la misma casa editorial en 2006.

Este último título, al que su autor llama ensayo bibliográfico, reúne más de 300 obras comentadas y un estudio introductorio lleno de importantes observaciones sobre los ejes considerados por Mazín, tales como la fundación de ciudades, el asentamiento de la población y la demografía y por sobre todas las cosas, las relaciones trasatlánticas.

Pensar las realidades indianas intensas y cambiantes desde esta posición significa girar la perspectiva tradicional de nuestros estudios y trasladar la mirada hacia la corte de Madrid. Desde ahí se desarrolla este libro contado en cinco capítulos dispares en extensión, diferencia que se relaciona de manera directa con el volumen documental sobre el que se sustenta, así como con la extensión e intensidad de los problemas tratados por los procuradores de las catedrales. Después de un capítulo de síntesis, cada uno de los siguientes gira en torno a los cuatro procuradores de las catedrales hispanas nuevas ante el Consejo de Indias: don Sancho Sánchez de Muñón, don Claudio de la Cueva, don Jerónimo de Cárcamo y don Diego Guerra; sin embargo, el autor aclara que hubo procuradores

desde 1536, pero correspondencia sistemática desde 1568, cuando inicia formalmente el libro que concluye en 1640.

Mazín dibuja a cada uno de estos procuradores de justicia, a estos señores encargados de dar continuidad a los larguísimos litigios de las catedrales ante los órganos centrales de la monarquía. Coloca las personas de los procuradores en el medio del que provienen, en la realidad de la Nueva España y en los laberintos de la justicia en la corte, en medio de intereses mayores —los de sus patronos, las catedrales—, y también menores —los de algunos funcionarios que mejoraban sus ingresos con las consabidas “mordidas”—, así como los intereses personales, pues todos los procuradores que salían de la catedral de México donde formaban parte del cabildo, trataban de conseguir una promoción en su carrera eclesiástica.

Mientras recorre el camino de los litigios, el autor encuentra problemas que eran comunes a las catedrales hispanas, y muestra que no solamente a las nuevas sino también a las castellanas viejas. Esta relación de continuidad de las tradiciones entre ambos grupos de la institución pone al autor en un posible problema: ¿cómo considerar esas tradiciones castellanas a las que se aferran los procuradores para fortalecer el derecho, tanto en la legislación escrita como en la costumbre, con aquellas tradiciones que el mismo autor había considerado como “fundacionales” de las nuevas iglesias? En tanto sujetos de derecho, la conexión entre ambos grupos los fortalece, mientras el reconocimiento de las tradiciones particulares las identifica. Una fuerza que permitió a las catedrales castellanas organizarse en una confederación para dirimir mejor sus asuntos ante las autoridades, modelo hacia el cual apuntaron las catedrales indianas, tanto la metropolitana y sufragáneas

como las catedrales de las Indias meridionales.

Como un puesto de observación privilegiado, el mundo de las catedrales indianas permite al autor adentrarse en el litigio por los diezmos de indios, la administración de doctrinas y una secularización que se sentía necesaria, el aumento de las propiedades de las órdenes religiosas, la influencia y poder de la Compañía de Jesús, y el ejercicio de la administración de los reales novenos y el enfrentamiento con la Real Hacienda. Aunque nos hace partícipes de esa mirada, el autor nos recuerda que las órdenes religiosas también tenían activos procuradores en la corte de Madrid, y sus redes de influencias los acercaban a personajes a los que no siempre los procuradores de las catedrales podían tener acceso. Alguien deberá hacerse cargo de esa otra parte de la historia que está esperando atención.

Mientras presenta la manera en que actúa cada uno de los procuradores de este ciclo de la catedral de México que termina en 1640 para abrir lo que Mazín llama el ciclo de Puebla y que será tema de un segundo volumen, el autor muestra cómo los sucesivos enfrentamientos entre el arzobispo y el virrey funcionan como un escenario sobre el que transcurren los demás acontecimientos. Comprometidas ambas cabezas por medio del Patronato Real, pero con una retahíla de intereses políticos e institucionales relacionados históricamente con su función, arzobispo y virrey se vieron enfrentados en pleitos de difícil solución. De este modo desentraña los hilos del poder, sus características, espacios y formas de articulación, así como los entresijos de las redes y clientelas locales y cortesanas. Es aquí donde se pone en evidencia que además del conocimiento de la historia de las Indias, el autor se fascinó con el mundo de la burocracia del Consejo del cual dependían, así como

de las complejas relaciones trasatlánticas. Cuando gran parte de la masa de historiadores de este periodo se muestra embelesado por una supuesta globalización escondida tras la metáfora —que se sueña más aceptable— de “historias conectadas”, Mazín nos presenta a personajes desesperados porque no reciben correspondencia de parte de sus patronos durante más de un año; de flotas capturadas; de cartas que insisten en lograr respuestas para preguntas que nunca llegaron; de diálogos interrumpidos y difíciles debido a la compleja circulación atlántica, mundo en guerra, mar en peligro. Esta llamada de atención sobre los tiempos paralelos que transcurren entre Europa y América no trata de mostrar la falta de conexión o relaciones en el mundo trasatlántico sino las dificultades propias de esa comunicación y, por tanto, las características particulares que asume un concepto fundamental para el quehacer del historiador, que es el tiempo.

En cuanto a la burocracia del Consejo, es obvia la predilección de Óscar Mazín por dos personajes, a los que llama coloquialmente “los dos juanes”, refiriéndose a Solórzano Peryera y Palafox y Mendoza, ambos fiscales en el Consejo y con distintos “tiempos” americanos. Solórzano volcó su experiencia en el monumental tratado sobre el derecho y la política indianos, y Palafox usaría su experiencia en el Consejo y el conocimiento sobre los asuntos internos con las órdenes para organizar su actividad como visitador y obispo de Puebla. Sin duda, serán los grandes protagonistas de la próxima entrega de este trabajo.

Para terminar, quiero hacer hincapié en la elección del autor al tomar las catedrales como puestos de observación y proponerlas como campo fértil para los estudios comparativos, sin perder la escala de imperio. Un ejemplo

importante es la significativa ausencia de un representante de la catedral de Lima en la corte, en la negativa del rey para darle autorización de viajar o permanecer en Madrid, y de esta manera en la importancia que cobra para la iglesia en México que sea su procurador quien atienda la causa completa de las catedrales hispanas nuevas en Indias. Mazín traza algunas líneas que

dibujan las distintas realidades americanas desde la topografía, los momentos de llegada de las órdenes y su organización en el espacio, pero es evidente que se trata de una invitación a continuar el trabajo desde esta óptica comparativa.

Y como la presentación de un libro es una invitación a la lectura, espero que el rápido repaso por los te-

mas de esta importante publicación acerque a posibles interesados. Y quizá a otros para que coincidan conmigo en que *Gestores de la real justicia. Procuradores y agentes de las catedrales hispanas nuevas en la corte de Madrid*, abre una línea que había estado ausente en la producción historiográfica sobre iglesia y sociedad en México.

Los verdaderos motivos

Martha Terán

Eric Van Young, *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*, México, FCE, 2006.

Este libro se publicó por primera vez hace siete años y fue un gran acontecimiento para la historia de tema mexicano que se escribe en lengua inglesa. Con dos décadas de investigaciones atrás, su repercusión fue inmediata, obtuvo merecidos premios, se escribieron comentarios, algunos hasta sensacionales, por expertos en la independencia y otras materias de la historia en que Eric Van Young ocupa un lugar muy destacado. En 2004 la revista *Historia Mexicana* capturó una ola de atención sobre el libro al publicar la enorme y famosa crítica de Alan Knight (“*The Other Rebellion* y la historiografía mexicana”) seguida de una no menos grande réplica de Van Young (“De aves y estatuas: respuesta a Alan Knight”). Dentro de poco aparecerá como libro este debate ordenado

en temas, que además convoca a otros expertos de la historia mexicana cuyas conclusiones son diferentes o contradicen algunos argumentos centrales de *La otra rebelión*.

La comunidad estadounidense de historiadores ha experimentado con imaginación y soltura en esta materia de permanente interés que es México. Como Van Young ha estudiado esa historiografía, es imposible no mencionar su actual y breve libro con el que los interesados pueden orientarse sobre las tendencias en movimiento: *Dos décadas de obras anglófonas acerca de la historia de México, desde la conquista hasta la independencia: continuidad y cambio desde 1980* (El Colegio de México, 2006). Si se distingue la cercanía con que se han publicado las traducciones de estos ensayos y conferencias, parece más que oportuna la aparición de *La otra rebelión* en castellano, en una colección fundamental del Fondo de Cultura Económica que ha dado a conocer importantes escritos sobre la historia mexicana, redactados originalmente en otras lenguas. Rossana Reyes Vega

logró trasvasar al español conceptos muy difíciles ya en inglés. En las primeras reseñas publicadas se comentó el sofisticado estilo de Van Young. Leer, entonces, esta aventura de mil páginas (la introducción tiene noventa y tantas) supone un gran esfuerzo si no se es un especialista.

La otra rebelión abre ventanas insospechadas desde las que se puede ver a la gente más sencilla del campo en sus manifestaciones más arraigadas y características, en localidades tan alejadas de las ciudades como de la gran narrativa de la independencia. Estas ventanas a la historia política de la sociedad rural se abren de manera nada convencional a un relato que no toma en cuenta a los grandes jefes, a las ideas dominantes de la época o a los proyectos autonomista, insurgente o, monárquico, y sí se ocupa de aspectos que habían permanecido sin estudiarse, como son la experiencia y el comportamiento de la gente común diseminada por la Nueva España. *La otra rebelión* es un libro extenso porque abarca todo el periodo de la guerra contra el gobierno

español, reconstruyendo con gran detalle lo sucedido en un centenar de localidades y valiéndose de un *corpus* documental de miles de voces, que se habían escuchado o tomado en cuenta muy poco para una interpretación de conjunto. Es un gran registro de los rebeldes populares, lejos de los grandes centros de población, muchas veces cerca de sus lugares de origen, que se enfoca sobre aquello que no se sabía o se conocía vagamente de su cultura popular e ideología. Así se reconfigura un pasado que podría llegar a parecer poco familiar al lector.

El libro pide lentitud, porque entre sencillez y complejidad el autor optó por la segunda. Hay algunos capítulos que funcionan como auxiliares de la lectura y entre capítulo y capítulo hay cambios en la manera de narrar, con partes muy amenas que se integran en un paisaje extenso pero finito, ya que la misma información se desplaza de un capítulo al otro como referencia o para abundar en ella. En este libro sobresalen varios temas: la violencia en la historia, los curas y el liderazgo y muchos aspectos diferenciados sobre la cultura de los rebeldes populares. En el libro de Van Young dominan las explicaciones complejas (le costó dos décadas evitar las aproximaciones simples) derivadas de la intervención de muchas causas en un solo evento, además que toma muy en cuenta lo contingente. Aficionado a los modelos, partió de los económicos pero culminó con resultados que provocaron su cambio de enfoque hacia la nueva historia cultural, capaz de resaltar las diferencias profundas entre dos movimientos para él ni siquiera paralelos y que poco se juntan, el criollo y el popular.

La otra rebelión es un libro particularmente argumentativo, para teorizar sobre el contingente, la ideología y la violencia popular, lo que mejor se indica en el subtítulo de la edición en inglés. Muy consciente de

las posibles limitaciones de cada una de sus afirmaciones, al señalarlas Van Young constantemente añade peso a la lectura. Con una inmensa bibliografía detrás, pesadamente se mueve en muchas dimensiones: lo étnico, lo social, lo cultural, lo psicológico y lo demográfico en diálogo paralelo con la filosofía posmoderna, la sociología histórica, la historia cultural, la antropología... Todo para emprender una cuantificación de más de mil casos. Van Young utiliza herramientas y teorías que dotan del mayor número de sentidos a los documentos y encuentra las tramas de amores, accidentes, torpezas y truculencia que caracterizan a los conflictos locales.

Entre violencia individual y la violencia política, ofrece un perfil primero estadístico y luego anecdótico, no de una muestra sino de los casos que pudo encontrar y seleccionó, pero son representativos porque siguen la curva demográfica de la sociedad colonial. Tenemos, pues, un estudio de lo subjetivo como fondo profundo de la acción colectiva, basado en testimonios de juicios cuya credibilidad, imaginación e información permanentemente se discute. Un estudio nada menos que del papel que tiene la violencia en el cambio social, algo que no puede reducirse a una relación de causa-efecto de cara a las sumas de circunstancias, aderezadas tanto por agravios como por el deterioro de la monarquía española. Hay preguntas que no pueden contestarse narrando hecho tras hecho: ¿Por qué se produjo esa guerra tan cruel? ¿Qué pasó en las decisiones de la gente? ¿Miedo, revancha, indignación, religiosidad, antes que agrarismo, hambre y opresión de tres siglos? ¿Las razones culturales verdaderamente privaron sobre las estructurales?

Antes y después de interrogar y catalogar a los rebeldes populares, el autor ofrece un ejercicio de reflexión comparada acerca de la acción colec-

tiva en la historia. Entonces, abstrae el episodio mexicano para insertarlo dentro del revolucionado mundo atlántico y discutir la violencia descolonizadora, la resistencia cultural en la formación de las naciones. Relaciona la independencia mexicana con la de Estados Unidos, con la Revolución francesa, con otras americanas y concluye el libro comparando la independencia con la Revolución de 1910. De la lucha en estos tres cauces: el campesino de los pueblos, el de los insurgentes criollos y el del estado colonial, únicamente se discute la revuelta popular. Para el autor, con esta lucha no se ganó casi nada, a no ser la independencia política. Encuentra muy poco que hable de una sensibilidad nacionalista e insiste en que no se puede asumir el carácter de este movimiento por sus resultados: no hay una idea de nación, sino defensas comunitarias.

El libro se alarga en revueltas locales, confusas y mal dirigidas; el historiador estadounidense ciertamente mira a la sociedad provinciana como celdas contiguas pero apenas conectadas. El modelo da cuenta del estilo de una rebelión poco vinculada incluso a nivel regional. En homenaje a la frase: “Las sociedades tienen los delincuentes que se merecen”, escribe: “Tienen los rebeldes que pueden engendrar”, para argumentar un punto de vista sumamente crítico del liderazgo salvaje en el orden intermedio del movimiento, con una fuerte insistencia en disminuir y volver relativa la importancia atribuida a los curas, un asunto, dicho sea de paso, que se le ha combatido varias veces. Además, puede parecer desproporcionada su insistencia en disminuir la importancia de los elementos estructurales. Aun en planos tan locales, es difícil también aceptar que la ideología popular y la de sus dirigentes estuviera tan alejada: que existiera la disociación cultural que propone Van Young. Tampoco considera lo suficiente los

efectos de las reformas borbónicas en los pueblos, sin las cuales no se puede entender esa doble actitud de protesta y de lealtad frente al gobierno español y al rey. Queda claro que una de las virtudes del libro es haber estimulado estas y otras discusiones, por demás interesantes.

La otra rebelión culmina un ciclo de investigaciones sobre la independencia que parte, si se quiere, del libro de Hugh M. Hamill Jr. que nunca se tradujo del inglés: *The Hidalgo Revolt. Prelude to Mexican Independence* (Gainesville, University of Florida Press, 1966). Este autor introdujo la sensatez en el conocimiento al proponer no estudiar más el liderazgo sino la revuelta que encendió la guerra por la independencia, en tiempos en que la historia todavía rendía demasiado culto a los héroes en México. La búsqueda de esas bases sociales del movimiento insurgente dejó una provechosa temporada de estudio, por muchos autores, sobre la sociedad rural, los insurgentes y la violencia campesina decimonónica. En sus últimos ensayos Ha-

mill insistió en profundizar en las llamadas causas psicológicas, haciendo lo propio con la gente sencilla de las ciudades, “la porción humilde del pueblo”. Lo percibido por Hamill, como suele decir el mismo Van Young, sería la punta del *iceberg*, donde lo estudiado por él es la enorme masa que no se había visto.

La investigación de Van Young condensada en este libro es admirable, se ha comparado con una pintura puntillista que no obstante ser minuciosa ofrece en su movimiento un fresco bien logrado: *La otra rebelión* es una gran biografía colectiva. El libro se inscribe en la tradición de estudiar los tumultos a partir de los de la época virreinal, presenta el gran motín de la independencia como un tumulto de tumultos, en cuyos mecanismos se observa más implosión que explosión; uno de los motivos que tuvo para concentrarse en una investigación hacia dentro. Al hacer hincapié en la gente sencilla, Van Young otorga riqueza al caos y lo impregna de una gran experiencia humana, aunque en la medida en que la gue-

rra popular fue mayoritariamente indígena, rural y localista, para él resulta profundamente conservadora. Le quedan pocas dudas de que los indios que vivían en los pueblos, unos leales, otros rebeldes, no veían más allá de las fronteras de sus comunidades, lo cual es muy discutible.

En un libro cargado de conclusiones parciales, este gran conocedor de la historia mexicana concluye: “Más allá del horizonte político, el estado, la ciudadanía y otras cuestiones similares, la rebelión popular en el campo incluyó elementos de resistencia cultural: la supervivencia lingüística, el culto religioso, la posición local y los acuerdos de poder, las relaciones de género, cuestiones de identidad individual y de grupo y en general, una visión del mundo”. Tales elementos dieron a esta lucha una violencia que posiblemente no hubiera tenido de no mezclarse la resistencia cultural con la defensa de la comunidad. *La otra rebelión* permanecerá entre nosotros como una referencia obligada: un estudio imprescindible sobre la ideología y la violencia popular.

Los niños, su imagen y semejanzas

Rebeca Monroy Nasr

María Eugenia Sánchez Calleja y Delia Salazar Anaya (coords.), *Los niños: su imagen en la historia*, México, INAH, 2006.

El libro *Los niños: su imagen en la historia* es un proyecto largamente acariciado por sus coordinadoras,

las historiadoras Delia Salazar y María Eugenia Sánchez Calleja, quienes le dieron forma inicial con un coloquio interdisciplinario e interinstitucional realizado en la Dirección de Estudios Históricos del INAH. Como todo buen libro, llevó tiempo concebirlo, gestarlo, compilarlo y darle esta forma final, que llega a nosotros en un producto editorial de la colección Científica del

Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Como las coordinadoras señalan en su introducción, los niños han sido un tema muy poco trabajado por la historiografía convencional del país. Por ello este libro viene a saldar una cuenta pendiente con el conocimiento de los infantes en la historia nacional, pues se recogen relatos que provienen de una cultura del mesti-

zaje y del encuentro de esos dos mundos diversos, entre la España colonial y el México prehispánico, hasta abreviar al siglo XX mexicano.

En su introducción, Delia Salazar y María Eugenia Sánchez Calleja enfatizan el relato de este libro al mencionar que el esfuerzo común es grande, y que: “Cada autor analiza la imagen y el imaginario de los niños, adolescentes y jóvenes a partir de sus propios esquemas teóricos y sus particulares miradas a las fuentes del pasado. No obstante, la historia de la infancia en México es aún un campo fértil para la reflexión y el análisis histórico...”. Con esto se refieren a que el material está constituido por diez autores con nueve ensayos. Todos ellos tienen como vínculo indisoluble *la imagen* del infante, y los temas han sido desarrollados de manera diversa, por lo que cada texto contiene temas apasionantes y muy atractivos para el lector.

Consuelo Maquívar y Maquívar abre este rico concierto gráfico-textual con un ensayo desde la óptica de la historia del arte, donde plantea cómo las representaciones religiosas del niño Jesús y de la niña María circularon y tuvieron una fuerte presencia didáctico-pedagógica en el periodo novohispano. La tarea inmediata de la realización de esas figuras plásticas, buscaba convencer y adoctrinar a los indígenas en el catolicismo. La investigadora aborda su ensayo “Los ‘niños por excelencia’. El niño Jesús y la Virgen niña en la iconografía novohispana” desde la historia social del arte, con un fuerte acento sostenido en la historia de las mentalidades. Con el discurso de las imágenes nos muestra la forma en que se fue difundiendo la presencia de Jesús niño y María la virgen niña destacando momentos claves de su desarrollo como el nacimiento, o los pasajes más sobresalientes de su infancia, mismos que fueron retomados por la plástica mexicana. Es el caso del nacimiento

de Jesús o la visita de los reyes magos, y también las representaciones de la sagrada familia. La investigadora subraya la creación de estas imágenes como medio didáctico de la iglesia novohispana para educar, convencer, convertir y “transmitir sus verdades”, tanto a los fieles como a los no creyentes. El uso de los niños en la plástica funcionó como un medio de difusión en su época, que cumplió cabalmente la función social de evangelizar, pues las figuras infantiles llegaban a conmover más a la población local. Una de las notas que destaca en el ensayo es el caso de la virgen niña, tema mucho menos recurrente para la creación de imágenes, pues los evangelios no la mencionan en esa etapa de su vida, de ahí que se utilizaran narraciones legendarias y apócrifas (entendiendo por ello un escrito sospechoso de herejía). Contradictoriamente, esos escritos e imágenes deberían coadyuvar a profundizar la fe.

La historiadora Concepción Lugo, con su ensayo “El funeral de los angelitos: su introducción a la Nueva España y su permanencia en el México contemporáneo”, da continuidad a un tema apasionante, en el que profundiza el significado intrínseco de los funerales para niños realizados desde la época de la Colonia, rito que se mantiene vivo entre la población actual con claros rasgos de cultura híbrida. Subraya que parte de ese rito es la temprana conversión de los niños y la rápida inserción del recién nacido al bautizo católico, lo que debería garantizar al pequeño arribar a mejor puerto en caso de muerte. La investigadora recrea desde una visión histórico-política a la iglesia católica, así como la propuesta del rito mortuorio instaurado en la época de la Contrarreforma, en el siglo XVI. Asienta que tanto el funeral de los niños como la manera de difundir prácticas, creencias y normas religiosas en el país, fueron al principio ritos propios de las elites españo-

las y criollas, que poco a poco se filtraron en la práctica de las clases populares. Se instauró, por ejemplo, el uso del ropaje de los difuntitos en función del género, de niña María, de franciscano o de niño Jesús, entre otros. Esos ritos también fluyeron en su representación visual, como la recreación de retratos al óleo de los infantes muertos solicitados por las clases pudientes; y en ese caso, se retrataba al pequeño con vida para recordarlo de esa manera.

Por su parte, la pintura legó a la fotografía esa tarea con el cambio del siglo XIX al XX, cuando el retrato fotográfico de niños muertos se convirtió en todo un género, al que se le dio el nombre de *vanitas*. Según dice Lugo, actualmente es el padrino quien debe pagar por ese necrofilico recuerdo, la *vanitas* convertida en memoria de un momento frío, doloroso y muy íntimo, reservado para la familia, recuerdo último del pequeño que moró por tan poco tiempo en la tierra. Por ello se torna inolvidable y muy presente esa ausencia.

Para cerrar este ciclo de lo colonial y transitar a nuevos momentos históricos, Mariano Monterrosa y Leticia Talavera trabajaron su especialidad temática, y nos ofrecen “Algunas representaciones del niño Jesús en el arte mexicano”. Con buen estilo narrativo, los autores permiten comprender la profundidad con que se llevó a cabo la catequización en la Nueva España, la pervivencia de ciertas prácticas religiosas y la veneración a los niños dios en sus diferentes modalidades, cuya vigencia es cada día mayor. Es claro que este pueblo pletórico de ritos ancestrales, de iconografía amplia para narrar historias y representar a sus dioses, hizo un traslado de esas deidades de piedra a imágenes religiosas pictórico-escultóricas, fue un atado fuerte para un pueblo tan devocional como el nuestro. Es decir, las imágenes que presentan Monte-

rrosa y Talavera permiten un tránsito del mundo de lo invisible a un mundo de lo visible que le confiere validez al deseo, al temor y a la esperanza mediante estas imágenes del niño Jesús, y cuya presencia desde la época colonial parece haber cobrado una mayor vigencia en nuestros días. La preocupación de un pueblo por resolver sus problemas cotidianos, de salud, de economía, de falta de recursos materiales, hace factible procurar ayuda en la imagen del Niño de las Palomitas o del *Niño pan* en Xochimilco. Otros, en búsqueda de salud, van con el Niño Doctor, quien dispone de un estetoscopio; también está el Niño de las Suertes, que cada día tiene mayor devoción por el rumbo de Tacubaya. El Santo Niño de Atocha, en Fresnillo, Zacatecas, con un santuario pletórico de pinturas es parte sustancial de ese mundo de imágenes al que es posible acudir en momentos difíciles. Como asientan los autores: “La figura del niño sigue siendo eso: un niño... y es que el Niño Jesús siempre será una figura atractiva, dulce, limpia, carente de máculas, como todos los niños, a los que se les puede reprochar una travesura, pero no por eso se les puede dejar de amar”. Como nota asombrosa, los autores consignan en pie de grabado que: “Catalina de Siena, que recibió de las manos del niño a manera de anillo su prepucio”

El tránsito a la escultura decimonónica corresponde a la historiadora del arte Eloísa Uribe y su ensayo “Adolescentes en la estatuaría mexicana del siglo XIX (1851-1876)”, en el cual se aborda uno de los aspectos del dibujo y de la escultura que se trabajaron en la Academia de San Carlos, es un tema que pocos investigadores se han detenido a analizar y en ello estriba su valor.

Después de la conquista espiritual a través de la imposición religiosa, a la que asistimos con los ensayos an-

teriores, Eloísa Uribe nos remite a la presencia de una estatuaría de adolescentes masculinos en la Academia, la cual obedece a una expansión del gusto y de las ideas de la Ilustración en el Nuevo Mundo, así como al reconocimiento de la belleza que radica en los cuerpos de jóvenes o púberes como fuente de vida y forma de contemplación. La autora aborda con sutileza terrenos muy poco analizados, como la reflexión desde el terreno de la historiografía *gay*, que ofrece un contexto a esa predilección por los cuerpos de juveniles en la plástica decimonónica. Toca un tema tabú, lo insinúa y le da salida al plantear la llegada de dos maestros que traerían nuevas formas e ideas para trabajar el desnudo en el dibujo, la pintura, la escultura y el grabado: Pelegrín Clavé para pintura y Manuel Vilar en escultura, ambos llamados nazarenos. El análisis acucioso y erudito de la autora nos permite penetrar en los antecedentes del arte griego y romano que trajo cambios en la representación de los cuerpos del hombre y la mujer en el arte académico, aunada a temas históricos, indígenas o de la independencia que ya se realizaban en el país. Ilustra claramente la influencia de Vilar, su manera de introducir las figuras mitológicas, religiosas e historias, retratos y diversos temas líricos o poéticos, en los ejercicios de preparación de sus alumnos. “... Se trata de desnudos pudorosos que invocan a la ternura y en ocasiones también a la sensualidad”. La lectura del ensayo nos lleva a pensar que esos cuerpos representan con la sensualidad al cuerpo masculino entrando en una etapa de desarrollo hacia la madurez física, tentadores por su mezcla de suavidad púbera, y la fuerza que empiezan a mostrarse. Por lo menos eso se hace presente en los grupos escultóricos que revisa Uribe y recodificados por sus alumnos, como en el caso de *Ganímedes* y *San Sebastián*,

El pastor Olimpo, *El huérfano del labrador*, el *David* de Tomás Pérez. También sucede así con las obras del mismo profesor, entre ellas de *San Carlos Borromeo protegiendo a un muchacho* y *El divino Salvador*, esta última de 1858, un año antes de morir. En ese sentido, Eloísa Uribe comenta: “el tema de los adolescentes desborda las implicaciones erótico sensuales y se adentra en el complejo mundo de los sentimientos, del amor, el enamoramiento, la ternura, el compañerismo, el miedo, la soledad [...] las dudas ante las responsabilidades consideradas propias de la condición masculina [...]”.

Por su parte, Esther Acevedo, también historiadora del arte, presenta un tema que permite apreciar la forma de leer un cuadro histórico desde una vertiente novedosa y atractiva. Así en “¿Qué hacen dos niños en un cuadro de historia?” nos lleva al momento final del segundo imperio, justo cuando Juárez —una vez instaurado presidente de la República— ordenó el fusilamiento de Maximiliano. Es un relato histórico, con sólidas bases en la reconstrucción del momento y en el que la investigadora da voz a todos los personajes presentes en el cuadro creado por Manuel Ocaranza en 1873, sobre el episodio que vivió el presidente Juárez aquella noche del 18 de junio de 1867, cuando fueron a rogar por la vida y el perdón de los acusados. El análisis crítico de Esther Acevedo hace eco de otros comentarios de la época y subraya las falacias reunidas en ese gran óleo: Ocaranza alteró la realidad temporal e histórica de ese difícil momento de la República, ya que se permitió reunir en el cuadro a los personajes principales del evento, presentando a liberales y conservadores en una especie de impostura teatralizada frente a un Juárez incólume. Así reunió a la princesa de Salm Salm a los pies de Juárez, junto a varios de sus hombres más importantes

—Sebatían Lerdo de Tejada, José María Iglesias e Ignacio Mejía— en el salón de actos; simultáneamente representó en el espacio bidimensional a los defensores de Maximiliano, Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre. Por otra parte tenemos a los personajes más importantes para nuestro tema: Concha Lombardo de Miramón con dos de sus cuatro hijos. En diferentes momentos todos los involucrados estuvieron frente a Juárez, pero nunca se reunieron de manera simultánea; otros ni siquiera estuvieron cerca del presidente en ese momento, como los hijos de Miramón, y por tanto no acompañaron a Concepción Lombardo en este último viaje, como bien señala la autora.

La alteración histórica del episodio por parte de Ocaranza, probablemente una licencia creativa, permite a Esther Acevedo hacerlos hablar uno por uno, una licencia que sólo puede permitirse quien conoce a fondo el tema, la época y las anécdotas aledañas. Este recurso da un sabor especial y muy agradable al ensayo, y el análisis de imagen anecdótica a concienzudo estudio histórico de la época, y son justamente las voces de los niños las que dan fuerza al relato interiorista. Acevedo también deja en claro el escaso valor estético que tuvo la obra en su época, y el gran escándalo que provocó la pintura por su alteración histórica. Desgraciadamente, se desconoce su paradero actual y sus últimas referencias datan de 1927, por lo que sólo se cuenta con referentes visuales como fotografías o bocetos gráficos.

El historiador Alberto del Castillo realiza una vuelta de tuerca al anudar dos siglos en “La invención de un concepto moderno de niñez en México en el cambio del siglo XIX al XX”, y donde presenta justamente la manera en que se construyeron los conceptos de salud, enfermedad, pedagogía, psicología e higiene escolar en el mundo de la niñez. Aclara que el momento en

que el estado porfirista consideró oportuno atender a los infantes, representa la entrada a la modernidad, cuando aún se padecía un alto índice de mortandad infantil. Luego de rastrear los momentos temáticos primigenios en la historiografía contemporánea, atrapa los conceptos para llevarlos al contexto histórico nacional, e ilustrar con gran conocimiento de causa las formas en que familia y sociedad empezaron a dirigirse a los infantes ya no como “adultos chiquitos”, sino como los personajes que eran. Al ser el estado porfirista el primero en difundir una imagen particular de sus niños, los necesitaba rollizos y sanos, y con ello el autor nos permite observar cómo el clasismo y el racismo fueron parte de ese episodio al fomentar un cierto criterio sobre los infantes mexicanos que, una vez más, negaba la visión interna del indígena y mostraba como: “[...] la convergencia de las dos miradas, ‘la especializada’ [...] y ‘la divulgadora’ se encargó de construir una importante serie de conceptos, de imágenes y representaciones en torno a la niñez”. Lo notable del ensayo es la manera en que Del Castillo logra reunir tantos relatos interdisciplinarios y dar fuerza a la imagen como fuente primaria de información. Con este ensayo, es factible conocer cómo se entrelazaron factores externos e internos que dieron pie a lo que el autor llama “la edificación de un inventario moderno de la niñez capitalina a principios del siglo XX”.

El libro mantiene su línea temática y cronológica con el texto de María Eugenia Sánchez Calleja, el cual complementa esta imagen de transición, continuidad y ruptura con los cambios del Porfiriato a la Revolución en el ámbito de las imágenes de la niñez. La historiadora aborda su estudio desde la perspectiva legal, tema que conoce a fondo y lo desarrolla a partir de la necesaria protección de los niños durante el episodio bélico de

1910. Es en ese contexto que analiza las propuestas presentadas en el Primer Congreso del Niño Mexicano, realizado en 1921, y para ello se remonta a nociones creadas en la convención de Bélgica y la posterior creación de la Carta de Ginebra, en la que fueron instaurados los derechos de los niños en 1924. Su material presenta notable información sobre las necesidades que correspondían al estado y los niños en la etapa posrevolucionaria, pasando por los planteamientos de la eugenesia, la enseñanza, la higiene, los niños “anormales”, y la urgencia de legislar para los menores. En ese sentido, se subraya como el Estado mexicano procuró diferenciar, ya desde 1921, una edad para enfrentar cargos legales (dieciocho años), y una edad civil para tener derechos políticos (a los veintiuno). En ambos casos se trataba de establecer el juicio de discernimiento en el joven-niño y mejorar sus condiciones de vida legal.

Por otro lado, una imagen amplia y de mucha sustancia es la que ofrece el análisis de “La imagen de los niños en el cine clásico mexicano. De los presos de *La infancia* a *Los olvidados* de Luis Buñuel”, presentado por la especialista en cine nacional Julia Muñón. Este sustancioso y exhaustivo ensayo, aunque la autora no lo pretenda así, plantea una serie de ejemplos paradigmáticos en las películas mexicanas en su época de oro. El texto es justamente ilustrativo porque en el cine nacional los hoy adultos vimos y adquirimos nuestros mejores referentes de la niñez y la adultez. La investigadora escudriña desde diferentes ángulos —la historia de las mentalidades, la idiosincrasia nacional, la historia cultural, e incluso desde el mundo del psicoanálisis freudiano y junguiano— para explicar muchas de las conductas que trasmite el cine, así como las vividas en, con y a través del llamado séptimo arte. Una compleja puesta en escena, pues con gran diversidad de películas ejemplifica cómo se

han adoptado actitudes que responden al escenario filmico, y sobre todo al melodrama, una parte intrínseca de nuestras vidas. Resalta la presencia de Manuel Michel, sorprendente cineasta de corte realista muerto muy joven, quien se contrapuso a los mandatos del cine nacional y espera su turno para ser estudiado a profundidad. La investigadora lleva a buen puerto su texto al analizar una sólida propuesta como la magistral película de Buñuel, una cinta irredenta que aborda justamente los temas que el cine mexicano institucional no quería resaltar: una realidad en blanco y negro que mostraba el rostro triste, sucio y hasta erótico de la infancia en México.

El libro cierra con el ensayo “El niño en la memoria familiar”, donde la historiadora Delia Salazar emprende una búsqueda textual entre los papeles de familia llegados a la Dirección de Estudios Históricos como resultado del concurso que lleva ese nombre. Con ese rastreo documental pretendía encontrar básicamente los testimonios infantiles presentados por los adultos en textos, cartas, memorias o fotografías. Tres grandes rubros dan forma a su ensayo, con lo cual supera las líneas temporales al quedar reunidos bajo el recuerdo del significado de los nacimientos, la educación y la muerte. Los testimonios

de época enriquecen esta visión demográfica y estadística de la investigadora, temas a los que ha dedicado muchos años. Con esa clara visión de la macro-historia, Delia Salazar encuentra con nombre y apellidos los datos duros descifrados, coloreados y pletóricos de imágenes, mismas que nos permite apreciar en un atractivo y vivificante relato de la vida cotidiana. Enriquecen el texto diversas biografías, cartas, anécdotas, extractos de diarios y relatos que conforman un gran universo nacional.

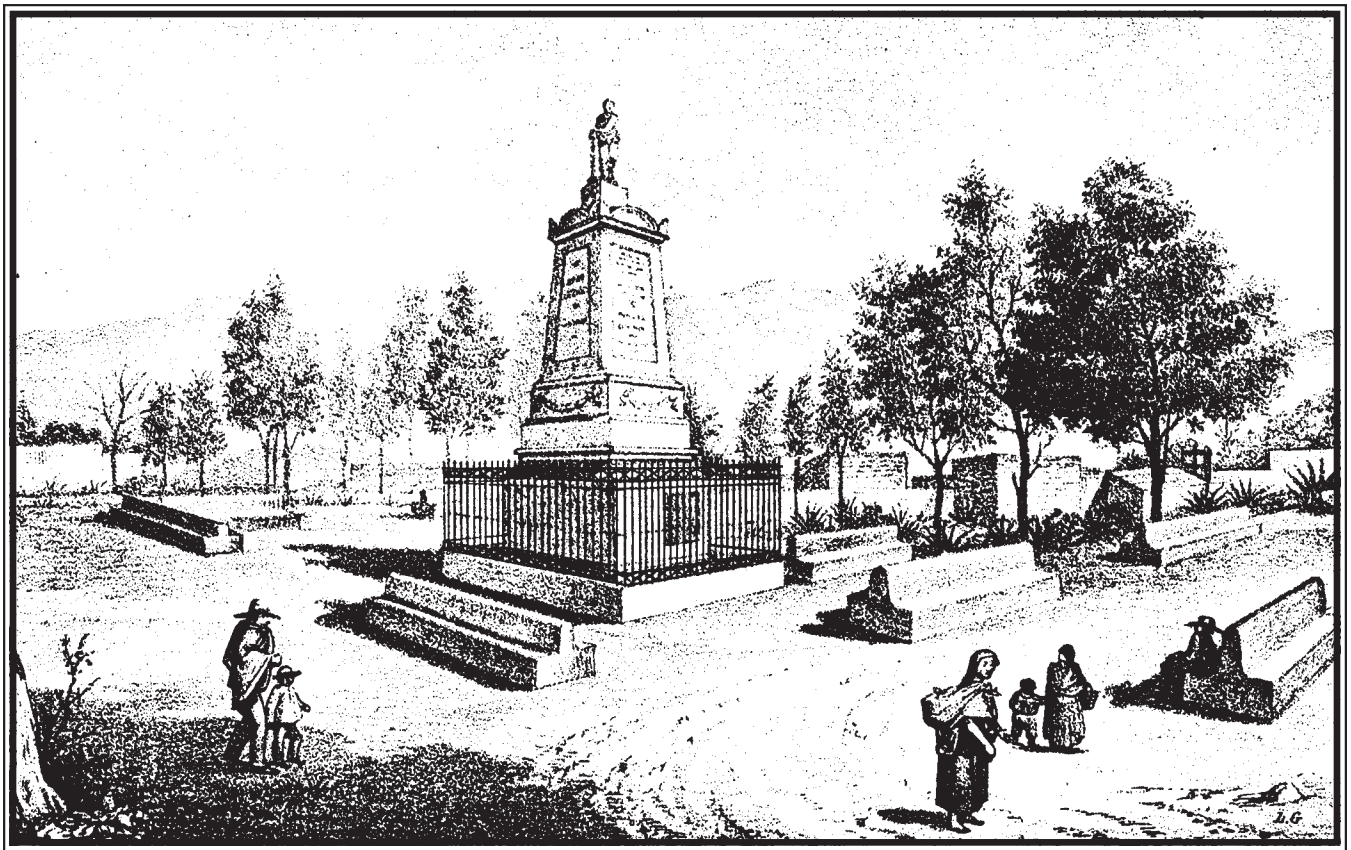
El libro presenta un orden temático temporal muy acertado, ya que los textos se enlazan uno a otro de manera natural y se enriquecen al ser expuestos a manera de eslabones de un mismo material. En todos los ensayos predomina un tema común, pues la presencia de la vida religiosa se transmina en un ir y venir incesante. Ello es evidente en su andar novohispano, pero se torna cada vez más soterrado conforme avanza por las sendas del Estado liberal, jacobino y laico. Las presencias religiosas son tan notables como sutiles, pues perviven a pesar de todos los ritos y símbolos míticos.

Este rico material muestra parte de los cambios de la vida pública a la privada, así como de la Colonia al siglo XX, entrelazados por estas imáge-

nes de los niños, y así se logra redondear un tema inagotable por su propia naturaleza. Los estudios sobre el particular en nuestro país tienen poco de haber nacido, las fuentes de primera mano son difíciles de conseguir, sin que medie la interpretación adulta y la invención de la memoria. Por ello este libro es una importante aportación que permite una visión amplia y profunda de los niños y su historia.

Esta edición presenta en la portada una imagen tan atractiva como ilustrativa de su contenido. En ella aparecen dos pequeñas que abrazan a sus muñecas; se trata de las niñas Rodríguez Nasr: la mayor es Lilia, sonriente y gustosa; la pequeña es Zuraya, que medita y sería parece mirarnos de frente, sin artificios y sin imaginar siquiera que años después formarían parte de un libro dedicado a recrear una historia propia. El color sepia anuncia con certeza que se encierran historias dignas de ver y de contar. Así, con este material aportado por los autores, y con el buen oficio de sus coordinadoras, nos preparamos para encontrar pequeñas grandes historias de la vida cotidiana y en su entaña la historia cultural y social de este país, con lo cual se quiere dar voz e imagen a esos pequeños que seguramente tienen mucho que contar.





■ Álvarez Cuartero, Izaskun y Julio Sánchez Gómez, *Visiones y revisiones de la independencia americana. La independencia de América: la Constitución de Cádiz y las constituciones iberoamericanas*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2007.

Izaskun Álvarez Cuartero y Julio Sánchez Gómez, Presentación.

Joaquín Varela Suánzes-Carpegna, “El constitucionalismo español y portugués durante la primera mitad del siglo XIX (un estudio comparado)”.

José María Portillo Valdés, “El problema de la identidad entre monarquía y nación en la crisis hispana, 1808-1812”.

M. Fátima Bonifácio, “O Vintismo como matriz do radicalismo português”.

Alberto Ramos Santana, “La Constitución de 1812 y los americanos: de la representación a la emancipación”.

Manuel Chust Calero, “El poder municipal, vértice de la revolución gaditana”.

Miguel Molina Martínez, “De cabildos a ayuntamientos: las cortes de Cádiz en América”.

Natalio R. Botana, “El primer republicanismo en el Río de la Plata, 1810-1826”.

Andréa Slemian, “Um pacto constitucional para um novo império: Brasil, 1822-1824”.

Inés Quintero, “La iniciativa gaditana y la provincia de Venezuela”.

Ivana Frasquet: “*Se obedece y se cumple*. La jura de la Constitución de Cádiz en México en 1820”.

■ Chust Manuel y José Antonio Serrano (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2007.

Manuel Chust Calero, José Antonio Serrano, “Un debate actual, una revisión necesaria”.

Gabriel Di Meglio, “La guerra de independencia en la historiografía argentina”.

Julio Sánchez Gómez, “Y Uruguay...”

Nidia R. Areces, “La historiografía sobre la independencia paraguaya. Propuestas para una renovación temática”.

Carlos Contreras, “La independencia del Perú. Balance de la historiografía contemporánea”.

Alejandro San Francisco, “La independencia de Chile”.

João Paulo G. Pimenta, “A independência do Brasil. Um balanço da produção historiográfica recente”.

Juan Marchena Fernández, “Los procesos de independencia en los países andinos: Ecuador y Bolivia”.

Armando Martínez Garnica, “La independencia del Nuevo Reino de Granada. Estado de la representación histórica”.

Inés Quintero, “Historiografía e independencia en Venezuela”.

Xiomara Avendaño Rojas, “La independencia en Guatemala y El Salvador: una nueva visión sobre los actores”.

Alfredo Ávila y Virginia Guedea, “De la independencia nacional a los procesos autonomistas novohispanos: balance de la historiografía reciente”.

Bibliografía general.

■ Lévyvy, Pierre, *Cibercultura. La cultura de la sociedad digital*, Madrid, Anthropos, 2007.

Manuel Medina, Prólogo.

Nota introductoria.

Parte primera. DEFINICIONES

Capítulo I. ¿Las tecnologías tienen un impacto?

Capítulo II. La infraestructura técnica del mundo virtual.

Capítulo III. Lo digital o la virtualización de la información.

Capítulo IV. La interactividad.

Capítulo V. El ciberespacio o la virtualización de la comunicación.

Parte segunda. PROPUESTAS

Capítulo VI. Lo universal sin totalidad, esencia de la cibercultura.

Capítulo VII. El movimiento social de la cibercultura.

Capítulo VIII. El sonido de la cibercultura.

Capítulo IX. El arte de la cibercultura.

Capítulo X. La nueva relación con el saber.

Capítulo XI. Las mutaciones de la educación y la economía del saber.

Capítulo XII. Los árboles de conocimientos, un instrumento para la inteligencia colectiva en la educación y la formación.

Capítulo XIII. El ciberespacio, la ciudad y la democracia electrónica.

Parte tercera. PROBLEMAS

Capítulo XIV. Conflictos de intereses y diversidad de puntos de vista.

Capítulo XV. Crítica de la sustitución.

Capítulo XVI. Crítica de la dominación.

Capítulo XVII. Crítica de la crítica.

Capítulo XVIII. Respuestas a algunas preguntas frecuentes.

Conclusión: La cibercultura o la tradición simultánea.

■ Mancuso, Lara, *Cofradías mineras: religiosidad popular en México y Brasil, siglo XVIII*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 2007.

Prólogo.

Presentación y agradecimientos.

Consideraciones preliminares.

Cofradías y minería.

Corporativismo y mundo católico.

Desde la Península Ibérica hasta Brasil y Nueva España.

Zacatecas y *Ouro Preto*: jerarquías y esclavitud.

Sociedades mineras, cofradías y estratificación social.

Las cofradías en la historiografía.

La metodología comparativa.

La estructura del trabajo.

Fuentes y archivos.

1. Minería, mestizaje y evangelización.

Las monarquías católicas y sus territorios americanos.

Mano de obra y sociedad mestiza.

Iglesia, clero y evangelización.

El papel de los laicos.

2. Cofradías, minería y frontera.

Zacatecas y *Ouro Preto*: minería y frontera.

Cofradías mineras.

La comunidad.

La iglesia.

El santo.

3. Las cofradías en Zacatecas.

El centro urbano, los pueblos de indios y las cofradías.

Cofradías de los pueblos de indios.

Cofradías del centro urbano.

Cofradías de españoles.

La cofradía de mulatos San Juan de la Penitencia.

La cofradía de indios barreteros Santísimo Sacramento de la Merced.

4. Las cofradías en *Ouro Preto*.

Parroquias, iglesias y cofradías.

Las órdenes terceras y las elites ouropretanas.

Cofradías de negros.

La relación con los blancos.

Los *pretos* y los *crioulos*.

Cofradías y esclavitud.

5. Las celebraciones de las cofradías.

El calendario litúrgico, la asistencia y la audiencia.

El calendario.

La asistencia.

La audiencia.

Fiesta y religiosidad popular.

El triunfo eucarístico en *Ouro Preto*.

Las procesiones de los pueblos en Zacatecas.

Anexo: cuadros-celebraciones de las cofradías.

6. A manera de conclusión.

Sistemas de cofradías en Zacatecas y en *Ouro Preto*.

Hacia un modelo de cofradías mineras.

La comparación: resultados y perspectivas.

Siglas, fuentes y bibliografía.

Mapas.

1. División política de la Nueva España.

2. Fronteras diocesanas en Nueva España.

3. Las naciones indígenas del norte de Nueva España.

4. Planta básica de Zacatecas en el siglo XVII.

5. Descripción de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas (1732).

6. Descripción de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas (1795).

7. *Minas Gerais* a principios del siglo XVIII.

8. Obispos y prelaturas de Brasil al final de la época colonial.

9. Mapa de *Ouro Preto*.

■ Laura Giraudó (ed.), *Ciudadanía y derechos indígenas en América Latina: poblaciones, estados y orden internacional*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.

Presentación.

I. "Entre rupturas y retornos: la nueva cuestión indígena en América Latina", Laura Giraudó.

II. "Estado nacional y pueblos originarios, entre la homogeneización y la diversidad: ¿una pulsión colectiva duradera?", Mónica Quijada.

III. "Pueblos indígenas y derecho internacional: una historia incómoda", Luis Rodríguez-Piñero Royo.

IV. "Reconocimiento de estados (no indígenas) por pueblos (indígenas): Chile y Mapu, caso y categoría", Bartolomé Clavero.

V. "Indianismo y nacionalismo en Bolivia: estructura de oportunidad política, movilización y discurso", Ramón Máiz.

VI. "El proceso de reconstitución político-territorial del Qullasuyu, Bolivia", Carlos Mamani Condori.

VII. "La autonomía kuna: el caso de la Comarca Kuna Yala, Panamá", Atencio López Martínez.

VIII. "Autonomías indígenas en México. Entre la vía legal y la vía de los hechos", Zósimo Hernández Ramírez.

IX. "Los derechos de propiedad intelectual y los conocimientos tradicionales de los pueblos indígenas", Rodrigo de la Cruz.

Conclusión.

Bibliografía General.

Anexos: I. Disposiciones referidas a indígenas en las constituciones de Bolivia, siglo XX; II. Ayllus de Cochabamba. A) La reconstitución de la nación Sora: propuesta para la refundación del país, B) Reconstitución y restitución en el marco del derecho internacional; III. Ley Fundamental de la Comarca Kuna Yala; IV. Declaración del Primer Encuentro del Pueblo Kuna Dule; V. Disposiciones referidas a indígenas en las constituciones panameñas del siglo XIX; VI. Disposiciones referidas a indígenas en las constituciones panameñas del siglo XX y en otras normas; VII. Artículo 2 de la Constitución Federal Mexicana (reformada en 2001); VIII. Listado de Leyes Reglamentarias de los estados mexicanos en materia de derechos y cultura indígena; IX. Referencia a la autonomía de los pueblos indígenas en las constituciones de los estados mexicanos; X. Referencia a la autonomía de los pueblos indígenas en leyes reglamentarias de los estados mexicanos.

■ SILVA, Estudios de humanismo y tradición clásica, Universidad de León, núm. 5, 2006.

Vicente Bécares Botas, “Pedro Nuñez Vela, helenista y heterodoxo: documentos nuevos”.

Avelina Carrera de la Red, La rebelión de Martín Cortés según Juan Suárez de Peralta (México, 1589), una ‘catalinaria’ al estilo criollo.

Matilde Conde Salazar y María Victoria Fernández-Savater Martín, “Comentarios de la obra de César en el siglo XVII: diferentes estilos, diferentes tendencias genéricas”.

Manuel Antonio Díaz Gito, “La fórmula epistolográfica del saludo en las *Herodias* de Ovidio y su recepción en las *epistulae responsoriae* humanísticas”. Arturo Echavarren, “Espejo de falsarios: menciones de Sinón en el teatro español del Siglo de Oro”.

Francisco Javier Fuente Fernández, “La tradición clásica en *La pícaro Justina*”.

Victoria Galván González, “Referencias bíblicas y literatura espiritual en la obra poética de María Joaquina de Viera y Clavijo (1737-1819)”.

María de la Luz García Fleitas, “Acerca de las columnas egipcias descritas por Calixeno de Rodas: carta del humanista Pedro de Valencia al pintor Pablo de Céspedes”.

Felipe González Vega, “Comentario renacentista, cambio lingüístico y norma de estilo”.

■ GUANAJUATO VOCES DE SU HISTORIA, Revista del Laboratorio de Historia Oral del Centro de Investigaciones Humanísticas de la Universidad de Guanajuato, núm. 7, 2007.

Estudio de los contextos y la memoria. Graciela de Garay, “Para comprender históricamente una trayectoria profesional. Un arquitecto de la modernidad mexicana: Mario Pani, 1911-1993”.

Armando Sandoval Pierres, “Los laberintos contextuales de las fuentes orales”.

Gerardo Necochea Gracia, “Los contextos del recuerdo y la historia oral”. Amelia Rivaud Morayta, “Celso y el conde”.

Fátima del Rosario Aguilar Mata, “Memoria y contexto: la vida en la experiencia de una partera”.

Bibiana Santiago Guerrero, “Datos, descripciones y significados: hilos finos que entretejen la conversación”.

Ada Marina Lara Meza, “Vivir con el mal de piedra en el corazón. Mitos y contextos de la memoria”.

Mario Camarena Ocampo, “Del buen patrón al líder sindical. La construcción de la memoria en el barrio La Fama Montañesa”.

Sección

Guías temáticas del Archivo Documental del Laboratorio de Historia Oral

■ DESACATOS, Revista del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, núm. 23, 2007.

De la pobreza al florecimiento humano: ¿teoría crítica o utopía?

Virginia García Acosta, “Roberto Cardoso de Oliveira (1928-2006), as escrituras que privilegian la imagen: cuatro casos”.

SABERES Y RAZONES

Julio Boltvinik, De la pobreza al florecimiento humano: ¿teoría crítica u otología?

Julio Boltvinik, “Elementos para la crítica de la economía política de la pobreza”.

Ruth Levitas, “Florecimiento humano: ¿una agenda utopista?”.

Luis Arizmendi, “El florecimiento humano como mirador iconoclasta ante la mundialización de la pobreza”.

Araceli Damián, “El tiempo necesario para el florecimiento humano. La gran utopía”.

Paulette Dieterlen, “Cuatro enfoques sobre la idea del florecimiento humano”.

TESTIMONIO

Julio Boltvinik, “Desarrollo y crítica del paradigma de la producción. Presentación del ensayo de György Márkus”.

György Márkus, “Sobre la posibilidad de una teoría crítica”.

LEGADOS

Ruth Levitas, “La educación del deseo: el redescubrimiento de William Morris”.

ESQUINAS

María Teresa Mosquera Saravia, “Médicos y antropólogos que descifran y tratan males. El desarrollo de la antropología de la medicina en Guatemala”.

Claudio Garibay, “El dilema corporativo del comunismo forestal”.

Michal Brody, “Un panorama del estatus actual del maya yucateco escrito”.

■ ZONA FRANCA, Revista del Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre las Mujeres de la Universidad Nacional de Rosario (CEIM-UNR), núm. 16, 2007.

Editorial. Actualizaciones y Tendencias Dora Cardaci y Ángeles Sánchez Bringas, “¿Cómo es mi cuerpiito ahorita? Enfoque biomédico y construcción social de la gestación”.

Silvia Yannoulas, “Múltiples, plurales y diversos: la nueva contradanza”.

Desde la Maestría

Beatriz Argiroffo, “Muertes indebidas, silencios indebidos”.

Gabriela Ramos, “¿Quién representa a quién? ¿Quién re-presenta a qué? O Yo en la Central”.

Marcela Rotania, “Palabra poética y transgresión de género. Primero sueño de Sor Juana Inés de la Cruz”.

Desde el Grado

Paula Caldo, “Petrona cocinera y educadora. El aporte de Petrona C. de Gandulfo en el proceso de formación de la subjetividad de las mujeres argentinas, años 1930”.

Otras voces

Adriana Granados Barco, “Ser mujer, transformando masculinidades y femineidades”.

Alma Fernández Hasán, “Los derechos sexuales y reproductivos desde el horizonte público-privado. Un recorrido posible”.

Alicia N. Salomone, “De la vida a la escritura, del estereotipo a la complejidad. Desplazamientos femeninos en la crítica literaria sobre Alfonsina Storni (1920-1950)”.

■ AMÉRICA LATINA EN LA HISTORIA ECONÓMICA, Revista de investigación, núm. 27, enero-junio 2007.

Guillermina Del Valle Pavón, “Desarrollo de la economía mercantil y construcción de los caminos México-Veracruz en el siglo XVI”.

Irving Reynoso Jaime, “La hacienda azucarera morelense: un balance historiográfico”.

Denise A. Soares de Moura, “Cafeicultores e lavradores de roças de alimentos na transição do trabalho escravo ao livre (Campinas, 1850-1888)”.

Javier Moreno Lázaro, “La otra España. Empresas y empresarios españoles en la ciudad de México durante la Revolución”.

■ NUEVO MUNDO-MUNDOS NUEVOS, junio 2007.

Dossier Migrações / Migraciones.

Márcio de Oliveira, “Imigração e diferença em um estado do sul do Brasil: o caso do Paraná”.

Helenice Rodrigues da Silva, “Os exílios dos intelectuais brasileiros e chilenos, na França, durante as ditaduras militares: uma história cruzada”.

Sueli Siqueira, “O sonho frustrado e o sonho realizado: as duas faces da migração para os EUA”.

Leonardo García, “El fenómeno, *lambada*: globalización e identidad”.

Bibliografía:

Capucine Boidin, Alejandro Gómez, Gilles Havard, Frédérique Langue, Monica Martínez et Mónica Raisa Schpun Métissages, “Une bibliographie collective axée sur les Amériques”.

Coloquio:

L’idée de Révolution en Amérique latine du 19e au 20e siècle. Paris,

26-27 Janvier 2007:

L’idée de révolution en Amérique latine du 19e au 20e siècle (presentation).

Maud Chirio, “Le pouvoir en un mot: les militaires brésiliens et la révolution, du 31 mars 1964”.

Marianne González Alemán, “Le 6 septembre 1930 en Argentine: un Coup d’Etat investi de révolutions”.

Martín Bergel, “La desmesura revolucionaria”.

Patrick Barr-Melej, “Revolución y liberación del ser: apuntes sobre el origen e ideología de un movimiento contracultural esotérico durante el gobierno de Salvador Allende, 1970-1973”.

Eugénia Palieraki, “Les expériences révolutionnaires: un modèle pour la voie chilienne vers le socialisme?”.

Stéphane Michonneau, “Révolution de gauche, révolution de droite: lectures et appropriations d’une notion”.

Aula virtual (extractos de tesis):

Raffaele Moro, “Les usages de la route dans le Mexique colonial: histoires de vie et mobilités du XVIIe au XIXe siècle”.

Cine:

Boris Jeanne (Dossier Babel), “Que reste-t-il de Babel?”.

María Eugenia Albornoz Vásquez, “Epopeya”.

María Eugenia Albornoz Vásquez, “Indigènes”.

Manuel Gárate, “El camino de San Diego”.

Miscelánea:

Sílvia Capanema P. de Almeida et Anaïs Fléchet, “La ‘démocratie raciale’: expérience brésilienne, actualité latino-américaine ? Ve Congrès européen CEISAL latino-américanistes, Bruxelles, avril 2007”.

BAC:

Federica Morelli, “La Revolución de Quito: el camino hacia el gobierno mixto”.

Gilles Rivière, “Bolivia: el pentecostalismo en la sociedad aimara del Altiplano”.

■ CEMHAL. REVISTA DE HISTORIA DE LAS MUJERES, Lima, año VIII, núm. 90, julio 2007.

Universidad de Los Andes. III Congreso Suramericano de Historia. Desde Nuestro Pasado a la Comunidad Suramericana de Naciones. Simposio Historia de Género. Mérida-Venezuela, 19 al 21 de julio, 2007.

Viajeras entre dos mundos.

María Cristina Navarrete. (Universidad del Valle en Cali, Colombia), “De amores y seducciones. El mestizaje en la Audiencia del Nuevo Reino de Granada en el siglo XVII”.

Margarita Eva Rodríguez García, “Criollismo y patria en la Lima Ilustrada (1732-1795)”.

Rebeca Carrión Cachot, “La religión en el antiguo Perú”.

www.sunsite.unam.mx/historia_mexico.html

Página de historia de Sun

Microsystems

Contenidos

Artículos (buscador).

Noticias

Tips

Otros Sunsites

Bibliografía recomendada

UNAM

DGSCA

Dirección de sistemas

Sun México

Foros de discusión

Cronologías

Prehistoria

Antigua

Conquista

Colonia

Independencia

Reforma

Revolución

Ligas

Instituto de Investigaciones

Históricas

Presidentes de México

Red escolar

Museos de México

Castillo de Chapultepec

Historia de la ciudad de México

Conaculta

Dioses del México antiguo

Artes e historia de México

Historia de México

Historia de México (1810-1999)

Los mayas

Tenochtitlán

Gobernantes de México

H-México

Historia del mariachi

IIE-UNAM

Calendario maya

Los códices de México

Biblioteca virtual Miguel de Cervantes

www.e-mexico.gob.mx/wb2/eMex/eMex_Historia_de_Mexico

Página de historia de e-mexico.

Contenidos

Artículos y notas sobre:

Antecedentes de la Independencia

Celebración del Cinco de Mayo

Coordinación Nacional de Literatura

De la Plaza Mayor al Zócalo

El Ateneo de la Juventud

El cine durante la Revolución mexicana

El corrido en la Revolución mexicana

El palacio de los condes de Calimaya

El Porfiriato

Independencia de México

Información general de México

Inicio del cine de México

Intervención de Estados Unidos (1846-1848)

Intervención francesa

La Alameda

La Batalla del Monte de las Cruces

La Conquista

La Constitución de Apatzingán

La Expropiación Petrolera

La Independencia de México y el Plan de Iguala

La literatura de la Revolución

La literatura mexicana durante la Colonia

La pintura mural mexicana

La política internacional del cardenismo

La Reforma

La Revolución mexicana

La Revolución y la Constitución de 1917

Los aztecas

Los mayas

Los museos en la historia de México

Los olmecas

Los totonacas

Muerte a la mexicana

Tláloc, dios de la lluvia

Época colonial

Ligas

e-Aprendizaje

e-Economía

e-Saludos cordiales

e-Gobierno

www.cehm.com.mx

Página del Centro de Estudios de Historia de México

Contenidos

CEHM:

¿Quiénes somos?

Nuestra historia

Objetivo

Consejo Consultivo

Ubicación

Adquisiciones:

donaciones y adquisiciones.

Archivo:

Fondos e índices del catálogo del archivo histórico del Centro de Estudios de Historia de México Condumex. Realizado por Josefina Moguel Flores.

Fondos e índices del archivo del general Félix Díaz del Centro de Estudios de Historia de México Condumex. Carta de presentación, revisión, captura de fichas e índices, sección fotográfica por Josefina Moguel Flores. Síntesis por Rosalía Santín del Río.

Biblioteca en línea:

Más de 66 mil volúmenes especializados en historia de México. Buscador.

Publicaciones:

Programa editorial del Centro de Estudios de Historia de México.

Nuevas Publicaciones

Publicaciones 1972-1988

Publicaciones 1990-1995

Publicaciones 1996-1997

Eventos

Presentación multimedia.

Documentos selectos:

Fondo CCLXXXVII. Manuscritos de Lucas Alamán. Carpeta 8. Legajo 630. "Sello que usaba el mariscal insurgente José María Villagrán, alias *Chito*, preso en la Villa de Huichapa, 20 leguas al norte de México, el día 3 de mayo de 1813 y pasado por las armas en dicha Villa el 14 del mismo mes, con otros cuarenta y un cabecillas. En un tema de la libertad".

Fondo CDLIV. Manuscritos de José Yves Limantour. Carpeta 1/19 (Segunda Serie). 1901. Secretarios de Estado.

Justino Fernández escribe de México, 30 de enero de 1901 a Limantour, recomendando a Luis Gavilondo, nieto del doctor Benito Quintana, uno de los últimos constituyentes que acaba de fallecer y que fue diputado de Sonora, su único representante que firmó la Constitución de 1857.

Fondo CDLXXX. Miscelánea de Venustiano Carranza

Carpeta 2. Legajo 156.

“A Jesús Carranza. Himno escolar. Letra de E. Martínez B. Música de Yndalecio Furincio Ruiz. 1917. Segundo aniversario de su muerte. H Veracruz”. Se incluyen las estrofas del coro.

Fondo DXCIII. Manuscritos e impresos de Roberto Montenegro. En proceso de clasificación. Agustín Yáñez, gobernador constitucional de Jalisco, decreta en la insignia “José Clemente Orozco” que entre otros, Roberto Montenegro se hace acreedor a la misma.

Fondo L-I, Fotografías Doctores. (Colección José Mendoza). Carpeta 1. Foto 48.

Doctor Leopoldo Río de la Loza (1807-1876). Ilustre naturalista mexicano. Cienfuegos, médico y farmacéutico. Estudió en el Colegio de San Ildefonso. Logró obtener oxígeno, anhídrido carbónico, nitrógeno y varios elementos por primera vez en México e instaló la primera fábrica de ácidos en La Concepción Tlaxcoaque. Formó también la primera Farmacopea Mexicana. Ingresó al ejército en defensa de la Patria en 1846-1848. Publicó numerosos estudios en la *Gaceta Médica*.

Fondo X-3. Fotografías de Francisco León de la Barra. Carpeta 1. Foto número 5. “26 de mayo de 1911. El licenciado Francisco León de la Barra. Presidente Constitucional Interino de la República Mexicana y sus señora esposa saliendo de Palacio Nacional”.

Miret. México. Propiedad.

Fondo DXXVIII.

Fotografía que reproduce a una mujer vestida con uniforme federal. Dedicatoria de “Elena” a “Un recuerdo de cariño” a texto ilegible. 2 de marzo de 1914.

Colección Adquisiciones Diversas.

Fondo CCLXXIV-3.

Fotografías. Colección de Juan Sánchez Azcona.

Álbum Álvaro Obregón.

“Los niños pobres son obsequiados con un paseo en automóvil”.

Fondo CCLXXIV-3.

Fotografías. Colección de Juan Sánchez Azcona.

Álbum Álvaro Obregón.

“Cordial recibimiento al presidente Obregón en el baile ofrecido por la colonia sirio libanesa”.

Servicios:

Servicios que ofrece CEHM, Requisitos de consulta, Recetas de cocina, Receta del Mes, Pollo Encacahuatado, Recetas Anteriores, Sopa de cabuches con yerba santa, Sopa de calabaza y cilantro, Menús Condumex.

Visita guiada.

Ligas de interés:

www.carlosslim.com, www.soumaya.com.mx, www.fundaciontelmex.org, www.condumex.com.mx

Videoconferencias.



Abstracts

✍ Víctor Gayol

Los gestores de los indios. La relación entre las comunidades litigantes y los juzgados de la real Audiencia a través de la correspondencia de Manuel Salvador Muñoz, indio cacique de Contla, 1788-1803

A central subject in the relations between Indian and Spanish societies in New Spain was the acculturation process that allowed Indian elites to negotiate with Spanish authorities, and to arrive to a prominent political position in their own communities. Part of the acculturation process was the acquisition of practical knowledge about Hispanic juridical culture and processes. By way of an analysis of the correspondence between Manuel Salvador Muñoz, a Tlaxcalan Indian cacique, and lawyers and officers of the royal Audiencia of Mexico, this article observes the transmission of juridical culture and the construction of a mediator's network that participated on Indian lawsuits.

✍ José Ortiz Monasterio

Dos discursos patrios de Vicente Riva Palacio. Un caso para evaluar la aportación de la novela histórica como método de conocimiento

Although the general and politician Vicente Riva Palacio wrote poetry throughout his life, the other genres he frequented can be seen as phases or steps in his literary career. When he was in love with his future wife he wrote poetry; later, as a congressman,

he wrote plays; after that came journalism and historical novels; later he worked on legends and proper history and finally short stories. This article attempts to show that he became a great historian because he had already written several historical novels, and this can be demonstrated by the analysis of two public speeches celebrating Independence Day. One was written in 1867 and the other in 1871, that is, before and after he wrote most of his historical novels. He had at his disposal at home the archives of the Inquisition, this direct contact with original sources also proved to be decisive.

✍ Elisa Servín

Algunas ramas de un árbol frondoso: el cardenismo a mediados del siglo XX

This article explores the role and impact of *Cardenismo*, both as a political force and as an ideology, in the 50's and early 60's Cold War Mexico. It analyses the influence of *Cardenismo* on the *Henriquista* movement (1952) and on the National Liberation Movement founded within the context of the Cuban revolution (1961-63). It also examines the activities of former president Lázaro Cárdenas and his ability to sway internal politics. Although he strongly criticized the abandonment of the Revolution's social legacy, neither he nor his followers broke with the PRI regime. It wasn't until the end of the 80's that *neoCardenismo* became a strong opposition movement.

✍ Brian Hammett

Historias ficticias: el dilema de los hechos y la imaginación en la novela histórica del siglo XIX

The historical novel has been in vogue for several decades in Mexico and a number of authors have studied the origins of the genre. However, the scope of this article is far more vast than most analysis and can properly be called paneuropean because it includes Great Britain, France, Italy and Spain. The author is in the process of writing a book on the subject and displays a wide knowledge of Walter Scott's invention. The approach is both historical and literary and therefore very rich; the result is a canvas of great dimensions and, at the same time, an account of particular biographical details and passages of notable significance. Lukács is generally regarded as a classic author on the subject of the historical novel; this article invites the reader to consider his limitations.

✍ Antonio Rubial

Invencción de prodigios. La literatura hierofánica novohispana

This essay aims to analyse, through a concise chronological revision, the writings that the Spanish and *criollos* in Mexico developed following Spanish models to describe the marvels taking place in their cities. Most of these writings were set to print in order to spread out some message, although the prodigies not always occurred in places endowed with prints nor were recorded by native authors.

Articles appearing in this journal are abstracted and indexed in *Historical Abstracts* and *America: History and Life*.

Instrucciones para los colaboradores

Historias solicita a sus colaboradores que los artículos, traducciones, reseñas, bibliografías comentadas y documentos inéditos sean remitidos siguiendo en lo posible las siguientes indicaciones:

1. Los autores enviarán original, copia y disquete al director o los editores de la revista, a la Dirección de Estudios Históricos (INAH).
2. En la primera página de la colaboración deberá incluirse el título, el nombre del autor y la institución a la que está adscrito.
3. En el caso de las reseñas y las traducciones, además de los datos solicitados en el punto anterior se incluirá la nota bibliográfica completa de la obra reseñada o traducida.
4. En el disquete se anotará claramente el nombre del autor, el título de la colaboración y el programa utilizado (Word, Word Perfect y Word for Windows).
5. Se incluirá una hoja indicando el nombre del autor, la institución a la que está adscrito y sus números de teléfono y fax (especificando los horarios en que se le puede localizar) y correo electrónico.
6. Todas las colaboraciones se acompañarán de un resumen, de ocho líneas como máximo, en español y en inglés.
7. Los trabajos deberán ser inéditos sobre historia mexicana y, excepcionalmente, americana o española.
8. Los artículos tendrán una extensión mínima de 20 cuartillas y máxima de 40.
9. Las reseñas, una extensión de entre cuatro y ocho cuartillas.
10. La bibliografía comentada (Andamio) no excederá de 40 cuartillas.
11. El documento inédito (Cartones y cosas vistas) no excederá las 40 cuartillas y tendrá que contar con una pequeña presentación no mayor de dos cuartillas.
12. Todas las colaboraciones estarán escritas a doble espacio.
13. Los cuadros, figuras, gráficas y fotografías se entregarán impresos por separado (si es fotocopia, que sea de buena calidad). En el texto sólo se indicará el lugar donde deben ir; en el disquete deberán estar incluidas.
14. Los artículos no deben presentar bibliografía al final, por lo que la primera vez que se cite una obra la referencia o nota bibliográfica deberá presentarse completa. En el caso de los libros, deberá citarse el nombre del autor (nombre de pila y apellido o apellidos), el título de la obra en cursivas, lugar de edición, editorial, año de publicación y página o páginas (p. o pp.). En el caso de un artículo publicado en un libro, deberá citarse igualmente el nombre del autor, el título del artículo entre comillas, el título del libro en cursivas anteponiendo “en”, el número de la revista, el lugar, el año y la página o páginas. En citas subsiguientes se usará *op. cit.*, *ibidem* o *idem*, según corresponda.
15. Cuando se utilicen siglas, en la primera ocasión deberá escribirse su significado; en las posteriores, sólo las siglas.
16. Todas las colaboraciones se someterán al dictamen de dos especialistas, asegurándose el anonimato de los autores.
17. Después de haber recibido los dictámenes, los editores determinarán sobre la publicación del texto y notificarán de inmediato la decisión al autor.
18. Los editores de *Historias* revisarán el estilo y sugerirán los cambios que consideren pertinentes, en tanto no se altere el sentido original del texto.
19. En ningún caso se devolverán originales.
20. Cada autor recibirá cinco ejemplares del número en que aparezca su colaboración.

Las colaboraciones deberán enviarse a:
Historias, Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH)
Apartado postal 5-119, CP 06150, México, D.F.
Tel.: 50 61 93 00
Correo electrónico: estagle@yahoo.com